

EX4705.M41256 T73 1956
Treviãno, Josãe Guadalupe, 1889-
Monsenor Martinez : semblanza de
vida interior /



Digitized by the Internet Archive
in 2014

J.G. Treviño
M. Sp. S.



MONSEÑOR
MARTINEZ

EDITORIAL "LA CRUZ"
CIPRES No. 59
MEXICO, D.F.

LIBRARY OF PRINCETON

AUG 17 2000

THEOLOGICAL SEMINARY

x 105376

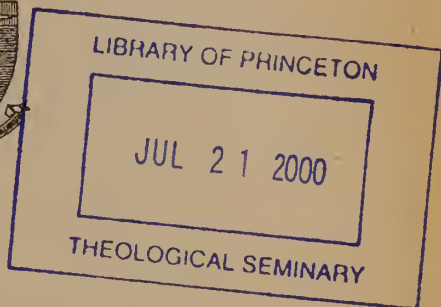
MONSEÑOR MARTINEZ

SEMBLANZA DE SU VIDA INTERIOR

J. G. TREVIÑO,
Misionero del Espíritu Santo

MONSEÑOR
MARTINEZ

SEMBLANZA DE SU VIDA INTERIOR



EDITORIAL "LA CRUZ"

APARTADO 1580.

MEXICO, D. F.

1956

Imprimi potest

ANGELUS M. OÑATE, M. Sp. S.

Sup. Gen.

IMPRIMATUR

† MICHAEL DARIUS,

Archiep. Prim. Mexican.

Mexici, die 12a. sep. 1956.

COPYRIGHT BY J. G. TREVIÑO

El autor se reserva todos los derechos de reproducción y traducción, total o parcial, para todos los países; para lo cual ha hecho el registro y el depósito que determinan las leyes respectivas.

IMPRESO EN MEXICO

IMP. "ALDINA" - HUATABAMPO 50, MÉXICO 7. D. F.

P R E L I M I N A R

MUCHO se ha escrito sobre Monseñor Martínez y mucho más se escribirá, a medida que el tiempo vaya depurando y sublimando su figura colosal.

Su personalidad tiene muy variados aspectos, es como un diamante de múltiples facetas; y así puede estudiarse al filósofo, al teólogo, al maestro, al educador, al superior, al sociólogo, al orador sagrado, al escritor, al poeta, al director de almas, al humorista, etc., etc.

Pero quizá hay un aspecto que se ha quedado en la sombra hasta ahora, a pesar de ser el más importante: es el hombre interior, en su vida espiritual, son sus relaciones íntimas con Dios; en una palabra, es el místico.

Y místico, no en el sentido que suelen darle los profanos —éstos a cualquiera exaltación religiosa le llaman “Mística”— sino en su sentido genuino y teológico.

Ni tampoco místico especulativo, como hay tantos que escriben de lo que han estudiado en los autores o comprobado en otras almas; sino místico experimental, que habla y escribe de lo que personalmente le ha acontecido, al estilo de Santa Teresa, o mejor, de San Juan de la Cruz.

La presente semblanza de Mons. Martínez trata de estudiarlo desde este punto de vista.

Pero como la gracia no destruye la naturaleza sino que en ella se injerta, no podremos estudiar al "*hombre de Dios*" sin estudiar al "*hombre*" tal cual, es decir, su temperamento, su carácter, su psicología, sus atavismos, el medio que influyó en su formación, etc., etc.

Por eso haremos un resumen de su vida, reduciéndonos a lo que conduzca de alguna manera a nuestro objeto.

Advertimos que, tratándose de materia tan delicada, haremos hablar a Mons. Martínez con sus propias palabras, siempre que sea posible, y nos limitaremos a dar las explicaciones y a hacer los comentarios atinentes.

Por lo demás, si este trabajo tiene algún mérito, se debe a los escritos inéditos de Monseñor y a que hablamos de lo que fuimos testigos presenciales.

Por eso, que se nos perdone que hablemos con frecuencia en primera persona; no es una necia fatuidad, sino únicamente el deseo de dar a la narración mayor interés y apoyo. No es lo mismo decir "*refieren que...*" a decir: "*lo vi, lo presencié yo mismo*". 52 años de trato íntimo con Mons. esperamos que dé algún valor a nuestras afirmaciones.

¡Ojalá que Dios nos dé fuerzas para terminar este trabajo! ¡será el homenaje postrero y la mínima prueba de la gratitud que guardaremos para siempre en nuestro corazón para el que fue algo tan querido como no puede expresarse en el lenguaje humano...!

México, 9 de abril de 1956.

J. G. TREVIÑO, M. SP. S.

AL LECTOR

ESCRIBIR la biografía de un hombre es algo así como traducirlo. Traducir es verter a la propia lengua algo escrito en otra diferente; y esto entraña enormes dificultades. Supone, desde luego, el conocimiento perfecto de la lengua de la que se traduce y el dominio no menos perfecto de aquella a la que se traduce. Para expresar la dificultad de una buena traducción, los italianos dicen: "*Traduttore, traditore*".

En efecto, aún suponiendo el perfecto conocimiento de ambas lenguas, todavía queda lo que es tan propio y específico de cada cual, que hace imposible expresar ciertos matices que en una pueden decirse y no en la otra.

Ahora bien, un hombre es un verdadero discurso; diríamos un libro escrito por Dios mismo. Y desde luego, cada criatura es la traducción en el tiempo de una vida, de una palabra pronunciada por Dios eternamente. Y ¡qué magnífica traducción ha hecho Dios de su discurso eterno en las maravillas de su creación temporal! Para quien sabe leerla, los cielos cantan verdaderamente la gloria de Dios, y cada criatura es un salmo magnífico compuesto por el mismo Espíritu Santo.

Y, puesto que nos hemos metido a estas lucubraciones, bien podemos señalar una traducción perfectísima que de sí mismo, de su propia sustancial Palabra, hizo Dios en el Verbo Humanado. Traducir ese Verbo, ese animado discurso que Dios pronuncia en el tiempo, como la perfecta traducción de sí mismo, es saberlo

todo, poseerlo todo, porque es poseer la Vida Eterna. "*Haec est autem vita aeterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum* (1)".

Sólo Dios se pudo traducir de esa manera tan alta y tan divina, porque sólo El conoce y domina plenamente su propia lengua y la de las criaturas. "*Et hoc quod continet scientiam habet vocis* (2)". Jesús es la viviente y perfecta biografía de Dios.

* * *

Toda proporción guardada, nosotros también nos traducimos y traducimos a los demás cuando hacemos biografía; pero la dificultad no estriba ya tan sólo en lo que es inherente a la correspondencia ideológica de dos lenguas, sino que es mucho mayor, puesto que se trata de *decir un hombre* en lo que tiene de más propio y personal.

Una biografía no es la simple relación cronológica de las fechas memorables del biografiado, de modo que se nos diga el lugar y la fecha de su nacimiento, el de los acontecimientos más notables de su vida, y finalmente le lugar y día de su muerte. Esto es historia, e historia menuda que no puede interesar, sino a los buscadores de profesión que se contentan con tales pequeñeces.

La biografía entra a los oscuros dominios del alma, oculta a las miradas de los otros en gran parte, y en la parte principal, hasta a las del propio dueño. Y si se trata de un cristiano y de un sacerdote, la dificultad crece, porque no es ya sólo la misteriosa psicología en sus íntimos secretos vitales los que hay que adivinar y conocer para trazar un retrato humano, sino también los más oscuros y misteriosos caminos de la gracia, que no caen bajo la observación humana y que apenas pueden vislumbrarse a la luz en los hechos y de los dichos iluminados por la lumbre obscurísima de la fe.

El libro que tienes en las manos es una biografía. Es, pues, la traducción de un hombre. Se ha querido decir en tu lenguaje, lo que Dios, la gracia y la naturaleza, escribieron de consuno en un libro que conocimos —así nos parece— y que hojeamos; lo que pudieron escribir para la historia del hombre y sobre todo para la de Dios, esas tres fuerzas aunadas, trabajando durante 75 años en diferentes lugares y tiempos y en las más diversas circunstancias, desde el 9 de junio de 1881 hasta el 9 de febrero de 1956.

¡Cuántos vimos ese libro! ¡Cuántos lo hojeamos sin entenderlo o sin entenderlo del todo, y cuántos deseamos, eliminado ya de los anaqueles de la vida, haberlo hojeado mejor y comprendido!

Para ello era menester alguien que nos lo tradujera tan perfectamente como fuese posible y nos pusiera en las manos el volumen que en nuestra lengua nos dijese el magnífico discurso de una vida.

En la de Monseñor Luis M. Martínez, hay dones riquísimos de naturaleza, los más visibles y que, por estar a flor de agua, nos son más familiares y conocidos. Aunque, a decir verdad, son ellos tántos y tan grandes que hemos de confesar —no me engaña mi cariño filial— que muy pocas veces se juntan en un solo hombre.

Amplia y profunda inteligencia; recia y fuerte voluntad; brillante y riquísima fantasía; palabra fácil, elevada y persuasiva; corazón generoso, leal y comprensivo; y hasta un humorismo sano y atrayente que fluía como cascada de risas en ese yo no sé qué que llaman “*don de gentes*”.

Mas en cuanto al mundo y actividad de la gracia santificante y a la actividad sacerdotal, cosas muy más secretas e invisibles,

bien pocos pudieron leer en su vida, y esos pocos muchas veces de un modo incompleto o mal interpretado.

* * *

Esto es lo que ha querido sacar a luz el R.P. Treviño al escribir la biografía de Monseñor Martínez, esto es, al traducírnoslo para que lo entendamos.

Nadie como él para echarse a cuestras tan ímproba, aunque tan dulce tarea. Conoció a Mons. Martínez hace muchos, muchos años. Lo conoció de seminarista, de sacerdote y de Obispo. Lo conoció por de fuera, porque convivió con él durante mucho tiempo; y lo conoció por dentro, porque era su confesor y amigo.

Amigo, he dicho, y amigo en toda la extensión de la palabra. Era la amistad para el señor Martínez, una verdadera virtud. No solamente la agradecía, sino que la estimaba, y sabía escoger sus amigos tan para sí, que se los igualaba o los había hecho a su imagen y semejanza.

Esta es una de las fuerzas que revelan la grandeza de un hombre: saber crear en torno suyo, por la sola fuerza de su persona y convicciones, seres que se le parecen. El hombre verdaderamente grande —Mons. lo fue— no se deja asimilar, sino asimila.

Y bien podemos decir que cuando alguien era amigo de Mons. Martínez era porque Mons. se había incrustado en su amigo.

Por lo demás había muy grandes afinidades entre Mons. Martínez y el P. Treviño que explican esa amistad estrecha; aunque había grandes diferencias que la explican también, si es verdad que los amigos deben ser suficientemente iguales para entenderse y suficientemente distintos para completarse.

Ambos de una sensibilidad exquisita que diría de artistas, de místicos y santos, y que parecería exagerada de no ir subordinada siempre a la fe y a la razón. Ambos de un pudor casi

inhumano para guardar y encubrir sus afectos; ambos enamorados de la mística y metidos frecuentemente, por voluntad de Dios y por la fuerza de las cosas, en asuntos de este orden en la dirección de almas selectas.

Pero además, Mons. Martínez, al parecer, abierto como un cielo sin nubes; sencillo y sin repliegues, a pesar de que se le tenía por diplomático —cosa que él rechazaba por sistema—; y libre en su vida, como un pájaro que al parecer no conoce disciplina. El otro, cerrado, como el libro de los siete sellos, que por modestia refinada no quiere abrir los tesoros de su alma que estima en poco o en nada; complicado con la complicación, más aparente que real, que nos sugiere lo que no penetramos de una vez y hasta el fondo; esclavo del deber y de la Regla, que le hace administrar su vida como un rico avaro administra sus tesoros.

Pero ambas almas gemelas, almas de Dios y a El entregadas por entero, aunque en diversas condiciones.

Pero esto mismo es lo que más que nada capacita al P. Treviño para darnos su traducción de Monseñor Martínez con la misma seguridad de que aquí el *traduttore* no es *tradittore*, sino fiel revelador de lo que bien conoce y experto dibujante de un retrato que lleva grabado en el alma de amigo y corazón de hijo.

* * *

Así nos pinta al polifacético señor Martínez en sus dotes y cualidades naturales, cuando nos narra con sobria sencillez tantos episodios de la infancia, juventud y madurez del preclaro Arzobispo de México, llegando hasta a cometer una perdonable traición, que le agradecemos todos —y Mons. primero— al revelarnos esos juguetillos en verso y prosa de sus anécdotas y epigramas que, sobre ser la sal y el gusto del escritor, descubren un velo que deja ver mejor las grandes cualidades del biografiado.

Se adentra en seguida por el mundo de la gracia, con la ha-

bilidad de un director prudente y experimentado —seguro estoy que de Mons. aprendió en gran parte su ciencia de las almas— nos hace adivinar los prodigios que Dios obró en esa alma de selección, hasta llevarla a una altura, tanto más admirable cuanto menos imaginada.

Finalmente, nos presenta al sacerdote y al Obispo en una síntesis de admirable y profunda verdad. Es el P. Treviño —al fin místico y artista— muy sabedor en achaques de heráldica, lo cual no sólo supone el conocimiento de este arte, sino también un gran poder de síntesis y una buena dosis de arte para usar los simbolismos. Fue el P. Treviño quien desarrolló haráldicamente el estema de Mons. Martínez, y lo hizo con tal perfección y arte, que dejó en el simbólico lenguaje de la heráldica todo lo que Mons. quería que fuese su vida, y lo que fue en verdad; y supo ordenar sin estridencias ni extravagancias, sino por arte refinado, todo un mundo de doctrina, dicho en un estema. La suprema fuerza, el *Espíritu Santo*, brota de la Cruz, la *suprema debilidad*; esto sobre un fondo que es el ayate de la tilma mejicana, otra vez símbolo de impotencia, de la que brotan las rosas del milagro, símbolo de la fuerza de María; y todo ello gráficamente dicho, con unidad perfecta y arte exquisito, en las palabras del lema: CUM INFIRMOR, TUNC POTENS SUM.

Y esto que realizó el P. Treviño hace ya más de treinta años para decir como una promesa el pontificado de Monseñor Martínez, lo dice ahora con igual unidad y arte, pero avalorado con un cariño filial y de amigo, —tanto más firme e inquebrantable, cuanto más añejo—, en las páginas de este libro, cuando traza los rasgos del primer Arzobispo Primado de Méjico.

* * *

Hay todavía algo más para decir: que esta traducción de Mons. Martínez, si no es la ideal, es al menos una buena traducción.

Yo, que también conocí bastante a fondo a mi amado Padre, puedo decir que la obra que El tuvo siempre en las entretelas del alma, y no creo falso afirmar que como la primera que recibió, —así me lo dijo él—, directamente de Dios y por caminos no pensados —“*sed per revelationem Jesu Christi*”—, fue “LA OBRA DE LA CRUZ”. La amó entrañablemente, la formó él mismo con su ciencia y dirección. Si le dio todo lo que le pudo dar—díganlo las páginas de la revista “La Cruz”, que se engalanaron y se siguen engalanando con los escritos áureos de Monseñor, los innumerables retiros y ejercicios que dirigió a la Santa Fundadora, su hija espiritual, y a las RR.MM. de la Cruz—, también recibió de ella el más fuerte impulso de su vida sobrenatural, como me lo dijo varias veces, y el carisma y como matiz específico de toda su espiritualidad.

El P. Treviño, a su vez, es hijo y forjador de esta obra. En ella se encontraron biógrafo y biografiado casi constantemente. Trabajaron de consuno para hacer que la obra viviera con vida florentísima y de ella sacaron ambos preciosas experiencias para dirigir a las almas, encauzar sus vidas y sentir sobre sí el soplo sensible del Espíritu de Dios.

* * *

Esto da pues una nueva y más valedera garantía a la traducción presente en la que, por lo menos de un modo implícito, dirá el P. Treviño, toda proporción guardada: “*Et qui vidit testimonium perhibet de his (3)*”.

Ya con lo anterior creo haber terminado mi misión que agradezco en el alma y que confieso que no supe cumplir: poner unas líneas, no de presentación para quien no las necesita, pues es más conocido que yo; ni de recomendación a quien va oficialmente recomendado por la autoridad legítima; sino de simple “*comodín*” que venga a poner una sombra en un cuadro de

luz para que éste destelle con mayor fuerza, y de "aprovechado", que quiere rendir al biografiado ilustre un póstumo testimonio de amor filial y reconocida gratitud.

Mérida, 14 de Septiembre de 1956.

† FERNANDO RUIZ,
Arzobispo de Yucatán.

(1) "En esto consiste la vida eterna: en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado". Joann., XVII, 3.

(2) "El Espíritu Santo, en quien todas las cosas se encierran, penetra en el secreto de toda palabra". Sap., I, 7.

(3) "De todo lo cual da testimonio el mismo que lo vio". Joann., XIX, 35.

CAPITULO PRIMERO

MOLINOS DE CABALLERO

RECOSTADA sobre los acantilados del mar cantábrico, Ballota esconde sus casitas entre sus huertos de manzanos. Todo el paisaje es una gama de vivos colores: el azul del cielo siempre límpido; el cobalto del mar, el verde oscuro de sus manzanos, el rojo vivo de sus frutos, el verde seco de los olivos, el verde tierno de las praderas. Y de día y de noche, no deja de escucharse el estruendo de las olas que van a estrellarse en los acantilados y, vencidas, retroceden coronadas con una gasa de blanquísima espuma.

Entre las casitas de Ballota hay una de dos pisos, con su escalera al exterior, sin cercado alguno, porque toda la aldea es como una gran familia. Es la casa de la familia Martínez.

Uno de sus miembros, Rosendo, muy joven todavía, sueña en venir a América. ¿Será el espíritu conquistador recibido en herencia de los vasallos de Isabel la Católica y de Felipe II? ¿Será el anhelo de superación que hace que sientan asfixiarse entre los límites estrechos de una pequeña aldea? Sea lo que fuere, es el caso que con frecuencia los españoles emigran a América, en especial a México, no como aventureros ni de paso, sino para establecerse aquí, con un trabajo honrado hacer una fortuna, unirse con frecuencia con una mujer mexicana y fundar así un hogar mexicano y una familia criolla.

Así pasó con el joven Rosendo. Vio realizados sus sueños

y vino a México. Se dedicó al comercio y a la agricultura y, a fuerza de trabajo y honradez, llegó a ser administrador de la rica hacienda¹ de Molinos de Caballero, estratégicamente colocada en los límites de tres estados: Michoacán, México y Querétaro, pero que pertenece oficialmente al estado de Michoacán, a la Arquidiócesis de Morelia y a la parroquia de Tlalpujahua.

Rosendo en plena juventud, de apuesta presencia, con una posición holgada, hubiera podido descarriarse; fue todo lo contrario, su robusta fe de asturiano, su soledad lejos de los seres queridos, lo acercó más a Dios. Y por este camino llegó a una unión con Él nada común y que no puede menos que sorprender, dadas las circunstancias y el tiempo en que vivió.

Hacía oración mental, ayunaba todos los viernes con el rigor de aquellos tiempos, comulgaba casi diariamente, lo que significaba mucho en esa época en que el decreto de San Pío X para facilitar la comunión diaria estaba todavía muy lejos. No se permitía entonces la comunión frecuente sino a personas de muy probada virtud.

Hay un detalle muy significativo: el día en que Rosendo contrajo matrimonio era un viernes. Cualquiera se hubiese dispensado de esa práctica de mortificación voluntaria en un día de tanta fiesta. Pero Rosendo no quiso faltar a su propósito y ese día ayunó como cualquier otro viernes.

* * *

Entonces, por el año de 1880, era vicario de la hacienda un sacerdote virtuoso, el P. Casimiro Rodríguez. Vivía a su lado una hermana suya muy joven, a quien todo el mundo llamó siempre con el diminutivo de Ramoncita.

(1) "Hacienda" en México es un latifundio que suele comprender varias rancherías; esa palabra no tiene la misma acepción en América del Sur, donde se llama "hacienda" al ganado.

Y en verdad que merecía ese diminutivo cariñoso. Era de un carácter tan dulce, tan suave, tan apacible, tenía un corazón tan lleno de ternura, que a todos cautivaba. Estas cualidades se completaban con un temple muy varonil como tendremos ocasión de comprobarlo más de una vez. Físicamente era de facciones finas, una morena muy agraciada, como puede comprobarse por una foto de esa época.

Rosendo, el administrador de la hacienda, y Ramoncita, la pequeña hermana del P. Vicario, se conocieron, se amaron con un amor cristiano y unieron su vida con la bendición de Dios.²

Rosendo y Ramoncita establecieron un hogar modelo en una casita frente a la casona de la hacienda; un hogar risueño donde todo era dulzura y paz...

“Un patinillo soleado y limpísimo en cuyos corredores lucían macetas cuajadas de geranios, malvas y begonias; estancias modestamente amuebladas con vista a los cuatro corredores; comedor y cocina regularmente abastecidos de todo lo que ha menester la familia.

La casa tenía una grande huerta llena de árboles frutales: duraznos, peras y ciruelas, las frutas de la tierra fría.

Cerca de la huerta se deslizaba mansamente un río; el aire era luminoso y transparente y no se oía sino el eterno murmurar de las aguas. Un poco más lejos el río se precipitaba, torrencial y magnífico, en profundas hondonadas: era el salto de Tepuxtepec”.

No puedo menos que recordar “*El Ama*” de Gabriel y Galán, cuando trato de reconstruir la vida de aquellos esposos cristianos:

(2) En algunas publicaciones se ha afirmado en estos días que la cuna de Mons. Martínez fue *humildísima*. Esto no sería ningún desdoro; pero no es la verdad. La familia de Mons. Martínez, tanto por parte del padre como por parte de la madre, pertenecía a la clase media.

“La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...”

El gozo de aquel hogar llegó a su colmo cuando Dios lo bendijo con la bendición de la fecundidad. El 9 de junio de 1881 nació un niño a quien bautizó el P. Casimiro y le puso por nombre Luis Gonzaga María. Sus padres, desde antes de nacer, lo consagraron a la Sma. Virgen.

* * *

Nada faltaba a la felicidad de aquella familia. Pero, ¡qué inescrutables son los designios de Dios! Parece como si se complaciera en destruir la dicha; pero no es sino para reconstruir sobre esas ruinas una felicidad que no es efímera sino eterna.

Apenas tenía 11 días de nacido el niño, cuando una enfermedad imprevista arrebató al padre en la plenitud de su vida, y dejó a una jovencita, viuda; y a un pequeñito, huérfano. ¡Nunca el niño conocerá a su padre!

Ramoncita, con el niño huérfano, volvió a refugiarse al lado de su hermano el P. Vicario. Ella reconcentró los tesoros de ternura de su corazón en su hijo. Su hermano se constituyó padre adoptivo de la criatura y con su afecto, puro y varonil, trató de llenar el hueco que la orfandad dejó en el corazón del niño.

Por eso, cuando empieza a balbucear las primeras palabras, le llamará “*Papá Mirito*”. Y era de ver con qué acento lo llamaba así. Cuando un niño está ante una fruta sabrosísima se le “*hace agua la boca*”. Algo así pasaba cuando Luisito decía: “*¡Papá Mirito! ¡papá Mirito!*”

Hay una anécdota de ese tiempo que demuestra el cariño entrañable que a Luisito tenía aquel virtuoso sacerdote.

Era “*día de plaza*” en la hacienda, es decir, el día de la semana en que acudían los comerciantes de los alrededores para ofrecer sus mercancías. Entre “*los puestos*”, Luisito vio uno con juguetes y le pidió a su mamá que le comprara uno que le había llamado mucho la atención. Ramoncita, por el temor de ser una carga más pesada para su hermano y para ahorrar todo lo posible, trató de convencer a Luisito que renunciara al juguete porque era muy caro y “papá Mirito” no tenía para comprarlo. Pero el niño se puso a llorar y llorando todavía llegó a su casa.

El P. Casimiro se dio cuenta, y como no podía sufrir que el niño llorara, llamó a Ramoncita y le preguntó la causa. Cuando se la explicó, el Padre le dijo:

No, Ramoncita; al niño, caro o barato hay que comprarle todo lo que desee.

Luisito, que estaba en la pieza contigua, alcanzó a pescar esas palabras y las guardó como un arma invencible.

No tardó en presentarse la ocasión. Pidió que le compraran algo que a Ramoncita no le pareció necesario, y ante su negativa, el niño replicó:

—¡Dijo mi papá Mirito que caro o barato me compraran todo...!

Sin duda que la intención del P. Casimiro no era “*consentir*” al niño, sino de alguna manera aliviar su orfandad, que no sintiera la falta de su padre.

Sin embargo, cuando tenía alrededor de unos 3 años, Ramoncita le sorprendió acurrucado en un rincón, triste, pensativo... Como esa actitud es tan insólita en un niño, sobre todo en aquel niño tan vivaracho, alegre y juguetón, temió Ramoncita que estuviera enfermo.

—¿Qué tienes Luisito? ¿por qué estás triste? ¿estás enfermo?

Luisito movió la cabeza negativamente. Pero nada podía ocultar a su mamá. Y viéndola con aquella mirada suya tan penetrante, Luisito le dijo con una seriedad prematura.

—Estoy pensando que mi papá Mirito no es mi verdadero papá...

¿Cómo adivinó —pues nadie se lo había dicho— el secreto de su orfandad? Más que la precocidad de su inteligencia, fue la intuición de su corazón la que lo hizo adivinarlo.

* * *

El panorama que contemplamos en los primeros años de nuestra vida tiene un influjo decisivo en nuestra manera de ser. Mons. Martínez tuvo un alma de artista y fue toda su vida un apasionado del campo. Y es que desde niño sus ojos, ávidos de luz, no se saciaban contemplando el paisaje campestre que se le ofrecía por todas partes: aquellos sembradíos de maíz que se extendían hasta perderse de vista; aquellos trigales madurados por el sol de verano, cuyas espigas se mecían agitadas por el viento, como un mar de oro; aquel río —el río Lerma— que corría sin cesar, como la vida, entre las frondas de sabinos seculares... y todo el paisaje cobijado por la comba de un cielo purísimo...

“¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!”

Más tarde, en sus escritos, se encontrarán reminiscencias de estas primeras impresiones.

“Hace tiempo vi correr bajo mis plantas un río caudaloso. Venía de muy lejos: en su largo camino había abierto muchas veces su seno al raudal de sus afluentes y, enriquecido con el tesoro de muchas regiones, se despeñaba impetuoso con

sus linfas cristalinas coronadas de espuma, modulando un arrullo misterioso que parecía un lamento, un suspiro, la fórmula de hondo y gigantesco anhelo...”³

Y en otro lugar

“Gozaba en mis años mozos trepando a las cumbres de las montañas, ávido de luz y de serenidad, o hundiéndome en el seno de los bosques umbríos, henchidos de misterio. ¡Cuántas veces recostado en una ladera de esmeralda, mirando brillar como un hilo de plata el agua cristalina en lo hondo del barranco y aspirando la fragancia de las sencillas flores montañesas, sentí en mi alma la gigantesca sinfonía de aquella naturaleza magnífica y salvaje! Era indescriptible e inimitable. Diríase que todos los sonidos de las cosas se habían fundido en prodigiosa armonía. Era el ulular del viento en las cimbras de los pinos excelsos; el crujir de los troncos al mecerse; el murmurar misterioso del agua al correr en los barrancos; eran los ecos acompasados del hacha lejana que golpeaba; los cantos sonoros y jubilosos; el zumbido soñoliento de millares de insectos; el ruido misterioso de las hojas muertas sobre las que se arrastraban los reptiles cautelosos; eran otros sonidos múltiples y variados cuyo origen ignoro, cuyo nombre desconozco, pero que sentía en mi alma en la mágica sensibilidad de aquellas dulces horas.

Ninguna disonancia en el himno grandioso; ningún contraste rompía la unidad de aquella sinfonía tan sencilla como majestuosa. ¿Habría algún genio que pueda encerrar en una fórmula todo lo que dice la naturaleza cuando canta?”⁴

* * *

(3) Discurso en la distribución de premios del Seminario de Morelia, el 27 de septiembre de 1922.

(4) Discurso en la fiesta con que se celebraron las bodas de plata episcopales de Mons. Leopoldo Ruiz. Morelia 1925.

Pero, si las cosas dejan en nosotros su huella imborrable, con más razón las personas con quienes convivimos. ¿Qué influjo tuvo en la vocación de Mons. Martínez contemplar día a día la labor ardua, oculta, llena de abnegación, de paciencia, de caridad de un cura del campo? Es el secreto del influjo que ejercen entre sí las almas.

Desde luego, Luisito, que no tenía ni hermanos ni amigos con quienes jugar, se dedicaba a imitar a su "papá Miritito", y caballero en el palo de una escoba, corría desalado de un extremo al otro del patio para oír gravemente la confesión de... ¡un rosal! Otras veces, subido en una silla que le servía de púlpito predicaba a las criadas y, si no estaban con la seriedad y la atención debidas, las reprendía con la vehemencia y el fuego que años más tarde tendría su palabra en los púlpitos de verdad.

* * *

Algunos años después fue preciso dejar a Molinos de Caballero, pues al P. Rodríguez, por sus méritos, lo habían ascendido a párroco de Puruándiro.

Fue una despedida definitiva. Cuando muchos años después Mons. Martínez, ya elevado a la dignidad episcopal, recorría en gira pastoral la arquidiócesis de Morelia, llegó a Molinos de Caballero. Tan grande fue el entusiasmo de sus coterreños para recibirlo como grande fue la emoción de Mons. al volver a contemplar aquellos lugares preñados de recuerdos de su infancia y donde cada rincón tenía una historia.

Los vecinos de Molinos, justamente orgullosos de su obispo, colocaron una placa conmemorativa en la casa donde nació Mons. Martínez.

Pero toda pasa en este mundo; y pocos años después, la moderna agricultura y la electrificación de esa comarca, exigieron que se formara allí una gran presa. Y pronto las aguas



Vista parcial de Santa María de BALLOTA (Cudillero) en Asturias. Está a la orilla del mar cantábrico y en su iglesia parroquial —donde varias veces celebró la santa Misa y predicó Mons. Martínez—, contrajeron matrimonio, el 12 de octubre de 1831, Francisco Martínez y Leonarda Fierros. El cuarto de sus hijos fue Rosendo, que nació el 7 de abril de 1840. Fue el padre de Mons. Martínez. Murió a los 41 años, el 20 de junio de 1881. Francisco Martínez, aunque de pocas letras, tenía una memoria extraordinaria. Tal vez la legó a Mons. Sus otros hijos fueron Rosendo (que murió pequeño); Ramona, que murió soltera a los 74 años de edad; Ruperta, casada que murió a los 32 años; Amalia, casada, que murió en 1915; y Fructuoso, casado, que murió en 1904.



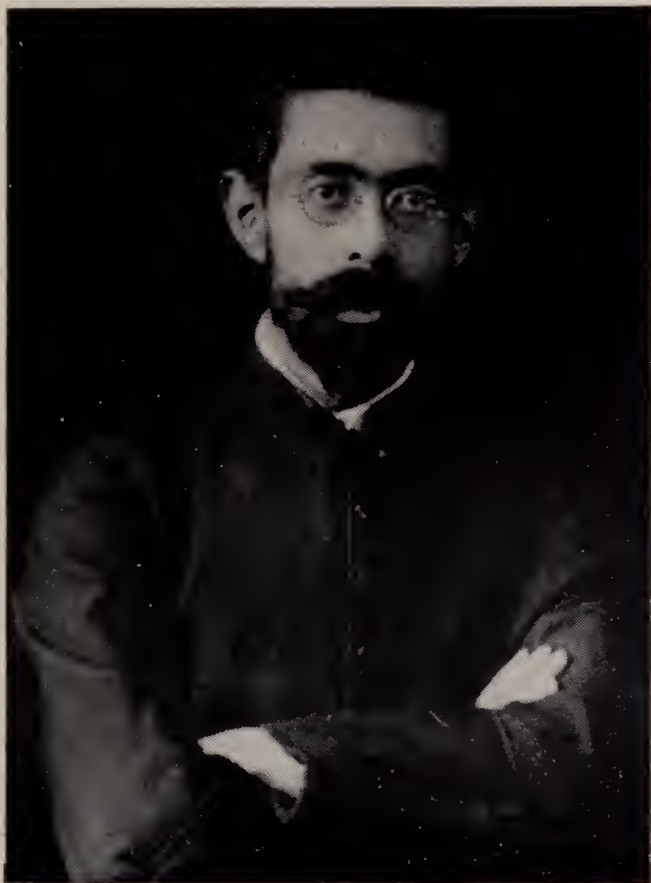
Casa de la familia Martínez en Ballota. Hegar muy cristiano, donde se rezaba el rosario diariamente. Tenían vacas y rebaños de ovejas que los niños pastoreaban. Como se ve, la casa, casi abandonada, está en ruinas. En ella sólo vivían últimamente, Felisa, prima hermana de Mons. y una sobrina que la cuidaba. Felisa murió como dos años antes que Mons., de edad muy avanzada. Pero en aquella época, esa casa era el lugar de reunión de los principales del pueblo: el párroco, el maestro, etc. De allí, Rosendo, entre los 14 y los 18 años de edad, se despidió de su familia para emigrar a México y no la volvió a ver más...



Primera fotografía de Mons. Martínez cuando contaba de 3 a 4 años de edad. Le dijeron que un pajarito iba a salir de la cámara fotográfica, de ahí su atención y la actitud de espera.



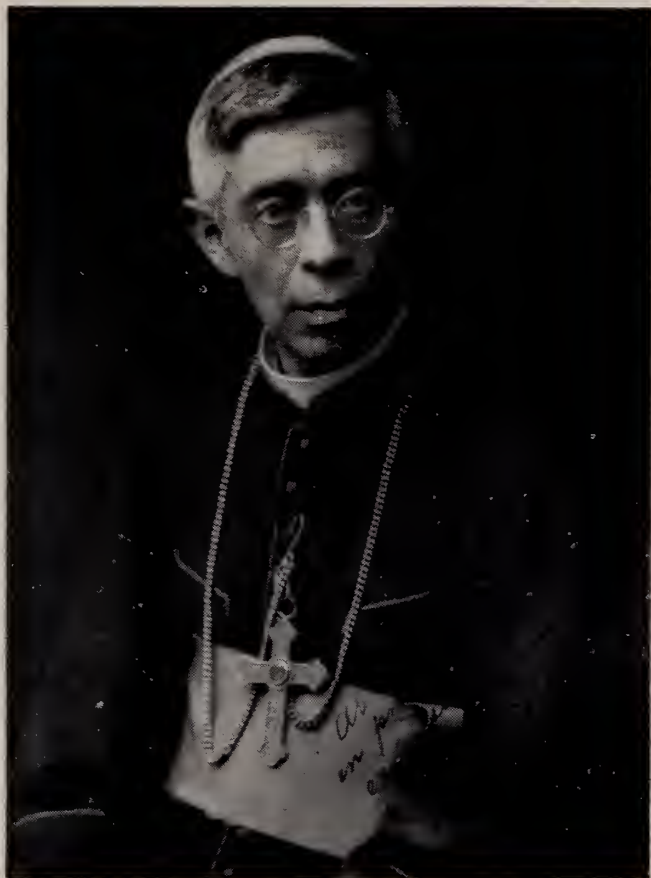
Mons. Martínez (a la izquierda) durante sus estudios en el Seminario Mayor de Morelia. Lo acompaña (a la derecha), Francisco Gaitán que fue después catedrático de Dogma y de Moral, Prefecto de Estudios en el mismo Seminario y Canónigo de la Catedral de Morelia.



Mons. Martínez en la persecución carrancista de 1914 a 1918; durante ella se dejó crecer la barba para pasar desapercibido.
Era entonces Vicerrector del Seminario.



Mons. Martínez al ser consagrado Obispo Titular de Anemurio y auxiliar del Arzobispo de Morelia, el 30 de septiembre de 1923.



Mons. Martínez cuando fue preconizado Arzobispo de México. Nótese su Pectoral tan sencillo, que fue el único que tuvo desde su consagración. Más tarde, siendo ya Arzobispo de México, le obsequiaron otros.



Mons. Martínez llega a las puertas de la Catedral de México, procedente de Morelia, el 14 de abril de 1937, para tomar posesión de la Arquidiócesis. Está de espaldas, en primer término, vestido con un "sobretudo".

cubrieron todo: el viejo caserío, las inmensas llanuras, los valles y hondonadas. Es la gran presa de Tepuxtepec.

Desde entonces Mons. con su gracejo peculiar, cuando le preguntaban por su tierra, contestaba.

—¿Mi tierra?... No tengo tierra, sólo agua...

* * *

Pocos meses duró de párroco, en Puruándiro, el P. Casimiro Rodríguez: la muerte lo arrebató en plena actividad, el 25 de octubre de 1888.

Y de nuevo el luto volvió a envolver a aquellos dos seres desvalidos, la joven viuda y su hijo. Esta vez Luisito, que contaba ya 7 años, se dio cabal cuenta de su nueva orfandad. No volvería a ver más a "papá Mirito"...; pero el afecto y la gratitud para el que fue su segundo padre no se extinguirá jamás en el corazón tan noble de Mons. Martínez, que se distinguió siempre por su fidelidad; todavía el año pasado (1955) no dejará de recordar su memoria, el día 4 de marzo, y no sólo celebrará la misa por el P. Casimiro Rodríguez, sino que, como en los años anteriores, mandará aplicar otras.

Cuando cumplió los últimos deberes con su hermano, Ramoncita tomó a su hijo y se trasladó a Morelia, en 1888, para buscar el amparo de otro hermano suyo, Don Sabino Rodríguez.

Era éste un hombre de una sola pieza, honrado a carta cabal, recto, de un excelente juicio práctico; tenía muy escasas letras, porque siempre había trabajado en el campo. Fue administrador sucesivamente de dos o tres haciendas de los alrededores de Morelia.

Es preciso hacer justicia a Don Sabino. El, sin ostentación, abnegadamente, con el duro trabajo del campo, sostuvo toda la carrera de Mons. Martínez. Más aún, contribuyó en buena parte a formar el carácter de su sobrino, como veremos después.

Tuvo la inmensa satisfacción de verlo sacerdote y de asistir a su primera Misa. Su misión había terminado... Entonces, aquel hombre providencial, asistido en su última enfermedad por Mons. Martínez, se durmió en la paz del Señor con la misma sencillez con que había vivido... (5)

(5) Estos detalles de la infancia de Mons. Martínez me los refirió, en diversas ocasiones, su mamá. Conocí personalmente a Don Sabino. Murió en mayo de 1915.

CAPITULO II

MORELIA

ATENTA a la educación de su hijo, la madre de Mons. Martínez procuró que se dedicara al estudio desde muy temprana edad, primero en Molinos de Caballero, después en Puruándiro y finalmente en Morelia, donde terminó su instrucción primaria en la escuela de D. Timoteo Carrasco, para quien conservó siempre Mons. Martínez, gratitud y veneración.¹

En Morelia pasó Mons. Martínez casi toda su vida, de 1888 a 1937, alrededor de medio siglo. Y en Morelia, el Seminario fue el ambiente en que vivió, como alumno primero, como Prefecto de disciplina y Vicerrector después, y al fin como Rector.

Conviene, pues, que nos demos cuenta de ese doble medio; para lo cual, nada mejor que reproducir dos páginas debidas a

(1) Precisemos un poco las fechas. Mons. vivió en Molinos de Caballero de 1881 a 1886; —en Morelia, transitoriamente, de mediados de 1886 a principios de 1887; en Puruándiro, de 1887 a fines de 1888; en Morelia, definitivamente, desde noviembre de 1888 hasta abril de 1937, menos el período de diciembre de 1922 a septiembre de 1923 en que estuvo de Administrador Apostólico en Chilapa; en México, de abril de 1937 hasta su muerte, el 9 de febrero de 1956. Por razones de su ministerio viajó mucho, visitó todas las diócesis de México, fue varias veces a Estados Unidos, a Centro América y a Europa, dos veces a Tierra Santa y una vez al Líbano, a Venezuela y a Argentina. En cuanto a sus estudios: de primaria sólo estudió tres años: uno en Purándiro y dos en Morelia, en la escuela de Don Timoteo Carrasco (1889 y 1890). En 1891 entró al Seminario.

la pluma eultísima del Sr. Cngo. D. Juan B. Buitrón, compañero y amigo íntimo de Mons. Martínez.

He aquí cómo describe a Morelia:

“Dormida dulcemente en medio de risueño valle, tranquila y aeogedora, señorial y magnífica, es todavía Morelia —después de euatro siglos de fundada— una ciudad pequeña, unida de sileneio y de paz.

En la actualidad, ni tiene industria propia, ni viven ya en ella aeaudalados éomereiantes, ni poderosos terratenientes, ni señoritos herederos de grandes fortunas.

Todo eso lo perdió; pero guarda, eso sí, con cariñosa solitud, algo mejor que todo ello: una tradieión iniinterrumpida de cultura española, raneia y eristiana, tradición que arranca desde su naeimiento como pueblo.

La cultura de Morelia es tan vieja como la ciudad misma.

De ambiente sosegado, se presta a maravilla para la meditación y el estudio, y no parece sino que fuera predestinada desde su fundaeión para ser en todo tiempo una ciudad de estudiantes.

Con excepeión de su calle prinicipal, tiene todavía la ciudad el eneanto de un poblado viejo e inmutable que ha resistido valerosamente las aeometidas de un cosmopolitismo devastador. Dotada de un organismo sano y vigoroso, ha sabido conservar el tesoro de sus tradieiones y glorias pasadas, y altiva y un tanto huraña, —a semejanza de esas grandes damas venidas a menos— sabe, sin embargo, como ellas conservar con decoro su rancio y aristocrátieo abolengo.

Seguramente que los fundadores de Valladolid no intentaron edificar una ciudad industrial o militar, sino un hogar de reposo y de quietud, un oasis en medio del camino tan lleno para ellos de vicisitudes y de fatigas. Otros serían los campos de lueha o de comercio; Valladolid sería el hogar dulce y tran-

quilo a donde vinieran a reposar después de las fatigas de la conquista de la tierra.

Y así ha sido Valladolid durante sus cuatro siglos de existencia: una ciudad de dulzura y de paz. Paz en los ojos de los niños; paz en la vida sosegada de sus nobles matronas; paz en los ojos resignados pero alegres de los ancianos; paz en las casonas que miran pasar por los ojos de sus ventanas lo mismo los acontecimientos que los hombres.

¡Qué gozo al ver sentadas en los quicios de las casas de los barrios pobres al caer de la tarde —tarde luminosa en que el polvillo se convierte en oro— a las mujeres rodeadas de sus chiquillos, descansando de la diaria tarea! ¡Y cómo se adentra la paz en el alma al respirar el suave perfume de las flores en sus jardines, en los preciosos jardines de Valladolid!...: en el de la Plaza Mayor y en el de la Paz... y en el de la Compañía... y en el romántico y conventual de Santa Rosa... y en el de la españolísima plaza de San José... y en el de las plazuelas de las Animas y de Capuchinas... del Carmen y de la Merced...

Valladolid ostenta en sus macizas iglesias la piedad nunca desmentida de sus hijos, y en sus grandes colegios la resignada tristeza de las glorias idas...: los ojos de la imaginación miran en el de la Compañía las sombras venerables de los Clavijeros y Ramírez...; y en los espaciosos corredores del pontificio Seminario del Señor San Pedro Apóstol (hoy palacio del Gobierno), a los Labastidas y a los Munguías, y a los Arcigas, y a tantos otros que de allí salieron...; y en el Colegio de San Nicolás Obispo, fundado por Don Vasco de Quiroga, del que salieron también en otros tiempos tantos preclarísimos varones...

Y si el alma se asoma al jardín de las Rosas no parece sino que mira los millares de muchachas que allí se educaron y fueron después espejos de esposas y madres.

Valladolid, ciudad quieta, quieta en sus conventos y en sus

colegios, en sus casonas y en sus calles, quieta en el corazón y en el carácter de sus hijos. Quieta y decorosa en su Catedral desde cuyas torres —dos gigantescos centinelas que cuidan la ciudad— marcan las campanas el ritmo tranquilo de la vida provinciana, alegres al despuntar el día, a la hora del alba; graves y solemnes, a la hora de la queda, para marcar el principio del descanso”.²

* * *

En cuanto al Seminario, así cantaba sus glorias el Sr. Buitrón en esta página inédita:

“¡Seminario de Michoacán! Dulce asilo de la piedad y del saber; alma mater de la cultura y de la virtud, escuela del bien decir y del buen obrar; luminar que durante siglos has esparcido tu luz sobre el hidalgo solar michoacano; recio forjador de hombres que han sido la honra y prez no solamente de la patria chica sino de la nación entera!

Dentro de tus muros acogedores vivió y se formó el Libertador de México y consumidor de la Independencia nacional, Don Agustín de Iturbide. Seminario de Michoacán, tú alimentaste con el pan de la ciencia a Don Pelagio Antonio de Labastida, Obispo de la Puebla y Arzobispo de México, notabilísimo hombre de Estado y consejero de Pío IX; de tus aulas salió uno de los más grandes polemistas mexicanos, defensor denodado de las libertades de la Iglesia, gran patriota y orador elocuentísimo, el Obispo Don Clemente de Jesús Munguía; tú fuiste el mentor y el maestro del gran tribuno Don Ignacio Aguilar y Marocho; de Don Miguel Mariano Morales, fundador de la Escuela de Jurisprudencia de Michoacán y Obispo de Sonora y de Oaxaca; de Don Herculano López, Obispo y Apóstol de Sonora; de Don José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoa-

(2) “Apuntes para servir a la historia del Arzobispado de Morelia”. Págs. 93-31. México, 1943. Editorial “La Cruz”.

cán, que llenó él solo medio siglo de la cultura y de la historia de aquella Iglesia; del Lic. Don J. de Jesús Ortiz, primer Obispo de Chihuahua y Arzobispo de Guadalajara; de don José M. Cázares y Martínez, Obispo de Zamora; de Don Agustín Abarca, profundo pensador y restaurador insigne de la filosofía en México; de Don Francisco Banegas, Obispo de Querétaro, sabio educador e historiador que recuerda por su amplitud de miras y serenidad de criterio a los Clavijero y Alamán; a Don Francisco Elguero, gran cristiano y gran polígrafo; y... a tantos otros que en la Iglesia, en la magistratura y en el foro han dado lustre y han honrado tu nombre.

¡Bendito Seminario de Morelia! ¡A su solo recuerdo se ilumina mi vida y se estremece de júbilo mi corazón! En ese nido bendito transcurrió tranquila mi adolescencia y en él se consumió el tesoro divino de mi juventud; dentro de sus muros tibios y amorosos ascendí a la serena altiplanicie de la edad madura y en él y a su servicio encaneció mi cabeza. ¡Bendito Seminario de Morelia!

No es el amor filiar —señores— que me ciegue; no es tampoco el vano prurito de afirmar a toda hora que “*cualquier tiempo pasado fue mejor*”, no; sino la sencilla expresión de la verdad el asegurarnos que, si desde su fundación fue glorioso el Seminario de Morelia, a partir de 1906 fue una institución modelo en su género. Espléndido edificio; gabinetes magníficos de Física, Química e Historia Natural; Observatorio astronómico y meteorológico; rica biblioteca, —la segunda entonces del país—; pero más que la materialidad de las cosas, su recia disciplina, su orden admirable, su plan de estudios sabiamente meditado, su profesorado selectísimo.

Presente está, y no me dejaría mentir, su Excia. Rma. el Arzobispo de México, último Rector de aquella Casa, quien la conoció como ninguno y escribió con lo mejor de su vida consagrada toda a ella 30 años de su historia gloriosísima.

Pero vinieron las convulsiones sociales que durante tantos años han conmovido a México, y, ¡cómo se nos cambió la vida! ¡cómo de alegre se nos puso triste!

Todo lo teníamos, y todo lo perdimos; la riqueza se convirtió en penuria, el esplendor en miseria; pero no, no todo, nos quedó la idea, lo espiritual, lo que no muere. El Seminario comenzó a subir su calvario para contribuir con su sacrificio al advenimiento de una patria mejor".³

* : *

A las puertas de este Seminario vino a llamar, en enero de 1891, el futuro Arzobispo Primado de México. Era todavía un niño, contaba apenas 9 años y medio.

Su carrera fue brillantísima y en toda ella se mantuvo a la cabeza de sus compañeros. Me parece que en él sobresalieron dos cualidades: una memoria privilegiada y una inteligencia clarísima.

Aquí es oportuno hablar de un dato muy importante para conocer a Mons. Martínez: su temperamento y su carácter.

El niño que en muy temprana edad pierde a su padre, puede adolecer de cierta falta de virilidad, y más si es hijo único. Suele entonces convertirse en un niño mimado, caprichoso, al que nada se le niega, al que en nada se le contraría. Por este camino es imposible adquirir un temple varonil.

Ahora bien, la personalidad de Mons. Martínez se destaca por una recia virilidad: fue un hombre en toda la acepción de la palabra. ¿Cómo se explica esto? Desde luego porque Ramoncita era un trasunto de "*la mujer fuerte*" de la Sagrada Escritura. En ella se adunaban dos cualidades que parecen opuestas —en realidad se complementan—: una ternura exquisita y un temple varonil.

Amó a su hijo con un amor extraordinario; pero, como todos los afectos profundos, más bien se adivinaba y presentía

(3) Discurso en una fiesta íntima. 11 de enero de 1939.

que se manifestaba exteriormente. Sobria en palabras de afecto y en caricias, no se perdonaba sacrificio alguno por su hijo. ¡Y qué bien supo aprender y reproducir Monseñor esa lección de abnegación y sacrificio!

Ahora bien, nada es capaz de dar un temple tan recio a la voluntad como el sacrificio y el renunciamento.

También contribuyó a formar su carácter su tío Don Sabino. La vida del campo es austera, laboriosa y forjadora de “hombres”. En ella se formó Don Sabino y su ejemplo influyó en la formación del joven seminarista.

En ese tiempo Monseñor pasaba la época de las vacaciones con su tío, en la hacienda que administraba. Por eso fue un jinete consumado. Su tío le había regalado un caballo para su uso exclusivo. Se llamaba “*el pajarito*”, tal vez por lo grácil de sus formas, tal vez por la ligereza con que corría. Era un caballo de mucha ley; para manejarlo, no se necesitaban ni espuelas ni látigo, bastaba la rienda. En los movimientos de ésta parece que adivinaba la voluntad de su amo, y ya se lanzaba como flecha, ya saltaba obstáculos, ya se paraba en seco, ya hacía las cábriolas propias de los coreeles briosos.

En las vacaciones, con frecuencia Monseñor ensillaba al “*pajarito*”, tomaba su rifle y, acompañado de su perro, “*el indio*”, se iba a cazar. Cuando la presa estaba a tiro —patos, huilotas, codornices, etc.—, detenía al caballo, soltaba la rienda, apuntaba y sonaba el disparo. El “*pajarito*” se quedaba inmóvil como una estatua, a pesar de la detonación. En cambio, “*el indio*” corría a coger la presa que había caído y con ella en el hocico, parado de manos sobre el caballo, se la presentaba a su amo. Monseñor tomaba la presa, la guardaba en “*las cantinas*”⁴ de la silla de montar, y seguía adelante.

(4) “*Cantinas*” son como bolsas de cuero que llevan a los lados las sillas de montar en México. El fin de “*el pajarito*” fue muy triste. En una ocasión, los carrancistas hicieron requisición de los mejores caballos de Morelia y se apoderaron de “*el pajarito*”. Mons. no lo volvió a ver... ¡Cuánto lo sintió!

* * *

Aquí viene a propósito recordar algunos episodios de su vida.

Monseñor, desde su primera infancia, empezó a montar a caballo. A los 4 años ya lo hacía y no como otros niños, que necesitan un mozo que los sostenga en la silla y otro que lleve las riendas de la cabalgadura; él se sostenía solo y la guiaba solo. Y no en un caballo demasiado manso, puesto que en una ocasión se le desbocó.

Corría el caballo desalado atravesando llanuras, subiendo cuestras. El peligro era gravísimo; en cualquier momento el niño, asustado, podía caerse, ser arrastrado o coceado por el caballo, o podía éste meterse entre breñales, lo que hubiera dado el mismo resultado desastroso. Nada se podía hacer. Correr tras el caballo era asustarlo más. Los testigos presenciaban, impotentes, aquel espectáculo con la angustia que es de suponerse.

Pero Luisito desde entonces dio pruebas de un gran equilibrio nervioso; no perdió un momento el dominio de sí mismo y la serenidad. Como buen jinete, se asió fuertemente de las riendas y se mantuvo en equilibrio sobre la silla. La carrera vertiginosa agotó al caballo; providencialmente llegó a un poblado donde las mismas calles lo fueron acorralando. Hasta que al fin, jadeante y bañado en sudor, el caballo se detuvo. Y Luisito se apeó triunfante.

Y es de notar el temple de su mamá que no se opuso a que siguiera montando caballo. Era preciso que se enseñara a ser hombre.

* * *

Pasaron los años y en unas vacaciones el joven seminarista cabalgaba en compañía de Don Sabino y de "*un caporal*"⁶

(5) Mozo de a caballo diestro en el manejo de la reata y dedicado a cuidar el ganado.

por los terrenos de la hacienda. De pronto, en un bosquecillo, se oyó bramar a un toro; poco después apareció en la llanura. Don Sabino, que conocía todo el ganado, dijo: es un toro “*alzado*”. Llamen así al toro que se aparta del resto del ganado, se remonta a la sierra y se vuelve salvaje, una verdadera fiera.

—Hay que lazarlo y juntarlo con el ganado, dijo Don Sabino al caporal.

Muy diestros en su arte, desenvolvieron “*sus reatas*”⁶ y se fueron acercando al toro, con precaución y cada uno por su lado.

Entretanto el toro seguía bramando y escarbando la tierra con una de sus patas.

Cuando el caporal estuvo a una distancia conveniente, tiró el lazo, que no falló, y el toro quedó prendido por los cuernos. Enfurecido, empezó a retroceder. La reata estaba demasiado tensa.

Don Sabino, con el conocimiento que tenía de estos lances, comprendió que la reata no iba a resistir, y puso a todos alerta porque el peligro arreciaba.

En efecto, de pronto el toro sacudió la cabeza, crugió la reata y se rompió. Lanzóse entonces el toro para ensartar en sus astas al primero que alcanzara. Pero los tres, consumados jinetes, supieron “*torearlo a caballo*” esquivar sus embestidas. Hasta que con un oportuno “*pial*”⁷ lograron derribarlo.

* * *

Pasaron más años y Monseñor, ya obispo, gobernaba la Arquidiócesis de Morelia durante el destierro de Mons. Leopoldo Ruiz. Se ocupaba en esos días en practicar la Visita Pastoral en las parroquias foráneas.

(6) “*Reata*” es el lazo o cuerda muy fuerte que usan los charros en México.

(7) “*Pial*” es un lazo con que aprisionan las patas traseras del toro para derribarlo.

En esos pueblos, donde es tan viva la fe, la visita del Prelado es un gran acontecimiento. Se le hacen recepciones verdaderamente triunfales. Todo el pueblo en masa sale a recibir al Prelado. Adornan todas las calles, levantan arcos de triunfo. Las bandas de música tocan sus marchas más solemnes. Y sobre todo, los cohetes surean el espacio por todas partes.

El párroco de ese lugar a donde iba a hacer su entrada Mons. Martínez sabía que era un consumado jinete y le preparó un caballo brioso para que en él hiciera su entrada en el pueblo.

Lo montó Mons. Martínez, que a todo se avenía, se asentó en la silla como sólo lo hace quien estaba avezado a este deporte, tomó las riendas y marchó adelante.

Con el estruendo de los cohetes, de las músicas, de los gritos y aclamaciones de la multitud, el corcel trataba de escapar disparado. Mons. lo contenía con las riendas, y el potro tascaba el freno, y bailaba nervioso como en esos casos suelen hacerlo los caballos de brío.

La multitud no salía de su asombro al ver la maestría con que Mons. gobernaba su cabalgadura.

* * *

Finalmente en la formación del carácter de Mons. tuvo muy buena parte la disciplina y la vida de piedad del Seminario. En esta formación tuvo un influjo decisivo Mons. Banegas que murió Obispo de Querétaro y fue Rector del Seminario de Morelia todo el tiempo que Mons. Martínez fue Vicerrector.

Mons. Banegas, tan poco conocido y apreciado, fue, sin embargo, un hombre que superó a su tiempo, de miras muy amplias, de juicio muy certero, de una clarividencia que casi rayaba en profética.

He aquí algunos rasgos que nos pueden dar idea de él.

Mons. Leopoldo Ruiz decía: es sorprendente cómo el Sr. Banegas, sin haber salido nunca de México,⁸ ha sabido colocar el Seminario de Morelia a la altura de los colegios europeos, por su disciplina, sus métodos, su plan de estudio, sus textos, etc.

Cuando los arreglos del conflicto religioso, en 1929, hubo cierta extrañeza en algunos católicos, porque se preguntaban ¿cómo puede la Iglesia ceder alguno de sus derechos? Mons. Banegas desde hacía tiempo había encontrado la solución: “La Iglesia tiene dos clases de derechos: unos primarios y fundamentales, en los cuales no puede transigir; otros secundarios, en los cuales, para evitar males mayores, puede ceder, sobre todo temporalmente, mientras pasan esas circunstancias críticas”. Por eso era de parecer que no se suspendieran los cultos en 1926, sino que se buscara un arreglo decoroso, que al fin, tarde o temprano, las cosas volverían a su estado normal.

Pero la situación era tan álgida, tan confusa, los ánimos tan caldeados, los pareceres tan inclinados a la resistencia, que no era posible seguir su parecer. El tiempo y los acontecimientos, sin embargo, le han dado la razón.

Pero ya mucho antes, cuando todavía no se barruntaba nada de la persecución carrancista, Mons. Banegas la presintió. Reunió entonces a todos los profesores del Seminario y nos dijo que veía venir días muy aciagos para la Iglesia y sobre todo para el Seminario; que se llegaría a no tener ni un centavo con que sostener ni a los seminaristas ni a los profesores.

—Quiero saber —dijo gravemente y pesando sus palabras— con quienes de ustedes puedo contar para que, llegado el caso, sigan dando clases gratuitamente.

(8) Después, Mons. Benegas fue desterrado a Cuba y a Estados Unidos. Consagrado ya Obispo, fue a Roma a la visita “ad limina”.

Está por demás decir que todos dieron su palabra de permanecer fieles en su puesto a pesar de todo.

Dos años después ese día llegó; en 1914 el Seminario fue despojado de su edificio y de sus medios de subsistencia. Por años no se pudo dar un centavo a los profesores; pero todos cumplieron su palabra.

Recuerdo que un día, el Vicario General, hablando con uno de ellos, le preguntó sobre su situación económica. Hoy —le contestó— en la cocina de mi casa no se ha encendido fuego; primero, porque no hay combustible; segundo, porque no hay qué calentar...

* * *

Pues bien, Mons. Martínez fue la obra maestra de Mons. Banegas. Y ni el uno ni el otro lo deseaban, por más que mientras éste lo guardaba en secreto, aquél lo proclamara a todos los vientos.

Cuando Mons. Martínez fue preconizado Obispo, lo primero que hizo fue comunicárselo a Mons. Banegas, invitarlo de Obispo asistente y pedirle su bendición como a su padre que era. Mons. Banegas aceptó la invitación, pero se negó a bendecirlo, alegando que en adelante los dos eran iguales, puesto que los dos eran Obispos.

Insistió Mons. Martínez alegando el derecho de paternidad que sobre él tenía. Cedió al fin y lo bendijo con la bendición de Jacob: "*Filius accrecens, filius accrecens, et decorus aspectu*".⁹ Que seas un hijo que erezeas siempre en la virtud y en la hermosura de tu alma. ¡Con qué largueza confirmó y realizó Dios esta bendición!

Mons. Martínez, siempre fidelísimo, asistió a Mons. Banegas en su última enfermedad. A pesar de estar abrumado

(9) Gen., XLIX, 22.

de trabajo, encontraba manera de hacer viajes a Querétaro para visitarle en su enfermedad larga y penosa (cáncer pulmonar) y para asistirlo en su última hora.

Cuando Mons. Martínez fue nombrado miembro de la Academia de la Lengua, pensó primero hacer su discurso de recepción sobre la hermosura de nuestro idioma. ¡Qué exquisito discurso nos hubiera legado! Pero después cambió de parecer y quizá presintiendo que era su última oportunidad, quiso rendirle a Mons. Banegas un tributo de piedad filial, y dedicó su discurso a hablar de él.¹⁰ Con ese discurso, el último que escribió, cumplió con un deber sagrado de gratitud.

Tales fueron los instrumentos de que Dios se valió para forjar el carácter de Mons. Martínez y hacer de él todo un “*hombre*”.

(10) “Mons. Banegas”. Discurso de Mons. Martínez en su recepción como Académico de la Lengua.

CAPITULO III

SU CARACTER VARONIL

EL CARACTER de Mons. era —como vimos— muy varonil. Lo cual le daba una sobriedad en materia de demostraciones de afecto, que a primera vista lo hacía aparecer —en los primeros años de sacerdote— como un hombre seco y sin corazón. Fue todo lo contrario, como lo veremos después. Mucho corazón se necesita para contenerlo y no dejar que se desboque en manifestaciones de afecto que, satisfaciéndonos a nosotros mismos, fomentan el egoísmo. Amor de mucha ley es el que sólo se demuestra sacrificándonos por los que amamos.

Demos algunas pruebas de esta austeridad de Mons. Es un dato de importancia porque nos hace ver qué lejos estaba de la sensiblería y porque nos ayudará a juzgar mejor su espiritualidad.

Pocos como él han tenido una comunicación tan plena de la paternidad espiritual, de una manera especial cuando fue consagrado Obispo. El Episcopado, según enseñaba Mons., es *el sacramento del Padre* —como el sacerdocio es el sacramento del Hijo y el diaconado, del Espíritu Santo—. Y lo propio del Padre es *la fecundidad*.

Y esa paternidad llegó a su cumbre, cuando el 25 de marzo y el 21 de septiembre de 1927 recibió una gracia muy singular de fecundidad.

En sus notas íntimas encontramos esto, hablando a Nuestro Señor: “El Viernes de Dolores me dijiste unas cosas... ¡Ah Jesús! ¿es posible que mi pobre amor tome ese matiz que me avergüenza, que vayas Tú a colmar *ese anhelo de paternidad* que surge en mi alma, poderoso y nuevo? ¡Qué misterio de amor y de dolor comenzó a descubrirse ante mis ojos!”

De manera que en el corazón de Mons., ensanchado por la caridad divina, palpitaba un reflejo de la Paternidad de Dios. Se sentía en grado sumo padre de las almas, sobre todo de las que de una manera especial Dios le había confiado. Tenía pues el derecho y podía darse la satisfacción tan legítima de tomar en sus labios el nombre dulcísimo de hijo para llamar a los que espiritualmente lo eran. Nunca lo hizo, sin embargo.

Sin duda que permitía poner en sus Pastorales la fórmula de cartabón: “*Venerables Hermanos y muy amados hijos*”; pero era sólo por ser una fórmula de curia; pero en sus sermones y en sus cartas no he encontrado una sola vez esa palabra. ¡Cuántas veces los que espiritualmente recibimos de él todo hubiéramos querido oír que nos llamara con el nombre dulcísimo de hijos! Nunca ni nos dio ese gusto ni se lo dio a sí mismo. Así cumplió el propósito que había hecho: “*No saborear los gustos legítimos y debidos*”.

* * *

¡Y vaya si comprendía la paternidad sacerdotal y episcopal!

“Hay un amor —escribía en sus notas íntimas— que busca por todas partes al Amado y que por todas partes lo encuentra; para él son diáfanas y luminosas las palabras de San Pablo: “*Omnia et in omnibus Christus*. Cristo es todo y en todas las cosas está Cristo”.¹

“Pero hay otro amor que no busca al Amado, sino que

(1) Colos., III, 11.

lo lleva a todas partes y lo reproduce sin cesar. Apenas se puede hablar de este misterio...”

“Así es el amor sacerdotal, que realiza en el altar el prodigio eucarístico. En la Misa podemos repetir, como un eco audaz, las palabras del Padre: “*Filius meus es tu: hodie genui te. Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*”.²

“Así es el amor sacerdotal que enciende en las tinieblas de las almas pecadoras la luz indeficiente de Cristo.”

“Así es el amor sacerdotal que lenta y pacientemente va esculpando en las almas los rasgos adorables de Jesús.”

“¡Oh! La misión del sacerdote es formar a Jesús, hacerlo nacer y crecer —como el Niño divino creció en edad, sabiduría y gracia—, hacerlo desarrollar en las almas, hasta que éstas lleguen a la plenitud de la edad del Cristo.”

“Y si bien se mira, la solicitud pastoral del Obispo tiende a formar a Jesús, no solamente en las almas, sino, pudiéramos decir, en la Iglesia que se le ha encomendado.”

“El fondo de la Historia es la reproducción de Jesús en las almas, en los pueblos, en toda la extensión de la tierra.”

“Mi misión es producir y desarrollar de manera misteriosa, por todas partes, a Jesús. ¡Qué dicha! ¡qué gloria!”

“Y las gracias de 1927 dan a mi amor una fecundidad especial.”

“La vida apostólica aparece a mi espíritu en una forma nueva. Un sacerdote, un apóstol, es un hombre que tiene por misión reproducir por todas partes a Jesús.”

“¡Una nueva revelación! La vida apostólica es amor, *el amor fecundo que reproduce a Jesús!*”

Y reproducir a Jesús en las almas, engendrar en ellas a Jesús, es ser su padre espiritual y tener todo derecho para llamarlas hijas.

No se dio, repito, esa satisfacción. ¡Qué contraste con

(2) Ps. II, 7 et passim.

tántos noveles sacerdotes que multiplican este nombre y abusan quizá de título tan sagrado!

* * *

He aquí otra prueba de su austeridad y de lo que repugnaba a su ánimo viril la excesiva sensiblería. Es una carta preciosa en que no sabe uno qué admirar más, si su fina ironía, si la delicadeza para reprender en una forma que no lastimara a nadie, si el exquisito estilo literario. Hela aquí.

“De broma y de veras.—Carta ingenua a...—Querido amigo: No resisto la tentación de escribirte las impresiones que en mí produjo el *Corpus* al que acabamos de asistir. —Me pareció un *Corpus* romántico. El altar mayor,

“*Vago, indeciso, sideral, flotante,*
como el suave girón de las espumas”,

encerraba la Custodia dentro de una nube políeroma cuyas medias tintas daban suavidad de ensueño a la luz misteriosa que la envolvía... —Románticas eran las “*posas*”,³ cubiertas de gasas y pobladas de ángeles vivientes, vestidos de seda. Vi en ellas una paloma que flotaba en rojiza claridad y corazones flamígeros con leyendas místicas que no acerté a descifrar, y la Paz y la Pureza campeando sobre la suavidad voluptuosa de celajes aurorales.

Pero la nota dominante de la solemnidad fue, sin duda, la blanca teoría de vírgenes que, llevando en sus manos la lámpara simbólica y embalsamando el ambiente con el perfume que sus manos parecían destilar, se deslizaba suavemente por delante de la Custodia, como aquella misteriosa Ofelia que en la trágica escena de Hamlet:

“*regando flores y cantando pasa.*”

(3) Pequeños altares donde se detiene el Santísimo en las procesiones.

Cierto que algunas de las vírgenes blancas me parecieron tan inquietas, que se turbó la escasa devoción de mi espíritu, temiendo que fuera a faltarles el aceite a sus lámparas cuando llegara el festín de las bodas. ¡Se movían tanto! ¡cantaban de manera tan fuerte y dramática! ¡Subían tan confiadamente al altar! ¡de tal modo se codeaban con los ministros sagrados!...

Cuando terminó la procesión, mi coloquio, o más bien mi soliloquio interior, pudiera expresarse en estos o parecidos términos: Sin duda que es humano poner en las sagradas ceremonias un destello de sensible poesía; pero impregnar de romanticismo la liturgia, ¿no perjudicará su espiritual y solemne gravedad? O ¿será más bien que *la escuela, varonil y austera, en que me eduqué* impide a mi espíritu adecuarse a otras formas estéticas? — Tú lo puedes juzgar con tus arrestos de místico y de artista, y con tus tintes robustos de benedictino.— Si aciertas a resolver el problema, comunícale la solución a tu afmo. Luis M. Martínez''⁴

* * *

Pero estaríamos muy equivocados si juzgáramos a Mons. de poco corazón. La realidad es todo lo contrario. Esa austeridad no era sino la corteza que en parte ocultaba y en parte defendía una exquisita sensibilidad, que aún pudiéramos calificar de hipersensibilidad. Pero ¡qué bien sabía disimularla! Era preciso haber penetrado en lo íntimo de su alma —que poquitísimos conocían— para darse cuenta hasta dónde vibraba todo su ser ante toda bondad, ante toda belleza, ante toda armonía y cómo se conmovía su alma ante las demostraciones de gratitud y de amistad, y al conocer las penas y sufrimientos de los demás.

Fue un devoto de la amistad al estilo de Lacordaire. Nin-

(4) Carta del 3 de junio de 1926 a J. G. T.

guno de sus amigos puede quejarse de que Mons. hubiera traicionado su amistad, a pesar de que su vida fue una constante ascensión hasta llegar al lugar más alto de la jerarquía eclesiástica en México, mientras que algunos de sus amigos se quedaron al ras de la tierra. Nunca cambió. Siempre fue el mismo.

Su amistad tenía estas dos grandes cualidades: *la fidelidad y la delicadeza*.

A pesar de ser tan franco y de que era amigo acérrimo de melosidades, ¡cómo presentía uno su delicadeza! Si era su deber reprender a un amigo, lo hacía sin respeto humano ni debilidad culpable, pero con qué tino para no lastimar y cómo trataba como de hacerse perdonar lo que no había sido sino cumplimiento de su deber.

Por ejemplo, decía a una persona muy sensible: “Tú eres como sensitiva; yo soy como maguey”. A otra muy impetuosa: “pareces toro de lidia; yo no paso de ser un buey manso que por más que lo piquen con *“la garrocha”*,⁵ no sale de su paso...” ¡Qué distinta era la realidad!

Este párrafo de una carta nos demuestra lo mismo. “Tú penúltima carta me trajo pena y admiración: pena, por haberte molestado tanto cuando estabas atiborrado de bilis; y admiración de ver que a uds. se les derrama la bilis y a mí no. El comentario que hice fue repetir, de manera patética, aquella expresión familiar del P. López Ortega:⁶

“¡Ay infeliz del que nació sensible!”

Te confieso que *“in illo tempore”* no penetraba la profundidad de ella y me parecía *una frase hecha*, tomada de alguna

(5) “*Garrocha*” es una pica con la que el boyero pincha a los bueyes para que apresuren el paso demasiado lento.

(6) El P. José López Ortega fue profesor de filosofía en el Seminario de Morelia y después Rector de Instituto Científico del Sagrado Corazón de Jesús; fue un sacerdote muy distinguido, ponderado, ecuánime. Murió prematuramente.

canción romántica y llorona o de una comedia cursi.⁷ Pero ahora comprendo la profunda sabiduría que encierra. Los simples mortales, tenemos poco que sufrir y eso poco lo rebajamos mucho, porque lo dejamos resbalar suavemente... ¡pero uds... con esa hiperestesia espiritual...! Pero, en fin, uds. tienen que pagar con la hiperestesia de las impresiones *bili-fluentes* la hiperestesia divina del arte. ¡Oh sapientísimo P. López Ortega! ¡cuánta razón tenías!”⁸

Esa sensibilidad se traicionaba en su afecto filial: ¡cuánto amaba a su madre! Cuando en medio de sus ocupaciones absorbentes lograba el entonces Vicerrector del Seminario escaparse para verla, pocas cosas se decían con los labios, pero ¡cuántas con la mirada!

Dicen que el amor es intuitivo, sobre todo cuando es puro y ardiente. Nunca como entonces lo comprendí. ¿Para qué necesitaban palabras aquellos dos corazones que por las intuiciones del amor se comprendían y adivinaban?

Con razón escribía en sus notas íntimas y refiriéndose al amor divino:

“¿Qué es una mirada de amor? ¿Es el amor que se sale por los ojos o es el alma que busca en el Amado el dulce incentivo del amor? ¿Una mirada de amor es entrega o posesión?... Cuando se mira, ¿se expresa el amor o se pide?... ¡Oh! ¿quién puede explicar el misterio de una mirada de amor...?”

Cuando murió su mamá, el 9 de febrero de 1925, se abrió en el corazón de Mons. una herida que no volvió a cerrarse jamás. Años después escribía en sus notas íntimas: “La herida abierta en mi alma por la muerte de mi mamá no se ha cerrada; quizás no se cerrará en este mundo. Hoy recorrí lugares llenos de su recuerdo y se conmovió mi corazón y saltaron lágrimas de mis ojos...”

(7) La frase en realidad es de un poema de Núñez de Arce.

(8) Carta sin fecha a J. G. T.

Pero viene luego la generosidad del amor divino a sobreponerse a todo: “Si evocar el dulce recuerdo de mi madre y *saborearlo* es contra tu amor, le dije a Dios, te sacrificaré hasta ese recuerdo, que por Ti quiero sacrificarlo todo, que Tú eres mi Unico, que ella me enseñó a amarte por encima de todo”.

“Y una luz rápida y suave bañó mi alma, como la respuesta de Dios a mis palabras.”

“Entreví entonces lo que son los afectos divinizados, esto es, los afectos del cielo que se inician en la tierra con las imperfecciones del destierro.”

“Las almas se unen por el pensamiento y por el amor. ¿Podrá haber mayor unión que la que tiene por vínculos el pensamiento divino y la voluntad de Dios?”

“Los bienaventurados en el cielo y las almas santas en la tierra han simplificado sus pensamientos y sus afectos en el pensamiento único y en el amor simplísimo de Dios.”

“Esta es la verdadera unidad de las almas y, por consiguiente, el verdadero amor. ¡Qué distintos de estos afectos divinizados son los afectos humanos! Estos son pobres y mezquinos, porque no logran nunca la perfecta unidad. Los verdaderos afectos que el corazón anhela son reflejos y prolongaciones del Amor único. Dos almas que se aman son dos almas divinizadas, sumergidas en la luz y en el amor de Dios. ¡Qué pureza en estos afectos que viven en el seno de Dios! ¡qué desinterés! ¡qué intimidad! ¡qué fineza! ¡qué dulzura! ¡qué libertad!”

“Así se ama en el cielo, la verdadera patria del amor. Así se puede amar en la tierra. Ciertamente que aquí esos santos afectos tienen la imperfección propia del destierro; pero, aun así, ¡cuánto mejores son que los afectos humanos.”

“La base de esos afectos santos es la fe; y la fe es siempre oscura. A las almas que así se aman y están separadas por la

muerte o por la distancia les falta esa comunicación sensible tan buscada por nuestra miseria; pero en medio de las sombras de la fe, se hallan, se comunican, se unen en Dios.”

“En el cielo, ni esa comunicación clara faltará a las almas que se aman: divinamente espiritual, primero; maravillosamente sensible, después de la resurrección.”

“En la tierra la oscuridad de la fe es una deficiencia, pero es también una salvaguardia. Las comunicaciones sensibles de aquí abajo ¿no son un obstáculo para la pureza, para el desinterés, para la intimidad de los afectos? ¿No son una fuente de egoísmo? ¿No son un peso que quita a las almas la libertad de unirse y de subir?”

“El verdadero, el único amor es el divino; los otros, si son verdaderos, son irradiaciones de aquél. Como en el día la única luz es la del sol y ésta puede venirnos directamente de su foco o reflejarse en las cosas tomando diversos colores y matices o tamizarse en medios transparentes, vistiéndose con las ricas coloraciones del iris; así en el mundo de las almas, Dios es el único sol del amor; todos los afectos son luz de aquel sol que se refleja o se tamiza en las criaturas, o que baña los ojos purificados con más divino esplendor.”

“El amor tiene siempre algo de divino, algo de inmenso; para apreciar su verdad y definir sus grados hay que apreciar lo que hay en él de divino.”

“¡Lástima que las palabras se esfuerzen en vano por traducir lo que expresa sin palabras la luz divina!”

Estas páginas de una sinceridad absoluta —puesto que no estaban escritas para nadie— nos revelan cómo amaba el gran corazón de Mons. Martínez.

* * *

Otra prueba de la sensibilidad de Mons. Martínez era su temperamento artístico. Artista es no sólo el que crea la

belleza, sino también el que es capaz de admirarla. Para hacer una obra de arte y para comprenderla, casi se necesita el mismo sentido estético. ¿Sin temperamento de artista cómo puede admirarse adecuadamente la belleza?

Basta leer algunas páginas de Mons. Martínez para comprender que fue un literato eximio. Por ejemplo, ¿quién puede hacer una descripción del océano en alta mar, si sólo ve agua; agua y más agua. Mons. Martínez, en "*A propósito de un viaje*", escribió todo un capítulo sobre el océano. No hay quizá nada semejante. Espiguemos algunas líneas:

"Durante estos días he visto mucho el mar, y lo he visto con amor. Su belleza es de una grande sencillez."

"Todo lo grandioso, lo sublime, se caracteriza por la sencillez. Abajo está lo complicado, lo complejo; arriba, en la cumbre, lo sencillo."

"Habrà quien piense que es monótono el océano; pero no es así: es rico en colores, en líneas; sin embargo, ninguna de esas cosas constituye su belleza. Lo que hay en él de atractivo, de grandioso, lo que en él nos cautiva y a las veces fascina, es su inmensidad. Es sencillo porque es inmenso; la complicación de líneas, de colores, de objetos, es propia de las cosas limitadas y estrechas de la tierra. En el mar no hay la estrechez de lo complejo, sino lo sencillo de la inmensidad."

"El cielo y el océano nos hablan mejor que nada del infinito; el cielo es la inmensidad que no se abarca con los ojos ni con la imaginación; esta pobre facultad nuestra siente vértigo cuando quiere soñar en el espacio inmenso. El océano es la inmensidad relativa; aunque no veamos sus playas, conocemos sus límites; está más cerca de nosotros, es la inmensidad que se dilata bajo nuestras plantas, la inmensidad palpable, nuestra inmensidad..."

"El océano a las veces nos abrumba con su inmensidad y a las veces lo sentimos nuestro hermano; a las veces parece

sonreírnos con su espléndida placidez, con el dulce vaivén de sus olas, con los suaves colores que tiñen sus cristales; aun sonriente nos hace sentir nuestra indiscutible pequeñez. Pero a las veces tórnase grandioso y terrible. No he visto una tempestad en el mar, pero las he visto en las almas: son terriblemente bellas. Así han de ser las tempestades en el océano.”

“El océano no es monótono; en la simplicidad de su belleza se esconden la gama del color y la del sonido, la variedad de las líneas y de las formas, y sobre todo, no sé qué recóndita riqueza que el lenguaje no expresa, pero que siente el espíritu, como si en las líneas caprichosas de sus olas, y en la blancura inmaculada de su espuma, y en los matices de sus colores, y en el misterio de sus horizontes, escondiera el océano algo espiritual y divino que se comunica con nuestro espíritu y le revela los secretos que los labios no pueden decir.”

“Si en todas las criaturas puso Dios algo divino: la huella de su mano, el hálito de su espíritu, el perfume de su majestad; parece que lo divino del océano se descubre más fácilmente al espíritu; porque no estorban las cosas de la tierra, múltiples y estrechas, o porque la inefable soledad del océano dispone al espíritu para sentir mejor a Dios.”

Pero sería preciso reproducir todo el capítulo.

* * *

He aquí otra página de Mons.:

“¡Precioso destino el de las flores: difundir hacia el cielo su perfume y depositar en la tierra su semilla fecunda!”

“¿Qué importa que sea efímera su primavera y fugaz su lozanía, qué importa que la opulencia de sus pétalos se disipen como rápido sueño, si su aroma ha embalsamado el ambiente, si no se ha de perder jamás su germen inmortal?”

“Las almas son como las flores: bajo la riqueza de sus virtudes o bajo la envoltura de sus miserias esconden un perfume

divino y un germen prolífico. Su perfume es el amor, su fecundidad virginal es Jesús que, en una o en otra forma, comunican a otras almas.”

“Al hacerse carne el Verbo de Dios se convirtió en divino Jardinero; enamorado de las almas, siembra sin cansarse la semilla del cielo, aspira con fruición el aroma exquisito de sus flores y recoge amorosamente la mies opulenta.”

“¿Qué tendrán las almas que así las ama Jesús? ¿Qué será ese perfume divino que guardan en su seno misterioso? ¿Quién comprenderá ese *algo divino* que el Creador infundió en ellas con su soplo omnipotente, que Jesús regó con su Sangre preciosa, que el Espíritu Santo fecunda con su sombra santificante?”

“Quizá la primavera de las almas es también fugaz y pasa con sus encantos inolvidables, con sus sueños celestiales, con su frescura inmaculada; ¿pero qué importa, si las almas, como las flores, al llegar a la madurez otoñal realizan su precioso destino: difunden hacia el cielo su divina fragancia y depositan sobre otras almas su semilla inmortal?...”

CAPITULO IV

SU TEMPERAMENTO ARTISTICO Y JOVIAL

NO SOLAMENTE fue un artista en prosa, también lo fue en verso; pero tuvo siempre el pudor de sus poesías y no se conocieron en vida, salvo algunas humorísticas. Antes bien, a los poetas les hacía broma diciéndoles que Jesucristo, que había sido perfecto en todo, nunca había hecho versos...

Como muestra de su obra poética, presentamos desde luego cuatro sonetos; el primero se refiere a la Sma. Virgen y expresa un pensamiento muy delicado y profundo:

*A la luz de la fe —místico cirio—
que ilumina la noche de este suelo,
apareciste, oh Virgen, a mi anhelo
y te vi en el ardor de mi delirio*

*con tu candor sin mácula y sin velo,
con tu fecundidad y tu martirio,
como divino, ensangrentado lirio,
que guarda entre sus pétalos el cielo.*

*Y el misterio entreví, santo y profundo,
que hizo con sapientísimo concierto
madre a una virgen y al dolor, fecundo.*

*Mas un enigma a descifrar no acierto:
¿cómo treinta y tres años en el mundo
viviste con Jesús sin haber muerto?...¹*

El segundo se refiere a un alma que trata de encontrar su vocación.

*Anfora cincelada y exquisita,
hecha a la imagen de inmortal belleza,
para encerrar la espiritual riqueza
de un amor que al eterno amor imita.*

*Tal es tu corazón; mas necesita
para lograr su dicha y su grandeza,
la opulencia brindar de su nobleza.
¿A quién? Solamente la infinita*

*ciencia de Dios descifrará el oscuro
enigma. Pero cumple a tu decoro,
para el ignoto poseedor futuro*

*cual se guardan las perlas, cual el oro,
siempre guardar immaculado y puro
del corazón el virginal tesoro.*

(1) Encontramos en sus notas íntimas estos hermosos pensamientos: ...“El querer que Jesús no se me descubra, el no resistir su belleza, no es por motivo de mi indignidad y de mi pequeñez; tampoco por falta de confianza; es matiz de amor, es exceso de sensibilidad —aunque en todo lo demás sea poco sensible—. *Admiro a María Sma. que vivió treinta y tres años con Jesús sin velos que lo cubrieran a El ni a los ojos de Ella; admiro a las almas que viven ya como en el cielo y tienen fortaleza para mirar el esplendor del Amado y sumergirse en el océano de sus caricias inenarrables*”.

“Dios da esa fortaleza; Dios amplía el corazón; Dios hace maravillas. Pero no puedo imitar esos prodigios; vivo feliz adivinando la belleza soberana a través de un velo discreto y misterioso, y aspirando el suave perfume del Amado en la estela levisima que deja por donde pasa triunfalmente...”

“Ni mi espíritu; ni mi corazón, ni mi carne soportan más... Y pienso que no recibo menos que las almas fuertes, sino que lo recibo de otra manera...”

El tercero trata de la Eucaristía y cómo el alma se esfuerza en corresponder a ella.

*“El fruto de la vid sin el pesado
esfuerzo del lagar no fuera vino,
ni el trigo candeal sin el molino
se convirtiera en pan immaculado;*

*si por dolor no fuera transformado
en pan de vida y en licor divino
el amor, no cumpliera su destino
de darse en comunión siempre al amado;*

*sin la Cruz, para mí Jesús no fuera
pan de salud y cáliz de alegría
y El mismo en mi miseria no viviera,*

*y pues su amor me dio su Eucaristía,
mi amor no fuera amor, si no le diera,
por un milagro de dolor, la mía...”*²

(2) Este exquisito soneto me lo comunicó Mons. en carta del 19 de agosto de 1927. Para ocultar que era suyo, me dice: “Entre las curiosidades que suelen caerme, tengo este soneto que te copio, porque tiene el sabor de la Cruz”. Cuatro días antes lo había comunicado al Sr. Cngo. Buitrón, su íntimo amigo: toma entonces mayores precauciones para que no vaya a creer que es de él. Esta carta es deliciosa y por eso la transcribo. “Querido Juan: Has de saber que, como “el amor en el cielo y en la tierra tiene siempre el mismo nombre, la misma esencia y la misma ley”, cuando las almas sienten muy vivamente el amor de Dios cantan, ni más ni menos que cuando se abrasan en el amor de la tierra; pues no sin razón escribió S. Agustín: “*Quid habet canticum novum, nisi amorem novum? Cantare amantis est. Vox huius cantoris fervor est sancti amoris*”. (¿De dónde nace un cántico nuevo si no de un nuevo amor? Cantar es propio del que ama. La voz de este cantor es el fuego del santo amor).

“Estos cantos espontáneos tienen siempre el mérito de la sinceridad, casi siempre la unción del Espíritu Santo y a las veces alguna belleza literaria.”

“Me propongo cuando pueda hurgar mis papeles, mostrarte algunas pruebas de mi afirmación; pero ahora te envío una muestra, siquiera por el hermoso pensamiento que encierra.”

“Es un soneto (estas gentes no se amilanan ante la majestad del soneto,

El cuarto lo dedicó a sus últimos cabellos negros:

*Resto fugaz de juventud lejana,
recuerdo de pasadas alegrías,
carencia de extinguidas melodías,
cabellos negros que caeréis mañana.*

*No os llevaréis las esperanzas mías
con vuestra pompa juvenil y vana:
bajo la noble cabellera cana,
con más vigor que en los mejores días,*

*florecerán del alma los rosales
y esparcirán su aroma peregrino
de la vejez temida en los eriales;*

*porque, si el tiempo hace exquisito al vino,
afinará las rosas inmortales
de mi jardín, que tiene algo divino...*

Mons. Martínez tuvo especial predilección por Sta. Teresa del Niño Jesús. Tenía la convicción de que Dios se la había

tal vez porque ignoran sus dificultades técnicas o porque el amor —como la ignorancia— es atrevido) y te lo copio con ligeras correcciones que me atreví hacerle”.

“Ya me darás tu opinión, pues pasas por el primer crítico de Michoacán, o al menos pasabas en mejores días”. (Enseguida lo transcribe).

“¿Qué te parece? Pudiera explanarse quizá, como S. Juan de la Cruz explanó sus canciones; pero es más importante explicar *los toques sustanciales* de que habla el mismo Santo; y a eso me voy a dedicar en estos días. ¿Gustas?” (En esos días, en efecto, escribía su Tratado de Ascética y Mística).

Le pedí que me permitiera publicarlo en “La Cruz” y me contestó el 1º de octubre del mismo año: “Puedo autorizarte y te autorizo para la publicación del soneto; pero sin decir el autor por muchas razones: la primera, porque no sabes quién es y no te lo digo... ¿Quiéres que exponga las demás?”

Desde al principio tuve fundadas sospechas de que fuese suyo. Últimamente las vi plenamente confirmadas en sus notas íntimas. Se publicó por primera vez en el núm. de “La Cruz” de nov-dic. de 1927, pág. 116, y después en mi libro “La Eucaristía”, cuya primera edición se hizo en 1938.

dado por maestra y se esforzó por vivir la vida de Infancia Espiritual de la cual fue ella maestra consumada.

En esta ingenua poesía, el Arzobispo Primado de México revela tener un corazón de niño. Y como los niños escriben a los Reyes Magos para pedirles un regalo, él lo hace también:

*¡Santos Reyes! que a los niños
puros, sencillos y buenos,
entre escarchas y entre henos,
bellos regalos traéis,*

*creo que a pesar de mis años
me traeréis el don deseado.
En lugar de mi calzado,
os pondré mi corazón,*

*que es el único que puede
recibir el don que anhelo;
no es de la tierra, es del ciclo,
es el divino Jesús.*

*Pero traédmelo, os lo ruego
tal cual yo lo necesito:
¿crucificado? ¿niñito?
¿maestro? Él os lo dirá.*

*En mi corazón ponadlo
y dejadlo allí escondido,
que ese corazón sea el nido
sempiterno de su amor...*

(6 enero 1938)

* * *

No hay que pasar en silencio su poesía humorística, la única que daba a conocer a sus amigos. Dejemos a un lado "las

calaveras” que cada 2 de noviembre hacía a sus muy allegados, —llenas de ingenio y de gracia— por ser más conocidas, y citemos un “*tríptico*” completamente desconocido hasta ahora. Lo escribió para un amigo muy íntimo con la condición de guardarlo para él sólo.

No es para espíritus escrupulosos, de juicio estrecho y que fácilmente se “*admiran*”, sino para criterios amplios y comprensivos.

Las circunstancias en que Mons. escribió este tríptico fueron éstas. Cuando la Santa Sede preconizó a Mons. Martínez Arzobispo de México, Mons. Leopoldo Ruiz, Delegado Apostólico, lo mandó llamar a San Antonio Texas, lugar donde estaba desterrado, para pedirle su consentimiento. Fue un 14 de febrero, día de S. Valentín, en que acostumbra celebrarse los prometidos.

I.—Y MICHOACAN...

*Cada Obispado cuando llega su hora,
como feudal tributo a soberana,
a la primera Sede mexicana
le da un Prelado. En la radiante aurora*

*del siglo veinte, joven y lozana,
la matrona prolífica, Zamora,
envió a la capital a José Mora,
rico botón de floración temprana.*

*Después Guadalajara, la de inquieto
y ardiente corazón, hizo a la raza
el magnífico don de Díaz Barreto.*

*Ahora Morelia, la de hidalga traza,
la de solar glorioso, pero escueto,
a México enviará... ¡una calabaza!*

Como se comprende fácilmente, se refiere en este soneto a sus predecesores, Mons. José Mora y del Río, de Zamora, y Mons. Pascual Díaz, de Guadalajara.

En el II soneto hace alusión a las dos sedes titulares que tuvo antes, Obispo titular de Anemurio (*Eski Anemur* o *Mamuriyé*, situada en la costa, al este de Charak y al noroeste del cabo Anemur, cerca de Chipre), y Arzobispo de Misthia (ciudad de Pisidia, la moderna Fasiler, al este de Beisehehr, en el Asia Menor). Personifica al fin “*como una aristócrata*” a la Arquidiócesis de México.

II.—BODA Y MORTAJA

*Yo ture dos platónicos amors,
dos amores con sendas orientales:
la una se retrataba en los cristales
del mar latino: y a ella en mis mejores
años me uní en arcanos desponsales.
Brindóme la otra asiáticos primores.
Cerca de un lago, en medio de las flores,
soñé que altiva estableció sus reules;
y era otra espléndida y graciosa maja
la dueña de mis íntimos anhelos.
Mas nadie sabe para quien trabaja:
me pescó una aristócrata de vuolos.
¡Cuán cierto es que la boda y la mortaja,
vienen directamente de los cielos!*

En fin, el III soneto se comprende, teniendo en cuenta que el Obispo se desposa místicamente con la Iglesia que se le confía —y por eso lleva el anillo pastoral— y que el 14 de febrero, fiesta de San Valentín, día de la preconización de Mons., es

el día de los prometidos. No olvidemos en fin que, lejos de imaginarse su promoción, sólo pensaba en la visita a Mons. Leopoldo Ruiz, en cuyo afecto paternal esperaba encontrar descanso.

III.—MI VALENTINA

*Me dirigí hacia el Norte muy seguro
de hallar en corazón profundo y manso
dulce sosiego, plácido descanso
y afecto paternal, íntimo y puro.*

*Sería en mi vida celestial remanso
mi estancia allá. Pero... ¡oh triste oscuro
día de San Valentín! ¡Destino duro
duro y cruel, cuyo rigor no amanso!*

*En la inquieta ciudad de San Antonio,
una matrona linajuda y fina
me pidió osadamente en matrimonio.*

*Se me puso "la carne de gallina";
mas... como el indio, dije: ¡qué demonio!
¡Pos ya staría de Dios que fuera ansina!*

A bordo del tren "Estrella", 25 de febrero de 1937.

* * *

Mons. Martínez tenía una doctrina sobre los artistas, original sin duda, pero que, si bien se reflexiona, nadie la puede poner en tela de juicio. Según él, nadie es artista en una materia, en una manifestación del arte, sin serlo en todas. No lo será siempre de una manera activa, pero pasiva por lo menos; no creará tal belleza, pero sabrá admirarla.

Quizá la razón profunda de esta afirmación está en que la belleza en el fondo es una sola. Dios es la Belleza única,

absoluta; todo lo que hay de hermoso en el universo no es ni puede ser sino un reflejo de aquella suprema hermosura.

Ahora bien, Mons. era un literato, luego era un artista en todos los órdenes, es decir, era capaz de gustar toda belleza, de saborear toda hermosura.

No era propiamente músico y, sin embargo, con qué fruición escuchaba, por ejemplo, la novena sinfonía de Beethoven; cómo tenía un instinto certero para distinguir la música religiosa de la que no lo era; y toda su vida trabajó, primero en el Seminario, luego en la Arquidiócesis de Morelia y después en la de México, por restaurar la música religiosa, y especialmente el canto gregoriano. Y no sólo por espíritu de disciplina a las disposiciones de la Santa Sede, sino también por gusto propio y personal.

Y en las artes plásticas, cómo se extasiaba contemplando las obras de arte que se admiran en el Museo del Prado, en la Pinacoteca Vaticana, en las Basílicas Romanas con sus mosaicos y sus fresecos, etc., etc.

No cabe duda, Mons. Martínez tenía un temperamento de artista.

* * *

Nos falta un rasgo para acabar de conocer el carácter y el temperamento de Mons. Martínez es su constante buen humor, su serena ecuanimidad, su optimismo incorregible, su alegría sana y contagiosa. Siempre tenía la palabra oportuna, la broma inofensiva, el comentario certero, la anécdota graciosa. Nadie podía estar triste en su compañía.

Sin duda que, en su madurez, esa ecuanimidad fue fruto de una virtud consumada; pero, si tratamos de investigar su génesis, la encontraremos en su notable equilibrio nervioso. A los médicos que lo trataron les causaba gran admiración y a ese equilibrio atribuían su energía incansable para el traba-

jo, ya se tratara del estudio en el que podía pasar largas horas, ya se tratara del ministerio, como predicaciones, confirmaciones, confesiones, etc.

Si le preguntaban si estaba cansado, contestaba: “*No tengo el mal gusto de cansarme*”. Cuando pasaba muchas horas en ayunas y trabajando, al preguntarle si le dolía la cabeza (son tan frecuentes en esos casos las cefalalgias), decía muy en serio: “*Pero, qué duele la cabeza?....*”

Por eso un Prelado, viendo que no podía resistir tanto trabajo como Mons. Martínez, le decía:

—“¡Yo no tengo *cuero glorioso*, como su Excia.!”

Ese mismo equilibrio nervioso hacía que todo lo viera con calma, sin apresuramientos, sin esas prisas que todo lo atropellan, sin esa ansia que quiere ya acometer otro trabajo antes de terminar el anterior. Mons. se aplicaba a cada cosa, como si no tuviera otra que hacer, conforme a la máxima: “*age quod agis*”, haz lo que haces.

Una de las ocupaciones más molestas para un Prelado es tener que pasar diariamente largas horas recibiendo toda clase de personas, unas que no van sino a pedir dinero, otras que exponen su asunto prolijamente cuando podían decirlo en tres palabras, otras que no oyen razones y que siguen insistiendo en lo mismo, en lo mismo, con una terquedad que crispa los nervios.

Mons. escuchaba a cada persona como si a nadie más tuviera que recibir. Y tenía el don tan difícil de tratar a todos de tal manera que nadie salía descontento, aunque no hubiera conseguido lo que deseaba.

De este mismo equilibrio nacía su excelente sueño. Poner la cabeza en la almohada y dormirse todo era uno. Los graves y espinosos problemas de sus cargos no llegaron a quitarle el sueño.

—“Anoche, decía con gracia, *tuve un gran insomnio: tardé dos o tres minutos para dormirme...*”

Con todas estas circunstancias, se comprende que estuviera siempre de buen humor.

Sin duda que tuvo grandes penas y, en su vida espiritual, muy terrible crisis, como veremos; pero entonces su humildad, su confianza en Dios, el amor a la voluntad divina lo mantenían en paz, a pesar de todo.

* * *

No faltó quien, con mirada miope y criterio estrecho, tomara a mal el humorismo de Mons. Martínez, como si desdijera de la dignidad prelaticia o fuera indicio de ligereza de carácter o de superficialidad.

Lo que en realidad pasaba, era que Mons, se hacía “*todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo*”. Con el sabio era sabio, espiritual con los espirituales, niño con los niños, se hacía como ignorante con los ignorantes, y a la sociedad frívola de nuestro tiempo le hablaba también en el único lenguaje que puede comprender.

En esto, como en otros puntos, tiene Mons. Martínez grande afinidad con S. Francisco de Sales. La piedad en el siglo XVII se había tornado huraña, gazmoña e incompatible al parecer con la sana alegría del vivir; S. Francisco de Sales la hizo atractiva, dulce, alegre y pudo así introducirla en todas partes, hasta en la misma Corte.

Algo así hizo Mons. Martínez: ¡cuántos alejados de Dios, llenos de prejuicios contra los sacerdotes y sobre todo contra los Prelados, cambiaron por completo y rectificaron sus juicios ante la conquistadora amabilidad y llaneza de Mons.!

Por otra parte, el pueblo, las clases menesterosas, estaban acostumbradas a ver muy poco a sus Prelados, en una demasiada respetuosa lejanía, y a no tratarlos directamente, sino por

una serie de intermediarios; no los conocían por consiguiente. Así era la costumbre y así lo pedían aquellos tiempos.

Mons. Martínez fue un Prelado *demócrata* —en la buena acepción de la palabra—, se puso directamente en contacto con su pueblo, conoció sus necesidades, compartió sus penas y en cuanto pudo trató de remediarlas.

El resultado fue que se ganó el corazón de todos, como lo demostró hasta la evidencia el duelo extraordinario y universal que causó su muerte.

* * *

Además, Mons. era siempre *como él era*, sencillo, natural, sin fingimiento, sin actitudes estudiadas, sin “*poses*”. A veces, en el ministerio, parecía aun distraído, como si le faltara devoción. ¿Era que trataba de disimular las riquezas de su vida interior? ¿O estaba abstraído cuando parecía distraído? Más me inclino a esto último, porque él aborrecía todo fingimiento.

Recién consagrado Obispo escribió a un sacerdote, maestro de ceremonias de cierta catedral, y se firmó a secas Luis M. Martínez. Como los que desempeñan ese oficio están acostumbrados a llamarle la atención a todo el mundo, aun a los Obispos, este sacerdote le advirtió a Mons. Martínez que no debía firmarse así, sino con una cruz y luego Luis María, Obispo titular de Anemurio. Le contestó Mons.: Firmaré así cuando se trate de un documento oficial; pero, cuando escriba a mis amigos, seguiré poniendo a secas Luis M. Martínez, porque no estoy todo el día con la mitra en la cabeza y sentado en el trono pontificio, sino que hay momentos en que me tiendo en la cama y levanto los pies para descansar, sin acordarme que soy Obispo...

Este carácter alegre, jovial, expansivo de Mons. data de muy atrás. Cuando era Vicerrector del Seminario, esperaba que todos los alumnos se recogieran a dormir, reunía entonces en

un lugar apartado a los catedráticos y se ponían a jugar a “la roña” y a hacer travesuras como auténticos colegiales.

En una ocasión, uno de los profesores, tal vez por su carácter serio o por alguna indisposición, no quiso tomar parte en la juerga y se retiró a su habitación para dormir. Entonces todos sus compañeros, a iniciativa de Mons. Martínez, llevaron una tina a la puerta de su habitación y con cubetas estuvieron llevando agua hasta llenarla. Una vez llena, la vaciaron dentro de la pieza del catedrático dormido, y la habitación quedó convertida en un pequeño lago...

Otra vez, un catedrático esperaba que esa noche lo llamaran para ayudar a bien morir a uno de sus penitentes y por este motivo se recogió más temprano. Sus compañeros, cuando comprendieron que estaba profundamente dormido, entraron sigilosamente y con un corcho a medio quemar le pintaron unos mostachos a la Kaiser. A las altas horas de la noche lo llamaron; ¡ya nos podemos imaginar la sorpresa de la familia que luchaba entre la pena y la risa al ver al sacerdote en aquella traza!

Con estas trasnochadas, era natural que fuera muy difícil despertarlo para celebrar la misa de 6, que era la de la Comunidad. Uno de los alumnos del Seminario Mayor tenía el cargo de despertar al “Sr. Vice”, como entonces se le llamaba. ¡Y vaya si era una tarea ímproba! Durante 15 y hasta 20 minutos era preciso luchar, llamándolo y sacudiéndolo, hasta que se lograba volverlo a la vida consciente.

En una ocasión, no se lograba despertarlo bien. Se le ocurrió entonces al seminarista proponerle un silogismo que adrede tenía cuatro términos.—“¡No concluye!”, exclamó el Sr. Vice más despierto que nunca.

Los seminaristas teníamos esta regla para conocer el grado del buen humor del “Sr. Vice”: era la posición en que llevaba el bonete. Cuando todavía a medio despertar llegaba a la ca-

pilla antes de las 6, el bonete casi cubría las cejas. A medida que iban pasando las horas, el bonete iba subiendo hasta que en la noche casi lo llevaba como solideo. Entonces el buen humor del Sr. Vice estaba en toda su plenitud.

* * *

Sería interminable si tratara de referir algunos rasgos siquiera del humorismo de Mons. Martínez; saltaba a veces casi inconsciente, aun en los momentos que parecían más solemnes.

Cuando era Canónigo de la Catedral de Morelia, uno de los cantores, ya viejo y con la voz demasiado cascada y gangosa, entonó el salmo "*Misericordias Domini in aeternum cantabo*, CANTARE ETERNAMENTE las misericordias de Dios". El Sr. Canónigo Martínez no pudo contenerse y, volviéndose a su compañero, le dijo:

—“¡Oiga! ¡qué amenaza!...”

Acababa de predicar en otra ocasión y fue a arrodillarse en un reclinatorio en el presbiterio. Como siempre estaba con el tiempo tan escaso, me pareció que sería oportuno llevarle su breviario para que adelantara un poco el rezo del oficio. Cuando se lo presenté, exclamó: "*Intellexisti cogitationes meas de longe!*" — ¡adivinaste mi pensamiento!

Estaba consagrando una iglesia e iba a hacer las aspersiones de los muros por el interior. Mons. estaba de frente al altar. El Maestro de ceremonias le dijo: hay que hacer las aspersiones, empezando con el lado derecho, y le señaló el lado del Evangelio que era la izquierda de Mons. El, mostrando su mano derecha, le dijo:

—¡Pero, si ésta es mi derecha!

—No, Mons. aquélla es la derecha.³

(3) La solución es sencilla. La derecha del altar es el lado del Evangelio y la izquierda, el lado de la Epístola. Cuando el Pontífice oficia con el altar vuelto hacia el pueblo, coinciden la derecha del Pontífice con la derecha del altar. Pero, como después se acostumbra que el celebrante volviera la espalda al pueblo, resultó la anomalía de que la derecha del altar corresponde a la izquierda del celebrante.

Entonces él, con un suspiro de resignación, dijo:

—“*Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam!* ¡creo, Señor, ayúdale a mi incredulidad!”

Una persona de inteligencia escasa, le preguntó a Mons. si podía leer cierta novela inofensiva. Mons., que trataba a esa persona con mucha franqueza, le contestó:

—Mira, tú puedes leer todo, porque... ¡nada entiendes!

Con motivo de los 50 años de la coronación de Ntra. Sra. de Guadalupe, lo visitó un Prelado del Perú. A la hora de comer, le presentó a su tía que entonces le hacía casa.

—Le presento a mi tía, Excelencia: es *peruana*.

—¡Ah qué gusto conocerla! ¿De qué provincia del Perú es ud.?

—No, Excelencia, es peruana, porque a todo le pone pero...

Pongamos también nosotros aquí un “PERO” seríamos interminables...

CAPITULO V

EL SEMINARIO

EN 1891, como vimos, Mons. Martínez empezó los estudios preparatorios; entre sus profesores es justo recordar al notable humanista, Pbro. Félix M. Martínez. En 1897, ingresó al Seminario Mayor para estudiar la Sagrada Teología, en la que tuvo entre sus profesores al Sr. Cngo. D. Joaquín Sáenz Arciga que también por muchos años fue su director espiritual —y que formó varias generaciones de sacerdotes, ya que logró celebrar sus bodas de oro de maestro—.

El 26 de marzo de 1901 recibió la tonsura clerical de manos de Mons. Silva.

Así pues, de 1891 a 1901, Mons. Martínez llevó a cabo toda su carrera eclesiástica. Como sólo había cumplido 20 años, era necesario esperar tres años por lo menos para recibir la ordenación sacerdotal.

Veamos a qué lo dedicaron entre tanto los superiores eclesiásticos.

En Morelia no había más centro escolar católico de enseñanza superior que el Seminario, puesto que el Colegio de San Nicolás, aunque fundado por Don Vasco, se había convertido en un centro laico y anticlerical.

De aquí que ingresaran al Seminario Menor, no sólo los que aspiraban al sacerdocio, sino también los jóvenes de familias cristianas que deseaban seguir cualesquiera otra carrera.

Para remediar los inconvenientes que esto traía consigo, Mons. Atenógenes Silva, Arzobispo entonces de Michoacán, fundó un colegio de enseñanza superior, donde pudieran estudiar la Preparatoria —con los programas oficiales— los jóvenes que no se sentían llamados al sacerdocio.

Tal fue el Instituto Científico del Sagrado Corazón de Jesús. Nombró rector al P. José López Ortega (de quien hablamos en otro lugar), vicerrector al P. Juan B. Buitrón y prefecto de disciplina al P. Luis M. Martínez; éstos dos últimos todavía no eran sacerdotes.

El P. Martínez, en los tiempos que le quedaban libres, se dedicaba al estudio y a la lectura. En esa época leyó muy de propósito todas las obras de Lacordaire y procuró asimilárselo. Luego se nota el influjo que tuvo Lacordaire en los vuelos oratorios que tendrá años más tarde Mons. Martínez y aun de vez en cuando lo cita literalmente. Le profesaba gran admiración.

Cerca de 25 años después leyó la biografía de Dom Guéranger, escrita por Dom Delatte, donde aparecen algunos lunares de Lacordaire.

En una carta a un amigo suyo, escribía entonces Mons. Martínez:

“Estoy acabando de leer la biografía de Dom Guéranger. ¡Qué hombre! Quizá el primero o de los primeros de Francia, en su época”.

“Estoy encantado del libro y desencantado de los hombres. Claro que tengo bastante experiencia de ellos para no espantarme de sus miserias; pero es muy doloroso ver caer de su pedestal hombres que se han amado y que han influido poderosamente en nuestra vida, como Lacordaire y Dupanloup”.

“La biografía de un hombre desencanta irremediablemente, cuando ese hombre no es santo”.

Y luego viene la salida del buen humor: “¡Todo lo que no es ser santo es andar a gatas!”¹

El 9 de junio de 1904, el P. Martínez cumplió 23 años de edad, y al terminar el año escolar pudo ya, con indulto de la Santa Sede, ordenarse de sacerdote. Y en efecto, Mons. Atenógenes Silva le confirió el sacerdocio, el domingo 20 de noviembre, en la Capilla del Arzobispado.²

Nótese que ese año celebró la Iglesia las bodas de oro de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. Y Morelia lo hizo con extraordinario esplendor, pues en octubre celebróse allí el Primer Congreso Mariano Nacional.

El nuevo sacerdote se esperó, sin celebrar misa en privado, hasta su Primera Misa solemne, como se ha acostumbrado en la Arquidiócesis de Michoacán.

Esta Primera Misa fue la del día de Navidad, en el Templo de la Cruz, en Morelia.

Esperó tantos días para celebrar su Primera Misa, porque

(1) Al principio y gracias a la mediación de Mme. Swetchine, Dom Guéranger, abad de Solesmes, y Lacordaire, restaurador de los Dominicos en Francia, estuvieron unidos por una sincera amistad. Lacordaire depositó en el corazón de Dom Guéranger la primera confianza de su vocación; y los consejos y los ejemplos del Abad de Solesmes lo animaron y sostuvieron en la empresa de la restauración de la Orden dominica en Francia. En junio de 1838, antes de partir para Roma a hacer su noviciado, Lacordaire hizo unos Ejercicios en Solesmes, bajo la dirección de Dom Guéranger y en la celda de éste se resolvió ese negocio de tanto bien para la Iglesia y para las almas.

Pero Dom Guéranger y Lacordaire no eran almas que pudieran entenderse por mucho tiempo; de educación, de formación y de tendencias muy diferentes, el movimiento mismo de la vida tuvo que llevarlos en direcciones muy divergentes. Y los resabios de liberalismo de Lacordaire acabaron por hacer que éste chocara con el abad de Solesmes, cuya absoluta fidelidad a la Santa Sede fue la norma de toda su vida.

En cuanto a Mons. Dupanloup, fue uno de los más tenaces opositores a la declaración de la infalibilidad del Papa en el Concilio Vaticano, en el cual desempeñó un papel muy lamentable.

(2) El Palacio Arzobispal se encontraba entonces contra esquina del Templo de la Cruz. El gobierno lo tiene incautado hasta la fecha.

la fiesta de Navidad fue siempre para él algo excepcional. 38 años después escribía en sus notas íntimas:

“¡Qué Navidad pasé! Decididamente esta es mi fiesta. Nunca dejo de llorar en esa noche y nunca dejo de sentir. Ni en mis tiempos más disipados dejé de sentir la divina emoción de esa noche”.

“En la Navidad que acaba de pasar, fue muy tranquila, muy honda y muy dulce la impresión de mi alma. ¿Cómo la podría explicar? Tuvo desde luego un sello de seguridad, como si ni Jesús ni yo dudáramos de nuestro mutuo amor”.

“Pocos días antes, a propósito de no sé qué, me vino la duda de que si mi corazón sería total y únicamente de Jesús; y esta duda hizo reaccionar mi corazón de tal manera —como si se sintiera injuriado, como si protestara por la sospecha— que en un arranque impetuoso y supremo se entregó a Jesús sin que pudiera haber duda de que es todo suyo”.

“Pues bien, eso contribuyó quizá a la seguridad de esa noche: poseía mi Niño en el alma con la paz de la verdadera posesión, con la certeza de que nada ni nadie me puede arrebatarse el dulce Tesoro. Y Él también se me entregó así y me poseyó así, estrechándonos los dos, siendo el uno todo para el otro en la plena seguridad de nuestro mutuo amor”.

“¡Cómo saboreé el introito de la 3ª misa (precisamente la de su Cantamis): “*Puer natus est nobis et filius datus est nobis cujus imperium super humerum ejus!*” ¡Y en ese Niño encantador está lo recóndito, lo exquisito, lo inefable, la plenitud de la Divinidad!”

“La primera Misa fue tiernísima, con emoción, con lágrimas. El “*Adeste fideles*” y los demás villancicos de Navidad llegaban a mi alma como saetas profundas y dulcísimas. Después de la consagración, apenas podía resistir la presencia de Jesús en la Hostia Santa... Y las demás Misas, tranquilas, suaves, con la paz y el sosiego de la posesión”.

“En la adoración del Niño, después de la Misa, cantaron un Villancico sentidísimo: “*Duerme, no llores*”, que nunca puedo oírlo sin llorar en la Noche dulcísima...”³

Dicho sea entre paréntesis: ¿cómo haría Mons. para ocultar sus lágrimas? Porque nadie, nadie, lo vio llorar. ¿O sus lágrimas serían de las que sólo llora el corazón?...

Comprenderemos la importancia que tenía la Navidad para Mons., cuando nos demos cuenta más tarde de que su espiritualidad tenía un notable tinte de “*Infancia Espiritual*”.

Quizá también, por la misma razón, escogía casi siempre esta época del año para hacer sus Ejercicios espirituales.

* * *

En el nuevo año escolar de 1905, se cambió todo el personal del Instituto y el P. Martínez fue nombrado Prefecto de disciplina del Seminario.

Mons. Silva continuó trabajando en su Seminario y soñaba en ponerlo a la altura de los mejores en su género. Para lo cual necesitaba un hombre a propósito; y lo encontró en el Sr. Banegas, Canónigo entonces y Secretario del Arzobispado. En 1906 fue nombrado Rector y emprendió una tarea ardua y difícil: restaurar la disciplina, fomentar una sólida piedad y transformar completamente el plan de estudios y los métodos de enseñanza.

A su vez, el Sr. Banegas buscó un colaborador que entrara plenamente en sus miras, y lo encontró en el sacerdote recién ordenado, en el P. Martínez, que fue nombrado Vicerrector, cargo en el que duró hasta 1919, para ser nombrado oficialmente Rector, pues de hecho ya lo era desde 1913, cuando al Sr. Banegas le confió la Santa Sede el gobierno de la diócesis de Veracruz como Administrador Apostólico.

El secreto del éxito cuando se emprende una obra es en-

(3) Navidad de 1932.

contrar el hombre a propósito. “*The right man in the right place*”, como dicen los sajones. Este fue el mérito de Mons. Silva, el de descubrir al Sr. Banegas; y del Sr. Banegas, el de escoger como su Vicerrector al P. Martínez.

El Sr. Banegas fue la inteligencia que dirigió, pero Mons. Martínez fue la voluntad inteligente que ejecutó el ideal concebido. El Sr. Banegas marcó el rumbo; Mons. Martínez dirigió la maniobra, campeó las tempestades que agitaron la nave del Seminario y estuvieron a punto de sumergirla, hasta llevarla a las aguas tranquilas donde ahora boga.

No es posible que se borre la huella indeleble que dejó en el Seminario Mons. Martínez en los 32 años de su gobierno.

En materia de disciplina, llegó a establecerse una disciplina no militar —por la fuerza y el temor—, sino casi diría monástica, por la convicción y por las miras sobrenaturales. El Seminario marchaba con la precisión de un reloj y con la regularidad de un claustro.

Un ejemplo lo demuestra. En una ocasión “el Sr. Vice”, como entonces se llamaba a Mons. Martínez, quiso darse cuenta si la disciplina era fruto del temor al castigo o si se observaba por convicción. Y anunció a todo el colegio que, al día siguiente, todos los vigilantes tendrían vacaciones y no habría que obedecer más que a la propia conciencia y a la campana. Y nunca hubo más orden y regularidad que ese día...

En materia de piedad se fomentó con discreción la frecuencia de sacramentos, la oración mental, las pláticas espirituales, los Ejercicios y retiros.

En el plan de estudios se estableció el sistema de ciclos progresivos, de manera que cada materia se veía íntegra en cada año, pero cada vez con más amplitud. Se dio más importancia a las ciencias naturales —Física, Química, Geología, Mineralogía, Biología, etc.— Y así como Mons. Abarca introdujo la Filosofía Escolástica desde 1884, Mons. Martínez introdujo

la Neo-escolástica, siguiendo el camino trazado por el futuro Cardenal Mercier, en la Universidad de Lovaina. Todo lo cual contribuyó a que los estudios teológicos estuvieran a la altura de nuestros tiempos.

* * *

Conviene advertir que en esta época, Mons. Martínez se especializó en los estudios filosóficos. Estudiaba las obras de Sto. Tomás y, entre sus comentaristas, tenía predilección por Cayetano. ¡Cuántas veces lo vimos enfrascado en aquellos voluminosos pergaminos de la Biblioteca, o estudiando las obras filosóficas de la Universidad de Lovaina, o los tratados modernos de Biología, sobre todo en lo que se refiere al funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso que tanta importancia tienen en el estudio moderno de la Psicología!

Para completar su formación filosófica, sirvió la cátedra de Filosofía varios años, publicó un texto para el primer ciclo y apuntes para el segundo. Sus clases eran una delicia; las dos horas diarias que empleaba en darlas se nos hacían un momento. Nunca llevaba ni libro de texto, ni apuntes, ni nada. Se paseaba mientras hablaba. Su exposición era tan clara, tan luminosa, que no dejaba lugar a dudas. Todos estábamos pendientes de sus labios y a nadie se le ocurría distraer ni retozar.

Dos datos nos demuestran que fue un filósofo notable: el haber merecido elogios especiales de la Universidad de Lovaina y el haber sido elegido para tomar parte en un Congreso científico en México, en 1912, al que asistieron los sabios más notables del país. En él presentó y leyó un estudio sobre la filosofía positivista, especialmente sobre el filósofo Carlos Piat, que fue muy elogiado, a pesar de que se encontraba entre mentalidades muy diferentes y aún contrarias.

Sus estudios filosóficos llevados tan a fondo fueron algo

verdaderamente providencial, pues con la recia disciplina de su inteligencia y de su razón, puso Dios los fundamentos sólidos para los estudios tan difíciles como peligrosos, de la Mística a que años más tarde se había de dedicar, especulativa y prácticamente, en la dirección de las almas y en su propia vida interior.

* * *

El Seminario había llegado a su apogeo cuando se desató la tormenta. Los carrancistas se preparaban para hacer su entrada en Morelia; la alarma cundió por toda la ciudad. Los superiores, por una medida de prudencia, resolvieron desalojar el Seminario. Los internos fueron entregados a sus tutores y los clérigos se distribuyeron de a dos o de a tres entre las familias cristianas.

Fue la noche del 31 de julio de 1914. A muy avanzada hora se terminó de desalojar el edificio. Sólo quedaron "el Sr. Vice" y dos o tres padres que saldrían en la madrugada.

¡Cómo recuerdo, como si fuera ayer, esta última noche! Paseábamos con el Sr. Vice por los claustros solitarios, bañados por la luz de la luna, sin resolvernos a dejar aquellos muros que encerraban una tradición secular... ¡cómo se estrujaba el corazón con el presentimiento de que aquella sería una despedida definitiva!

Lo comprenderemos mejor, así como hasta dónde Mons. Martínez había identificado su vida con la del Seminario, en estas palabras suyas pronunciadas en una cena que el Seminario ofreció a Mons. Baegas, ya Obispo de Querétaro, la noche del 27 de junio de 1927.

* * *

"Vivo está en mi espíritu el recuerdo inmortal. A la dulce melancolía propia de una fiesta de premios uníase en aquella tarde la tristeza de una despedida y la amargura de

un presentimiento. Sabíamos que ibais a partir, Monseñor, y presentíamos que vuestra ausencia sería muy larga, definitiva quizá. Nada dijimos, pero flotaba en la atmósfera lo que los labios se negaban a formular. Nos rodeaba ese ambiente de angustia indefinible que el poeta latino describió en aquellos versos inmortales: *Sunt lacrimae rerum et corda mortalia tangunt*".

"Os vimos partir; y vino después la solemne, la trágica, la indescriptible catástrofe. Vimos hundirse el pasado, nuestro pasado, el que formamos amorosamente con nuestros sudores, con nuestras lágrimas, el que surgió al mágico conjuro de vuestra voz, iluminada con la luz espléndida del Cristo, caldeado con el fuego de nuestros generosos anhelos".

"Cual mira el labrador devastada por la tempestad la rica sementera henchida de esperanzas; como contempla el padre de familia desmoronarse el hogar embalsamado de recuerdos; como miró Jesús con lágrimas en los ojos la ruina gigantesca de su Patria; oímos crujir primero, al impulso de bárbaras profanaciones, la vieja casa solariega; y la vimos bambolearse después, y convertirse al fin en un acervo de ruinas desoladas".

"Perdimos todo, Señor, hasta el derecho de vivir; y envuelto en el manto de la desesperación hubiera exhalado los trenos desgarradores del Profeta sobre aquellas ruinas sagradas y dulcísimas, si mis ojos no se hubieran convertido a los cielos, si mi corazón no hubiera sido poderosamente confirmado en la esperanza".

"Mas plugo a Dios que salváramos del terrible cataclismo lo más precioso y querido: los viejos pergaminos de nuestros mayores, el hermoso escudo de armas con sus limpios blasones".

"Amorosamente conservamos el tesoro y hasta lo hemos acrecido, Monseñor; pusimos en el escudo legendario un blasón nuevo: es una cruz de hierro salpicada de sangre".

“Hoy que os volvemos a ver, no ya en la rica y añorada casa de nuestros mayores, sino en este rincón muy pobre y glorioso, porque en él se yerguen las figuras heroicas de Portugal y de Munguía y en él se levanta, como una esperanza inmortal, nuestra vida nueva; hoy que os volvemos a ver muy lejos de nosotros por la alteza de vuestra dignidad, pero muy cerca también porque se han afinado nuestros afectos; yo quiero deciros, Monseñor, que guardo incólume el tesoro que al partir confiasteis a mi lealtad no desmentida. No encontraréis ni el solar de nuestros mayores que fue profanado; ni la antigua riqueza que fue destruida; ni a muchos de vuestros colaboradores que murieron o emigraron; pero hallaréis la misma disciplina, los mismos estudios, el mismo espíritu; que con amoroso respeto hemos guardado —como tesoro riquísimo— vuestra obra”.

“Esto significa esta fiesta sencilla, íntima, cariñosa que os ofrecemos con toda la sinceridad de nuestra alma; lo que ella expresa con irresistible elocuencia, puede condensarse en esta frase:

“¡Señor, todo se ha perdido, todo; menos la grandeza de vuestra obra y la inmensidad de nuestro cariño...!”

CAPITULO VI

LOS PRINCIPIOS DE SU VIDA INTERIOR

LA VIDA interior de Mons. Martínez se inició con su vida consciente, que fue muy precoz, como lo demuestra el hecho de recordar acontecimientos de su vida desde cuando tenía como unos 3 años.

A esa edad le tomaron la primera foto. Hace poco que se la mostré; le pregunté al mismo tiempo si recordaba cuándo se la habían tomado:

¡Cómo no me he de acordar: fue la primera vez que me hicieron tonto! Me dijeron que iba a salir un pajarito de la cámara... Y allí estoy, con la cara de bobo, esperando todavía que salga...

En esa vida interior lo inició sobre todo su madre, Ramoncita, que era un alma muy piadosa y muy espiritual. Ella le inculcó el horror al pecado y el amor de Dios sobre todas las cosas.

La primera libreta de notas personales que de él tenemos revelan los comienzos de una vida espiritual. Empieza en enero de 1896, cuando tenía 14 años y medio. En ella, entre apuntes interesantes de sus estudios, se ve el cuidado de conservar por escrito las máximas que mayor impresión le habían hecho. Y son muy reveladoras, porque nos hacen ver qué en serio tomaba la vida espiritual desde su adolescencia, así como los

atractivos o tendencias de su alma en esa época. Casi todas están en latín, pero preferimos dar su traducción:

“El que me sigue no camina en tinieblas”.¹

“Vanidad de vanidades y todo es vanidad, sino es amar a Dios y a Él sólo servir”.²

“Todo lo tengo por estiércol con tal de gozar de Cristo”.³

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de perfección; porque serán saciados”.⁴

“Acuérdate que haz de morir”.

“A los sedientos los llenó de bienes”.⁵

“Al sediento le daré gratuitamente de la fuente de la vida”.⁶

“Los que me comen tienen más hambre y los que me beben tienen más sed”.⁷

“El que beba de esta agua que yo le daré jamás volverá a tener sed”.⁸

“Así como después de gustar la miel, todo nos parece insípido; de la misma manera, después de saborear las cosas del espíritu, nos decepciona toda lo material”.⁹

“No puede haber un testimonio más cierto de la presencia de Jesús en el alma que el deseo de crecer en la gracia”.¹⁰

“En los caminos del Señor no progresar es retroceder”.

(1) Joann., VIII, 12.

(2) Eccles., I, 2; y la “Imitación”.

(3) Philip., III, 8.

(4) Matt., V, 6.

(5) Luc., I, 53.

(6) Apo., XXI, 6.

(7) Eccli. XXIV, 29.

(8) Joann., IV, 14.

(9) Sicut post gustum mellis omnia videntur insipida, ita, gustato spiritu, decipit omnis caro. (San Gregorio).

(10) Nullum omnino praesentiae ejus certius testimonium est, quam desiderium gratiae amplioris. (San Bernardo).

“Que el justo se justifique más; que el santo se santifique más”.¹¹

“Negociad mientras vuelvo”.¹²

¡Cómo se ve en este adolescente la preocupación por la perfección espiritual, por la santidad y cómo desde entonces su alma padecía hambre y sed de Dios!

Y el lunes de carnaval de ese año escribe:

“Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te haz de convertir”.

“Sed perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto”.¹³

“No será coronado sino el que luche como debe”.¹⁴

“Todo nuestro aprovechamiento y perfección está en dos cosas: en hacer lo que Dios quiere y en hacerlo como Dios quiere que lo hagamos”.¹⁵

Y nótese bien estas dos máximas que o son propias o, aunque asimiladas de otra parte, nos revelan la disposición de su alma en esa época.

“ANTES MORIR QUE OFENDER A DIOS”.

“Para ser gran sabio, debo ser gran santo. — Si quiero ser santo y sabio, debo ser verdadero devoto de María Santísima”.

“El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco se precipitará”.¹⁶

“Nos ayudará mucho para crecer en la virtud y perfección que procuremos no cometer faltas de propósito”.¹⁷

(11) Apdo., XXII, 11.

(12) Matt., XIX, 13.

(13) Ibidem, V, 48.

(14) II Tim., II, 6.

(15) Rodríguez. “Ejercicios de Perfección”. P. I, T. II, Cap. I.

(16) Eccli., XIX, 1.

(17) Luis Blois, Speculum spirit. cap. VI.

“San Basilio da un medio para aprovechar mucho: que pongamos los ojos en los mejores y en los que más se señalan y distinguen en virtud, y procuremos imitarlos”.¹⁸

“No hemos de tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular; e importa mucho el ir poniendo por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos da”.¹⁹

“El santo fomenta en su corazón los deseos de subir; el pecador, de bajar”.²⁰

“Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las cosas particulares, ordinarias y cotidianas que traemos entre manos”.²¹

“Ten confianza y espera”.

“Hay que ir quitando las faltas e imperfecciones que tenemos en esas cosas ordinarias y haciéndolas cada día mejor y con menos faltas. Pongamos ahí los ojos principalmente, y todos los demás medios y consideraciones sean para ayudar a eso”.²²

“Toda disciplina y todo buen ejercicio al principio parece dificultoso, penoso y triste; empero después, con el uso, no sólo se hace fácil, sino muy suave y gustoso”.²³

“San Bernardo, a la pregunta: —¿Quieres saber cuánto hace el ejercicio y la costumbre? —responde: —Al principio aquello te parecía insoportable; con el transcurso del tiempo, te acostumbrarás, y ya no te parecerá tan pesado; poco des-

(18) Rodríguez, *ibidem*. P. I, T. I, cap. XIII.

(19) *Ibidem*, cap. XI.

(20) “Sanctus ponit ascensiones in corde suo: peccator, descensiones”. (S. Jerónimo).

(21) Rodríguez, *ibidem*, P. I, T. II, cap. II.

(22) *Ibidem*.

(23) *Ibidem*, P. I, T. II, cap. VII.

pués, lo sentirás ligero; más tarde, ni lo sentirás siquiera; al final aun te causará deleite''.²⁴

“El camino que el hombre sigue en su adolescencia, no lo abandonará aunque llegue a la ancianidad''.²⁵

“No dejes que se pierda el bien de cada día y no desperdicies ni la más pequeña gracia''.²⁶

“Los pensamientos del alma son muy propensos a la divagación''.²⁷

“La posesión de Jesús cuesta mucho, porque es necesario llevar parte de su cruz''.²⁸

“Quien se niega los gustos bajos, torpes y breves, se dispone para los puros espirituales y eternos''.²⁹

“¿Qué hallarás en las criaturas, que no halles en Dios, justo y puro, y esto con sosiego?''.³⁰

“No te canses de resistir ya que le demonio no se cansa de tentar; que cuanto más prolija sea la batalla, mayor será la corona''.³¹

“Mira la corona que te ofrece Cristo, que te asiste y anima a la batalla''.³²

* * *

Aunque nuestro joven seminarista vivió siempre en un medio muy sano —un hogar muy piadoso, el seminario, la vida del campo en vacaciones—, sin embargo, sería un error pensar

(24) Primum tibi importabili videtur aliquid; processu temporis, si assuescas, non adeo grave; paulo post, et leve senties; paulo post, nec senties; paulo post, etiam delectavit. (S. Bernardo).

(25) Prov. XXII, 6.

(26) Eccli., XIV, 14.

(27) Cogitatio animi est, respectus ad evagationem, pronus''. (Ricardo de San Víctor).

(28) Luis Venillot, Vida de Jesucristo.

(29) San Agustín.

(30) San Bernardo.

(31) San Lorenzo Justiniano.

(32) San Ambrosio.

que su virtud fue algo fácil y espontáneo. Tuvo que librar los terribles combates de la virtud, como lo veremos después más de propósito.

Lo demuestra el hecho que desde entonces anota con cuidado cómo debe luchar para vencer.

“Medios para evitar (caer) en las tentaciones.

1º—Rechazarla desde el primer momento que se adviertan.

2º—Orar, invocando a Dios en el momento de la tentación, y protestarle que no queremos ofenderle.

3º—Distraerse.

4º—Confiar en Dios y desconfiar de nosotros mismos.

5º—Traer a la mente algún pensamiento bueno.

6º—Tomar ocasión de las tentaciones para hacer el bien.

Faltas que deben evitarse en la lucha contra las tentaciones:

1º—No impacientarse porque dura la tentación.

2º—No desalentarse cuando se tenga la desgracia de ser vencidos. En el caso contrario, después de vencida una tentación, debemos dar gracias a Dios y prepararnos para el nuevo combate.

Ardides del demonio en las tentaciones:

1º—Ocultarnos la malicia y fealdad del pecado y mostrarnos el gozo que no tiene.

2º—Ponernos en la mente que después nos confesaremos y haremos penitencia.

3º—Que ya no podemos resistir a la tentación y evitar el pecado”.

El director más experimentado no podía dar un resumen más completo sobre las tentaciones. Sin duda que estos puntos no son originales, sino extractados de alguna obra.²³ De todas

(33) Seguramente el P. Gobinet.

maneras es notable cómo un jovencito de tan pocos años supo captarlas y hacer un resumen tan perfecto.

Muchos años después, escribiendo a un alma dirigida, le confesaba con sencillez que Dios le había dado mucha pericia para ayudar a las almas tentadas. ¡En verdad que desde edad muy temprana empezó a adquirirla!

* * *

En ese mismo año practicó los Ejercicios espirituales; y sus propósitos son muy interesantes, pues nos revelan también las disposiciones y tendencias de su alma en aquella edad.

“Resoluciones de Ejercicios”

1°—Serviré a Dios, cueste lo que cueste, por ser mi principio y mi fin, y mi grande recompensa.

2°—Aborreceré el pecado: por sus castigos —por sus efectos en el alma— y por ser ofensa a Dios.

3°—Evitaré el pecado para no caer en el fuego del infierno, encendido por un Dios justo, poderoso y lleno de amor.

4°—Seré virtuoso y *santo* para tener buena muerte, buen juicio (se refiere al juicio final) y librarme de estar a la izquierda de Jesucristo en el juicio final.

5°—Permaneceré en la casa de mi Padre, esto es en la gracia de Dios, porque es mejor estar ahí que al servicio de Satanás. Quiero estar en el campo y bajo la bandera de Cristo; para lo cual lo imitaré, despreciando las riquezas, los placeres y los honores, con lo cual evitaré ser cogido en los lazos de Satanás y llevado a su campo.

6°—Ejecutaré todo lo que Jesucristo me pidiera, *cueste lo que me cueste*, y pondré por obra todos los medios que me sean necesarios y útiles para servir a Dios y santificarme, por más dolorosos que sean, pues Dios sufrió tanto por mi amor’.

* * *

Estos propósitos nos dan ocasión a varias observaciones.

Reflejan desde luego unos Ejercicios hechos según el método tradicional de San Ignacio, pues corresponden a las meditaciones del “Principio y Fin”, de los Novísimos, del Reino de Cristo, de las Dos Banderas, de la Pasión, etc.

Indican al mismo tiempo la seriedad y atención con que el joven seminarista los practicó, pues al fin de ellos conservaba el fruto de cada meditación que concretó en un propósito preciso.

Se comprueba en fin, al mismo tiempo que los tanteos de un principiante y los vacilantes pasos de un niño que empieza andar, la solidez de esos comienzos y cómo supo atinar con lo que era fundamental: *evitar a toda costa el pecado y mantenerse en gracia de Dios.*

* * *

En los Ejercicios de 1897 —no tenía todavía 16 años— se nota un progreso notable. He aquí sus propósitos:

“Propongo eficazmente observarlos, con la divina gracia —que pido al Señor por la intercesión de su Madre Santísima, de San Ignacio y de los santos de mi mayor devoción— sin que su observancia me obligue a pecado:

1º—Aborreceré y evitaré, con mucho cuidado y con la gracia de Dios, el pecado mortal y venial deliberado, y huiré de las ocasiones próximas y remotas de él.

2º—Haré con mucha eficacia las oraciones de la mañana en las que daré a Dios gracias por haberme concedido aquel nuevo día, le protestaré que no quiero ofenderlo en él y le prometeré que quiero emplearlo en su servicio: así mismo, por medio de una oración humilde y confiada, le pediré, en nombre y por los méritos de Jesucristo e intercesión de la Santísima Virgen y de todos los santos y ángeles, principalmente los de mi mayor devoción (a quienes me encomendaré), que me ayude

con su gracia para que en aquel día no lo ofenda y lo emplee en su servicio. También le ofreceré mi corazón y con él mis obras todas del día para su mayor gloria y servicio. Por la noche, rezaré mis oraciones y haré examen de conciencia.

3º—Todas las mañanas haré con toda puntualidad 30 minutos de oración mental y me prepararé a ella en la noche; oiré en seguida Misa; y en otra hora del día, tendré lectura espiritual.

4º—Seré muy devoto de la Virgen María, procurando imitar sus virtudes; rezaré el rosario todas las noches (a las 7), le consagraré el sábado, honrándola con alguna práctica piadosa y ligera mortificación; me encomendaré siempre a Ella y seré puntual a la Congregación (Mariana).

5º—Me confesaré, con las debidas disposiciones y con el fin de adelantar en la virtud, cada ocho días; y escucharé como venidos de Dios los consejos que el confesor me diere y los pondré en práctica.

6º—Procuraré y pediré a Dios me conceda ser mortificado, para lo cual y para cortar la ociosidad, me dedicaré, con espíritu de mortificación, al estudio, me levantaré luego que se me hable y observaré con puntualidad mis deberes y mis prácticas piadosas.

7º—Procuraré ser casto, para lo cual me encomendaré a Dios, a la Virgen Santísima y a todos los santos, principalmente en las tentaciones, y procuraré vencerlas tan luego como las advierta, por los medios que sé y que Dios me inspire, *cueste lo que cueste*.

8º—Procuraré ser humilde por la oración y haciendo lo que me parezca que ordena la humildad, *cueste lo que cueste*.

9º—No haré caso del respeto humano y huiré de amigos y de otras cosas peligrosas, así como de la ociosidad.

10º—Todos estos propósitos los leeré en los días de Comunión ³⁴ y si hallo que los observe, daré gracias a Dios; y si no,

me impondré una leve penitencia; y de todos modos oraré para observarlos en adelante.

“*Confirma hoc Deus quod operatus est in nobis*”, confirma esto, Señor, que tú mismo has inspirado.

Jesús mío, María Santísima, santos ángeles, principalmente los de mi mayor devoción, dignaos dar-me gracia para cumplirlos. Amén. Colegio Seminario de Morelia. Ultimo día de Ejercicios, 27 de enero de 1897. Luis M. Martínez”.³⁵

(34) En esa época todavía no se comulgaba diariamente, sino los domingos y fiestas. Ya Mons. era sacerdote cuando S. Pío X dio el decreto sobre la comunión frecuente.

(35) En esta libreta hay otros datos interesantes. Desde luego uno que nos revela la delicadeza de su corazón y su piedad filial. No había conocido a su papá ni en retrato; pero,

“El lunes 26 de abril de 1897 —escribe— poco más o menos a las 7 de la noche, conocí a mi papá por un retrato que me trajo la familia Aldrete”.

En la misma libreta se encuentran los primeros versos que escribió —por lo menos, los primeros que de él se conocen—. Es una felicitación (12 de diciembre 1896) y unas *mañanitas*” (2 de septiembre 1898). Sin duda que los críticos encontrarán en ellos defectos, como ripios, poca originalidad, estilo anticuado, etc. Pero son ingenuos y revelan que el autor tiene el sentido del ritmo. Por ser los primeros, citemos algunas estrofas de la felicitación.

Con cítaras dulces de acento canoro
con célicas arpas de místico son,
con rítmicas liras, con trinos sonoros
que alegre modula gentil ruiseñor;

con suaves murmullos de límpida fuente,
con plácido arrullo de triste torcaz,
con lagos que ostentan colores celestes
y bella retrata la luna su faz;

con ecos lejanos que en alas del viento
nos llegan e inundan de grato placer,
con todo lo grande, lo excelso, lo bello,
que el arte y natura supieron hacer;

al dulce concierto de angélicos coros
que cantan del trono de Dios en redor,
formar yo quisiera un himno grandioso
ignoto poema, sublime canción... etc.

En fin, el estudioso seminarista tiene ya su pequeña biblioteca y en esta libreta empieza a hacer su catálogo, por orden alfabético de títulos, en el que anota, en sus columnas respectivas: título, autor, idioma, volúmenes y número de orden.

* * *

Sin duda que para propósitos son demasiado numerosos; pero se comprende luego que se trata más bien de un plan de vida espiritual.

En él se notan positivos y notables progresos.

Sin olvidar la parte negativa de la vida espiritual —evitar a toda costa el pecado— se le da una importancia especial a la parte positiva, a la práctica de las virtudes, especialmente a tres, en las cuales se distinguió Mons. Martínez de una manera muy notable: la humildad, la pureza y la mortificación. Y éstas serán las tres columnas sobre las cuales se elevará, en toda su magnificencia, el amor — su amor a Dios y su amor a las almas— que a la postre vendrá a unificar toda su vida y a consumarla en la unidad, según el deseo del Maestro: “*ut sint consummati in unum*”.

Se advierte también que ha introducido en su vida espiritual las prácticas tradicionales, la oración mental, la misa diaria, la lectura espiritual, el examen de conciencia, la confesión semanal y la comunión tan frecuente como se podía en aquel tiempo. Y es de admirar que a esa edad haya hecho media hora de oración mental diariamente.

Hace hincapié, en fin, en la devoción a la Santísima Virgen, sabe muy bien en qué consiste: en la imitación de sus virtudes; y cómo se alimenta, por las prácticas de piedad.

La vida espiritual de Mons. Martínez fue pues una ascensión constante. ¡Cómo impresiona comparar estos primeros propósitos de 1896 con los de 1954, los últimos que escribió, dos años antes de morir! Aquéllos son un esbozo, las primeras líneas trazadas con mano inexperta y vacilante; éstos son los últimos toques a una obra magistral.

Todavía practicó los santos Ejercicios en 1955 y quizá también en 1956 —porque acostumbraba dedicarles la semana que

seguía a la Navidad, es decir, los últimos días del año y primeros de año nuevo—; pero ya no escribió, porque la enfermedad de los ojos se lo impedía.

Y de esta manera, cuando se apagaban las luces de este mundo y se cerraban sus ojos a las vanidades de la tierra, se encendían en su alma los primeros fulgores de la Luz que no tiene ocaso...

ENCUENTRO PROVIDENCIAL

EL 14 de febrero de 1915, Dios puso en contacto a Mons. Martínez con un alma de elección; y éste fue el eslabón primero de una serie de almas muy escogidas que Dios puso bajo la dirección de Mons. para llevarlas a la santidad.

Ese encuentro de 1915 fue sin duda providencial y el punto de partida de una nueva etapa en la vida espiritual de Mons. Hasta entonces había sido ciertamente un sacerdote digno, pero quizá demasiado engolfado en sus estudios filosóficos y en las atenciones del Seminario que absorbían casi todo su tiempo. Era pues necesario dar más importancia a la vida espiritual.

La santificación de un alma es una obra más grande que la conquista de un imperio; y en ella no sólo interviene Dios y coopera el alma, sino que de ordinario ayudan otras almas. La solidaridad que Dios ha establecido entre las almas —y que nace en último término de los dogmas del Cuerpo Místico y de la Comunión de los Santos— hace que “*nadie se salve solo ni pierda solo*”. Todos influimos en la salvación o en la perdición de nuestros prójimos.

De una manera especial, en el ministerio de la dirección espiritual de las almas, aunque lo específico es que el director influya en la santificación del alma dirigida; sin embargo, ésta, a su vez, ya por sus ejemplos, ya por sus oraciones, ya por la

santa emulación que despierta en el director, contribuya también a la santificación de éste. Dios lo ha querido así.

Esta doctrina la expone Mons., con su pericia acostumbrada, en una carta sobre Fenelón en la que se pregunta: ¿Por qué Fenelón no fue santo? y que dirige a su amigo, el Sr. Cngo. Buitrón.

* * *

“¿Por qué no fue santo? ¿Quién puede sondear los secretos de las almas y los arcanos juicios de Dios!”

“Pero, ya que se trata de soñar, dejando que el espíritu vague por las regiones de lo incierto, voy a hacerte una observación un tanto audaz”.

“¿Recuerdas aquel cuentecillo de un juez que decía a propósito de cualquier delito: “*¡Al grano, al grano! ¿quién es ella?*”, buscando siempre a una mujer en el fondo de todos los dramas?”

“Pues hace mucho tiempo he pensado que esa pregunta del juez debe hacerse siempre que hay en el mundo algún acontecimiento notable, algo grande y extraordinario, sea para el bien o sea para el mal”.

“Aquellas palabras del Génesis: “*No conviene que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él*”, no solamente se aplican a la institución de la familia, sino a todas las grandes empresas humanas, inclusive a la santidad que, no por ser empresa eminentemente divina, deja de ser maravillosamente humana. El mismo Lemaître enumera algunos de esos misteriosos pares: “*nous trouvons, près de saint Jérôme, Paule ou Marcelle; près de sainte Thérèse, saint Jean de la Croix; près de Mme. Swetchine, Lacordaire...* encontramos al lado de San Jerónimo, a Paula o a Marcela; al lado de San Juan de la Cruz, a Sta. Terésa; al lado de Mme. Swetchine, a Lacordaire...”

“La enumeración podría continuarse indefinidamente y aun sin consultar libro alguno, únicamente con los recuerdos. Pero ¿para qué? Baste señalar tan sólo que hasta en la obra más gradiosa de la Historia, en la obra divina y humana de la Redención, Jesús tuvo una ayuda semejante a Él: la Inmaculada Virgen María”.

“Lo interesante, lo decisivo para cualquier hombre, es encontrar su ayuda; de allí depende su gloria o su fracaso”.

“Imagínate que Fenelón, en lugar de encontrar una semiloca, hubiera encontrado una santa auténtica; probablemente hubiera llegado a la santidad a pesar de sus defectos. Porque precisamente los hombres complicados, que tienen un conjunto de cualidades opuestas, tienen también muchos y terribles defectos; pues cuando la santidad no hace en un alma su obra de armonía y de paz, es casi imposible que no se tenga por cada cualidad el defecto que a cada una corresponde”.

“Y Fenelón encontró a Mme. Guyon precisamente en el momento propicio para los encuentros, en la plenitud de la vida, cuando el hombre toma definitivamente su camino. Antes de esa época, ni los defectos del hombre son irreparables ni absolutamente sólidas sus virtudes, salvo por supuesto los casos extraordinarios; en la juventud —y esta edad puede alargarse mucho— se prepara únicamente el viaje, se acumulan en la maleta los bagajes para emprender el camino de la vida; y es cuando comenzamos también a esperar algo que no sabemos lo que es, pero que tenemos la íntima seguridad de que vendrá”.

“Entretanto llega, hacemos algunos vuelos de prueba, como los hacen ahora los aviadores, hasta que llega quien ha de venir y nos marca el rumbo definitivo de nuestra vida. Entonces llega el *ángel de Dios* o el *demonio de medio día*. A uno y a otro podemos rechazar, porque somos siempre libres; a uno y a otro podemos decir lo que dijo el Bautista: “¿Tú eres el que ha de venir o esperamos a otro?” ¡Oh! ¡Qué importante

es ese momento de la vida! y ¡cómo se desconoce su importancia capital!”

“Pues en ese momento de la vida de Fenelón, llegó Mme. Guyon; y tú sabes lo demás, cómo el falso misticismo de ésta engañó a Fenelón”.

* * *

Al escribir lo anterior, Mons. Martínez, hablaba por propia experiencia. En la madurez de su vida, Dios puso en su camino almas santas que lo orientaron hacia la santidad.

Desde luego se encontró con que debía dirigir a un alma por los senderos tan difíciles de la Mística y él, siendo tan letrado, tenía que confesar que ignoraba hasta entonces esta ciencia divina.¹

Pero, consciente de su responsabilidad, se dedicó con ahinco a estudiarla. La persecución carrancista de esa época le facilitó la oportunidad, porque, disuelto el Seminario y obligados a ocultarse sus profesores, Mons. Martínez tuvo en su escondite tiempo sobrado para estudiar. Lo vi entregarse a este trabajo todas las horas hábiles del día.

La primera obra que leyó fue la *Théologie Mystique* de Maynard, O.P.; pero no fue sólo una lectura atenta, hizo resúmenes y cuadros sinópticos, hasta asimilarse perfectamente su doctrina. Después leyó todas las obras de Garrigou-Lagrange, de Gardeil, de Saudreau, “*Grâces d’oraison*” de Poulain, S. J., los estudios místicos de De Guibert, S. J., etc., etc. Y entrenado ya en los estudios místicos abordó a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa. Finalmente, dio solidez teológica a su trabajo, estudiando a Santo Tomás de Aquino en lo que a esta materia se refiere.

Y llegó a adquirir una gran competencia en la Mística, co-

(1) Decía Mons.: “En esa época, de Mística no había leído más que las poesías de San Juan de la Cruz, y eso desde el punto de vista literario.

mó lo demuestran sus diversos tratados sobre el Espíritu Santo —alma de la vida mística—; por ejemplo, *la Verdadera Devoción al Espíritu Santo, los Dones, los Frutos, las Bienaventuranzas, el Espíritu Santo y la vida interior, el Espíritu Santo y la Oración, los Secretos de la Vida Interior, etc., etc.*

Más tarde, aprovechó la persecución de 1926-1929 —en que también fue preciso ocultarse— para escribir una síntesis de todos sus conocimientos sobre Mística. Este trabajo está todavía inédito. En él aprovecha no sólo sus conocimientos especulativos, sino también los experimentales, adquiridos ya en otras almas, ya en la suya propia.

* * *

Aunque no es muy fácil establecer con cierta precisión las etapas de la vida espiritual de Mons., porque en esta materia era *extraordinariamente reservado*; puedo, sin embargo, señalarlas en sus líneas generales.

14 de febrero de 1915. Primer encuentro, verdaderamente providencial, con la primera alma de elección.

14 de febrero de 1916. Se hace cargo de una manera formal, después de haber comprendido que ésa era la voluntad de Dios, de la dirección espiritual de dicha alma.

21 de septiembre de 1915. Dios hace a Mons. la promesa de que lo hará llegar a la Unión Transformante.

7 de octubre de 1915. Consagración y entrega plena de Mons. a Dios que señala una nueva etapa en su vida espiritual. Esto es lo que suele llamarse: “*segunda vonversión*”.

Sigue luego un largo período de 12 años en el cual tuvieron lugar las purificaciones pasivas, indispensables para llegar a la Contemplación infusa.

Según todas las probabilidades: a) Dios reunió en este período —como a las veces suele hacerlo— las dos noches, la del

sentido y la del espíritu; b) en este período hubo algunas alternativas: no todo fue sequedad y aridez; pero dominó la desolación y, sobre todo, terribles y prolongadas tentaciones, especialmente en los primeros años.

* * *

Antes de abordar este punto, debemos recordar lo que en alguna de nuestras obras insinuamos. Hay muchas clases de tentaciones, no sólo las que vienen del demonio, del mundo y de nuestra propia inclinación al mal, sino que, aun reduciéndonos a las que vienen del demonio, pueden ser de dos clases: las *ordinarias*, propias de la vida ascética, con las que el demonio suele molestar a las almas simplemente buenas y que para triunfar de ellas basta la gracia ordinaria de Dios; y las *extraordinarias*, propias de la vida mística, que dan ocasión de ejercitar las virtudes en grado heroico, que son uno de los principales instrumentos para las purificaciones pasivas y de las que no se puede triunfar sino con una gracia extraordinaria de Dios.

¡Qué lejos estamos, pero qué lejos, nosotros que nos arrastramos en la mediocridad, de comprender las tentaciones de las almas santas! Si las conociéramos, nos escandalizaríamos. Porque tenemos el prejuicio de que las almas santas están al abrigo de los ataques del demonio y que, viviendo en una atmósfera divina, hasta ellas no llega ningún hálito del maligno.

Es muy otra la realidad. Los santos son los seres de los grandes contrastes. Lo vemos en el mismo Jesucristo, modelo supremo de toda santidad: en su alma brillaba siempre, como en un cielo diáfano, la luz divina de la visión beatífica y de la ciencia infusa; pero a las veces se encapotaba el cielo y se desataba la tempestad: ¡qué oleajes de dolor hasta las lágrimas, de miedo hasta llegar al pavor, de tristeza hasta la muerte, de hastío hasta bañarse en sangre! El Corazón de Cristo era un cielo de gozo y un océano de dolor...

Algo así es el corazón de los santos. ¡Cuántas veces sienten el cielo en su alma: la luz divina de la contemplación los baña, la paz celestial los inunda, el amor de Dios los estrecha con ese abrazo que si no fuera pasajero los haría morir!... Y en seguida, casi sin transición, sobreviene furiosa la tempestad, el cielo se oscurece, la fe parece que se apaga, la esperanza ya no brilla, el amor está como muerto...; y al mismo tiempo, todas las pasiones se desencadenan, todo parece farsa y mentira, la desesperación los estruja, el odio y la blasfemia los asedian, la ira, la gula, la lujuria se convierten en verdaderas fieras contra las que parece ya inútil luchar...

Y cuando la tempestad pasa, la delicadeza del alma es un nuevo tormento. Y angustiada se pregunta ¿habré ofendido, lastimado por lo menos a Dios?... Pero, a la hora que Dios quiere, impèra a los vientos y a las olas, “*et facta est tranquillitas magna*”, y vuelve a reinar una gran paz y tranquilidad.

* * *

Todo lo cual nos lo hará ver el mismo Mons. con sus propias palabras.

El 1º de marzo de 1926, escribe en sus notas íntimas:

Luces sobre el amor divino.

“Descubro tres condiciones en el perfecto amor:

“Debe ser *total*; se debe amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”.

“*Amar es concentrar todo el ser y toda la vida en una sola donación que tiene algo de inmensa*”.

“Debe ser *único*; la palabra amor no tiene plural; no se puede *amar* sino una sola cosa; si la donación que constituye al amor ha de ser total, no puede hacerse sino una sola vez. ¿No será éste el supremo encanto del amor?”

“Concentrar en un punto único el ser y la vida esto es amar”.

“Debe ser eterno por su naturaleza; la donación del amor se hace una sola vez, pero dura siempre. Debe ser algo definitivo e irrevocable”.

“Así se ama Dios a sí mismo en el misterio de su vida”.

“Así nos ama a cada uno de nosotros en el misterio de su misericordia”.

“Dios me ama totalmente con su ser infinito y con su vida eterna; ni puede amarme de otra manera, porque es simplísimo y porque es el Amor”.

“¿Me atreveré a decir que me ama como a su único? No entenderé cómo, pero así debe ser. Mi corazón así lo exige; y Él hizo mi corazón. El amor es así”.

“Dios ama sin duda a todas las criaturas, pero a cada una de ellas la ama, como si no tuviera otra cosa que amar; sobre todo, a las almas, porque el amor que les tiene es de esposo, y éste es único. ¡Misterios del amor!”

“Y su amor es eterno: “*caritate perpetua dilexi te*”.² Eternamente me ha amado. Eternamente me amará”.

“Lo quiero también amarlo así. Quiero concentrar mi ser y mi vida, todo mi ser y toda mi vida, en Él, que es mi UNICO y hacerle la única, la eterna donación del amor...”

En el místico no ha muerto el filósofo.

“Hay algo de inmenso en el amor. Ante mis ojos y ante mi corazón está todo: Dios y el universo. La mirada de mi inteligencia tiene algo de infinito, porque su objeto es el ser; la palpación de mi corazón tiene algo de infinito, porque su objeto es el Bien. Por la donación de mi amor, pliego, como abanicos gigantescos, las miradas de mi inteligencia, que pue-

(2) “Yo te he amado con un amor eterno”. Jerem., XXXI, 3.

den extenderse a todo, y los afectos de mi corazón que pueden amarlo todo, para concentrar mis miradas en una sola: para Él; y simplificar mis afectos en uno solo: su amor”.

“Cuando la donación de Dios y mi donación ya perfecta se encuentren y fundan, se realizará el misterio del amor”.

“Dios será yo y yo seré Dios, no por el cambio de naturaleza, lo cual sería una herejía, sino por la transformación del amor. O más bien, Dios vivirá en mí y yo en Él”.

“¿Cuándo se realizará esa *transformación perfecta* que Dios me ha prometido?”

“¡Oh María! ¡Tú que adelantaste la hora de Jesús en Caná de Galilea, adelanta por mí la hora de Dios, la hora de mi *perfecta transformación*, para que el agua turbia de mi ser se trueque en el vino exquisito, que es tu hijo Jesús!”

La aurora de un nuevo amor.

“Hoy fue un día de amor. Por la mañana sentí dulcemente la presencia de Dios y como un llamamiento suyo al que las ocupaciones no me dejaban atender”.

“Por la tarde, comencé la oración por un impetuoso arranque de amor y durante toda ella solamente amé, tan ardientemente, que no podía más... Me parecía que no me cabía en el pecho el amor; me entregaba a Jesús de manera total, como si quisiera fundir en un punto mi ser y mi vida para arrojarlo en su Corazón. No acierto a expresar lo de este día...”

“...Deseos amorosos... la inquietud de quien entrevé la dicha y no la logra...”

“...Un día, al comenzar la oración, se me ocurrió pensar: ¡Si hiciera a Jesús esta pregunta: ¿me amas?...!”

“No la formulé, pero el pensarlo me conmovió... en el fondo de esa pregunta hay esta afirmación: *¡te amo!* Pero no me atreví a hacer la pregunta: sentí mi indignidad y me dio vergüenza...”

“...Por la tarde, se inflamó mi corazón con un amor ardoroso. Ahora sí, me dije, voy a amar a Dios; voy a comenzar a amarlo. Quería como una nueva manera de amor, porque me parecía todo poco para amarlo”.

“...Salí a dar un paseo en automóvil y durante las horas que el paseo duró, ardió en mi corazón el amor y mi pensamiento iba frecuentemente a Dios”.

“¿Qué haré para amarlo? Me entregaba a Él a cada instante con todo mi ser y toda mi vida, y repetía lenta y amorosamente el “*Ofrecimiento*”.”³

“Estoy enteramente resuelto a no hacer otra cosa en mi vida que amar, convertir todo en amor”.

“Me parece que poco a poco va perdiendo su atractivo todo lo de la tierra y que ya no busco ni quiero ni me interesa otra cosa que amar. Amar en la oración, y en el trabajo, y en el sacrificio. Amar hasta con las acciones más comunes de la vida. No haré en adelante otra cosa que amar”.

Influjo del don de Ciencia.

“Por alguna cosa comprendí que me estoy borrando ante los hombres, que estoy pasando desapercibido; y quizá por primera vez sentí el gozo de desaparecer...”

“El “*amā nesciri et pro nihilo reputari*”⁴ se reveló con un nuevo aspecto, bajo el aspecto del amor. Que no vean mis ojos otra cosa que a Él; que no me vean otros ojos que los suyos. Tan contrario parece al amor el ver como el ser visto fuera del círculo de unidad del amor”.

“*El amor es soledad*”.

“Dios vive en infinita soledad, en divino aislamiento. El

(3) Se refiere Mons. a una fórmula con que hizo una de sus múltiples “*entregas*”. Sobre la importancia de la “*entrega total*”, véase: REGLAS DE DIRECCION”, págs. 145 a 176, por J. G. Treviño.

(4) “*Prejiere ser desconocido y tenido por nada*”. (La Imitación).

Padre y el Hijo se aman en la unidad del Espíritu Santo. El misterio de amor se realiza en la soledad de las almas, o quizá más bien, en la soledad de Dios”.

“¡Señor! ¿cuándo estaremos tú y yo perfectamente solos?...”

“...Hoy hice a Jesús una *entrega total* de mi ser y de mi vida; siendo todo suyo, seré todo del Padre”.

La paz en la persecución.

“...Para que Dios se comunique con un alma es preciso que el alma esté en absoluta paz; todo lo que turbe la paz, por legítimo que sea, impide la comunicación de Dios. Gracias a Él estoy en paz, en medio de la terrible tempestad que sobre nosotros se desencadena.⁵ Me siento con un valor, con un desprendimiento, con una tranquilidad que reconozco en esto una gracia muy especial de Dios”.

“Decididamente me convienen las épocas de persecución. En la de 1914 viví una nueva vida por el influjo que ejerció en mí un alma santa. Ahora vivo como en el cielo. ¡Qué delicadeza de Dios para mí!... Me embriaga de amor en medio de la tormenta, como una madre que mima y acaricia a su hijito para que no se asuste”.

“Sin duda Dios me trata así por miedo de que no vaya a abandonarlo —por mi debilidad— en las horas de prueba”.

“O ¿será que en cada persecución hay un alma que sufre para que yo esté en paz? Es tan verdadera y profunda la unión de las almas, que cuando Dios las ha unido, son como una sola cosa; y la porción de pena y de gozo que en ellas debía derramar la mano de Dios, la distribuye Él de tal modo que toda la pena la sufre el alma fuerte y santa, y toda la paz la recibe la débil e imperfecta. De todos modos ¡bendito sea Dios! Tan

(5) Se refiere a la persecución religiosa de 1926-1929.

santa, tan sabia, tan amorosa es su Voluntad cuando acaricia, como cuando tortura; cuando embriaga de amor, como cuando inmola en la cruz”.

“Quiero vivir en paz, porque Dios quiere que así viva. ¿Por qué perderla? Mi tesoro, mi tesoro *único*, mi tesoro infinito: mi Dios y nuestro mutuo amor, nada ni nadie me lo puede arrebatar; y con ese tesoro me basta para ser feliz. Todo lo que me hagan los perseguidores: despojos, cárceles, ultrajes y aún la muerte, no hará otra cosa que acrecentar mi tesoro, que darme más perfecta posesión de él”.

“Una cosa me turbaría: que Méjico perdiera la fe. Pero estoy seguro de que Dios no lo abandonará, porque es el pueblo de María de Guadalupe. Esta persecución, como las anteriores, arraigará más su fe y la robustecerá, como se robustecen los robles de nuestros bosques cuando los agita el huracán. Y si —lo que Dios no permita— Él deja que mi Patria pierda su fe, debo hacerme pedazos el corazón para conformarme con esa voluntad soberana”.

“La persecución es una gracia de Dios, una bendición de Dios, una bienaventuranza, y Jesús nos enseñó que nuestra actitud ante la persecución se expresa con estas dos palabras: *“Gaudete et exsultate! ¡Alegraos y regocijaos!”*

Nueva revelación del amor.

“Por la tarde, primero, impaciencia por hacer la oración; y al arrodillarme a los pies del Sagrario, quedó mi espíritu fijo en Jesús y mi corazón ardiendo en su amor. Fue una impresión mayor que la de los días anteriores”.

“De un modo raro veía en Jesús como un atractivo irresistible, como algo superior a cuanto hasta ahora ha solicitado mi corazón, como algo que no me cabía en el alma, como algo tan dulce que no acertaba a saborear su dulzura, tan grande

que era imposible abarcarlo, tan nuevo que jamás lo había sospechado”.

“Y a lo que veía mi espíritu, respondía en mi corazón un amor nuevo también, que no me cabía en el pecho. Tanto en el espíritu como en el corazón había algo que se desbordaba”.

“Sentí algún alivio *entregándome* a Jesús como *esclavo de amor*”.

“...Por la mañana, mi alma se fijó en Dios con recogimiento y suavidad. Durante el día, avidez de pureza y tendencia a Dios”.

“Por la tarde, en la oración que excedió el tiempo ordinario, porque no acertaba a separarme de Jesús, las mismas impresiones de ayer, pero más hondas y más suaves”.

“La *intuición de Jesús* (de alguna manera he de llamar a esto), vaga y profunda, me muestra a Jesús como algo único, por encima de todo, que me atrae de una manera irresistible. No hay analogía de esta impresión con las impresiones ordinarias ni de lo percibido con las percepciones comunes. Jesús no me cabe en el entendimiento, lo entreveo inmenso; y es natural, pues es Dios; lo entreveo inagotable, llena y sacia el espíritu, pero con el sentimiento de inadecuación. No puedo dejar de mirarlo; siento descanso y dulzura en estar con Él, con cierto estremecimiento que llega hasta el cuerpo”.

“El impulso de amor que a la intuición corresponde fue hoy menos impetuoso, pero más preciso, más robusto, más sólido. Necesito un corazón nuevo para este amor”.

“Comienzo a sentir lo que es haber puesto los ojos y el corazón tan arriba; los ojos y el corazón son deliciosamente inadecuados para objeto tan alto. Es indispensable una *renovación del alma*”.

“Al entregarme a Jesús bajo el impulso amoroso provocado por la extraña intuición, me parecía que darle todo mi ser es muy poco, como que no corresponde esa reacción a la

acción. Es preciso dar más; darme todo es lo supremo del amor humano; pero a este amor superior ha de corresponder una donación nueva”.

“Entreveo que el amor de Dios exige la donación total de nosotros mismos y de otras almas (el amor del prójimo es complemento natural del amor de Dios); y más todavía, la perfección del amor divino requiere amar con el Corazón de Dios, amar con el Espíritu Santo...”⁶

“Me pareció también —¿será ilusión?— que al amar así a Jesús sentía un impulso *extraño*, como que una corriente me arrastraba; y tal vez por eso la *reacción* de mi alma me parecía tan pequeña. Si el Espíritu Santo sopla, solamente Él puede hacer que el don del amor corresponda a su impulso”.

Entregas renovadas

“También como ayer, fue hoy mi descanso ofrecirme y entregarme a Jesús como *esclavo de amor*. ¡Cuánto se contiene en esas palabras! Para quien ama solamente satisface esa entrega plena y absoluta que se significa por la esclavitud”.

“¡Que todo mi ser, que toda mi vida le pertenezcan, que yo esté en sus manos y que esas manos adoradas me den la vida o la muerte!”

“*Amar es perder la libertad*, pero no de la manera relativa como la perdían los antiguos esclavos, sino de una manera absoluta que es un *anonadamiento*”.

“¡Amar es sentir la dicha de perder la libertad!...”

(6) Expresión muy frecuente en los místicos. Amar con el Corazón de Dios o amar con el Espíritu Santo es amar con el amor infuso que corresponde a la Contemplación infusa.

Amar es sufrir, es morir

“Fijeza en Dios en la parte intelectual. Noto la diferencia que hay cuando la inteligencia o la voluntad es la que se fija en Dios”.

“...Por la mañana en la oración, la inteligencia fija en Dios con recogimiento”.

“Por la tarde, oración de amor más impetuoso, más ardiente, más sensible que en los días anteriores. Un impulso irresistible e indescriptible hacia Jesús que me hizo llorar...; un anhelo de deshacerme, de morir... Hay relación estrechísima entre el amor y la muerte. *Amar* es, en cierto sentido, *morir*...”

“...Viajando en automóvil, sentí que Dios me atraía en lo íntimo de mi corazón, que me unía con Él, que gozaba de su amor; y experimenté una ansia dulcísima de sufrir, pero como de un sufrimiento intrínseco al amor”.

“No se puede amar sin sufrir... Quien ama siente la necesidad de darse y mira que el don y el sufrimiento son una misma cosa...”

No habrá nadie que entienda algo de mística que no descubra en estas líneas los caracteres de la contemplación y del amor infusos.

SU CELEBRE DOCTRINA SOBRE “LAS MISERIAS”

CON MUCHA frecuencia Mons. Martínez predicaba sobre las miserias. Tema muy poco atractivo en verdad; pero, ¡de cuánto provecho para las almas! Repetía a cada paso que no debemos desconcertarnos al comprobar nuestra miseria ni desalentarnos por vernos miserables; porque la miseria no es un obstáculo para santificarnos; antes bien, si la sabemos aprovechar, es un medio indispensable y eficazísimo para llegar a la santidad.

Para entender bien las cosas, empecemos por precisar qué debe entenderse por “*miserias*”.

Unas son del orden físico: como la ignorancia de nuestra mente —¡son tan limitados nuestros conocimientos!—; la debilidad de nuestra voluntad que a cada paso flaquea; la inconstancia de nuestro corazón tan voluble; las fealdades de nuestro cuerpo, las enfermedades y los achaques que lo agobian, etc. Uno tiene que sufrir las consecuencias de un origen muy bajo y de una educación muy deficiente, que le dejan asperezas y tosquedades que no acaba de eliminar. El otro tiene alguna manía o tic nervioso que lo pone en ridículo a cada paso... Pero, seríamos interminables. Más bien pudiéramos preguntarnos, ¿qué cosa podemos hacer en la que no haya alguna deficiencia, alguna imperfección, algún defecto? Ni en el andar, ni

en el hablar, ni en los ademanes, ni en las acciones más sencillas. Sólo Jesucristo lo hizo todo bien, “*omnia bene fecit*”

Otras miserias son del orden moral y éstas son incomparablemente más numerosas y de mayor peso. Sin duda alguna que el pecado grave, y aun todo pecado voluntario, es la gran miseria moral, más bien, la única. Pero al tratar de *las miserias* desde este punto de vista especial, no incluimos el pecado mortal directamente, ni aun el venial plenamente voluntario, sobre todo el habitual.

Miserias morales son: la humillación que trae consigo el haber pecado, aun cuando de estos pecados nos hayamos purificado plenamente; —las inclinaciones al mal que, aunque dominadas, subsisten siempre y hacen siempre posibles nuevas caídas—; las tentaciones que tanto humillan y que nos hacen bordear el abismo del pecado; las faltas veniales semideliberadas y las imperfecciones; y en los ejercicios de piedad, sobre todo en la oración, las divagaciones del espíritu, el sueño, la aridez, la impotencia, etc., etc.

Ahora bien, la miseria así considerada no es un mal, sino un bien, siempre que sepamos servirnos de ella.

¿Cómo hay que utilizar las miserias? Las miserias sirven:

1º—*Para conocernos*. El conocimiento de sí mismo, base de la humildad, no se adquiere con teorías ni especulaciones, sino palpando experimentalmente nuestra miseria. Y, si interviene el Don de ciencia y a su luz sondeamos el abismo de nuestra miseria, quedamos curados para siempre de nuestra necia fatuidad. En vano tratará entonces la lisonja de elevarnos a las nubes o la calumnia de hundirnos en el cieno, el alma no podrá engreírse con las alabanzas ni lastimarse con las injurias, permanecerá incommovible en la humildad.

2º—*Para ejercitar la humildad* y crecer en esta virtud tan fundamental y necesaria. La humildad no se ejerceita, sino con

humillaciones; y ¿qué mayor humillación que sentir el peso de nuestras miserias? Las humillaciones de fuera —las que nos vienen de los hombres— son poca cosa comparadas con las que nacen de nosotros mismos.

3º—*Para tener un contrapeso* a los dones naturales, a los éxitos, a las alabanzas, a los honores y sobre todo a los dones sobrenaturales, a las gracias y favores del cielo. Sin ese contrapeso, perderemos el equilibrio y caeremos lastimosamente.

4º—Principalmente, *para atraer sobre nosotros la misericordia de Dios*. ¿Qué puede atraer a la Misericordia, sino la miseria? Y la misericordia de Dios no es lástima, es amor; es el ropaje con que el Amor se reviste para amar a los miserables.

¿No son suficientes estos motivos para no desconcertarnos por nuestras miserias, más aun, para llegar hasta amarlas?

El primero en amarlas fue Jesús; y las amó tanto que se revistió de ellas: “*debuít per omnia fratribus similari ut misericors fieret*,¹ fue preciso que en todo se hiciera semejante a sus hermanos, que se revistiera de todas sus miserias, para aprender a ser misericordioso.

* * *

Mons. Martínez predicaba tanto sobre las miserias, que una religiosa le puso un mote o sobrenombre; con él hacía de Mons. un gran elogio, lejos de faltarle al respeto. Le llamaba “*el Señor de las Miserias*”. Para comprender este título hay que tener presente la costumbre mexicana de llamar a las imágenes de Jesús Crucificado más veneradas con el nombre de “*el Señor de tal o cual cosa*”, por ejemplo: “*el Señor del Buen Despacho*”, “*el Señor del Perdón*”, “*el Señor de la Expiración*”, “*el Señor Mueve Corazones*”, etc. Por eso a Mons. le lla-

(1) Hebr., II, 17.

maban “*el Señor de las Miserias*”, que vale tanto como decir, el Señor de la Indulgencia y de la Misericordia.

Pero esta doctrina no era una teoría; la aprendió en la dolorosa escuela de la propia experiencia.

Sigamos espigando en sus notas íntimas de este período, para confirmar, como decíamos antes, esta mezcla de luces y sombras en el alma de Mons.; más densas en los primeros años de esta época, más abundantes aquéllas en los últimos años.

Miserias y sequedad.

“Muchas miserias hoy, siendo la principal que me sentí un poco preocupado de los juicios de los hombres”.

“Ayer quedé abrumado por el trabajo. Quizá por esto o por las faltas de ayer, mi alma está árida. Muy justo es —digo a Dios— que me castigues; me pongo de tu parte”.

“Por la tarde, la oración siempre árida, pero llegó a haber fijeza, y muy honda. ¿Qué será?”

“Por la noche, al despedirme del Santísimo Sacramento, un poco preocupado por la persecución religiosa, le dije a Jesús: “¡Siquiera en estas difíciles circunstancias no me abandones!” Me refería a la aridez de todo ese día. Pero al punto pensé: No, mejor quiero estar como me tengas, mejor quiero hacer tu voluntad santísima”.

“Y con honda emoción me entregue a su beneplácito, sintiendo el gozo de agradarle, de que haga en mí lo que quiera. ¡Oh gozo inefable de hacer la voluntad divina!”

“La aridez desapareció y el alma quedó bañada de paz y de unión”.

“Hay algo mejor que sentir la dulce presencia de Dios, es agradarle en la aridez, en el sufrimiento. Lo supremo de la vida humana es entregarse a la divina voluntad. Querer total

y perfectamente lo que Dios quiere es asemejarse lo más perfectamente posible a Dios”.

Su Escudo Episcopal.

A fines de 1922, la Santa Sede le confió el gobierno de la diócesis de Chilapa² como Administrador Apostólico. La misión era muy difícil y delicada, por motivos que no es del caso exponer aquí.

El Sr. Martínez, que hasta entonces sólo había gobernado su Seminario, supo, sin embargo, llevar las cosas con tal tino y prudencia, que en pocos meses estuvo todo dispuesto para que tomara posesión de la diócesis el nuevo Obispo nombrado por la Santa Sede.

El 14 de abril escribía a un amigo: “Estoy próximo a cantar en esta tierra el “*Nunc dimittis*” y a esperar las nuevas órdenes del Amo. ¡Es tan seguro, tan dulce y tan cómodo estar en esas manos potentes y amorosísimas!”

(2) En Chilapa estuvo desde el 6 de diciembre de 1922 hasta septiembre de 1923. En aquella época, en que no había servicio aéreo, las comunicaciones con Chilapa eran muy difíciles y los caminos casi impracticables. No había comunicación hasta Chilapa ni por ferrocarril ni por automóvil —que entonces empezaba apenas a usarse—, sino sólo a caballo. Esta incomunicación hacía que Chilapa viviera como en otro siglo. Mons. escribió sus impresiones, hasta ahora inéditas, sobre ese mundo desconocido para él. Son muy interesantes.

Este nombramiento de Administrador Apostólico de Chilapa trastornó completamente la vida de Mons. y desorganizó su familia.

Ramoncita, consciente de su deber, no solamente no se opuso, sino que, a pesar de todas las dificultades, resolvió acompañar a su hijo. Y así lo hizo, sin que le arredraran ni las penalidades del largo viaje, ni lo riguroso del clima, ni el alejarse de todo lo que había sido el ambiente de su vida en la pacífica Morcía.

Los problemas con que tuvo que enfrentarse Mons. debieron ser gravísimos. Un periódico de Chilapa de esa época, que providencialmente cayó en nuestras manos, nos lo deja más que adivinar. Mons., sin embargo, con una discreción heroica, nunca dijo absolutamente nada. Apenas a su más íntimo amigo le decía en una carta del 8 de diciembre de 1922. “Recibí tu carta del 3 del corriente. Enteramente me pasó a mí lo que a ti: encontrarme *solito* frente a frente de todos los problemas que hay en esta Diócesis: pero

Y la nueva orden del *Amo* fue la preconización de Mons. como Obispo titular de Anemurio y Auxiliar del Arzobispado de Morelia, el 6 de junio de 1923.

A este respecto conviene citar dos cartas de Mons. muy reveladoras.

“Chilapa, 29 de junio de 1923. —Muy querido amigo: Tu carta del 25 del corriente me conmovió. Dios te pague y me conserve tu santa amistad”.

“Estoy definitivamente resuelto a hacer los Ejercicios en esa Casa, donde hay verdaderamente todo lo que necesito: allí me prepararé a recibir “*virtutem ex alto*” en mi próximo Pentecostés”.

“Me he preguntado con admiración: ¿por qué querría Dios elevarme a la plenitud del Sacerdocio? Y encontré la respuesta en aquellas palabras de Jesús que encierran el misterio del Episcopado, como dichas a los Apóstoles, de quienes son sucesores los Obispos: “*Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos et eritis mihi testes*”. ¡Una nueva efusión del Espíritu Santo! ¡Ser testigos de Jesús! ¡Testigos por la palabra, por la acción, por la vida; pluguiere a Dios que por la Sangre! ¡Testigos de Jesús quien, desconocido y despreciado, necesita ahora tanto del *testimonio!*”

“Pero es extraño, muy extraño que Dios quiera otorgarme esa dignidad que no cabe en la estrechez de mi miseria. Tú

tú y yo debemos poner en práctica aquella altísima regla de filosofía práctica: “*el corazón a Dios, el ojo al peso y el lomo tieso...*” Mucho te agradezco todo lo que has hecho y dicho por mí. Dios te lo pagará. ¡Si vieras que lejana siento a Morelia con todo lo que dejé allá...!” (Carta a J. B. B.).

Y en otra del 14 de enero de 1923.

“Tú no sabes lo que es ser Administrador Apostólico de Chilapa o en otros términos, tú no sabes lo que es servir a Dios en tierra de “*pintos*”; porque si supieras *eso*, no te llamaría la atención que no te hubiera escrito ni atribuirías a deficiencia del correo lo que no es sino deficiencia de tiempo. ¿Te acuerdas de mi vida en Morelia? Suspiro por ella. ¡Ah! ¡Mi tranquilidad! ¡mi tranquilidad!” (Carta a J. B. B.).

no conoces bien esta miseria,³ pero yo la conozco y Dios la conoce mejor. Y, sin embargo, quiere que sea Obispo; y para quitarme todo escrúpulo quiso que, contra lo acostumbrado, no me pidieran el consentimiento. Así ha obrado siempre conmigo”.

“Cuando yo carecía de la madurez y experiencia de la edad, me asoció a la grande obra del Seminario. Sin tener yo conocimientos sociales, me puso a la cabeza de una gran obra de reconstrucción social. Siendo absolutamente incapaz de dirigir, recibí en mis manos torpes un alma *d'élite*. Sin tener conocimientos de Derecho Canónico ni haber estado jamás en una Curia, vine a gobernar una Diócesis difícilísima”.

“Ahora, cargado de miserias, voy a recibir la Santa dignidad. ¡Siempre lo mismo! ¡El misterio de la debilidad!”

“Por eso voy a elegir como leyenda de mi escudo aquellas palabras de San Pablo: “*CUM INFIRMOR, TUNC POTENS SUM*”. ¿Qué te parece? Y para simbolizar el misterio, pondré en el escudo una cruz, sencillamente, que es el mejor emblema del misterio; ó si se quiere expresar en forma un poco romántica, será una frágil enredadera que se apoya en un roble”.

“Tengo dos esperanzas (en el fondo una sola) que me tranquilizan por completo: la profundidad de mi miseria y la eficacia divina de aquel Espíritu que transformó en Apóstoles a los doce”.

“Solamente a ti te hablo tan íntimamente, pero basta ya”...

* * *

(3) Cuando los simples mortales y las almas santas hablan de *miserias*, no debemos confundir y pensar que lo dicen en el mismo sentido.

Los pecadores hablan de miserias refiriéndose a una vida de desorden y de pecado. Las almas santas hablan de miserias en el sentido que hemos explicado. Y si se refieren a pecados, más bien se trata de los que pudieron cometer, si Dios no los hubiera preservado con su gracia. Los santos tienen sobre su miseria una luz tan grande que nos deslumbra y que estamos muy lejos de comprender.

“Chilapa, 31 de agosto de 1923. Muy querido amigo: No resisto la tentación de contestar luego tu carta del 27 de agosto que me llegó al corazón, porque tiene *alma*, cosa rarísima en las cartas, porque quienes las escriben o no tienen ese *soplo espiritual* o no lo dejan ver, porque les falta *diafanidad*. Me alegro de que te estés haciendo medio-sencillo para que seas *diáfano*”.

“Tal vez tengas razón al decir que el Misterio de la debilidad es la palabra inicial. Yo dudo, porque la Eucaristía, que es la última palabra, es la manifestación suprema de ese Misterio, y porque leí en alguna parte —¡tú sabes dónde!— que la unión del Verbo con el alma, última palabra en la tierra de la vida espiritual, se realiza en el punto en que se unen dos abismos: el anonadamiento del Verbo y el anonadamiento del alma. Pero sea la primera o la última, el misterio de la debilidad es mi *palabra*, mi camino, mi programa”.

“En tu edad, yo hubiera elegido la leyenda que me propones; ahora estoy fuertemente apegado a la mía. Será quizá, porque los años no solamente ensanchan el corazón, como tú dices, sino que nos dan también la impresión honda y *vivida* de nuestra miseria; o quizá más bien, porque en la plenitud de la vida más que un bello pensamiento, como en la juventud, más que un dulce recuerdo, como en la vejez, se busca un programa de vida, de acción, por las exigencias apremiantes del presente”.

“La palabra audaz de San Pablo: CUM INFIRMOR, TUNC POTENS SUM, comprende dos partes: en la segunda, *potens sum*, está todo el misterio de Cristo en nosotros: la intensidad de la vida interior, la fecundidad de la vida apostólica, todo lo que el Señor quiera hacer por medio de su *siervo fiel*. Mas la primera parte es la condición, el camino, el programa, lo que yo debo hacer. Si yo me anonado, mi vida será Cristo; si

yo me hundo en mi profunda miseria, Dios hará cuanto quiera de mí”.

“A mí no me toca marcarme mi misión: ¡Él sabe lo que quiere de mí! ¡Él tiene determinada la medida de mi potencia y de mi acción! A mí me corresponde hundirme para poder clamar a Él *De profundis*, para poder escuchar su voz que resuena en los abismos y recibir allí, con su misión, su fuerza: *tunc potens sum*”.

“Por otra parte, yo no temo olvidar que Cristo es mi vida y sí temo olvidar que yo soy la nada. Parece mentira, pero es lo que con más facilidad olvidamos a pesar de su notoria y meridiana evidencia, y más en ciertas circunstancias”.

“Quiero, por último, que mi leyenda y todo mi estema tenga vivo e imborrable el perfume de “*Los encantos del Amor divino*”;⁴ y si encarna el misterio de la debilidad, nadie podrá dudar de su origen y de sus relaciones”.

“Ya le mandé a X el modelo para que me lo mande ejecutar; me sirvió de base el de Mons. Darboy: una cruz de plata sobre campo de azul; ¡así ha de haber brillado el lábaro de Constantino en el azul del cielo! Pero era preciso poner allí algo mexicano o más bien algo mariano; y puse en los cuatro cuadrantes que deja libre la cruz, cuatro rosas, las del Tepeyac, que encierran también el misterio de la debilidad. Sobre la cruz y las rosas, coronando el escudo, se cernirá el Espíritu Santo —*Virtus Altissimi*— que completa el simbolismo y que no podrá ser olvidado en un escudo episcopal”.

“El Espíritu Santo es el Consumador: Consumador del Misterio de Dios, del misterio de Cristo, del misterio de la vida cristiana, del misterio del Sacerdocio. La vida cristiana es una *efusión* del Espíritu Santo, una *unión* con el Verbo, una *consagración* al Padre. Así también el misterio del Sacerdocio:

(4) Se refiere a ciertos manuscritos espirituales que esperamos algún día publicar.

es una efusión del Espíritu Santo: al conferir el Diaconado dice el Obispo: "*Accipe Spiritum Sanctum ad robur etc.*"; al conferir el Presbiterado, "*Accipe Spiritum Sanctum, quorum remiseris*" etc.; al consagrar al Obispo: "*Accipe Spiritum Sanctum*" sin limitaciones. Estas efusiones *unen* más y más estrechamente nuestras almas a Cristo Sacerdote; y por Él, con Él y en Él, nos *consagran* al ministerio *in gloriam Patris*. ¡Cuánto se pudiera decir sobre esto! Y ¡cómo podría olvidarse al Espíritu Santo en un estema episcopal!"

"Me pasé de diáfano..."⁵

* * *

Con estas disposiciones, Mons. Martínez recibió la consagración episcopal, el domingo 30 de septiembre de 1923, en la Catedral de Morelia, con todo el esplendor de la Liturgia sagrada. Fue consagrante Mons. Leopoldo Ruiz y Asistentes Mons. Francisco Banegas, Obispo de Querétaro, y Mons. Leopoldo Lara, Obispo de Tacámbaro.

Después de su consagración, Mons. Martínez se dedicó a ser un colaborador inteligente y abnegado de ese gran Arzobispo que fue Mons. Ruiz, quien solía llamarlo "*mi cireneo*".

El 7 de julio de 1924, Dios puso en manos de Mons. Martínez la dirección de un alma excepcional, la Sra. Concepción Cabrera de Armida. Comenzó por darle unos Ejercicios Espirituales; y desde entonces hasta la muerte de ésta, se los dio cada año. Además de las comunicaciones verbales, cada día le daba los puntos por escrito. Y esos Ejercicios se prolongaban casi durante un mes. Los manuscritos de cada una de esas tandas podían formar otros tantos volúmenes. Mantenía, en fin, una abundante correspondencia con la Sra. Armida; esas cartas podían formar también varios volúmenes.

(5) Cartas a J. G. T. El lema que se le proponía era: "*Mihi vivere Christus est. Mi vida es ser Cristo*".

Es admirable como Mons., sin descuidar en nada sus importantes cargos, encontraba tiempo para todo este trabajo.

Pero más admirables todavía son los torrentes de luz que encierran esos escritos. Nadie como Mons. Martínez comprendió la doctrina de la Cruz. Dios lo tomó como instrumento para dar los últimos toques magistrales a esa alma privilegiada. ¡Qué horizontes de luz le descubrió! ¡qué impulsos decisivos supo imprimirle que la llevaron a las últimas cumbres de la perfección!

Pero, al mismo tiempo, la doctrina de la Cruz tuvo también un influjo decisivo en la santificación de Mons. Martínez. Se asimiló su espíritu y vivió su vida, y así acabó de prepararse para la gracia central del 25 de marzo y del 21 de septiembre de 1927.

Pero no sólo ayudó a la Sra. Armida, sino también a las Obras de la Cruz. Varias veces dio Ejercicios a los Misioneros del Espíritu Santo y en una ocasión en que uno solo se los pidió, no se desdeñó de dárselos a él, como si se tratara de un público numeroso. Son incontables las veces que predicó a las Religiosas de la Cruz: Ejercicios, retiros, pláticas, en las diferentes Casas, aunque para esto tuviera que emprender largos viajes; dirigió a muchas religiosas ya verbalmente, ya por correspondencia, entre otras a la Rma. M. Manuela Cacho Ordozgoiti que murió con merecida fama de santidad.

También ayudó a la Alianza de Amor en sus diversos centros. Y cuando N. P. Félix, tratando de reorganizar la Liga Apostólica, agrupó a varios sacerdotes y los llamó "*Sacerdotes del Espíritu Santo*", Mons. Martínez fue uno de ellos. Y él fue el primer Director del Apostolado del Espíritu Santo, cuando lo fundó N. P. Félix, en Morelia, el 20 de agosto de 1917.

En fin, poco después de la muerte de la Sra. Armida, vino a ocupar la Sede Primada de México; y con toda su autoridad, siguió apoyando y protegiendo las Obras de la Cruz, aunque

sabía demasiado los enemigos poderosos que había tenido. Y no tuvo empacho en declarar, desde la cátedra sagrada, que esas Obras las llevaba en su corazón...

¡Qué fidelidad la suya!... Y más, cuando dada la limitación y fragilidad humanas, no siempre encontró toda la comprensión y la gratitud que merecía...

Todavía un año antes de morir, alcanzó a introducir los procesos diocesanos de N. P. Félix y de la Sra. Armida para su beatificación y canonización. Y hasta los últimos días de su vida, estuvo informándose de la marcha de esos procesos.

No; las Obras de la Cruz nunca podrán pagar la deuda de gratitud contraída con Mons. Martínez. Después de la muerte de sus Fundadores, Mons. fue, no sólo el gran protector, sino un verdadero padre.

¡Que lo comprendan cada vez mejor las generaciones venideras y que el recuerdo de Mons. Martínez viva siempre en sus corazones embalsamado con una gratitud fidelísima e inmortal!

CAPITULO IX

LUCES DE CONTEMPLACION

QUENTINUEMOS dándonos cuenta del desarrollo de la vida espiritual de Mons. por sus notas íntimas.

Por la comunión eucarística, mutua donación.

“En la misa de hoy, una emoción hondísima por la mutua donación que hicieron de sí mismos Jesús y el alma. Jesús se me entregó —¡oh delicia suprema!— y yo me le entregué, por la comunión eucarística. De mis ojos brotaron lágrimas y mi alma estaba envuelta en santa emoción”.

“Por la tarde, en el paseo que he acostumbrado hacer estos últimos domingos y en los que nunca falta una gracia de Dios, sentí una paz muy íntima y una complacencia deliciosa en hacer la voluntad de Dios. No quería en aquellos instantes, sino estar incondicionalmente a la voluntad de Dios, lo mismo en mi vida interior, como en las cosas exteriores. Mi única ilusión, mi único anhelo, mi única dicha, es que se cumpla en mí la voluntad divina, que Dios haga conmigo lo que le plazca, que disponga con soberana libertad de *Amado* de cuanto soy y tengo”.

“Por la noche sentí ímpetus ardientes de amor; algo que no me cabía en el pecho y conmovía todo mi ser; una impresión indefinible, honda y dulce, que me llevaba a Dios; un dolor

que me quemaba; una impaciencia que me torturaba; una ternura que me hacía llorar. Jamás había sentido tan ardoroso y tan sensible el amor”.

No está por demás advertir que no se trata, en todo lo que hemos visto, —así como en lo que veremos después—, del *fervor sensible de los principiantes*, sino del que es una redundancia y desbordamiento del *fervor espiritual de la caridad perfecta*.

Mons. nos va a exponer, con su competencia acostumbrada, estas relaciones entre la sensibilidad y el amor de Dios.

En una carta a un amigo suyo y a propósito de una consulta de difícil y peligrosa solución, dice, comentando el vers. 3 del salmo 83: “*Cor meum et caro mea exsultaverunt in Deum vivum*, mi corazón y mi carne saltan de gozo por el Dios vivo”:

“... pero hay algo más que descubro en ese texto. Páreceme ciertísimo que la sensibilidad tiene su parte en el amor de Dios, una parte más importante de lo que a primera vista se piensa. He aquí, a mi juicio, las etapas que recorre esta participación.

“1º—Al principio, tiene la sensibilidad en el amor de Dios la participación que por la naturaleza misma del hombre le corresponde, dado que el acto sobrenatural está injertado en el acto psicológico natural”.

“2º—Después, la sensibilidad intenta participar más de los actos espirituales del alma; pero lo hace de una manera grosera, impidiendo —más bien que ayudando— la perfección del acto”. “Aquí hay que poner ciertas perturbaciones molestas que afligen a algunos temperamentos demasiado emotivos”. (De aquí también la necesidad de las purificaciones pasivas que transforman y espiritualizan la sensibilidad).¹

“3º—En la tercera etapa se pierde, por decirlo así, la conexión del cuerpo y del espíritu; éste se eleva, aquél no haya alimento alguno” (aridez, sequedad).

(1) Los paréntesis son nuestros.

“4º—Llega después un momento —cuarta etapa— en que se reanuda la conexión, pero en sentido inverso: no es la parte sensible la que prepara y excita la espiritual; es ésta la que, por su riqueza y plenitud, se derrama en la parte inferior, espiritualizándola, por decirlo así”.

“¿Cómo me explicaré? —No es ya la imaginación la que presenta al entendimiento la fecunda imagen que prepara el concepto; sino que, del rico festín del alma, caen a la imaginación migajas más valiosas que los más dulces manjares que brinda la naturaleza”.

“Ya no es el apetito sensitivo el que arrastra a la voluntad o sensibiliza sus movimientos; es la voluntad que, en sus divinos arranques, como que arrastra el apetito a una región espiritual”.

“Aquí es donde se verifica la profunda y hermosa expresión: *Cor meum et caro mea exsultaverunt...*”²

En esta etapa se encontraba Mons. Martínez.

Contemplación del Verbo divino.

“Estos días los pasé recogido y lleno de amor, aún en la calle”.

“Lo más notable fue una oración en la que en Jesús consideré al Verbo de Dios, pero tan viva e íntimamente, que no lo puedo expresar. Sentía cómo su majestad insondable y cómo su belleza arrebatadora...”

“Me atraía, me arrastraba, haciendo en mi corazón una impresión dulce, pero suavemente dolorosa”³.

“Esa belleza, que sentí sin ver, subyuga y anonada... La única actitud que puede tomar el alma, que se ve obligada

(2) Carta del 3 de Nov. de 1920 a J. G. T.

(3) Es lo que los místicos llaman *contemplación indistinta*.

a tomar en presencia de esa Belleza, es el *anonadamiento*, pero anonadamiento de amor”.

“La belleza anonada. Quizá hasta la belleza creada. Pero la que no solamente se contempla, sino que se ama, anonada de amor...”

“¿O será que todos los atributos divinos anonadan cuando bien se consideran, pero cada uno de ellos produce un anonadamiento con su matiz propio, que para la belleza es de amor?”

“¿O quizá toda consideración honda de Dios anonada y enamora; anonada, porque Dios es infinito; enamora porque Dios es amor?...”

“Esta impresión, honda y dulce, aunque en una vez fue más intensa, tuvo su preparación y sus consecuencias: fue el tema de estos días”.

Contemplación dolorosa.

El día de la Encarnación, Dios inspiró a Mons. una consagración a Jesucristo, amorosa y total, por manos de María Inmaculada. Sin saberlo, se preparaba así a la gracia central que recibiría un año después en la misma fecha.

Esa gracia no fue otra —en cuanto podemos juzgarlo— que la Unión Transformante que algunos meses después —el 21 de septiembre de 1927— fue confirmada con un sello especial de fecundidad.

El Viernes de Dolores de 1926 escribe:

“Devoción sensible hasta las lágrimas, en la Misa. Saboreé las estrofas del “*Stabat Mater*”. Mucho recogimiento durante el día”.

“Por la noche, rezando el Oficio divino, sentí a Dios en lo íntimo de mi alma, tan real, tan unido a mí, que apenas pude continuar el rezo. Sentí a Dios que no me cabía en el corazón ¡a Dios que llenaba mi alma de dulzura y de amor!”

“Al dulce e íntimo sentimiento que embargaba mi alma, uníase una amargura propia del amor, o más bien, ese *dolor amoroso* que es inexplicable”.

“¿Será que el amor dilata el deseo, y el deseo es impaciencia e inquietud?... ¿Será que el alma es inadecuada para el amor divino y la conciencia de su inadecuación la atormenta cuando ama?...”

Durante los días siguientes, esa gracia continuó y siguió desarrollándose de una manera ardiente e intensa.

“Siempre en la oración Dios dentro de mí, unido con mi alma. A las veces como que me abrumba... a las veces descanso en Él... a las veces me enajena el corazón esa unión íntima... ¡Estar unido con Él! ¡POSEERLO!...”

Semana Santa.

“1º de abril. Jueves Santo.—Día de amor y de dolor. Misa muy devota. Día agitadoísimo. Por la noche, de 11 a 12, adoración ante el monumento; aunque rendido de fatiga, pude recogerme”.

“2 de abril. Viernes Santo.—Oficios muy devotos. Por la mañana medité el Vía Crucis de una víctima.⁴ Por la tarde, a las tres, inauguración, sencilla y devota, de la *Unión Sacerdotal*; otro Vía Crucis muy *sabroso*”.

“3 de abril. Sábado Santo.—Prediqué sobre la Soledad de la Sma. Virgen. He aquí las ideas”.

“El amor se realiza en una magnífica soledad. El amor es fuerte como la muerte, porque arranca, desprende y arroja el alma en incomprensible aislamiento. El amor despoja de todo: de las cosas, de las personas, de sí mismo”.

(4) Este Vía-Crucis lo publicaremos en otra parte.

“En tanto que pensamos en nosotros mismos, en tanto que queda en nosotros restos de egoísmo, no reina en nosotros el amor perfecto”.

“Quien ama no tiene ojos sino para el Amado, ni tiene corazón ni vida sino para Él. Para quien ama el universo entero gira en torno del Amado: para Él espárcen las flores su aroma, las montañas le sirven de grandioso pedestal; el agua del río murmura su nombre y lo escriben con su luz las estrellas del firmamento”.

“Pero, cuando hecho el perfecto vacío del alma y llena ésta de Él, Jesús desaparece, ¿qué será esa soledad?”

“¿Qué sería la soledad de la Sma. Virgen?...”

“Algo peor que el infierno; porque el tormento de los réprobos es la soledad sin amor; el tormento de María es la soledad con un amor inmenso y único”.

Semana de Pascua.—“TUYO. MIO”.

“Dos palabras hondamente sentidas, vividas íntimamente, llenan esta semana: TUYO — MIO”.

“El Dios íntimo que siento en mi alma desde el Viernes de Dolores, la ha henchido durante esta semana con su grandeza y con su amor”.

“A las veces, en la calle, me ha embargado la honda impresión y me ha hecho caminar como sonámbulo”.

“El amor de mi corazón se ha desbordado en ocasiones por mis labios, impetuoso y rico, agotando el pobre léxico del amor que hay en las lenguas humanas”.

“Pero las dos palabras dichas expresan las emociones dominantes”.

“TUYO, le he dicho en todos los tonos y he puesto en esta palabra mi ser y mi vida”.

“*Tuyo* mi cuerpo, mi alma, mi presente, mi porvenir. *Tuyo* para todo lo que quieras hacer de mí. *Tuyo* para las ope-

raciones íntimas de mi alma. *Tuyo* para trabajar por Ti. *Tuyo* para inmolarme”.

“Totalmente *tuyo*, entregado a todas las disposiciones de tu voluntad. *Tuyo* para que me acaricies y *tuyo* para que me desprecies. *Tuyo* para que me des la vida y *tuyo* para que me des la muerte”.

“A las veces me he puesto ante Él en actitud expectante, dispuesto a *todo*”.

“*Tuyo* es la palabra del amor y en ella he vislumbrado abismos...”

* * *

“Pero también ha resonado en mi alma, arrobadora y divina, la otra palabra: ¡MIO! ¡MIO! ¡MIO!...”

“¡*Mío*, Jesús, el Verbo de Dios hecho carne; *mío* ese Dios que llevo en el alma y que se me ha entregado en un exceso de amor!”

“Algunas veces, un día sobre todo, me pareció que Él me decía muy queda y amorosamente: ¡TE AMO! ¡TE AMO!... ¡Cómo no me morí de amor?...”

“Y como que al decir esa palabra, se estrechaba más con mi alma: como al decirle yo: *¡te amo!*, se unía más mi alma con el dulce Amado...”

“¡MIO! ¿es posible? ¡Cuarenta y tantos años de mi vida tuvieron que correr para que sintiera yo la delicia suprema de esa palabra de amor y para que yo pudiera decir la mía en la sinceridad, en la intimidad, en el ardor de mi ternura!...”

“¡Gracias, Dios mío!”

“*Tú, mío; y yo, tuyo.* ¡Sonó para mi alma la hora solemne, la hora sagrada del amor!”

* * *

11 de abril. Dominica in albis. “Hoy culminó la santa delicia de las dos palabras arcanas: TUYO Y MIO. Hoy me sentí tan suyo y lo sentí tan mío, que yo como que desaparecí y Él como que llenó todo mi ser, ¿será como un esbozo de la divina transformación?”

Así era en efecto. La gracia de la Unión Transformante no viene de golpe. Se va iniciando paulatinamente, como la aurora inicia el nuevo día y, desarrollándose, se convierte en el esplendor de la luz meridiana. Pero con la diferencia de que el sol declina hasta su ocaso, mientras que aquella gracia sigue creciendo y produciendo sus frutos, hasta transformarse en el esplendor eterno.

“¡Cuántas veces repetí en la oración la palabra DUEÑO; y me hundí en la insondable delicia de esta palabra de amor: TENGO DUEÑO!”

“Tener por dueño a Jesús es como un principio de la felicidad eterna. ¡Cómo ansío que ejerza en mí, libre y plenamente, sus derechos de dueño, sobre todo, de dueño por amor, de dueño porque lo elegí entre millones para que lo fuera!”

“Que no me consuele, que no me tenga en cuenta, que sea MI DUEÑO”.

“Y yo ¿me atreveré a ser su dueño?...”

* * *

Vinieron después unos días de enfermedad, como consecuencia del excesivo trabajo de la Cuaresma. Durante ellos no tuvo ni tiempo ni cabeza más que para aceptar la voluntad de Dios y decirle prácticamente: “*soy tuyo*”.

Al fin, restablecida la salud y recobradas las fuerzas, volvieron también las gracias de Dios.

“Me sentí, al pie del Sagrario, unido íntimamente a Jesús y, estrechándome con Él de manera ardiente, me le entregué y le dije: *soy tuyo*, pero poniendo en esta palabra un sentido nuevo”.

“Era una donación plena en la que se desvanecía, por decirlo así, mi ser. *Quiero ser tuyo*, le decía, de suerte que puedas disponer de mí, de todo lo que soy, con plenísimo derecho y con plenísima libertad de amar, como quien se siente plenamente amado. Que puedas disponer de mí, ¡Verbo de Dios! (perdona la comparación) con la libertad con que disponías en la tierra de tu Sacratísima Humanidad”.

“*Tuyo* para que, sin preguntarme, sin solicitar mi consentimiento, sin tomarme siquiera en cuenta, dispongas de mi ser y de mi vida para las operaciones interiores de tu gracia, para las disposiciones exteriores de mi vida, para las inmolaciones de mi ser”.

“Y me parecía que esta donación, práctica y ardiente, que hacía estremecer mi alma y mi cuerpo, era como un óseulo ardiente que le imprimía, un óseulo inmenso, profundo, ardoroso, en el que se exhalaba mi vida y mi ser...”

“Lo besé muchas veces. ¿No es el óseulo un contacto dulce y rápido de amor en el que parece escaparse el alma en el aliento?”

“Lo besé muchas veces, pensando en la frase del Evangelio: “*Non cessavit osculari pedes meos*”.⁵

“Y eran precisamente sus pies los que trataba de besar sin deseanso, creyéndome indigno de más amoroso beso, por más que del fondo de mis entrañas pugnaba por salir y expresarse el audaz anhelo de la Esposa de los Cantares”.

“¡Cuánta razón tuvo el P. Lacordaire! El amor tiene siempre el mismo lenguaje, las mismas exigencias, las mismas etapas”.

“Por la noche, en otro tiempo de oración, se cambiaron

(5) “*No ha dejado de besar mis pies*”. Luc., VII, 45.

(6) “*Osculetur mihi osculo oris sui*. Bésame con el beso de su boca”. Cant. I, I.

los papeles; Jesús se me entregó, compasivo y amoroso. ¡Qué ardor el suyo! ¡qué fuerza! ¡qué ternura!...

“¿Será verdad, dulcísimo Dueño, que de tus labios divinos brotaron estas palabras más dulces que la miel: “TE AMO Y SOY TUYO”, en tanto que te unías a mí, que me estrechabas con divino ardor y con energía tal que apenas alcanzaba a soportarlo mi debilidad?...”

Tirano de amor.

“En uno de estos tiempos de oración, creo que en el primero, sentí la atracción, misteriosa e irresistible, de Jesús; y le decía: “¿Quién eres tú, misterioso Desconocido, que así me atraes, y me arrebatas, y me robas el alma, sin que pueda resistir mi miseria y haciéndome como perder mi albedrío?”

“Y le dije también: “*¿Mi Tirano de amor!*” Que es el amor una dulce tiranía, y no tiene quien ama otro lenguaje que aquél, siempre antiguo y siempre nuevo, que no ha perdido en millares de años su perenne frescura y que tiene siempre en los labios de quien ama no marchitada juventud...”

“...Hoy continuó el tema de ayer, pero más intenso y firme. El “TUYO” tomó grandes proporciones, amplitud no sospechada; parecía que borraba todas las barreras entre Jesús y el alma, y que el dulce Amado podía ya entrar triunfalmente en su huerto de amor”.

“Y el Amado se comunicó sin reserva al alma suya, como un torrente impetuoso, con la presión —si se perdona la palabra— de un amor infinito”.

“El alma sollozaba de dicha oprimida por el peso del amor y caldeada con aquel amor sobrehumano”.

“¡Oh Jesús! ¿verdad que no pusiste hoy a tu amor otra tasa que la indispensable de mi pequeñez? Así quiero que me ames, con divina libertad, que te desbordes sin medida sobre

esta pobrecita alma que te pertenece totalmente. ¡Me parece que estás ávido de amar así!...”

“Aun fuera de la oración, el torrente de amor seguía desbordándose sobre el cauce de mi miseria, como si por muchos años hubiera estado represándose. El alma procuraba *dejarse, dejarse*. ¿Cuándo aprenderá?”

“Varias veces tuve que interrumpir el rezo del Oficio, porque el dulce Tirano de mi alma la sacudía, y sacudía mi cuerpo con las avenidas de su amor, impetuosas y triunfantes...”

Osculo divino.

“...Una amorosa suavidad bañó mi alma desde el amanecer. Hoy cesó todo culto público en la ciudad; todo en ella es tristeza y dolor”.

“¿Por qué no puedo yo disimular mi alegría? Me appena estar alegre, pero, ¿qué hacer? ¿se puede estar triste cuando el amor celebra su fiesta en el alma?”

“La alegría es el perfume del amor; y embalsamado por ese perfume, pasé el día. Él estaba conmigo y yo con Él, comunicándonos misteriosamente nuestro amor”.

“Los que se aman encuentran su universo en el magnífico aislamiento de su amor; y ese universo estuvo hoy para mí radiante de alegría”.

“Coronó día tan feliz este razgo fugaz pero dulcísimo”.

“Al despedirme por la noche de Jesús, en el ardor de mi ternura, besé suavemente la cortinilla de su Sagrario”.

“¿Fue sugestión de mi deseo? ¿fue una dichosa realidad?”

(7) El culto público se suspendió en todo el país del 31 de julio de 1926 al 29 de junio de 1929, a causa de las leyes que atentaban contra los derechos de la Iglesia. Pero la Legislatura de Michoacán se adelantó, y los cultos en ese Estado de Michoacán, se suspendieron el 18 de abril de 1926.

Dios lo sabe. Sentí como un choque eléctrico, pero *espiritual* y dulcísimo, que saudíó todo mi ser...”

“Con el alma temblando de amor y el cuerpo medio desmayado, me arrodillé al pie del altar, saboreando quizá la delicia de un ósculo de Dios...”^s

* * *

“Fue ésta^o una semana deliciosa, fue una semana de amor. Imposible describir mis impresiones. En la oración, y aun fuera de ella, sentí a Jesús dentro de mí, pero me pareció que no ya en la superficie, por decirlo así, del alma, como en los días anteriores; sino en el fondo, muy adentro, como si mi corazón se hubiera abierto para que Él tomara posesión de lo *suyo*. Y el corazón se dilató dulcemente y Él lo llenó”.

“A las veces sentí el encanto indefinible e irresistible del Amado, como algo delicioso que se clavaba en el corazón, pero hiriéndolo como con dulce melancolía. Y aquel encanto me arrastraba en pos de Jesús de manera irresistible, como si me fuera a sacar de mí”.

“... el jueves sentí de manera muy clara al despedirme de Jesús, que Él me detenía para que hiciera cerea de su Sagrario la Hora Santa, de 11 a 12. ¡Oh delicia de aquella velada de amor!... La solemne soledad de la hora, el gozo de que Él *me detenía* y no sé qué de íntimo, de familiar, de amoroso, que notaba en Jesús, llenaron de amor y de dulzura esta hora inolvidable”.

(8) Los teólogos llaman “*sentimientos o toques divinos*” a ciertos efectos de la Contemplación infusa en la voluntad, pero que casi siempre tienen redundancia en el entendimiento. Son como un sentimiento sabrosísimo de Dios. Son a veces tan profundos que parecen que se imprimen en la sustancia del alma. Se llaman entonces “*toques sustanciales*”.

Los místicos, en su lenguaje descriptivo y pintoresco, los llaman “*abrazos de Dios*”, “*ósculos divinos*”.

Pero entiéndase bien que estos toques son puramente espirituales y sobrenaturales; *lo sensible nada tiene que ver aquí*.

(9) Del 19 al 25 de abril de 1926.

“Hasta la fragancia de las flores, frescas y exquisitas, que cerea de mi reclinatorio habían puesto para Él, me hablaban deliciosamente de amor”.

“Ni puedo expresar ni podré olvidar las dulces impresiones de esta semana de amor”.

Terrible ataque satánico.

“Tuve que salir hoy a México. Al despedirme de Jesús, me pareció que estaba especialmente afable y amoroso conmigo. Con esta impresión entré al coche del ferrocarril, dispuesto a entregarme libremente a la oración y al amor. Lo hice, en efecto, porque todo me era propicio y por espacio de hora y media me entregué a Dios lleno de recogimiento y con efusiones impetuosas y sensibles de amor”.

“Me sentía unido a Dios y experimentaba un gozo especial de estar a solas y sin trabas con Él. Mi estado era como una especie de sonambulismo”.

“Poco a poco la impresión que dominó en mi espíritu fue el gozo de que Dios estuviera contento; me complacía que pudiera Él sin trabas disponer de mí: ya no gozaba tanto de poder estar con Él libremente toda aquella tarde, cuanto que Él pudiera hacer en ella cuanto quisiera de mi alma”.

“Me parecía que su gozo era mi gozo, que la propia alegría se opacaba ante la alegría suya y que era yo feliz precisamente o principalmente porque Él lo era”.

“Pero ¡ay! este gozo intensísimo provocó una terrible tempestad y empezó una época borrascosa”.¹⁰

“En vano tomé en el tren mismo, por dos veces, fuerte disciplina, la tempestad se hizo terrible...”

“Al día siguiente, en el templo de Sta. Clara, encontré

(10) Téngase presente lo dicho antes acerca de las tentaciones propias de la vida mística.

la paz al contemplar con lágrimas en los ojos y ternura en el corazón que hay en el Corazón de Jesús abismos de misericordia...”

Pasaron bastantes días de relativa tranquilidad. Pero al fin se reanudó la lucha en su alma.

“Las últimas tempestades, iluminadas por la luz de Dios, produjeron en mí estas ideas y resoluciones: un hondo conocimiento de mi miseria. Soy el mismo de siempre: todas las gracias insignes de Dios, que en estos últimos tiempos he recibido, no han cambiado mi nada”.

“Tal vez para continuar en mí la efusión de sus gracias y de su amor, necesitaba purificarme y ha elegido esta dolorosa purificación”.

“Me pongo en las divinas manos dispuesto a todo. No me *soltaré* de ellas suceda lo que suceda. Tengo una confianza inalterable en Él. La Inmaculada Virgen María será mi sostén”.

“...Volvió después la tempestad *terrible y casi continua*, hasta que cesó de improviso al comenzar el novenario de Pentecostés”.

En efecto, Dios lo preparaba para una gracia especial en la próxima fiesta de Pentecostés, como veremos en el artículo siguiente.

CAPITULO X

HACIA LA UNION

Vuelve la calma.

“EL 14 DE MAYO comencé a ser otro; todas mis pasiones se pacificaron y volví a sentir como antes que las cosas del mundo se quedaban muy lejos y que sus fascinaciones apenas me tocaban superficialmente”.

“Este estado de paz continuó hasta el 29 de mayo inclusive, y mi alma permaneció unida a Dios y tocada de su amor”.

Donación al Espíritu Santo.

La gracia a la que se preparaba el alma de Mons. con las pruebas que hemos visto fue una donación al Espíritu Santo, el día de Pentecostés. Por expresa voluntad de Dios, a lo que puede juzgarse, Mons. se ofreció de una manera especial al Espíritu Santo e hizo de sí mismo una donación de todo su ser y una consagración de toda su vida al mismo Espíritu divino.

Hizo además el voto de extender su reinado mientras viviera y de todas las maneras posibles.

Todo lo cual tendía a unirlo más a las Obras de la Cruz.

“El día de Pentecostés —escribe— hice con toda el alma la consagración pedida y el voto por seis meses, pues así me lo dispuso mi Director espiritual”.

“Así el novenario como la octava del Espíritu Santo, pero principalmente ésta, fue de unión íntima con la Santísima Trinidad”.

“Modifiqué mi ordinario ofrecimiento, que era dirigido únicamente al Padre, para hacerlo a las Tres Divinas Personas”.

Del 31 de mayo al 6 de junio fue un período en que se mezclaron las luchas y los consuelos.

Del 7 al 11 de junio, sólo dice: “Fueron *días de amor* intenso, ardiente, dulcísimo, como *nunca* lo había sentido. Más vale no intentar describirlo...”

Del 12 al 19, continuó el amor, pero en medio de tentaciones.

Los últimos días de junio, siguió creciendo el amor hasta llegar como a una locura.

De estos días escribe en sus notas íntimas: “Recuerdo especialmente dos noches unidas por el encanto de una misma amorosa emoción. Un alma que tiene con Dios *auténticas* comunicaciones, me aseguró que Él le había dicho que en mi Oratorio recibiría mucho consuelo”.

“Esto me dijo, pero ¿quién puede decir lo que sentí?... Por unos momentos sentí como un desmayo de amor. Y luego, hasta muy entrada la noche de aquel día, saboreé, llorando y sintiendo que no me cabía en el pecho, la dulzura, la divina delicia de esta frase: ¡ESTA CONTENTO!”

“¿Puede pedir más el corazón que ama? ¿Pensar que Él goza, que Él se siente feliz con lo que le he preparado,¹ con

(1) Acababan de arreglar su Oratorio para el día de su santo (21 de junio de 1926). El Seminario le obsequió un gran Crucifijo, imagen principal de su Oratorio y que lo acompañó hasta su muerte. A propósito de este obsequio, escribe: “Por ser éste el día de mi santo, me regaló el Seminario un bellísimo Crucifijo para mi altar que hace poco estrené; parece que el altar fue hecho para la imagen, y la imagen para el altar. Me llenó de satisfacción ver tan hermoso el conjunto de mi Oratorio; pero más, mucho más, el comprender claramente el simbolismo de aquel regalo. Dicen que las cosas exteriores que recibimos de Dios son a las veces símbolos de lo que interiormente nos da el Señor. Como yo he pedido “*una cuelga*” espiritual a todas las almas del cielo y de la tierra especialmente unidas con mi alma, pensé que aquel Crucifijo era un símbolo del regalo interior, ¡que mi cuelga espiritual era *Jesús!*”

mi compañía!... Me pareció sentir en aquella noche la generosidad del amor, que se olvida de sí mismo para no pensar sino en el bien del Amado”.

“Embalsamado el corazón con la dulce noticia, de la que no dudé porque algo interior me confirmaba su exactitud, seguí los días siguientes”.

* * *

“Pero en otra noche, en la que también prolongué mi oración, me apareció aquello bajo otro aspecto”.

“Le había pedido a Jesús que me dijera si me amaba, por ese impulso, por esa necesidad que siente quien ama de oír de los labios amados la palabra única del amor. Y pensé, con esa claridad que la razón no puede dar: *si está contento aquí, es porque me ama*. Y la seguridad de su amor penetraba todo mi ser como divina unión de alegría. *¡Me ama!... ¡me ama!...* repetía mi alma temblando de emoción”.

“Y a la mitad de la noche, ante el Sagrario iluminado por la amorosa claridad de la lámpara, se entabló entre Jesús y mi alma, el eterno y siempre nuevo diálogo de amor:

—“*¡Me amas?*”

—“*¡Te amo!*”

—“*¿Y tú?*”

—“*¡Ya lo sabes que te amo!*”

“*¡Diálogo que diciéndose siempre no se repite jamás!*”

* * *

Basten estas eitas para darnos alguna cuenta de cómo fue preparando Nuestro Señor el alma de Mons. Martínez para la gracia del 25 de marzo de 1927.

Según todos los indicios, esta gracia fue —como dijimos— la de la Unión Transformante.

Los principales teólogos están de acuerdo en que esta unión, aunque es rara desgraciadamente, no por eso es extraordinaria

o carismática, como el don de profecía, de curaciones, la bilocación, la estigmatización, la levitación, etc., es decir no implica un milagro.

Esta unión es la cumbre del desarrollo *normal* de la gracia de las virtudes y de los Dones, y el preludeo y la preparación próxima para la unión beatífica del cielo.

Sería también un error pensar que la Unión Transformante es algo repentino, antes bien, se prepara de muy atrás, se va iniciando paulatinamente. Aun aquí se verifica el adagio "*nemo repente fit summus*", nadie de improviso llega ni a la cumbre del bien ni al fondo del mal.

Tampoco se ha de realizar siempre conforme a un molde invariable. Todas las obras de Dios son de una variedad riquísima, aunque también de una admirable unidad por su principio, por su fin y por su estructura misma.

Finalmente, no hay que imaginarse que esta unión tenga algo de aparatoso, de exterior, de sensible; antes bien se pasa en lo más profundo del alma, por tanto, en lo más secreto, en lo más oculto, en lo más íntimo; *es toda espiritual*.

Aunque dijimos que esta gracia es la cumbre normal del desarrollo de la gracia, no por eso hemos de creer que está en la mano del hombre alcanzarla. Es un don gratuito: Dios lo hace a quien quiere. No obstante, el alma puede y debe prepararse, quitando los obstáculos, practicando las virtudes, obediendo con docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo, etc. Y a quien así hace todo lo que está de su parte, no parece que Dios, de ordinario, le niegue este favor.

Esencialmente consiste en un conocimiento *cuasi experimental* de Dios y en el amor que de tal conocimiento nace y que produce una unión con Dios casi constante. Es una visión intelectual y altísima de Dios, —fruto sobre todo del Don de sabiduría—, por el cual el alma gusta y saborea qué suave es el Señor; no puede entonces el alma dudar de la presencia

de las Tres divinas Personas en ella y, casi no llega a verse privada de su compañía. Es una participación la más plena y perfecta posible de la naturaleza y de la vida divinas —en cuanto la permiten los límites de la criatura—, de manera que el alma siente que su unión a Dios es definitiva e inamisible.

* * *

Veamos cómo habla Mons. de esta gracia del 25 de marzo de 1927.

“¿A quién sino a Ti, Amado de mi alma, he de seguir contando la historia dulcísima de nuestro amor? Así, al estar escribiendo, pensaré en Ti y Te amaré; ya que ni Tú quieres que deje de amarte ni mi pobre corazón quiere dejar de tener esa dicha”.

“¿Te acuerdas, Jesús de este día 25 de marzo de 1927? ¿Cómo te entraste en mi alma? Sin hacer ruido, sin hacerme sentir siquiera tu dulzura, llegaste a este profundo rincón de mi alma del que no has salido y al que yo amo, porque allí estás Tú”.

“Al terminar aquella oración tuve la seguridad plena de que te poseía, la convicción inefable de que eras MIO. Y *mío* serás por toda la eternidad, Jesús, ¡*mío!*... ¡*mío!*...”

“Las bases de esta unión, lo sabes muy bien, fueron dos: *tu misericordia y mi miseria*. Y las dos son indestructibles: ni Tú has de dejar de ser misericordioso y ni yo he de dejar de ser miserable”.

(2) Mons. conocía perfectamente los términos técnicos de la Teología mística. Sin embargo, es notable cómo aquí se olvida de que es teólogo y sólo habla como místico. Y así llama “*profundo rincón*”, “*dulce rinconcito*” de su alma a los que los teólogos llaman “*el centro más profundo del alma*”, donde habitan las Tres Personas divinas para unirse con ella en una unión perfecta y consumada; y no es otra cosa que los últimos límites que puede alcanzar la naturaleza del alma, su virtud, la fuerza de su operación y de su movimiento, sin que le sea posible ir más allá. (Cf. S. Juan de la Cruz, “*Viva Llama de Amor*”, Estrofa 1, verso 3).

“¡Cómo te agradezco que muy pronto —el día 28— me hiciste saber que era verdad, dulce verdad, lo que había sentido yo en lo íntimo de mi alma!”

“¿Recuerdas mis explosiones de júbilo, la honda impresión de dicha que no me cabía en el alma? Te di gracias y procuré hacerle bien a otras almas, pues la mejor manera de agradecer tu posesión ¿no es darte a los demás?”

“Desde entonces, ¡oh dicha!, te llevo conmigo, eres mío; a las veces te siento como un fuego que me abrasa; a las veces ardes dulcemente en lo íntimo de mi corazón; a las veces las miserias me envuelven, las tempestades sacuden la superficie del alma, pero dentro, en el *dulce rincón*, somos dichosos. ¿Tú también, verdad?”

“¡Cuántas cosas me has dicho desde que vives en mi alma! Me encanta tu manera de hablarme y ¡qué bien nos entendemos!”

“¡Cuántas cosas has hecho también en mí!”

“El Viernes de Dolores me dijiste unas cosas... ¡Ah, Jesús! ¿es posible que mi pobre amor tome ese matiz que me avergüenza, que vayas Tú a colmar ese anhelo de paternidad que surge en mi alma, poderoso y nuevo? ¡Qué misterio de amor y de dolor comenzó a descubrirse ante mis ojos!”

“Después... ¡cuántas cosas! Tu unión conmigo es *inamisible e inalterable*. Lo que acerca de esto me hiciste entender (fue el 20 de abril) lo escribí ya”.

“En el ardor de tu cariño quisiste que estuviéramos los dos solos: ¡es como estamos mejor! Permitiste que me persiguieran para tomarme por entero. ¡Solo y sólo para Ti! ¡Ah, dulce Amor!... ¡qué días hemos pasado los dos en este silencio en que todo el regocijo de la primavera ha armonizado el cántico íntimo de nuestro amor! ¡Tú sabes que he sido feliz, muy feliz, y que a las veces no me cabe en el pecho esta felicidad”.

“Todos me han de compadecer: piensan que sufro mucho. Y no saben que soy dichoso con tu amor y tu compañía”.

“¿Compañía? No me gusta la palabra: está buena para el amor de la tierra, no para este amor del cielo... ¡Si no vives conmigo! ¡Si vives EN MI!”

“¡Cuántos años suspiré por el amor! Bendito Tú que me amaste siendo como soy; bendito Tú que me amaste con ese amor que solamente en tu Corazón existe ¡tan ardiente! ¡tan tierno! ¡tan delicado! ¡tan tuyo!”

“Definitivamente me arrojó sin reservas en el océano de ese amor infinito!...”

El tema fundamental de la pequeñez.

“Ha habido días, uno sobre todo, en que he sentido mi miseria muy hondamente; parecíame, ese día al menos, que la impresión de mi miseria oscurecía la dicha de mi amor. Pero Tú sabes convertir en dulzura todo lo amargo con la alquimia divina de tu amor”.

“Me dijiste que mis miserias te enamoran: ¡qué gusto tienes!; me hiciste vislumbrar el encanto que ha de tener amar lo pequeño, lo miserable, lo bajo...”

“... y tu luz interior me levantó un poco el velo del misterio y te envidié, Amado mío, y deseé ser infinito nada más que por anonadarme por amor”.

“Leyendo a Sta. Teresa del Niño Jesús —ya ves cuánto me ha enseñado; me la diste por maestra— se me ha ocurrido que si su alma, por sentirse tan pequeña, la subiste en tus propios brazos hasta tu corazón; mi alma es también pequeña, no con la graciosa pequeñez del niño, sino con la flaqueza repugnante del enfermo”.

“Mas Tú eres el buen Samaritano que curas las llagas de mi alma y acabas por unirte a ella con inmenso amor. Pero

has superado la parábola del Samaritano o me has descubierto el profundo sentido de ella. ¡Jesús, Tú curas mis miserias con ósculos de amor, y no me pones sobre un jumento, sino me guardas en tu Corazón!”

“El día que más hondamente sentí mi miseria, me diste a conocer tu Misericordia. ¡Para miseria tan honda era necesaria una Misericordia infinita! Lo que has hecho conmigo probablemente no lo has hecho con nadie. Soy un monumento a tu Misericordia”.

“Y pues dijiste con tus divinos labios que debe amar más a quien más se ha perdonado; yo debo amarte con un amor excepcional, quizá debo amarte como nadie, porque como con nadie has tenido misericordia de mí”.³

“Y ese deber de amarte mucho, de amarte de manera excepcional, estoy dispuesto a cumplirlo; si Tú me concedes ese amor, tu enamorada Magdalena se va a quedar atrás”.

“Perdona mis locuras, Dueño mío; pero, ¿por qué no decirte por escrito lo que lees en mi alma?”

“Leyendo en la *“Histoire d'une âme”* estas palabras: *“Siento que si, por imposible, encontraras un alma más débil que la mía, te complacerías en colmarla de favores todavía más grandes, con tal de que se abandonase con una confianza plena a tu misericordia infinita”*, pensé que mi alma es indiscutiblemente más débil que la de Sta. Teresita. ¡Oh, si yo conociera mi debilidad y me abandonara enteramente a tu Misericordia infinita!”

“Pero no; yo no quiero ni recibir más dones que los que has dado a un alma o menos que a ella; no quiero sino agradarte; quiero lo que Tú quieras”.

(3) No perdamos de vista lo que dijimos en otro lugar del sentido en que hay que tomar *“las miserias”*, cuando de ellas hablan las almas santas.

Un nuevo modo de amar.

El 4 de mayo, Solemnidad de S. José. “Comencé a amarte de manera nueva, Jesús mío; tomó mi amor un intenso y dulcísimo matiz. Me da vergüenza y gozo al mismo tiempo decírtelo: Te comencé a amar como algo MIO, pero no como lo mío que poseo, sino como *lo mío que soy*; perdóname mi audacia, comencé a amarte como una prolongación de mi ser, como han de amar las madres a sus hijos. ¿No es verdad que así te amaba S. José?”

“Y ese Santo bendito me participó de su amor. ¡Qué amor tan especial es éste! Se ama de distinto modo cuando el Amado no es todavía nuestro y cuando ya lo es. ¡Oh, MIO!”

Día 6, Viernes Primero. “Completaste la gracia. Me dijiste⁴ —¿por qué no he de decir, “*me dijiste*”, si tienes una manera suavísima de hablar sin palabras?— me dijiste que a esa manera de amarte como *mío*, corresponde una manera de amarme como TUYO, pero entendido el *tuyo* como el *mío*, esto es, no como cosa poseída, sino como una prolongación del ser”.

“Claro está que se trata de la unidad mística del amor”.⁵

“Y me descubriste tu secreto: Primero, tomas posesión del rinconcito amado; para eso hay que darte todo el afecto. Pero

(4) No se trata de “*Contemplación distinta*” o de “*locuciones*”, sino de “*Contemplación indistinta*”, en que Dios, sin locuciones, hace comprender al alma lo que quiere.

(5) En la exposición de esta gracia se comprende luego que Mons., sin pretenderlo, va señalado los caracteres o efectos de la Unión Transformante: la seguridad de la posesión de Dios —la continuidad de la presencia divina— la conciencia de que esa posesión es definitiva e inamisible — la comunicación plena de la vida divina, etc.

Respecto de la inamisibilidad de esta unión, hay que observar que los teólogos suelen señalar, entre los efectos de la Unión Transformante, la seguridad de la salvación. Pero como el Concilio de Trento definió que nadie puede estar absolutamente seguro de su salvación sin una revelación divina, unos teólogos creen que la Unión Transformante es equivalente a esa revelación; otros piensan que para esa seguridad basta que la virtud de la esperanza sea especialmente confirmada.

no Te quedas allí nada más; Te vas extendiendo, invadiendo todo el ser, lo vas transformando en Ti: el corazón, el alma, el carácter, el cuerpo, todo. Poco a poco vas viviendo en mí; llegará un día en que hables por mi boca, y obres por mi acción, y sufras en mis penas, y ames por mi corazón; llegará un día en que seamos una sola cosa".⁶

“Ya no nos bastarán esos pobres términos, *mío, tuyo, ¿verdad?*, los sustituiremos por *Tú, yo*, (es decir, yo transformado en Ti). ¿Cuándo será eso, Jesús mío? ¡Si los dos lo deseamos ardientemente! ¡Ah! es preciso que a fuerza de caricias y de ósculos de amor, destruyas mis miserias y mis obstáculos para la unión. Bueno, Jesús, cúrame, que esa medicina es dulcísima, y cuando esté sano, sígueme así curando hasta que me enfermes de amor”.

“Te he ofrecido y dado todo mi ser, parte por parte, para que lo tomes, lo poseas y vivas en mí y me transformes en Ti. Poco importa que me quieras para inmolarme. ¡Feliz inmola-ción realizada por el Sacerdote-Amor”.⁷

Sed de amor

“Oh Jesús me pediste que te amara mucho, que no hiciera otra cosa que amarte”.

“Me dijiste que tienes una sed inmensa de amor y, como a la Samaritana, me dijiste: “*Dame de beber*”.

“Tú sabes, ¡oh sediento Dueño mío!, que te he dado ayer y hoy toda la escasa agua de amor que contiene mi pobre corazón. ¡Bebe, Jesús, bebe lo que es tuyo! Bebe todo el amor de mi corazón: ¡quisiera que te saciaras y no quisiera! Que te saciaras, para que se colmaran tus deseos; y que no te saciaras

(6) Perfecta descripción de la Unión Transformante.

(7) Se refiere a la expresión de la Liturgia: “*Amor sacerdos immolat*”, el amor es el sacerdote que inmola a Jesucristo.

nunca, para que siempre me estén pidiendo de beber y yo dándote siempre”.

“Oh Jesús, Tú sabes lo que te amo y sabes cómo te quisiera amar...”

“...Tú sabes la inmensa dicha que es para mi alma darte de beber; porque no quiero pensar en mí. ¡Darte gusto a Ti, Amado, es mi dicha suprema, mi única dicha! ¡Darte gusto siempre! ¡Darte gusto en todo! Esta es la felicidad; éste es el cielo”.

“Hasta ni me atrevo a pedirte que me quites esas miserias que tanto me hacen sufrir. Si Tú quieres que las sufra, seré dichoso al sufrirlas. Nada quiero pedirte; nada necesito yo. Me basta con que estés contento, con que seas feliz, con que yo te dé gusto”.

“Quiero lo que Tú quieras en las penas de mi Patria; adoro y amo tus designos de amor sobre mi alma y sobre las almas que amo”.

“¡Oh Jesús! ¡Oh Amado! ¡Oh mío!...”

CAPITULO XI

LECCIONES DEL MAESTRO

DEL 13 AL 31 de mayo, Nuestro Señor instruye a Mons. de la manera que ya hemos visto, sin palabras, sin locuciones, sino con una iluminación interior.

Su hermosura que cautiva

“Mira, Jesús, cuando quieras dar una lección a las almas, ocúltate bien, no vayas a descubrir el más ligero rasgo de tu hermosura, porque la lección fracasa y se convierte en idilio”.

“Así te pasó ahora con mi alma. Comencé mi oración queriendo únicamente darte gusto. —¿Qué quieres de mí?— te dije; ¿cómo podré agradarte en estos momentos?”

Y se consideraba incapaz de proporcionar algún gusto a Nuestro Señor; pero la respuesta interior no se hizo esperar:

“—Uno: *el de bajar*, uniéndome a tu alma”.

“¡Claro! Eres el Verbo anonadado; y desde que te anonadaste al venir a este mundo, te quedó un gusto apasionado por bajar”.

“¡Baja, pues, Verbo divino, que al hacer tu gusto me haces feliz”.

“Y comenzaste a darme una lección: Como me he entregado a Ti, como vamos a vivir unidos, tengo que amoldarme a tus gustos. Los tuyos tienen que ser los míos”.

“Y comencé a saborear ese gusto de ser olvidado, de que nadie me haga caso, de que me humillen...”

Quiso seguir a N. S. en el camino de su abajamiento; pero, de pronto, como en un relámpago de luz celestial, vislumbró su hermosura...

“¡Ah! Todo lo tuyo es hermoso hasta lo que parece insignificante; pero ese amoroso abajamiento, ¡oh Verbo anonadado!, es de una hermosura incomparable”.

“No intento analizarla, porque la belleza no se analiza, se gusta y se recibe su influjo irresistible. Y aunque otra belleza pudiera analizarse, la tuya, la que vislumbré hoy, se resiste a todo análisis. No sé lo que vi; sé únicamente que mi corazón ardió y que desde ese momento no pude más que amarte con ardor, con pasión”.

“¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino?” decían los discípulos de Emaús. Cuando Jesús se descubre un poco, —y ¿qué digo?— cuando se acerca aunque sea medio velado, los corazones arden”.

“Ahora comprendo por qué eres *“el Dios escondido”* y por qué estás velado con las sombras de la fe. Si aparecieras sin velos, los corazones arderían, se trastornaría el mundo, la vida normal sería imposible”.

“¡Qué Hijo tienes, Virgen María! ¡oculta cuidadosamente su hermosura para evitar catástrofes! Y oculta todo, todo; porque todo en El es hermoso y descable hasta el más ligero rasgo, hasta el menor movimiento”.

“¡Oh Virgen María, oculta cuidadosamente a tu Hijo, si no quieres que arda el mundo!”

“Quizá no hay medio más eficaz para enseñar que el amor. Con ese método creo que aprenderé cuanto me enseñes”.

Mutuos derechos del amor.

“Te has constituido en mi Maestro de amor, y con tal

Maestro progresaré mucho en esa ciencia divina, a pesar de mi rudeza”.

“En estos días me has dado magníficas lecciones:

“Amar es darte gusto en todo—no tener otra voluntad que la Tuya, otros gustos que los Tuyos—amar apasionadamente y rendidamente adorar tu voluntad—y hacer todo esto con delicadeza, con finura, poniendo tanto amor en el modo como en la substancia”.

“Pero la lección de hoy me gustó mucho; no la olvidaré y la pondré siempre en práctica”.

“Me enseñaste nuestros mutuos derechos. Claro que el amor tiene sus derechos, y muy sólidos. Supuesto que el amor me ha hecho tuyo, tienes pleno derecho sobre lo que antes era mío: sobre los pensamientos más íntimos de mi alma, sobre mis palabras y acciones, sobre las respiraciones de mi pecho y, *sobre, todo*, sobre las palpitaciones todas de mi corazón; tienes derecho sobre todos los instantes de mi vida y *sobre todos los pormenores de mi muerte*. ¡Oh Jesús, qué delicia ser tuyo!”

“Mas Tú me enseñaste hoy que tengo derechos sobre Ti. ¡Oh dicha! ¡Eres mío! Claro que tengo derecho de disponer de lo mío. Disponer de Ti es conocerte y amarte; tengo pues derecho de contemplarte cuando quiera, de mirarte a mi satisfacción”.

“Y en esta tarde, me hiciste ejercitar este derecho: Te dejaste mirar de mí...”

“Aunque oculto bajo tantos velos, vislumbré tu misteriosa hermosura, ¡Verbo divino!, y mi pobre alma no se cansó de mirarte, como no se cansa de beber aguas cristalinas quien tiene sed”.

“Tu hermosura arrebató el alma, enciende el corazón y quien te mira se entrega a Ti sin reserva”.

“Aprendí, pues, que soy más tuyo, cuanto eres más mío”.

“Pero lo que me llena y enloquece es el derecho de mirarte.

Es muy natural tener ese derecho: ¿cómo no he de tener el derecho de mirar lo mío? Pero me ha llegado al fondo del alma la seguridad que me diste de que tengo ese derecho. ¡Pudiera no apartar los ojos de tu hermosura!”

“La lección terminó en gratitud. ¡Cuánto te agradezco que me hayas amado! ¡Cuánto te agradezco que me dejes amarte!”

* * *

La pedagogía del Maestro divino —dice Mons.— no va paso a paso como la de los maestros de la tierra, sino que vuela. Es natural, el amor no anda, vuela. Tal vez por eso el Espíritu Santo apareció en forma de paloma. Más aun, el amor, siendo fuego, tiene su manera rápida y especialísima de comunicarse.

Lección de amor.

Esta lección la preparó Nuestro Señor con una tentación verdaderamente terrible. Fue una lucha tremenda en que sólo a costa de heroicos esfuerzos logró salir vencedor, pero, al mismo tiempo, humillado. Cuando renació la calma, el alma estaba preparada para recibir esta deliciosa lección de amor.

“... ¡Quieres que te ame siempre! ¡en todos los instantes! Tienes pleno derecho a exigírmelo, puesto que soy todo tuyo. Y ¡con qué ternura y con qué ardor me lo pediste!”

“Estas lecciones son de amor, dadas por el Amor y con amor inmenso”.

“Tu petición me llegó al alma. No se pide amor, sino cuando se ama. No se pide amor de todos los instantes, sino cuando se está perdidamente enamorado”.¹

“¡Oh Jesús, pídemme amor, pídemme mucho amor, para sen-

(1) Estar enamorado es amar apasionadamente. En México no tiene esa expresión el sentido peyorativo que se le da en América del Sur.

tir la felicidad de verte enamorado de mi miseria! Para mí es una ilusión, una dicha amarte sin cesar; pero es imposible que realice esta dicha, si Tú no me lo enseñas, si tu Espíritu no lo hace en mí”.

“No hacer otra cosa que amarte quiere decir: darte gusto siempre y con extrema delicadeza—olvidarme de mí y pensar en Ti—consagrarte sin reservas todos los latidos de mi pobre corazón”.

“Y al querer poner en práctica tu sublime lección, comprendí que necesito, para *amarte siempre, sacrificarme sin cesar*”.

“*¡Mírame con amor!*”

“Me costó mucho trabajo entender la lección de hoy. Me pareció que querías que te mirara; pero mi pobre mirada se perdía en las sombras que envuelven tu hermosura”.

“Sin duda que tu luz brilla en medio de las sombras, pero ¿quién podrá percibirla, si tu Espíritu no la da a conocer?”

“Pero más que con palabras, con lección objetiva me diste la clave: “*¡Mírame con amor!*”, quisiste decirme. Y mirándote así, te encontraron mis ojos”.

“Los ojos del amor son especiales para descubrir al Amado, para conocerlo. Y como se enseñan las cosas a un niño, comenzaste a enseñarme a mirarte con amor. Comprendí que me falta sencillez para comprender tus lecciones”.

“¡Ah, Jesús mio! cada lección tuya no es solamente una enseñanza sino una divina provocación de amor! El amor se enseña amando”.

“Conque ¿lo que quieres es que te dirija miradas de amor? No me pidieras esas miradas, si no me amaras. Ahora veo todo claro: puesto que quieres que te ame siempre, a otras horas te amaré trabajando o sufriendo por tu amor; pero en estos deli-

ciosos momentos de intimidad ¿qué cosa más natural que amarte mirándote, dirigiéndote miradas de amor? Así lo hacen los que se aman”.

“¿Qué es una mirada de amor? ¿Es el amor que sale por los ojos, es alma que busca en el Amado el dulce incentivo del amor?”

“Una mirada de amor ¿es entrega o posesión?”

“Cuando se mira, ¿se expresa el amor o se pide?”

“¡Oh, quién puede explicar el misterio de una mirada de amor.....”

“Mirando a Jesús, lo poseo; porque El es luz, y la luz se posee por la mirada”.

“Pero, también en la luz de mis ojos va mi alma, va mi amor a hundirse, a fundirse en aquella luz”.

“Pero, dulcísimo Maestro, la mirada de amor más dulce, la mirada de amor perfecta, necesita encontrar otra mirada; ¿cuándo me concedes sentir en mis ojos la luz de tu mirada?”

“Como un niño atolondrado, que de manera muy torpe y poco natural ensaya poner en práctica lo que se le ha enseñado, ensayé muy torpemente miradas de amor”.

A solas con El.

La lección de hoy no tuvo el encanto sensible de otras lecciones, pero sus enseñanzas fueron muy profundas.

“Ya anoche sentí de improviso el encanto, la delicia, de que todos me olviden, de que nadie se ocupe de mí, para pertenecerte por completo, Dueño mío, para ser solamente para Ti, para que estemos solos”.

“Y en la mañana de hoy, quisiste confirmar en mi alma esa dulce impresión”.

“Hoy, al comenzar tu lección, apareció luego el tema: *¡Los dos solos!* Quieres que mi alma viva sola contigo en la magnífica e inmensa soledad del amor. Me dijiste hasta qué punto tu

amor celosísimo me quiere tuyo. Me lo habías dicho ya... pero tus palabras nunca se acaban de penetrar”.

“Quieres que solamente en Ti piense, que solamente a Ti ame, que solamente espere en Ti y cuente contigo. ¡Cómo me agrada que me pidas eso! ¡Comprendo cuánto me amas!”

“Me hiciste ver por cuántos vínculos estoy todavía unido a las criaturas y cuánto hay en mí que no es totalmente tuyo”.

“Tú sabes que entiendo el amor como esa *total entrega* y que en el *afecto* te la he hecho completa. Tocá a Ti ayudar mi debilidad para que sea perfecta en el *efecto*, en la vida”.

“Permíteme una comparación para decirte cómo entiendo lo que me pides. Como una esposa que se entrega por completo a su esposo, de tal suerte que no quiere, sino lo que él quiere; que solamente de él espere lo necesario para la vida; que no quiere hacer otra cosa que la voluntad de su esposo, aunque éste la quisiera inmolar; que quiere correr su suerte...; más, todavía más... Las palabras no aciertan a explicar lo que entiendo”.

“Pues bien, así quiero ser tuyo, ¡Oh Jesús! Tu sabes lo que haces de mí en lo interior y en lo exterior. Eres mi único Dueño y mi única posesión. ¡Los dos solos! TU Y YO: he aquí mi universo, mi todo. Quiero, como Sta. Teresa del Niño Jesús, que las criaturas sean nada para mí y yo nada para las criaturas”.

“¡Qué honda, qué dulce, qué difícil soledad del amor!”

“Naturalmente que en la medida en que sea yo tuyo, Tú serás mío. ¡Sólo para mí!”

“Me parece que hoy nos hicimos la mutua promesa de esta perfecta, de esta amorosa soledad”.

“¿Cuándo se realizará?”

Darle gusto sin cesar.

Muy buenos maestros tuvo Mons., pero ninguno como Cris-

to, pues escrito está: “*Beatus homo quem Tu erudieris*”, dichoso el hombre a quien Tú enseñes². Como una madre que enseña acariciando, así enseña Jesús”.

“Me mostraste tu amor inmenso hacia mí, ese amor celosísimo que no se satisface sino con la posesión plena de todo mi ser. Y aunque sentí la dicha de ser amado, me pareció que esa dicha debe eclipsarse ante la dicha de sentirte satisfecho, de entregarme a tu amor”.

“Dejarse amar es una delicia; mas para eso es necesaria una absoluta soledad. Tú quieres amarme a solas; yo también quiero amarte así, cuando nada estorbe tus divinas comunicaciones, cuando nada estorbe mi plena donación”.

“Quiero estar solo contigo, desposeído de todo, *consagrado únicamente a Ti*. Lo que Tú quieras, también lo quiero. Tú ves la sinceridad de mi corazón y también su miseria. Tú, que eres poderoso, haz que mi soledad sea perfecta; arranca de mí todo lo creado para arrojarme totalmente en Ti, aunque para esto tengas que sacrificarme. Dime qué debo hacer”.

“Y me dijiste muy suavemente: **DARME GUSTO EN TODO**”.

“¡Ah, si para eso vivo, para eso existo, para darte gusto! ¡Qué felicidad darte gusto siempre, vivir para eso!”

“Cuando me indiques tu gusto, cumplírtelo sin vacilar, rápidamente, con ternura, con delicadeza, olvidando mi dicha y pensando en la tuya. Cuando no me des a conocer tu gusto, adivinarlo. Siempre con desinterés y delicadeza. Convertir de esta suerte todo en amor”.

“¡Ah, Jesús! ¡qué hermosa lección! Eso es amar, amarse a solas; eso es ser feliz y (como se dice en el mundo y con todas las explicaciones que necesitaría esta expresión aplicada a Ti) hacerte feliz”.

(2) Ps. XCVIII, 12.

“¿Las criaturas? Se puede ir a Dios por ellas o, más bien, encontrar a Dios en ellas y estar allí a solas con Dios”.

“¡Oh Jesús, Jesús, enséñame a amar así, enséñame a amaros a solas!...”

Jesús quiere hacer todo en el alma.

La lección de hoy fue el digno remate de éste curso divino de amor.

“No sé cómo me enseñaste que *Tú quieres hacer todo en mí*”

“No sólo porque así lo exige mi miseria quieres esto, sino por exceso de amor —¿para qué explicarlo?—; y al hacerme entender este exceso tuyo, me dejaste vislumbrar que todos mis deberes, o más bien, el fondo de mis deberes de amor es lo que dijo Sta. Teresa de Lisieux: *la gratitud y el abandono*”.

“Tú, haciendo todo; yo, muriéndome de agradecimiento y dejándome amar por un perfecto y amoroso abandono”.

“*Dejarse amar* es amar de una manera delicada e intensa; es algo que te agrada mucho y que es para mí muy dulce”.

• “Toda la tarde estuve embriagado con la emoción amorosa y, por la noche, no podía dormir”.

Ultimos días de mayo.

“No olvidaré, ¡oh Jesús! la casa ³ llena de flores y de can-

(3) A causa de la persecución religiosa, Mons. estaba oculto, primero, en la Casa Madre de las Hermanitas de los Pobres; era muy amplia con Jardín, huerta, flores, pájaros, etc. Había sido antes la casa para veranear del Arzobispo de Morelia. Mons. Silva la cedió para fundar a estas religiosas que tienen asilos para niños pobres. Allí recibió Mons. todas estas gracias.

El demonio, impotente para destruir la obra de Dios, descarga su rabia en los lugares donde esa obra se realiza. ¡Triste vengaza la suya! Poco tiempo después, la casa fue denunciada, las religiosas y los pequeñitos arrojados a la calle, y la casa cedida a quien había hecho la denuncia.

En segundo lugar, Mons. se ocultó en una casa del centro que ya tenía algún tiempo de estar deshabitada. Así permaneció al exterior. La comunicación se hacía por la casa contigua del Sr. Felipe Lagüera. Este excelente caballero y su esposa (q.e.p.d.) tuvieron a su cuidado a Mons. Dios debe haber premiado ya en el cielo su caridad. Con tanto sigilo se guardó el secreto de este escondite, que nadie —fuera de unas cuatro personas muy allegadas— lo supieron.

tos en la que pasamos los dos la dulce primavera; sobre todo el rinconcito aquel donde estabas. Pero contigo siempre es primavera y en todas partes es el cielo”.

“El día 30, los ojos de mi espíritu parecieron hundirse en Ti, sin poderlos separar”.

“El 31, un gran amor me unió Contigo. ¿Recuerdas que en mis ansias amorosas te pedí con instancia que te unieras al fin conmigo definitivamente y que me dijeras el obstáculo que se opone a la comunicación de nuestro amor?”

“Muy pronto me contestaste”.

Nuevas gracias para Pentecostés.

Nuestro Señor le dio a entender a Mons. Martínez que en la próxima fiesta de Pentecostés renovara su voto de pureza con el colorido propio de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo —*que ese voto fuera como un vínculo especial con esa Congregación*— y en fin, que procurara alcanzar todo el color y la fuerza de esa virtud.

Nótese bien que *pureza* no significa precisamente *castidad*; ésta es algo muy elemental, propia más bien de los principiantes. Se trata de la pureza en toda su extensión: *negativamente*, es el desprendimiento absoluto de todas las criaturas y de sí mismo; *positivamente*, es la abundancia de la gracia que diviniza al alma; es un vacío de las criaturas y una plenitud de Dios; es no sólo una virtud sino un Don del Espíritu Santo.

En este sentido, cuanto más pura es un alma tanto más unida está con Dios; o sea que los grados de unión se miden por los grados de pureza. Por eso es muy natural que Nuestro Señor pidiera a Mons. más pureza para unirse más íntimamente con Él.

Amar a Dios con *todo* el corazón es ser muy puro; en otros términos: la pureza y el amor son como el revés y el derecho de la misma tela. Ser puro es no tener tierra. Ser

perfectamente puro es no tener nada de tierra; y no tener nada de tierra es amar a Dios totalmente, es estar lleno de Él.

Por otra parte, Dios es la Pureza Infinita. Cada una de las Divinas Personas tiene como su matiz de pureza.

Para que un alma se una con la Pureza Infinita debe ser pureza participada. Y la unión misma de las dos Purezas debe ser un misterio de pureza.

Fiesta de Pentecostés.

“Hoy, día de Pentecostés, hice mi renovación en esta forma:

“Para gloria de la Augusta Trinidad, para honrar especialmente al Espíritu Santo y bajo su amparo y protección, en las manos de María Inmaculada renuevo, confirmo y afirmo mi voto de pureza con la intención y el deseo de que abarque todo el color y la fuerza de esta virtud, y de que estreche mi unión con las Obras de la Cruz y especialmente con la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo.”

“Pido de manera especialísima al Espíritu Santo, por la intercesión de María Inmaculada, que me conceda todas las gracias que necesito para cumplir lo que prometo y lograr lo que solamente Él me puede conceder.”

Del 6 al 12 de Junio.

“Mi plegaria había sido escuchada por Ti, ¡oh Jesús!, y lleno de bondad me dijiste lo que era necesario para estrechar nuestra unión”.

CAPITULO XII

LA CLAVE DE SU VIDA

TODA esa octava de Pentecostés estuvo como embalsamado de pureza. Mons. pidió al Espíritu Santo el *espíritu de pureza* para asemejarse a Jesús y realizar el ideal del Padre.

Le pareció que al pedirle Nuestro Señor la renovación de su voto de pureza el día de Pentecostés, exigía de él más exquisito cuidado en huir hasta de lo menos puro, más amor y avidez de pureza; pero, al mismo tiempo, comprendió que en esa petición, por una delicadeza de Nuestro Señor, iba envuelta una promesa, la promesa de hacerlo más puro; pues, "*todo el vigor de la pureza*"¹ no es fruto de la virtud, sino de los Dones del Espíritu Santo.

Pedir lo que por sí misma la criatura no puede darle es ofrecerle que Él le dará lo que le pide.

Pero ese don no podía venir sin lucha. Del 12 al 15 de junio vino la tempestad terrible, —tempestad del espíritu, tempestad de las pasiones—, en la que tomó parte muy especial el demonio. En medio de la lucha tremenda, Jesús fue su fuerza. ¡Cuántas veces se sintió como apartado de Él, pero al arrojarse ante su Sagrario, lo encontraba como siempre, lleno de ternura y de misericordia! ¡Cuántas veces Él mismo calmó su agitación y le devolvió la paz!

(1) "*Vigor totius puritatis*", Pontif. Rom.

Pero, aun en medio del combate, no se interrumpieron las lecciones del Maestro divino. Le hizo ver qué difícil es la sinceridad aún con nosotros mismos —con qué facilidad podemos engañarnos—. Y cuanto le parecía a Mons. que, si en todo puede haber engaño, entonces difícilmente puede el espíritu fijarse sobre terreno firme; Nuestro Señor, al acercarse al Sagrario, le dio a conocer lo que es la fe. Por ella puede nuestro espíritu fijarse en la roca de la seguridad.

“*Tú eres mi Todo*”.

Del 16 al 18 de junio. “Como en medio de la tormenta se rasga el cielo que parece más azul que nunca, y brilla el sol, y son sus rayos como un destello de esperanza puesto en la negrura de la tempestad; así en medio de mis luchas apareciste suavemente, ¡oh Jesús mío!, como prenda de paz”.

“Poco a poco —demasiado lentamente— fue amainando la tempestad; pero más rápidamente fuiste iluminando el cielo de mi alma con tu luz inmortal”.

“Me fuiste enseñando que Tú correspondes a todas las aspiraciones de mi alma; que todos mis deseos —aparentemente múltiples— son deseos en el fondo de Ti. Y mis deseos se simplificaron en el único deseo de Ti”.

“Mas esto se siente sin poderse explicar. Vi mi alma como una inmensa necesidad de Jesús... como una inmensa capacidad de Jesús... como una inmensa sed de Jesús...”

“Vi una adecuación admirable entre Tú y yo; entre tu riqueza y mi miseria; entre tu grandeza y mi pequeñez”.

“Como cuando se parte una naranja, que las sinuosidades de una mitad corresponden exactamente a las sinuosidades de la otra, de manera que a cada parte saliente de una corresponde un hueco exactamente igual de la otra; así me parece que Tú y yo nos correspondemos maravillosamente; pero aquí todo es hueco por mi parte y todo es plenitud por la tuya”.

“Tú solo me bastas, Jesús, Tú eres mi todo. Tú satisfaces todas las nobles y legítimas aspiraciones de mi alma, desde aquellas que ven a mi propio interés, hasta los anhelos más desinteresados de mi corazón; Tú eres el Deseado, el Unico de mi alma”.

“Y en tu amor están todos los matices del amor que puede ambicionar el corazón del hombre. ¡Oh sí, Tú eres mi Todo!”

Despojarse de todo para llenarse de Dios, de manera que Él sea el TODO del alma, tal es la verdadera pureza.

* * *

Como un año y medio antes había escrito Mons.: “Cada día siento mejor, a las veces de manera sensible, el atractivo de la pureza. . . Para el amor es indispensable la pureza; se diría que estas dos cosas son una el anverso y otra el reverso de una misma realidad. Para acercarse a Dios, para *mirarlo*, para amarlo, es necesario ser puro, muy puro. A los grados de pureza corresponden grados de luz y de amor. ¡Qué dicha sentirse limpio, sentirse libre y dejar las tristes cosas de la tierra para hundirse en Dios!..”

Años más tarde escribía: “Debo tener un cuidado exquisito para mantener mi alma perfectamente pura, envuelta en pureza, para que Dios pueda unirse a ella, para no impedir ese amoroso desahogo de la ternura divina”. (Mons. se refiere a lo que los místicos llaman “*toques divinos*”).

“Antes me hizo Dios entender que mi alma necesita ser muy pura para poder tratar santamente a tantas almas puras que Él me ha confiado. Pero después me hizo ver que mayor pureza necesito para tratar a Dios, para recibir sus “*toques*” que son mi vida”.

“Esos contactos divinos purifican; pero cuanto más pura está el alma, esa unión es más íntima, más intensa”.

Algún tiempo después, en una carta a una persona muy ín-

tima, Mons. le decía: “No se imagina la impresión que me produjo lo que me dice en su carta de agosto acerca de la impresión de pureza que le produce el contacto con mi alma. Antes que Ud., me lo ha dicho otra alma. Además, al despedirme del Sr. Delegado, el 24 de septiembre, para ir a Querétaro, me dijo: “*Ya que ud. por donde pasa va esparciendo bendiciones, déjele una muy copiosa al Sr. Banegas*”.²

“Las dos impresiones se me juntaron; y la luz de Dios, como un relámpago, me hizo ver lo que no quisiera, lo que me causa vergüenza, que hay verdad en lo que se me dice, que Nuestro Señor, ha realizado una obra maravillosa en mi alma...”

“A la claridad de ese relámpago, sentí una impresión extraña: *santa* satisfacción, pero más, mucho más, vergüenza y desconcierto. No quiero ver *eso* ni me lo explico. Para huir de la vergüenza me acojo a mis miserias; con ellas me siento “*a mis anchas*”, en paz, en mi centro. Mi remedio es cerrar los ojos a lo de adentro y abrirlos para mirar mis pobres harapos”.

“Pero, ¿cómo concertar la extraña revelación con la realidad indiscutible de mis miserias?”

“El día de los premios del Seminario, al dar la bendición con el Santísimo, vi la solución del problema: tenía en mis manos la Custodia; cerca de mis ojos, la Hostia Santa; y mi alma se llenó de luz. Dentro de mí está la Pureza Infinita y la Suprema Bendición: ¿cómo no se han de difundir en torno mío la pureza y las bendiciones? Pero ese tesoro del cielo está escondido en un saco de miserias, y ¡bendito sea Dios que es así! Esas benditas miserias me cubren con un velo lo divino que me deslumbraría. No podría yo vivir sin ellas, porque son la paz de mi vida, el imán con que atraigo al Señor y lo que hace:

(2) En esa época, Mons. Banegas estaba gravemente enfermo.

posible vivir en la tierra llevando en el alma la vida de Dios...”

* * *

Sin duda alguna que bajo esta impresión escribió esta admirable poesía que hasta ahora había estado completamente oculta:

“Ven, desciende amoroso a mi pobre miseria
hasta el fondo sombrío de mi hondísima nada,
que el fulgor soberano de tu eterna mirada
resplandeza en las sombras por milagro de amor.

Ven y vive de mi alma en la estrecha morada,
que a través de la tosea, de la mísera estancia
se difunda en la tierra la exquisita fragancia
de tu regia pureza, de tu amor celestial.

Y seré, si Tú vives en el fondo de mi alma,
de tu Verbo divino el heraldo potente;
de tu acción, el ministro; y el feliz confidente
de tu dulce ternura, de tu inmenso dolor.

Pero no me despojes de mis pobres harapos;
si de luz me vistieras o de rica pureza,
sentiríame confuso; mi nativa pobreza
con sus propios harapos solamente es feliz.

Déjame, sí, vestido de mis viles harapos;
son mis timbres de gloria, son encanto exquisito
con que atraigo triunfante al Amado infinito
y lo obligo a esconderse en mi ruin corazón.

Mis harapos reclamo; ¿podría acaso sin ellos
soportar mi miseria la delicia escondida
de llevar en mi vida el fulgor de tu Vida,
el misterio inefable de tu Amor en mi amor?

En el alma, la dicha; los harapos, por fuera.
Para todos oculto pasaré por el mundo,
llevaré de tu vida el misterio fecundo,
esparciendo su aroma ¡sin que sepan por qué!

Bajo el manto raído de mi inmensa miseria
guardaré los tesoros de tu amor y tu vida
y la gloria del cielo en la nada escondida
quedará para siempre, ¡porque vives en mí!...

* * *

En sus notas íntimas escribía también: “Otras muchas luces he tenido en esta temporada: Jesús necesita ser *comprendido*, porque todo el que ama experimenta esta imperiosa necesidad. Durante su vida mortal, pasó por el mundo sin ser comprendido. Solamente María Sma., en cierta medida S. José y quizá S. Juan lo comprendieron. En su vida mística ¡qué pocas almas lo comprenden! ¡qué pocas entienden sus gustos, adivinan sus deseos, prorrundizan sus palabras!”

“Esto de comprender a Jesús es un nuevo matiz de la intimidad y procede de la pureza en todas sus formas. Para comprenderlo, se necesita el recogimiento que es la pureza de las cosas exteriores; la pureza que consiste en carecer del influjo de las pasiones; la pureza de corazón que comprende el vacío de todo afecto humano y la perfección del amor divino; y la pureza del entendimiento para entender el divino lenguaje: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

“¡Cuánta pureza me exige el Señor en todos mis actos, afectos e intenciones! Verdaderas finuras que sin duda servirán para la perfecta intimidad”.

Podían multiplicarse las citas, pero éstas bastan para que nos demos cuenta de lo que dije al principio, que la pureza era uno de los rasgos característicos de la vida interior de Mons. Martínez.

El Misterio de la Debilidad.

Esto nos lleva a tratar de otro rasgo característico de la espiritualidad de Mons.: es su *humildad*.

Pero su humildad es del estilo de la de Sta. Teresa de Lisieux, es la humildad de pequeñez, propia de la Infancia Espiritual; la humildad que forma la esencia de lo que Mons. llamaba “*el Misterio de la debilidad*”; la humildad que consiste no sólo en reconocer nuestra miseria, sino en llegar a amarla; la humildad que nos hace hundirnos gozosos en nuestra nada, *la humildad de anonadamiento*.

Todo el ideal de Mons. fue alcanzar esa fuerza suprema, esa energía invencible, —que es el amor—, más poderoso que la muerte, tan poderoso como Dios, que conquista su Corazón divino. Y el camino que Mons. siguió, el medio infalible para alcanzarlo, fue su propia debilidad, reconocida y amada.

Por eso escogió como lema: “*CUM INFIRMOR, TUNC POTENS SUM*”. El secreto de su fuerza lo encontró en su debilidad.

“Mi vida —escribía en sus notas íntimas— está compuesta de algo divino que Jesús derrama profusamente en mí —*luz, unión, amor*— y de un velo de miseria con el que guarda su tesoro”.³

“Yo amo el tesoro que llevo dentro, porque es de Él, porque es Él; pero amo también el velo que lo guarda. ¿Quién no sabe que en la tierra es preciso guardar los tesoros? Solamente en el cielo se exhiben a la luz de la gloria”.

“El velo no me impide acrecentar mi tesoro y gozar de él; pero ¿cómo dejar de amar el velo que lo guarda?”

“No es solamente la miseria guardián de la humildad ni la íntima desnudez es sólo el imán que atrae al Amado; sino que son un recuerdo suyo, porque, cuando vivió en la tierra, lle-

(3) Téngase muy presente lo que dijimos antes, acerca de lo que entendemos por “*miserias*”.

vó sobre sí nuestras miserias. Pienso que Él ha de amar desde el cielo sus fatigas, sus sueños, su agonía y sus lágrimas...’’

“Nuestras pobres miserias son como un trasunto del recuerdo dulcísimo, semejan aquel velo terreno que cubrió durante 33 años la hermosura de Jesús; y ese otro velo, misterioso y blanquísimo, que oculta en el Sagrario sus divinos encantos’’.

“Cierto que en Él las miserias mismas eran purísimas y hasta nuestras iniquidades, que Dios puso en Él, no lo mancharon, antes bien fueron expiadas y destruidas por su Pureza triunfante. ¡Ay! ¡en nosotros las miserias tienen tan estrechas relaciones con el pecado! Pero no las amo por esas tristísimas relaciones; las amo porque, en contacto con la divina luz, se convierten en fulgor de verdad; las amo, porque ocultan a todas las miradas, hasta a las mías, el tesoro que deslumbra y ruboriza; las amo, porque me recuerdan el amoroso velo en que estuvo envuelto el Amado en su vida mortal y el que lo guarda en su vida eucarística’’.

“*La Dama Misericordia*’’.

“De mis miserias ¿qué diré? Que las amo, que no quiero vivir sin ellas. S. Francisco de Asís estaba enamorado de “*la Dama Pobreza*’’ y por ella fue a Jesús, pobre, crucificado y ardiendo de amor. Me parece que me estoy enamorado de “*la Dama Misericordia*’’ y que por ella he de penetrar en el Corazón hechido de dolor e inflamado de amor del divino Jesús’’.

“Pienso que la Pobreza que S. Francisco amó no fue únicamente la exterior que todos comprenden, sino la íntegra, la espiritual sobre todo, que los harapos de las miserias unen de tal manera al alma con la Pobreza perfecta, que Jesús, que tanto amó la Pobreza, tiene que unirse con el alma que esta revestida de ella’’.

El amor a nuestra miseria no disminuye la confianza para tratar con Dios.

“A pesar de que suele decirse que el contemplar nuestra miseria estorba a la confianza, yo defiendo la afieión que tengo a mis harapos, porque la juzgo irreprochable: me parece hasta cosa de buen gusto. Aunque perteneciera a todas las aristocracias, ¿cómo negar mi nativa miseria? Obispo y santo que fuera, soy un pobreito desprovisto de todos los bienes espirituales, a quien ha elevado el amor. ¿Por qué olvidar lo que fui y lo que sigo siendo, ya que “*la mona, aunque se vista de seda, mona se queda?*”

“Pensar en mis harapos tiene el eneanto de la verdad y de la justicia y en nada estorba para apreciar y aun dar más realce a las gracias de Dios”.

“Pero tiene otro eneanto seeretísimo, el inefable que tiene para todo el que ama *aquello* que fue el origen de su amor, el señuelo con que atrajo el Corazón del Amado. ¿No son nuestras miserias, nuestros harapos, los que cautivaron al divino Amante? Y aun ¿no son ellos o su recuerdo lo que sigue atrayendo y aprisionando al Corazón amado?”

“Que se me perdone la palabra —no es falta de respeto, es que sólo tenemos las palabras del amor humano para hablar del divino—; pero, para quien conoce a Jesús, es una finísima *coquetería* amar los viejos harapos y aun los nuevos que llevamos bajo las ropas aristoeráticas que recibimos de Él. Por lo demás, es instintiva y dulce esta mi afieión; cada quien es como es”.

“Por otra parte, el querer que Jesús no se me deseubra, el no resistir su belleza, no es por motivo de mi indignidad y de mi pequeñez; tampoco por falta de confianza; es matiz de amor, es exceso de sensibilidad —aunque en todo lo demás sea

poco sensible—. ⁴ Admiro a María Santísima que vivió treinta y tres años con Jesús sin velos que lo eubrieran a Él ni a los ojos de Ella; ⁵ admiro a las almas que desde la tierra viven como en el cielo y tienen fortaleza para mirar el esplendor del Amado y sumergirse en el océano de sus caricias inenarrables. Dios amplía el corazón; Dios hace maravillas”.

“Pero no puedo imitar esos prodigios; vivo feliz adivinando la belleza soberana a través de un velo, discreto y misterioso, y aspirando el suave perfume del Amado en la estela levísima que deja por donde pasa triunfalmente. Ni mi espíritu ni mi corazón ni mi carne soportan más...”

“Y pienso que no recibo menos que las almas fuertes, sino que lo recibo de otra manera...” ⁶

Descanso en la nada.

“Jesús es mi descanso: en medio de mi actividad y de mis penas, necesito un descanso íntimo y pleno; lo encuentro en Jesús...”

“En las noches sobre todo, cuando entro en mi Capilla—más pobre y estrecha que la anterior, pero más íntima y quizá más dulce—, me arrojo en el Corazón de mi Todo, y me olvido del peso del día, y me siento recompensado de mis trabajos y penas con el dulce, con el pleno, con el amoroso descanso en mi Jesús”.

“¡Ojalá que Él también deseanse en mí! ¿En dónde ha de descansar el Todo, si no es en la Nada, pero en una nada llena de amor?...”

(4) Estaba muy lejos Mons. de ser poco sensible; todo lo contrario. Pero su sensibilidad física le parecía muy poca cosa ante su finísima sensibilidad espiritual.

(5) Véase el soneto publicado antes en que expresa este mismo delicado pensamiento.

(6) ¡Con qué sincera ingenuidad reconoce las gracias insignes que Dios le ha hecho!

Tempestad en la superficie; en el fondo perlas.

Después de que Mons. predicó un sermón sobre la Virgen de la Luz, en Salvatierra, un sacerdote, sincero amigo suyo, le dijo *que alababa a Dios por el talento que le había dado*. “A mí me cayó mal —escribe Mons.—; como le dije ese día a Jesús, no quiero tener otro talento, otra virtud, otra habilidad que Él. Me complace ser una nada que Jesús llene”.

“¡Ah! si estas gracias de Dios y estas alabanzas de los hombres quisieran levantarme, bastaría para arrastrarme por la tierra las miserias que me oprimen. ¡Benditas miserias! ¡Benditos mis harapos que me hacen capaz de recibir los dones de Dios! Que nadie intente quitármelos, porque no los soltaré jamás”.

“Ya estoy convencido de que esas miserias no se me quitarán y me quedo tranquilo de que en la superficie haya tempestad y en el fondo, perlas; por fuera harapos y por dentro, Jesús”.

* * *

Insistimos en que es necesario precisar o rectificar el concepto de “*miserias*”. De las que aquí se trata no llegan con frecuencia ni a imperfección; humillan, pero no ofenden a Nuestro Señor. Difícilmente podremos comprenderlas, si no tenemos ni la luz del propio conocimiento de las almas santas, ni la delicadeza de su conciencia, ni la finura de su amor.

Una pequeñísima disonancia, una imperceptible falta de afinación, no es nada para los oídos profanos; pero para un gran artista es algo insoportable. Algo así pasa con estas miserias; las almas ordinarias, simplemente buenas, ni siquiera se dan cuenta de ellas; ¡pero cuánto hacen sufrir a las almas santas!

Sin embargo, Mons. llegó a comprender que hay algo mejor que reconocer y amar la propia miseria, es no tenerla en

cuenta. Porque fijarse en la propia miseria, aun cuando sea para reconocerla y aceptarla, es tenerse en cuenta a sí mismo todavía. Y la perfecta humildad es *el olvido de sí mismo*, porque es *la muerte del "yo"*.

La clave de su vida.

“La clave de mi vida está en que yo desaparezca por completo y que Dios haga en mí todo. Sin duda que esto lo he visto y lo he pensado siempre; pero ahora lo vi de una manera *nueva*. Eso nuevo a lo que Dios quiere que entre, según las luces del día del Sagrado Corazón, es precisamente una manera más profunda de desaparecer yo, una manera nueva y perfecta de que Dios me posca, me rija y obre en mí”.

“Lo entreveo, pero no acierto aún a comprenderlo exactamente ni menos a explicarlo. Debo perder toda confianza en mí, toda mi voluntad y todos mis gustos; y dejarme guiar y modelar por Dios en mi vida y en mi actividad”.

“Si se realizaran estos designios de Dios, ¡cuánto hará Él por mí! ¡cuánto hará Él en mí!”

Pacto original.

“Hice un curioso contrato con Jesús, cuyas cláusulas más o menos son éstas:

“1º—Convencido de que siempre ha de haber en mí miserias, de que no me las puedo quitar y de que ellas debidamente soportadas son *escalas* para ir a Dios; conociendo además que pierdo el tiempo —que debo ocupar en algo mejor— mirando esas miserias; me comprometo a no mirarlas deliberadamente”.

“2º—Quedando libres los ojos de mi alma en virtud de la cláusula anterior, los dedicaré a mirar a Jesús siempre y en todo, en cuanto lo permita mi fragilidad; y de la misma ma-

nera, libre mi corazón de las inquietudes de mí mismo, se consagrará totalmente a Él”.

“3º—Jesús, por su parte, se compromete a mirar mis miserias para quitar las que le desagraden y para utilizar las que le plazca. Por mi parte dejaré que Él realice en mí su obra de la manera que le agrade”.

“4º—Jesús se compromete también a mirarme con esa mirada de amor que ilumina y limpia las almas, que las embellece, santifica y hace felices”.

* * *

Otras muchas citas podíamos aducir, pero las anteriores son suficientes para formarnos alguna idea de la humildad de Mons.

Y con una humildad tan profunda y una pureza tan aquilatada, no es de extrañar que Nuestro Señor le haya concedido gracias tan escogidas, que lo elevaron a una muy alta perfección.

CAPITULO XIII

LA GRACIA CENTRAL

CON TANTA humildad y tanta pureza que Nuestro Señor concedió a Mons. no es de extrañar que lo haya elevado a una unión tan íntima con Él.

Veamos los últimos preparativos para la gracia culminante del 21 de septiembre de 1927.

“En torno de la fiesta del Sagrado Corazón, vi cómo ese Corazón está hecho para el mío, es decir, cómo se corresponden los dos: para mi corazón lleno de miserias, ese Corazón lleno de misericordia; para este corazón mío que tiene ansias inmensas de ser amado, ese Corazón que ama infinitamente; para mi corazón que no se sacia de amar, ese Corazón cuya amabilidad es inagotable”.

“Otro día vi claro que mi corazón debe apartarse de todo para concentrarse en Jesús, que debo sacrificar todos mis afectos a su amor victorioso”.

“Arrancar el corazón de todo lo creado es ser puro; y después de arrancado, arrojarlo a Jesús, es amar”.

“Y Jesús satisface todas las aspiraciones de mi alma, todos los matices de afectos por los que suspira mi corazón. Jesús es mi todo. ¿Cuándo se simplificará perfectamente en Él mi corazón?”

Ofrecimiento de víctima del Amor Misericordioso.

“El día del Sacratísimo Corazón de Jesús hice mi ofrecimiento de víctima del Amor Misericordioso, según la fórmula y el espíritu de Santa Teresa del Niño Jesús”.

“Tuve combates y tentaciones; vi más honda que nunca mi miseria; vi que no había ahondado jamás suficientemente en mí nada. Antes me veía miserable, pero me veía *algo*; ahora he comprendido un poco que soy *nada*”.

“Me parecía estar delante de Jesús, enfermo, impotente, cubierto de harapos y como si fuera reo de crímenes, digno de desprecio y de horror...”

“Y lleno de vergüenza me arrojé en el seno del amor; indigno de estar en la presencia de Jesús, aspiraba siempre a su amor por una necesidad que me parecía absurda”.

“Pero ¡ah! hay una correspondencia admirable entre Él y yo. Su misericordia infinita corresponde a mis miserias inmensas. Que su misericordia es infinita quiere decir que no la agotan ni nuestras miserias ni nuestros pecados”.

“El es infinito para perdonar como yo soy inmenso en mi malicia; Él está ávido de limpiar, de reparar, como estoy yo lleno de faltas y de manchas; Él es inmenso en poder, como yo soy absolutamente impotente y —¡cosa admirable y dulcísima!— El ama con amor apasionado esta miseria, esta nada, esta impotencia. Se abaja hasta la inmensidad de mi nada con la inmensidad de su amor... El es mi fuerza, mi pureza, mi todo”.

“¡Con cuánta razón ha dicho Sta. Teresa del Niño Jesús que el camino para llegar al amor es el abandono! Para llegar al amor es preciso que la NADA se abandone al TODO”.

El Dios escondido.

“He aprovechado mucho de lo que Dios me inspira decir a las almas. Como el secretario de un hombre muy sabio

aprende mucho de las cartas y escritos que se le dictan; así aprendo yo de lo que por mi indigno conducto dice Dios a las almas”.

“Una de estas cosas que aprendí fue cómo Jesús es un *“Dios escondido”*. Todo en Él es oculto: el fondo de su doctrina, el fondo de su moral, el fondo de la vida cristiana. El mundo no lo comprende”.

“Lo que hay en Jesús de más dulce, de más bello, de más exquisito, es lo escondido, lo misterioso. Así me gusta, así me enamora Jesús, *escondido*”.

“Si mi pobre inteligencia pudiera agotar su hermosura y sus encantos, si mi pobre corazón pudiera agotar su amor, Jesús no me llenaría, —pues siendo yo nada, no me llena sino lo infinito—, no sería Jesús”.

“Lo que en Jesús excede mis pensamientos, y no cabe en mis ideas, y supera mis anhelos, y como que escapa a mis afectos, lo que hay en Él de escondido, de misterioso, es lo que me enloquece, lo que me trastorna”.

“Y para encontrar a su Amado escondido, el alma ha de esconderse también: por la pureza se esconde de las criaturas, por la humildad se esconde de sí misma, por el recogimiento se esconde de todo. ¡ah! y por el amor se esconde en el seno de su Amado para gozar de lo *escondido*; de lo *escondido*, embriagador y eterno, de su Amado”.

Debe estar dispuesto a recibir todo, todo.

“El temor de un sufrimiento físico,¹ fundado pero hecho mayor por la imaginación, sirvió mucho a mi alma”.

“¡Cómo se vale Jesús de simplezas para hacernos bien! Me dio gracia para aceptar por El todo lo que viniera y ni si-

(1) Se trata de un dolor físico grave; aunque Mons. no quiere darle importancia y lo toma por una simpleza.

quiera pedir —a pesar de mis vacilaciones— que disminuyera el dolor o las consecuencias”.

“Y con tanta ternura me trató, me rodeó de tales consuelos, —como una madre que mimaba a su hijo—, como si quisiera, —perdóneme Él la expresión— hacerse perdonar el fecundo dolor que me exigía. Me conmovió su ternura y procuraré pagarle amor con amor”.

“Aprendí también esta lección: Debo estar dispuesto a recibir de manos de Jesús, *todo, todo* lo que quiera mandarme; porque todo viene de su amor y está perfectamente ordenado a hacerme bien. No solamente porque lo amo, sino porque sé que me ama, debo recibir tranquilamente cuanto me mande”.

“Y al mismo tiempo que debo recibir con amor todo, debo tener una confianza inalterable en Él en todas las circunstancias de mi vida. Nada me faltará, tendré todo lo que necesite; fuerza para sufrir, consejo para resolver, etc., etc. En todo me basta volver a Jesús los ojos y el corazón para tener lo que necesito”.

“Estar dispuesto a todo lo que Jesús envíe y confiar en Él en todo y por todo ¿no son las bases solidísimas de una paz inalterable?”

La gracia del 21 de septiembre de 1927.

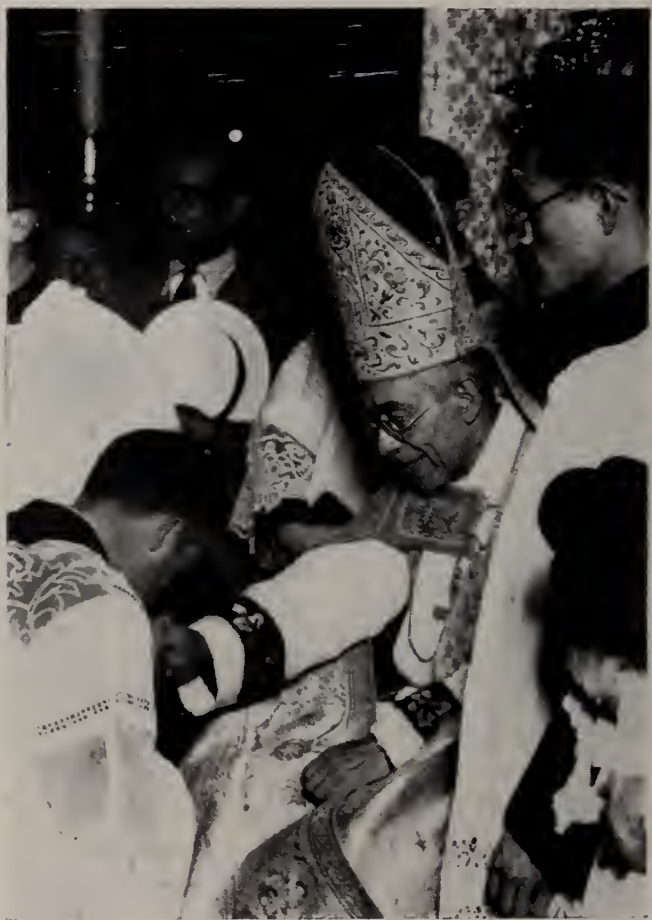
Se preparó esta gracia con unos días de aridez y otros de consuelo en que la gracia se fue iniciando paulatinamente, como si no fuera posible soportarla, si hubiera sobrevenido repentinamente y toda a la vez.

Tratemos de dar algunas explicaciones preliminares.

Quizá la definición más comprensiva de la Gracia en general sea ésta: la gracia es la semilla de la vida divina, “*semen vitae*”. Sin duda que la gracia es ya esa vida divina, pero incoada, esbozada, puesto que no llega a su pleno desarrollo, sino en el cielo.



Mons. Martínez entra procesionalmente, bajo palio, para tomar
posesión de la Arquidiócesis de México.



Mons. Martínez recibe la obediencia de su nuevo clero, el día de la toma de posesión.



Mons. Martínez saluda con su característica jovialidad.



Mons. Martínez pontifica en la Basilica del Tepeyac.



Mons. Martínez en la tradicional bendición de las rosas,
el 12 de octubre.



Mons. Martínez, acompañado de la mayor parte del Episcopado Mexicano, inicia una solemne Pontifical.



En la catedral de México, recepción del Cardenal Villeneuve, Legado Pontificio para las fiestas del Cincuentenario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe. Mons. Martínez besa el anillo de su Eminencia.



Mons. Martínez en la visita que el Emperador de Etiopía, Haile Selassié, hizo a la Basílica del Tepeyac.

Cuando decimos que la gracia es la semilla de la vida divina, entendemos la vida divina *integral*, en todo el proceso de su desarrollo en la tierra, hasta su consumación en el cielo.

En el bautismo recibimos, *en germen*, todas las gracias de la tierra y toda la gloria de la eternidad. Todo el secreto de nuestra santificación está en el desarrollo de ese germen, en el cultivo de esa semilla.

Y lo que afirmamos de la gracia en general, podemos también aplicarlo a cada gracia en particular, sobre todo a las gracias que señalan una nueva etapa en la vida espiritual de un alma y más especialmente a lo que pudiéramos llamar su *gracia central*. Todo lo que la precede, es su preparación; todo lo que la sigue es su desarrollo y sus efectos.

Tal fue para Mons. la gracia del 21 de septiembre de 1927: todas las gracias anteriores la prepararon y los 28 años que sobrevivió después estuvieron llenos con los frutos opulentos de esa misma gracia. Esta fue lo que puede y debe llamarse la *Cuarta Etapa*.

Sin duda que es tradicional la división de la vida espiritual en tres etapas: las vías purgativa, iluminativa y unitiva. Y la vía unitiva la clausuran con la Unión Transformante.

Pero como ya dijimos, la vía unitiva, la Unión Transformante, el Matrimonio Espiritual, todavía son gérmenes, y los más prolíficos, y los más fecundos, que deben germinar y desarrollarse, que deben producir los frutos más exquisitos de santidad.

Sería absurdo, en efecto que, cuando el alma llega a la más alta unión en la tierra, su vida se estancara, que permaneciera inactiva. Pasa todo lo contrario, entonces es cuando la actividad del alma, bajo la moción del Espíritu Santo, llega a su maximum. Y esta es la *Cuarta Etapa*.

Sin duda que de ella no suelen hablar los místicos. Hace pocos años que, consultado el P. Poulain, S. J. acerca de ella,

contestó: “*Helàs! sur la quatrième étape il n’y a rien écrit*”. Sobre la cuarta etapa, por desgracia, no hay nada escrito.

Pero de que no se haya escrito acerca de ella no se puede concluir que no exista,² y más cuando se comprenden las causas de este silencio. Entre esas causas pueden señalarse éstas:

1ª—No parece útil hablar de la 4ª etapa, por las poquísimas almas que de hecho llegan a estas alturas. Basta que, como S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa, esboocen la cumbre de la vida cristiana, describiendo a grandes rasgos el Matrimonio Espiritual. Como no sería útil en un curso ordinario de Matemáticas tratar del Cálculo Infinitesimal; bastaría indicar que sobre las Matemáticas ordinarias hay todavía las Matemáticas superiores o sublimes.

2ª—No solamente no es útil, sino que puede ser peligroso hablar de estas cumbres a almas en general, pues la imaginación —sobre todo la femenina— puede arrastrar a ilusiones peligrosas. Tratan entonces de volar sin alas, de “saltar etapas” (*brûler les étapes*) y de creerse en las alturas, cuando apenas empiezan a dar los primeros pasos en tierra firme. ¡Cuántos daños causa una falsa mística! ¡cuánto se desprestigia la verdadera!

3ª—Aun cuando fuera útil y no pudiera ser nocivo hablar de la 4ª etapa, es muy difícil, si no imposible. ¿Cómo traducir en el tosco lenguaje humano esas operaciones de la gracia tan sublimes?

Por eso Santo Tomás de Aquino ya no quiso seguir escribiendo al final de su vida; por eso los místicos en sus últimos días han preferido callar...

A este propósito, Sta. Angela de Foligno tiene un pasaje revelador:

(2) No ha faltado quien la niegue, sólo porque S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa no hablan expresamente de ella.

“Cuando Dios se presenta al alma, cuando el Señor descubre su faz, dilata el alma y derrama en esta capacidad, agrandada súbitamente, alegrías y riquezas desconocidas; y esto se pasa en un abismo del que no he hablado hasta ahora... Entonces el conocimiento de Dios supera las posibilidades previstas por la inteligencia; y es tal la luz, y es tal el gozo, y es tal la evidencia, y es tal este abismo nuevo, que es inaccesible a todo corazón creado... De este abismo es imposible decir algo; no hay una palabra cuyo sonido dé alguna idea; no hay un pensamiento ni una inteligencia que pueda aventurarse hasta él. No hay ni una palabra ni una idea que se asemeje al Dios del abismo...”³

* * *

Pero, ¿en qué consistió esa gracia del 21 de septiembre? —Recordemos lo que ya indicamos antes: el 21 de septiembre de 1916 fue la promesa de esta gracia (*desposorios espirituales*); el 25 de marzo de 1927 fue la Unión Transformante (Matrimonio Espiritual); y el 21 de septiembre del mismo año, Mons. recibió una gracia de *fecundidad espiritual* que fue como el complemento y desarrollo de la Unión Transformante.

Lo cual puede explicarse de esta manera: en la Unión Transformante, el alma se une con el Verbo. Pero esta unión es espiritualmente fecundísima: *su fruto es Jesús*, Jesús reproducido en la propia alma y, por el ministerio de ésta, Jesús reproducido en las demás almas (*vida apostólica*).

Para encontrar la clave que nos explique este misterio, debemos recurrir al misterio de la Encarnación. En él, el Verbo divino se unió a la Humanidad Sacratísima. Estas son las nupcias que celebró el divino Padre, las nupcias del Cordero

(3) Le livre, des visions et instructions de la B. Angèle de Foligno, ch. 27, p. 103.

de que habla el Apocalipsis; ⁴ las nupcias que el rey hizo a su hijo de que habla el Evangelio; ⁵ las que en un divino epitafio celebra el Cantar de los cantares.

El matrimonio cristiano, por ser un pálida imagen de aquella unión, S. Pablo lo llama “*un gran sacramento, Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia*”. ⁶

Y esta unión del Verbo con la Humanidad sacratísima fue divinamente fecunda: su fruto fue JESUS: ¿No surge Jesús de la unión de la Divinidad y de la Humanidad en la Persona del Verbo?

El fin de la Encarnación fue la gloria del Padre; pero con esta gloria estaba enlazada la salvación de los hombres y, por consiguiente, su justificación y su santificación.

Por eso la Encarnación, supuesto el pecado, tuvo como complemento necesario la Redención. Y así afirmamos en el Credo que el Hijo de Dios, por nuestra salvación, se encarnó y se hizo hombre. ⁷

Ahora bien, Jesucristo nos redimió por su Sacrificio, con el cual nos mereció la gracia que nos purifica del pecado y nos incorpora a Él para que vivamos de su misma vida. Así incorporados a Cristo, viviendo su misma vida, vivificados por su mismo Espíritu, formamos el Cristo total, el Cristo pleno, constituimos el Cuerpo místico del cual Él es la Cabeza, místicamente nos hacemos Jesús, “*Christus facti sumus*”, como dice S. Agustín.

Como esa unión con Cristo, —que es nuestra vida—, la hace la caridad en último término, y como la caridad es amor de amistad y ésta tiene como ley la semejanza de los amigos;

(4) “*Venerunt nuptiae Agni*” (XIX, 7). “*Beati qui ad coenam nuptiae Agni vocati sunt*” (XIX, 9).

(5) Math., XXII. 2, 4, 9; XV, 10; etc.

(6) Ephes., V. 32.

(7) “*Qui propter nos homines et propter nostram salutem... incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine. Et homo factus est*”.

se comprende que no podamos unirnos a Cristo sin tener con Él una semejanza, a lo menos inicial. Pero después creen paralelas la semejanza y la unión, mientras más unidos, más semejantes; mientras más semejantes más unidos. La cumbre de la unión lo es también de la semejanza, es ya una transformación. Por eso se llama Unión Transformante.

El misterio de la Encarnación es, repito, la clave que la explica. Así como el sol es un foco de luz cuyos rayos iluminan toda la tierra, así el misterio de la Encarnación es una unión que se refleja en toda alma en estado de gracia. Allá el Verbo se unió hipostáticamente¹ con la Humanidad sacratísima; acá el Verbo se une, mediante su Humanidad, con todos los elegidos. Nuestra humanidad viene a ser una prolongación de la Suya.² Y así el misterio de la Encarnación tiene como un reflejo en todas las almas. Ahora bien, a medida que esa unión se hace más íntima, y esa semejanza más acabada, el reflejo de la Encarnación es más perfecto.

Es Jesús que en cierta manera vuelve a nacer, y a reproducir su vida, y a vivir sus misterios, y a realizar su obra, que es siempre glorificar al Padre y salvar a los hombres.

Tal es la fecundidad de la Unión Transformante.

* * *

La Cuarta Etapa no es otra cosa sino ese período fecundísimo en que el alma transformada produce sus frutos. En sí misma, se reproducen las virtudes de Cristo,³ se renuevan místicamente los misterios de la vida de Cristo, sobre todo, su Sacrificio; en torno suyo, alcanza gracias para las almas, para que en ellas se forme a Jesús, para que se conviertan los peca-

(8) "*Une humanité de surcroît*", según la hermosa fórmula de Sor Isabel de la Trinidad, "*una humanidad sobreañadida*".

(9) No son las virtudes ordinarias, sino las que se ejercitan bajo el influjo de los Dones del Espíritu Santo y que Sto. Tomás llama "*iam purgati animi*", son las virtudes de los perfectos.

dores y se santifiquen los justos. Porque es preciso “*ser Jesús para hacer la obra de Jesús*”, según la feliz expresión de Mons. Gay; y también es verdad que el alma, que es Jesús —por la Unión Transformante—, no puede dejar de hacer la obra de Jesús. A una de estas almas— Sta. Catalina de Riccis— Nuestro Señor le dijo: “*Por ti continuó salvando al mundo*”.

De ordinario, un alma reproduce un misterio en especial, por ejemplo, la divina Infancia; adquiere entonces una sencillez, una ingenuidad, un candor, una confianza de niño, a pesar de la madurez de sus años.

Otra reproduce su Pasión, ya con tremendas penas interiores, ya con terribles enfermedades, ya con los sufrimientos que causan los houbres. En algunas almas santas Dios ha impreso milagrosamente las llagas de Cristo; pero cuántas que sin que nada aparezca al exterior, pueden decir con San Pablo: Llevo en mí los estigmas de mi Señor Jesueristo, Stigmata Domini Nostri Jesu Christi in corpore meo porto!”¹⁰

Otra reproduce el Misterio Eucarístico con su vida de oblación constante, de inmolación perpetua, de silencio, de soledad, de *aniquilamiento*...

Otra reproduce su vida apostólica: es Jesús que vuelve a recorrer los caminos de esta vida, evangelizando el bien, evangelizando la paz; y los enfermos del alma recobran la salud, y los muertos por el pecado resucitan, y los sordos oyen esa palabra irresistible, y los ciegos abren los ojos a la luz de la fe, y los paralíticos, que yacían en la inacción, se convierten en apóstoles, y los pobres son evangelizados.¹¹

* * *

Tal vez estas breves explicaciones nos alcancen a dar algu-

(10) Galat., VI, 17.

(11) Matth., XI, 5.

na remota idea de esta Cuarta Etapa, a la cual entró —a nuestro parecer— Mons. el 21 de septiembre de 1927.

De ese día no encontramos nada escrito, pero cada año celebraba este aniversario con una fidelísima gratitud y con frecuencia, en sus notas íntimas, se refiere a esta gracia, como la central y la más grande de su vida.

Si no escribió, fue sin duda porque debe haber sido algo inefable.

Días antes, sin embargo, hay algunas líneas por las que podemos barruntar algo de lo que pasó después.

“Desde las primeras vísperas de hoy, se inició la gracia dulcísima que acabo de recibir”.

“Ayer, en la oración, estando árido, quise busear lo práctico para aprovechar el tiempo y quise pensar cómo debo amar a Jesús”.

“De improviso vino un amor intenso y tiernísimo a mi alma con especiales caracteres de desinterés y delicadeza”.

“Sentí un anhelo de dar gusto a Jesús, hondo y dulcísimo, de no molestarlo, de no lastimarlo, de estar siempre contento con lo que me dé y sonriéndole dulcemente. Recibir lo que me dé y darle lo que me pida; pero con paz, con alegría, siempre satisfecho de Él, complacido de su voluntad, gozoso de su felicidad”.

“No puedo expresar lo que sentí. No querer consuelos cuando Él no me los dé para no molestarlo; tener con Él un trato finísimo para no herirlo. Quisiera convertirme en algo suavísimo para que pusiera Jesús sobre mí sus plantas para no lastimarlo, quisiera convertirme en ternura para envolverlo, para que no extrañara el seno del Padre, para que siguiera aspirando su divino perfume...”

“Y —¡oh dicha!... y ¡oh vergüenza!— vi y comprendí que ese amor, que ese matiz de amor es propio del amor maternal...”

“Recordé cómo me amaba mi mamá... ¡No, esa delicadeza es maternal! ¿Es posible que exista en mi corazón?...”

“Es el matiz propio del amor de María y de José. Maternal o paternal, viene a dar lo mismo cuando se trata de cosas espirituales”.

“¡Oh Jesús, mi Jesús! a quien quiero llevar en mi alma con la delicadeza con que una madre lleva a su pequeño. Oh Jesús, ¿cuándo y cómo tocaste mi corazón?...”

“Hoy tengo un *corazón nuevo*, un corazón que arde y que está herido”.

“Tú sabes, Amado mío, que te he querido amar todo el día de hoy, amarte con delirio, con delicadeza, sí, con mucha delicadeza. Tú sabes lo que quiero decir...”

“Para amarte con delicadeza, necesito ser muy puro; estás acostumbrado a vivir en la pureza, a respirar pureza. ¡Báñame de pureza, imprégname de pureza para amarte como quiero y como quieres, de manera delicada y exquisita!”

“Llevo una dulce herida en mi corazón, oh mi adorado Jesús. No puedo decir lo que me hiciste hoy... ¿Cómo me heriste? ¿fue una mirada de tus ojos o una caricia de tu mano adorada?”

“Quiero amarte con adoración; siento anhelo de adorarte. ¡Bendito Tú que puedes, que debes ser amado hasta la adoración!”

“Pero, cese la pluma de pretender expresar lo que apenas el corazón puede sentir...”

“¡Jesús, Te amo, Tú sabes cómo...!”

CAPITULO XIV

DIVINA FECUNDIDAD

LA NUEVA vida de fecundidad en que ha entrado Mons. está muy bien descrita en una página que tomamos de sus Ejercicios Espirituales practicados algún tiempo después. Corresponde al 5º día.

La Unión Transformante según San Pablo.

“En verdad resultó demasiadamente práctico el día de ayer; me metí en un dédalo de pormenores, formando propósitos minuciosos”.

“Hoy, desde muy temprano, me hizo ver Nuestro Señor que no está en *eso* la verdadera clave de mi vida espiritual. ¡Cuántas veces he formado esa clase de reglamentación de mi vida, inútilmente! Al menos con poco fruto”.

“Dios tiene que darme *la consumación en el amor*. Seguramente haré lo que pueda y lo que Él quiera para darle gusto; pero todo lo debo esperar de Él y mis propósitos sólidos han de tender más bien a *dejar-me guiar por Él*”.

“No son los procedimientos menudos y prácticos los que *a mí*¹ me aprovechan ni en ellos me siento a mis anchas; lo que me es útil es algo más simple, más alto, más hondo”.

(1) No niega Mons. que estos procedimientos menudos y prácticos puedan hacer bien a otras almas; pero está convencido de que a él no le aprovechan, sobre todo en la etapa actual de su vida.

“Sin ambajes, para esa consumación que anhelamos Jesús y yo, no son los recursos ascéticos los indicados, sino algo —lo diré claramente— de carácter místico.² Si Él lo ha de hacer, a mí me toca:

—eliminar mi “yo” y perder mi iniciativa; para eso me servirá quitar los obstáculos señalados (en las notas del día anterior);

—entregarme a Dios generosamente y hacerme dócil y flexible a sus divinas mociones.

—anonadarme, perderme en Dios”.

“Más tarde, leyendo los comentarios a la Epístola de los Efesios,³ encontré lo que buscaba: las tres gracias que de rodillas pedía San Pablo para los fieles al Padre Celestial:⁴

1º—“*Virtute corroborari per Spiritum eius in interiorem hominem*. Ser firmemente corroborados por el Espíritu Santo en el hombre interior”. Esto es, eliminar todo el egoísmo del hombre viejo para que aparezca el nuevo, vigoroso y lozano.

2º—“*Christum habitare per fidem in cordibus vestris in caritate radicati et fundati*. Que Cristo habite por la fe en nuestros corazones fundados y arraigados en la caridad”. Esto es, que el amor, en toda su plenitud, de tal manera adhiera nuestra alma al Cristo que, quitada la movilidad de nuestra flaqueza, nos dejemos, flexible y dócilmente, regir por Él.

3º—“*Ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiae caritatis Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*. Para que podáis comprender con

(2) Después de tantos años, por primera vez se resuelve Mons. a llamar *místicas* las gracias que recibe y necesita. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, esta confesión es muy importante.

(3) Especialmente a Dom Delatte, “Les Epîtres de St. Paul replacées dans le milieu historique des Actes des Apôtres”.

(4) Ephes., III, 16-19.

todos los santos cuál sea la latitud y la longitud, lo sublime y lo profundo: saber también la caridad de Cristo que está sobre toda ciencia, para que os llenéis entrando en toda la plenitud de Dios''. Esto es, que, eliminados los egoísmos y unidos íntimamente a Cristo por la caridad, podamos comprender el misterio de Cristo en sus inenarrables dimensiones, y así lleguemos a esa consumación en la que Dios es todo en el alma''.

“En resumen: *fortaleza* para destruir al hombre viejo; *caridad* para no obrar sino bajo el influjo de Jesús; *luz* celestial para penetrar en el misterio de Cristo''.

“De aquí tres peticiones y tres propósitos:

1º—Eliminar todo lo que venga del hombre viejo —aquí cabe quitar los tres obstáculos dichos.

2º—Entregarme amorosamente a Jesús para que Él sea mi Dueño y de tal modo me rija, que no haya en mí, en cuanto sea posible, otros movimientos que los que Él me imprima y que yo dócilmente seguiré.

3º—Estudiar constante y hondamente a Jesús para que Él sea la ciencia de mi alma y la ciencia de mi vida''.

“Aquí está la verdadera clave de mis Ejercicios; porque aquí está la verdadera clave de mi vida''.

“Debo admirar la amorosa providencia de Dios que me impulsó, a pesar de mis vacilaciones, a tomar como lectura de estos días la Epístola a los Efesios y que me hizo leer el pasaje dicho precisamente en el día y en el momento que lo necesitaba''.⁵

“En el último tiempo de oración de este día, como me sintiera fatigado, le pedí a Jesús que me dejara descansar en Él y con tierna condescendencia, me comunicó una suave e íntima oración de descanso''.

(5) Mons. saboreaba siempre de una manera especial este pasaje de S. Pablo. Decía que allí se encontraba toda la doctrina de la Unión Transformante. Se sintió muy satisfecho cuando al conocer la nueva Misa del Sagrado Corazón, vio que la epístola contenía este pasaje.

Anonadamiento y entrega.

“Vi cómo para mi vida sacerdotal no necesito otra cosa que los propósitos ya hechos. Pensaba que el día de ayer sería un paréntesis y que debía después considerar lo relativo al sacerdocio; pero, si para la vida individual debo anonadarme por amor y entregarme a las disposiciones de mi Dueño, con mayor razón debo hacer esto en lo relativo a mi ministerio, porque éste es algo de Jesús, Supremo Sacerdote, algo a lo que por mí mismo no tengo ningún derecho”.

“Somos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Para el ministerio, pues, debe desaparecer totalmente el hombre viejo y aún, si así puede decirse, el hombre racional. Jesús debe obrar en mí; debo ser como un instrumento que obra *movido*, que no tiene iniciativa ni personalidad y cuyo mérito consiste en ser dócil y flexible, para conservar la acción de quien lo mueve en su integridad y en su pureza”.

“Ni para las funciones litúrgicas, ni para la dirección de las almas, ni para el gobierno de la Diócesis, debo hacer otra cosa que desaparecer totalmente, dejar obrar libremente a Jesús en mí y entrar plenamente en el misterio de Cristo”.

Vemos en todo lo anterior los caracteres de la vida mística. Cuando en un alma predominan los Dones, el Espíritu Santo mueve al alma directamente. De aquí el carácter esencialmente *pasivo* de la vida mística. Pero esa pasividad, lejos de ser inacción, es todo lo contrario: nunca es tan grande, tan eficaz, tan fecunda, la actividad del alma, como cuando es movida por el Espíritu Santo. Entonces no camina paso a paso, sino vuela.

Contemplación muy elevada de la Trinidad.

“En la tarde de este día, Vigilia de Pentecostés, **sin** intentarlo ni preverlo yo, el Espíritu Santo me tomó por su cuenta.

Apenas me entregué, como suelo hacerlo, a su amor y a su acción, sentí una invasión pura y santa, y Él me dio a conocer *experimentalmente* esa vida divina que ha sido el tema de mis Ejercicios”.

“Su soplo de amor me arrastró y me llevó del Hijo al Padre, uniéndome estrechamente con Jesús y haciéndome descansar en el Seno del Padre”.

“Esta vida es un verdadero cielo, porque es una participación de la vida de Dios. Desde esas alturas vi todas las cosas de manera nueva, llenas de Dios; y a la luz del Espíritu, se trocó en algo divino todo lo terreno y se idealizó de manera celestial todo lo prosaico”.

“En el último tiempo de oración me entregué plenamente al Amor —¡cuántas veces me habré entregado al egoísmo, a la vanidad!— y me sentí dichoso de tener al Espíritu Santo como Dueño, y me entregué a su acción con toda la docilidad de mi alma. Que Él me posca y me rija; que me introduzca en el Seno de Dios y me tome como instrumento de su acción y me inmole, si le place”.

Pocos días después, en sus mismas notas íntimas, rectifica esta expresión un poco fuerte: “¡Cuántas veces me habré entregado al egoísmo, a la vanidad!” “Gracias a Dios —dice— no es verdad, pues aunque muchas veces di cabida en mi corazón a esas cosas, nunca me entregué a ellas. Dije una cosa por otra”.

Pentecostés íntimo.

“Amanecí con la convicción de que el Divino Espíritu ha venido a mi alma, sintiendo en ella una nueva docilidad”. (Es decir, una nueva efusión de los Dones del Espíritu Santo).

“Vi al Espíritu Santo como esposo de mi alma, que la fecundiza de manera inefable y forma en ella a Jesús. El alma

necesita de todos los afectos, de todos los matices del amor. Ninguno de ellos le basta, porque para todos fue hecha”.

“En el divino amor hay, unificados, todos los matices de los afectos humanos. Sentí el amor nupcial santo y purísimo; sentí la dicha de que el Espíritu Santo se una a mí y comuniqué a mi alma la fecundidad, para que se forme o se acabe de formar en mí Jesús”.

“Comprendí la oración litúrgica “*Sancti Spiritus, Domine, corda nostra mundet infusio et sui roris intima aspersione fecundet.* — Que la efusión del Espíritu Santo, Señor, purifique nuestros corazones y los fecundice con la íntima aspersion de su divino rocío”.

“Amor, fidelidad, unión son los deberes del alma”.

Divina fecundidad.

“Se aclara y precisa la idea antes apuntada: el alma necesita de todos los matices del amor, porque para todos fue hecha, porque de todos lleva en lo íntimo secretos anhelos”.

“La vida sobrenatural no ha de ser en este punto inferior a la natural; sobre todo la vida de un alma totalmente consagrada a Dios, no debe, no puede envidiar nada a quien abrazó una vida menos perfecta”.

“Ni uno solo de los matices del amor ha de faltar al alma para la que Dios es todo. Consagrándose a Él, nada pierde y mucho gana; gana cuando va del esbozo a la realidad”.

“Ningún anhelo del corazón ha de quedar sin colmarse en el cielo; si alguno quedara, no sería plena la felicidad. Y la vida de la gracia es sustancialmente la de la gloria. Por tanto, el amor divino tiene que abarcar perfeccionados y unificados todos los matices del amor”.

“Hay uno que nuestro corazón anhela necesariamente, es reflejo de la paternidad del Padre. Las almas vírgenes no tie-

nen que renunciar a él. En su vida íntima lo encuentran más santo y perfecto, porque su fecundidad es más rica y excelente: tiene por término a Jesús”.

“No es esto una simple metáfora, sino un misterio, una realidad”.

“El Cristo íntegro no es solamente el que nació de María, sino el que nace en la Iglesia sin cesar, el que se forma en todos los elegidos”.

“San Pablo expone muchas veces esta doctrina. En la Epístola de los Efesios, dice: . . . *“in aedificatione corporis Christi; donec occurramus omnes in unitatem fidei et agnitionis filii Dei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi. . .* Para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, como varones perfectos, a la medida de la edad (o de la estatura, según el texto original) de la plenitud de Cristo”.⁶

“Y en otro lugar dice el mismo Apóstol: *“Filioli mei quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis.* — Hijitos míos, a quienes de nuevo estoy dando a luz hasta que Cristo se forme en vosotros”.⁷

“Divina paternidad que se refiere a los demás y a nosotros mismos y que tiene por término al Cristo que en nosotros se forma: *“Nos convertimos en Cristo”*, según la expresión de San Agustín. Se ha dicho también: *“Christianus alter Christus,* el cristiano es otro Cristo”. Y esto —es preciso repetirlo— no es simple metáfora, es misteriosa realidad”.

“Sin duda el Espíritu Santo forma a Cristo en nosotros, pero nosotros cooperamos a su formación de manera semejante —aunque muy lejana— a como cooperó María Santísima a la formación de Jesús en su cuerpo real”.

“Jesús es, por consiguiente, *místicamente nuestro hijo,* y

(6) Ephes. IV, 13.

(7) Galat., IV, 19.

el secreto anhelo de nuestro corazón queda satisfecho con este amor tierno, desinteresado, lleno de delicadeza y de abnegación, que es reflejo del amor del Padre”.

“Todo se eleva y engrandece cuando se comprende este amor: nuestro trabajo de santificación deja de-ser la obra de perfeccionarnos a nosotros mismos; es la obra de formar a Jesús en nosotros, de cuidarlo, de hacerlo crecer, de llevarlo hasta la plenitud de su edad y de su estatura. El amor legítimo y santo de nosotros mismos se trueca en purísimo amor maternal. Me amo, porque amo a Jesús; me cuido, porque cuido a Jesús; me santifico para que Jesús llegue en mí a su plenitud”.

“Y si después de considerar a Jesús en mí, lo considero en los demás, la vida apostólica toma las divinas proporciones de una paternidad tal como la concibió S. Pablo”.

“Considerada así ¿qué tiene que ver la carne y la sangre, el corazón y las miras humanas en el santo afecto a las almas, en la obra exquisita de formar en ellas a Cristo?”

“La vida apostólica se convierte en una vida de ternura y de santa docilidad al Espíritu Santo, único que puede formar a Jesús”.

“Y al ejercer esta participación de la paternidad divina, es preciso penetrar hondamente en el misterio de Cristo”.

“Mis tres propósitos se exaltan y toman un sentido más divino, si puede hablarse así”.

Elevación al Padre.

“Terminaron mis Ejercicios, elevando mi alma hacia el Padre Celestial en quien todo se consuma, porque es el principio de todo”.

“Para Él toma el amor un matiz dulcísimo de afecto filiar que nos inspira el Paráclito, “*in quo clamamus: Abba, Pater*”, que nos hace clamar: ¡Padre! ¡Padre!”

“Y este afecto filial es el más propio de la criatura, el más adecuado a nuestro corazón; es nuestro afecto fundamental. Es el afecto de la *nada* ante la *plenitud* que, por un exceso de misericordia, nos dio en Jesucristo la adopción de hijos”.

“Un hijo es un ser que recibió la vida del amor de un padre. Y ese concepto no se realiza nunca tan perfectamente como en nuestra filiación respecto de Dios, de quien recibimos todo como fruto de un amor incomparable”.

“Analiceé los caracteres de ese amor del Padre y pude vislumbrar los que debe tener nuestro amor a Él”.

“Es un amor *gratuito*, infinitamente gratuito. “*Elegit nos ante mundi constitutionem*. — Nos eligió antes de crear el mundo”,⁸ cuando éramos nada, cuando no teníamos, ni mérito ni atractivo, ni título para el amor”.

“Y precisamente por eso, este amor se agiganta ante nuestros ojos; solamente un amor infinito, un amor “*a se*”⁹ puede fijarse en la nada. “*Por eso amo mi nada* —dice Dom Delatte—, *porque amo a Dios*”. Tan profundo como nuestra nada, tan profundo como ese amor infinitamente gratuito, debe ser nuestro amor filial”.

“Porque el Padre nos amó siendo nada, su amor tiene *seguridad* plenísima, constancia divina. Si nos amó siendo nada, nos seguirá amando, aunque no tengamos atractivo ni título para ser amados”.

“Cuando alguien sabe que es amado porque tiene alguna prenda, la euida con esmero; y si esa prenda es cosa frágil, vive en constante temor de perder el amor, perdiendo su título”.

“Leí alguna vez que una mujer hermosa estuvo a punto de cegar al que amaba para que no viera jamás la decadencia de su juventud. Como nuestro título al amor del Padre es nues-

(8) Ephes. I, 4.

(9) Se llama “*a se*” —por sí mismo— lo que en sí mismo tiene su origen y razón de ser.

tra nada, estamos seguros de ese amor, porque nada nos puede arrebatarse ese título. Podemos hacer gala de nuestra miseria, porque es el señuelo del divino amor”.

“Y porque ese amor es seguro, nuestro amor al Padre está impregnado de *confianza*. Así es el amor filial. La confianza falta o porque tememos no ser amados, o porque dudamos de que algo en nosotros mengüe el amor que se nos ha dado. Entre la nada y la plenitud no caben esos motivos de desconfianza. Cuanto más pequeño es el amado y más grande el que ama, el amor es más confiado”.

“Y el amor del Padre es *tiernísimo*. Pienso que la ternura supone la debilidad. Cuando se ama a un ser débil y pequeño brota la ternura; y quizá este ser ama también así a la grandeza y a la majestad”.

“Por último, el amor del Padre está caracterizado por una impresión inefable de *descanso*, porque es la nada que se arroja en la plenitud, porque los seres descansan cuando vuelven a su principio; y el Padre es el Principio en los cielos y en la tierra”.

“¡Con qué viveza sentí la necesidad de la acción de gracias al ponerse mi alma en contacto con el Principio del que procede todo don, toda gracia, todo amor!”

“Y la acción de gracias se enlazó, con lógica divina, con la adoración, con la plegaria, con todos los deberes esenciales de la criatura para su Dios”.

“Todos los matices del amor se fundieron en mi corazón en aquel acto supremo de mi alma, que fue el inefable “AMEN” de estos días y que se hundió en el seno de Dios, Trino y Uno, a quien sea la gloria y el honor por los siglos de los siglos. ¡Amén! ¡amén!”

* * *

Cuando un alma ha llegado a estas cumbres, está como

confirmada en la humildad, de manera que no puede envanecerse de las gracias que recibe. En medio de tanta luz, es imposible que subsistan esas sombras que implica la falta de humildad.

Se refiere de Sta. Angela de Foligno que en una ocasión Dios le dijo tales palabras de amor, que ella, pensando en sus pecados y defectos, se creyó indigna de tan gran amor y empezó a dudar, y dijo a quien le hablaba: “*Si tú fueras el Espíritu Santo no me dirías esas cosas, porque soy frágil y capaz de orgullo*”. — Y le contestó el Señor: “*A ver, trata de envanecerte por mis palabras; ¡vamos, trata de hacerlo! ¡ensaya un poco!*” — “*Hice todos los esfuerzos para concebir un sentimiento de orgullo, confiesa la santa; pero me venían mis pecados a la memoria y sentía una humildad tal como nunca la había sentido en mi vida*”.¹⁰

En cambio es muy propio de esta etapa un sentimiento delicadísimo y exquisito que suele llamarse “*pudor espiritual*”. Cuando el alma contempla las gracias con que Dios la ha enriquecido; sobre todo, cuando le hace experimentar cuánto la ama, cuánto le complace su amor, cómo deseca en él; el alma siente una vergüenza terrible y dulcísima, y quisiera ocultarse, hundirse, anonadarse...

También encontramos este matiz en el alma de Mons.

“Me voy corrigiendo de esa humildad enrevesada de que he hablado en otro lugar”.

“En días pasados, después de sentir el peso de mi famosa miseria, fui al Sagrario por la noche y, apenas me arrodillé, Nuestro Señor de una manera tan clara y tan honda me hizo sentir la pureza de mi alma, que concebí una *confianza nueva*, tierna y dulce como la de un niño, que me hizo arrojar-me en el Corazón de Jesús con inmensa dulzura”.

(10) Ibidem, ch. XX, p. 68-71.

“Otro día, había cumplido con mi propósito y me había quedado tranquilo y contento de que Jesús me ame de todos modos y, —¿quién lo había de creer?—, Él me hizo sentir que no sólo me amaba lo mismo, sino que mi alma le era agradable y —¡vaya!— que le gustaba...”

“¡Qué vergüenza tan deliciosa sentí!... Tuve que “voltear la hoja” porque no pude más...”

“Esto fue en el tren, al volver de México” (a Morelia).

“A propósito del sermón de Sta. Rosa de Lima,¹¹ el Sr. Cngo. Buitrón, viejo amigo mío, se puso a decirme —contra su costumbre— que mi facilidad para predicar y escribir era extraordinaria, porque había sido testigo de muchas cosas, entre ellas de que en una ocasión escribí un sermón mientras me fumé un puro”.

—“No me había fijado en ello, le dije; porque a la verdad sí me he dado cuenta de esa facilidad, pero no la creía extraordinaria”.

“Y me contestó:

—Sí, en muchas cosas no te has dado cuenta de lo que Dios te ha dado y de los caminos especiales por los que te lleva. Si no llegas a ser un santazo, mereces palos...”

“¡Cómo me sirvieron estas palabras! Las he meditado y hasta me ha dado miedo ¡sobre todo, *mucha vergüenza!*”

(Hacemos constar que el Sr. Buitrón no conocía la vida interior de Mons. Martínez, pues mientras vivió, fue un secreto celosamente guardado).

“Y ¡una nueva vergüenza! Vislumbré entonces el por qué de todas mis miserias. Quizá sin ellas fuera a envanecerme de todo lo que Dios ha hecho en mí. El Señor guarda sus dones con un cercado de espinas”.

(11) Predicado en la Catedral de México, el 30 de agosto de 1935, en la fiesta que organizó la Embajada del Perú con asistencia de todo el Cuerpo Diplomático. Está publicado en “*Almas Próceres*”.

“Un alma de elección sufría terribles penas interiores; y le dije a Dios —¡cuánta vergüenza me da aún escribirlo!— que por el amor que me tenía, le diera un deseanso a esa alma. Y —como lo supe después— al punto sus penas se trocaron en consuelos muy dulces”.

“¡Nadie se puede imaginar la impresión que esto me produjo! Por más que el alma a que me refiero se ha de haber quedado pensando que ni caso hice, pues soy maestro para disimular los sentimientos íntimos de mi alma”.

“Primero sentí una gratitud inmensa con una vergüenza del mismo tamaño. Después un amor ardiente, de esos que llenan el alma”.

“Pero más que la prueba de amor que Jesús me dio, me ha llegado al alma, sobre todo últimamente, pensar que le satisface mi amor... Ahora quiero amarlo más y de manera más acendrada y exquisita, únicamente por Él...”

“Me he sentido muy unido a Jesús. Precisamente anoche y hoy en la mañana, vi clarísimamente que mis miserias, inquietudes y penas son algo superficial; en el fondo de mi alma hay la unión y, por consiguiente, una paz profunda”.

* * *

“Siento un hondo atractivo por la pureza en su grado más alto. No me atrevo a confesar la pureza de mi alma —¡ha caído en ella tanto polvo de la tierra!—; pero no puedo negar que muchas veces Nuestro Señor parece haberme revelado lo que es extraño, lo que no comprendo... ¡que mi alma es pura, participando de la pureza incomparable de Jesús!...”

*Aniversario de la gracia del
21 de septiembre.*

“¡Qué fiesta la de hoy! Me regalaron un sagrarito primorosamente bordado por dentro; es cilíndrico y las puertas son

demasiado anchas, de tal suerte que, al abrirse el Sagrario, queda patente el copón en medio de los preciosos bordados. Está adecuadísimo para la exposición privada. El 21 de septiembre la hice yo solo, en la noche. Y Jesús me hizo una fiesta espléndida, indescriptible”.

“Hace mucho tiempo que no sentía el gozo espiritual de esa noche. No puedo decir lo que sentí... mis ojos se clavaron en el copón; mi corazón se fijó en la divina Eucaristía. Jesús se unió conmigo... Dios fue mío... pero adaptado a mi pequeñez por la Humanidad santísima de Jesús... Fueron momentos de cielo...”

“Algunos días después en mi oratorio, estando el Santísimo en exposición privada, recibí una luz vivísima y me descubrí a mí mismo, que es tanto como “descubrir el mediterráneo”.¹²

“Vi que hay en mí dos partes: una exterior, llena de miserias, que es la envoltura de otra íntima, formada por Dios, en la que está el fruto de sus gracias, especialmente mi gracia del 25 de marzo y del 21 de septiembre de 1927. Esa parte es pura, es bella, y yo la desconocía”.

“En realidad no creía a fondo o al menos no le daba importancia a la gracia dicha y a ciertas manifestaciones de Dios respecto de la pureza de mi alma, porque veía todo eso incompatible con mis miserias”.

“Pero al discernir con la luz de Dios las dos partes, se abrieron mis ojos y me puse en la verdad. Creí en lo íntimo (en las gracias de Dios), sin perder mi afición por mis harapos. Ahora sí me siento satisfecho: miro hacia dentro, y veo la obra de Dios, y me regocijo por ella; veo la envoltura, y me complazco en mis miserias, sin que una cosa estorbe a la otra”.

(12) Célebre expresión de Chesterton.

“Ahora sí voy a dedicarme a *vivir* mi gracia (la del 25 de marzo y del 21 de septiembre) y a desarrollarla en mi alma, sin dejar de complacerme en mis harapos”.

“¡Lo que es estar en la verdad! ¡lo que es tener los ojos abiertos! ¡lo que es la luz de Dios! Con razón no podía compaginar cosas que eran claras y me parecían incompatibles: ¡no me había descubierto!...”¹³

(13) No debemos olvidar que, aunque por la razón conozcamos una verdad, cuando Dios la da a conocer con una luz del orden místico, nos parece tan nueva como si nunca la hubiéramos conocido. Para consuelo de nuestra lentitud, veamos cómo Mons. empezó a darle toda la importancia que tenía a la gracia de 1927, ocho años después! “*Hay lentitudes en las almas que es necesario respetar*”, dice Dom Delatte. Dios es el primero en hacerlo; y Él mismo suele también ser lento para acomodarse a nuestra debilidad.

LAS CATARATAS DEL NIAGARA

CUANDO en el año de 1933, Mons. Martínez visitó las cataratas del Niágara, ante aquel espectáculo tan grandioso, recordó la historia íntima de su alma, las vicisitudes por las que había pasado, sus luchas, sus pruebas, hasta el día felicísimo en que sonó para ella “*la hora del amor*”; en que, transfigurada en Cristo, recibió las caricias inefables del amor divino...

Y entonces, en un poema magnífico, de genuina inspiración mística, cantó la propia historia de su amor.

Para comprender estas estrofas y penetrar en su hondo sentido, hubiese sido necesario que Mons. mismo las hubiera comentado, como lo hizo S. Juan de la Cruz con su “*Cántico Espiritual*”.

Pero, aunque estemos muy lejos de esa altura en donde se cernía el alma de Mons. es imposible que al leerlas no sintamos que por ellas pasa un hálito divino, un estremecimiento de lo sobrenatural...

He aquí esa Oda, que poquísimos conocieron mientras vivió:

*La hermana agua corría en campiña florida,
murmurando gozosa una dulce canción;
suavemente cantaba la alegría de la vida*

*y en la tierra sedienta dejaba escondida
en prolíficos gérmenes, sin igual floración.*

*Mas sintió en sus entrañas de exquisita blancura
el anhelo gigante, el hondísimo amor.
Y anheló ser muy blanca, y anheló ser muy pura,
cual la nieve en la cima, cual la nube en la altura;
y en ardiente plegaria se lo pide al Señor.*

*Como en místico arrobó, ardorosa se exalta
y en abismo insondable se despeña veloz;
sobre rocas ciclópeas, precipitase y salta
y al bajar a la sima, se hace pura y se hace alta,
y se trueca su aspecto y se trueca su voz.*

*Ya no es la humilde hermana que en la vega corría
clara, diáfana, ingenua, sin figura y color,
que era azul cuando el cielo de sus linfas bebía,
y oscura cuando arriba la tempestad hervía,
y rosada a la vera de rosales en flor.*

*Se ha trocado en blancura, se ha trocado en pureza,
en polvillo impalpable de virgíneo candor,
es sutil, es alada y su regia belleza
se pasca victoriosa en la inmensa grandeza
del espacio impregnado de perfume y color.*

*Y la luz, que es pureza, la pureza del cielo,
al mirarla nimbada de virgíneo capuz,
por besarla desciende hasta el mísero suelo
y su beso la cubre con espléndido velo
con la gloria celeste de policroma luz.*

*¿Qué es el iris? Un beso de una esencia muy pura,
de la luz y del agua la caricia fugaz;
es la luz que en el seno de las gotas fulgura*

*y al tocarlas su limpia, su inefable blancura,
septiforme en colores se transforma su faz.*

*Ya no canta la hermana la canción de la vida
ni el misterio que hace una cosa de dos;
por impulso divino, hondamente movida,
ya no es dulce, es heroica, y modula atrevida
la triunfal epopeya de la gloria de Dios...*

II

*En silencio la amaba desde lo alto del cielo
con amor infinito, con amor inmortal;
mas guardaba escondido su tiernísimo anhelo,
y aquella alma cruzaba por el árido suelo,
ignorando el arcano del amor celestial.*

*Lenta, suave, tranquila, por floridos senderos
sin tropiezos, sin luchas, como un dulce cantar,
deslizóse su vida en los años primeros
sin que el alma, rodeada de cariños sinceros,
sospechara el martirio y la dicha de amar.*

*Era el agua que corre por la plácida vega,
bajo espléndido cielo saturado de sol;
la acarician las flores que magnífica riega,
las aves la saludan, con ella el viento juega
y la adornan los cielos con mágico arrebol.*

*¿Quién murmuró en su oído una palabra arcana?
¿Qué impulso misterioso su corazón tocó...?
Fue un día de primavera, una dulce mañana...
había luz y perfumes... cuando vino la extraña,
la inefable y divina declaración de amor.*

*Sobre sus tallos frágiles se estremecen las flores,
más dulce es de las aves la amorosa canción,
el viento es más suave, más bellos los alcores
y el cielo azul, teñido de prístinos albores
de luz, de amor, de dicha, semeja una explosión.*

*Mas ¿por qué misteriosa inquietud la tortura?
¿Es anhelo de dicha? ¿Es señal de dolor?
Es un dulce martirio, es una cruel dulzura,
ese anhelo infinito de celeste blancura
que al herirla, cual dardo, clavó en ella el amor.*

*Lleva dentro un vacío que agiganta y dilata
la inefable y divina inquietud del amor;
ya no quiere ser río, quiere ser catarata,
convertirse en polvillo impalpable de plata
y cantar del abismo el inmenso fragor.*

*Y Jesús, que al herirla con el dardo divino
abrió en ella la fuente de amorosa inquietud,
un abismo muy hondo, un martirio muy fino,
en la Cruz le prepara, que es el regio camino
que a la cumbre conduce de inmortal beatitud.*

*¡Feliz alma que sueñas en celeste grandeza
para unirte al Amado con abrazo de amor,
que por Él ambicionas transformate en pureza!
No vaciles, no temas la terrible aspereza
de esas rocas abruptas de insondable dolor.*

*Allá abajo... el abismo colosal, que anonada;
dejarás de ser todo lo que fuiste ayer,
pero en luz y en pureza celestial transformada
del amor con la lumbre logrará tu mirada
los divinos misterios del Amado entrever.*

*¿Ves? Ya tu vestidura quedó hecha girones,
trocóse en polvo vano tu antigua majestad;
mas de luz ya te vistes, te enjoyas con los dones
de Dios y te perfumas con las emanaciones
de aquella primavera que es eternidad.*

*La esposa está dispuesta; que venga ya el Amado
que es de la Luz eterna el nítido candor;
sobre el glorioso trono de serafín alado,
descienda en su belleza, magnífico, ataviado,
con esplendor de gloria, con fragancia de amor.*

*Los cielos enmudecen, todo la tierra calla,
las nítidas estrellas dejan de cintilar,
y en el silencio augusto, en el espacio estalla,
como el fragor inmenso de sin igual batalla,
el rumor infinito de un beso singular.*

*¡Silencio!... No se atreva la voz de la criatura
con destemplado acento lo inefable a expresar.
¡Silencio!... Nadie turbe la celestial ventura
del alma que arrobada por mística dulzura
de su amoroso sueño no quiere despertar.*

*Como la luz del ciclo, sedienta de pureza,
viene a besar el agua que se trocó en candor
y por virtud potente de arcana sutileza
penetra de las gotas la diáfana belleza
y les infunde toda la gama del color,*

*Así la Luz eterna, blancura inmaculada,
cuando las almas besa con infinito amor,
penetra hasta su fondo, diviniza su nada,
y al reflejarse en ella la luz de su mirada,
es iris prodigioso de celestial color.*

*¿Cómo gozar pudiste del misterio sagrado,
de la delicia regia del beso del Señor?
El dolor y la muerte te habían ya transformado,
eras sutil polvillo, fulgurante y alado
y recibiste el iris de celestial candor.*

*Fugaz es la caricia; pues, ¿cómo sería eterna
mientras el alma cruza este grosero erial?
Los iris son efímeros; bajando a la caverna,
la niebla tórnase agua, sin roca que la cierna
y no guarda la huella del iris virginal.*

*Espera, alma dichosa, que sin ocaso un día
vendrá, y en él tu vida será un beso inmortal.
De tu Amado infinito en la eterna alegría
llevarás, cual diadema de edenial pedrería,
el iris imborrable del beso divinal.*

*Canta ahora el poema inspirado y pujante
de deseo y de esperanza, de martirio y dolor;
rugirás al lanzarte a la sima humeante,
y tu voz será un eco del Edén cuando cante
¡la inefable delicia de los besos de amor!...*

CAPITULO XVI

LA FECUNDIDAD DE LA PLUMA

ABUNDAN los indicios que revelan la fecundidad de la vida de Mons. Martínez. Cada vez su campo de acción se fue haciendo más amplio. Después de 14 años de haber sido Obispo Auxiliar del Arzobispado de Morelia, la Santa Sede nombró a Mons. Martínez Arzobispo Titular de Misthia y Coadjutor del Arzobispado de Morelia, con derecho a sucesión, el 10 de noviembre de 1934.

El 19 de mayo de 1936 murió Mons. Pascual Díaz, Arzobispo de México. Por esos días Mons. Martínez estaba en esta ciudad y asistió a las Honras Fúnebres y al entierro. Todos empezaron a señalar a Mons. Martínez como el Prelado más a propósito para ocupar la sede vacante. Y en efecto así fue.

El 20 de febrero de 1937,¹ la Santa Sede lo preconizó Arzobispo de México. Tomó posesión el 14 de abril, Solemnidad de San José, y el 14 de febrero de 1938, Mons. Leopoldo Ruiz le impuso el palio en la Basílica del Tepeyac.

El 9 de agosto de 1937, su Santidad le encargó los negocios de la Delegación Apostólica; es decir que, al mismo tiempo que gobernaba la primera Arquidiócesis de México —por el número de católicos la más poblada del mundo, con mucho

(1) Aunque Mons. recibió el aviso de su preconización el 14 de febrero de 1937, la Bula está fecha el 20 del mismo mes.

más de cuatro millones de católicos—,² representaba también en este país a la Santa Sede.

Desempeñó este último cargo hasta 1949, en que Mons. mismo pidió a la Santa Sede que enviara a un Delegado Apostólico, pues no había contratiempos que temer, dadas las pacíficas relaciones entre las autoridades civiles y eclesiásticas.

En 1950, a la sentida muerte de Mons. José Ignacio Márquez, la Santa Sede le confió la Acción Católica Mexicana como Director Pontificio.

El 20 de octubre de 1945 fue nombrado Asistente al Solio Pontificio y el 29 de junio de 1951, Arzobispo Primado.

Como Mons. Leopoldo Ruiz, mientras fue Arzobispo de Morelia, estuvo la mayor parte desterrado, de hecho Mons. Martínez gobernó la Arquidiócesis de Morelia; para lo cual Mons. Ruiz le dio todos los poderes y amplísima libertad.

Para formarnos alguna idea de su actividad en esa época, tomemos al azar el párrafo en que a un amigo íntimo le hace la crónica de los días en que le escribe:

“En junio salí a Cortazar, un pueblecito cerca de Celaya, a predicar en la fiesta del Sagrado Corazón; el 24 comencé mis Ejercicios espirituales, para terminarlos con la Misa del 2 de julio. El día 3 fui a predicar a Acámbaro en la fiesta del día 4, que estuvo solemnísima; en seguida salí para Puruagüita, parroquia cercana a Acámbaro, a predicar en la octava de San Pedro. El día 7 salí para Pénjamo para dar unos triples Ejercicios del 9 al 15; por la mañana daba dos pláticas a las señoritas, dos por la tarde a las señoras; y dos por la noche a los señores. Confesé cuanto pudo e hice confirmaciones. El 16 prediqué en la fiesta del Carmen que fue al mismo tiempo cantamisa; el 17 volví a Morelia a recibir a dos Obispos y el 21 regresé a Acámbaro para asistir a una asamblea de sacerdotes asis-

(2) En efecto, las Arquidiócesis de Londres, New York, Tokio, Buenos Aires, etc., no cuenta con ese número de católicos.

tentes de la Acción Católica. De allí fui a Tarandácuao a predicar en la fiesta de Santiago y regresé a Morelia el 26 para ponerme en paz unos días".³

En otra carta decía: "En los primeros días de agosto di Ejercicios a las socias de la *Alianza de Amor*; después fui a Celaya a una reunión de la Acción Católica; de allí a León a dar Ejercicios a las Religiosas de la Cruz. El mismo día que regresé a Morelia comencé otros Ejercicios de las Señoras de "*La Cruzada en favor de los hogares*" y para el 24 iré a Celaya a predicar en el templo de la Merced".⁴

Y todo esto sin descuidar la Rectoría del Seminario, el gobierno de la Diócesis y las visitas pastorales por todo su vasto territorio.

En la Cuaresma, su trabajo se intensificaba. Durante esa toda su vida sacerdotal acostumbró dar tandas de ejercicios desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Ramos, y a veces más de una al mismo tiempo, aparte de las predicaciones de Semana Santa. Estas tandas eran concurrendísimas, en algunas llegaban a 2 y 3 mil personas.

* * *

Cuando vino a México es natural que su trabajo se haya duplicado y aún triplicado, pues su celo no solamente abarcaba toda su Arquidiócesis, sino que se extendía a toda la República. Todas las invitaciones que le hacían para predicar, donde quiera que fuese, dentro y fuera del país, las aceptaba sin vacilar, salvo que tuviera algún compromiso anterior.

¿Quién podrá contar el número de confirmaciones que hizo en más de 32 años de episcopado? En una sola visita pastoral comprobó que había confirmado 7,000 personas; el promedio de confirmaciones semanales en la capital era de 2 a 3,000.

(3) Carta del 21 de julio de 1936, a A. A. I.

(4) Carta del 20 de septiembre de 1936, a A. A. I.

Todavía tres días antes de su última gravedad, fue a haer confirmaciones a la catedral.

Algunos llegaban a preguntarse: ¿por qué Mons. nunca se descargaba de este gran trabajo, teniendo dos Obispos auxiliares y aun el privilegio de delegar a eclesiásticos constituidos en dignidad, aunque no fuesen obispos, para administrar este sacramento?

Durante su vida nadie descubrió el secreto; pero es muy sencillo: desde que se consagró hizo el propósito de destinar todas las limosnas que recibiera por administrar el sacramento de la Confirmación a socorrer a los pobres, especialmente a los pobres vergonzantes. ⁵ ¡Cuántos de ellos vivían de su caridad!

Por eso nunca dejó este ministerio; y ya enfermo, se arrastró hasta el fin para desempeñarlo; ¡sus pobres necesitaban esas limosnas! ¿No es esto verdaderamente heroico?

Y no sabe uno que admirar más, si su caridad llevada hasta el último límite o el silencio inviolable con que supo guardar su secreto, aunque no se le escapaba que algunos pudieron juzgar desfavorablemente su conducta.

Su día estaba completamente lleno, desde que se levantaba hasta después de media noche. Casi nunca se reeogía antes de la 1 de la mañana.

En una ocasión en que por estar los seminaristas de vacaciones pidió un familiar al Escolasticado del Espíritu Santo, el joven religioso que lo acompañó en todos sus ministerios de ese día, iba de sorpresa en sorpresa, pues las ocupaciones, audiencias, ministerios, sermones, etc., se sucedían sin interrupción.

Cuando a las 10 de la noche, rendido de fatiga, se despidió de Mons., no pudo resistir al deseo de haerle una pregunta:

(5) Este propósito lo consigna en sus notas íntimas, así como el haberlo cumplido.

—Excia, ¿qué tiene muchos días tan ocupados como éste?
Y Mons., con su gracejo habitual, le contestó:

—“No... nada más tengo al año 365 días como éste y en los años bisiestos 366...”

* * *

En medio de esta actividad ¿cómo es posible, se preguntaban muchos, que Mons. tuviera tiempo todavía de escribir libros?

Como este apostolado de la pluma ha sido uno de los más importantes de Mons., porque hará inmortal su acción apostólica, —sus obras son de las que no mueren—, conviene hablar de él muy de propósito, o sea de Mons. como *escritor de espiritualidad*.

Sus escritos hay que dividirlos en 3 grupos:

1º—Los que escribió directamente con su propia mano;

2º—los que escribió de la misma manera, pero que iban dirigidos a una persona particular, o a religiosas, y que por consiguiente tuvieron que sufrir una adaptación para que sirvieran al público en general;

3º—los que no escribió con su propia mano, sino que dijo de viva voz en pláticas, retiros, Ejercicios espirituales, sermones, etc.; éstos se tomaron taquigráficamente y después fue necesario corregirlos, no en cuanto al fondo que era impecable, sino en cuanto a la forma, ya que no es lo mismo el estilo hablado que el escrito. Este es más conciso y debe pulirse más; mientras que aquél admite repeticiones para que alguna verdad se grave mejor; además, el orador, en el fuego de su entusiasmo, puede descuidar un tanto la forma.

De aquí resulta la desigualdad de estilo que cualquier observador puede notar en sus obras.

Para aclarar este punto, y poner todo en la verdad, vamos a tratar tres cosas:

1º—Qué es lo que corresponde, en sus obras, a cada uno de los tres grupos que antes indicamos.

2º—Quién hizo las adaptaciones y correcciones que corresponden al 2º y 3º grupo, con qué autorización, en qué forma.

3º—Qué cualidades como escritor tuvo Mons. Martínez.

1) *Clasificación de las obras de Mons. Martínez.*

—“A PROPOSITO DE UN VIAJE”: La obra está escrita totalmente de puño y letra de Mons. y tenemos a la vista ese manuscrito.

—“EL ESPIRITU SANTO”: el tratado de “*La Verdadera Devoción al Espíritu Santo*” y el tratado de las *Bienaventuranzas* pertenecen al primer grupo. Los tratados de los *Dones* y de los *Frutos*, al tercer grupo.

—“JESUS”: Toda la primera parte, “*Enseñanzas de Jesús*”, corresponden al primer grupo, con excepción de “*Los Senderos de la paz*”, “*los Silencios de Jesús*” y “*Cómo se consuela a Jesús*”, que pertenecen al tercer grupo; la segunda parte, “*La Transformación en Jesús*”; la tercera parte, “*El Interior del Corazón de Jesús*”, y la cuarta parte, “*El Descanso divino*”, pertenecen al segundo grupo.

—“LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO”: pertenece al primer grupo, con excepción del Apéndice, titulado “*Espigas Eucarísticas*”; en éste, el primero y el quinto artículo pertenecen al tercer grupo, todos los demás al primero.

—“SANTA MARÍA DE GUADALUPE”: de este libro, pertenecen al primer grupo: “*El idilio del Tepeyac*” — “*La gran promesa*” — “*Palabras de cielo*” — “*Efeso y el Tepeyac*” — “*María es nuestra Madre*” — “*En el Tepeyac*”. Todo lo demás pertenece al tercer grupo.

—“EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR”: en esta obra pertenecen al primer grupo: “*El misterio del sacerdocio*” — “*El Rmo. P. Félix Rougier*” — Las dos oraciones fúnebres de Mons. Leopoldo Ruiz. Todos los demás capítulos pertenecen al tercer grupo.

—“ALMAS PROCERES”: Todo pertenece al primer grupo con excepción de: “*Fragilidad y grandeza*”.

—“VIDA ESPIRITUAL”: todo pertenece al tercer grupo, con excepción de “*Introducción*” — “*Paradojas divinas*” — “*Fortaleza y suavidad*” — “*Las tres etapas del dolor*” — “*Amor y fecundidad*” — y toda la cuarta parte.

—“LA INTIMIDAD CON JESUS”: pertenece totalmente al tercer grupo, — “EL CAMINO REGIO DEL AMOR” y “VEN JESUS” al tercer grupo totalmente.

2) *Cómo se publicaron las obras de Mons.*

Por consejo de Mons. Banegas, Mons. Martínez empezó escribiendo todos sus sermones, por lo menos los de alguna importancia. Tenía una memoria privilegiada, de manera que le bastaba escribirlos, para aprenderlos de memoria.

Hay pues de él borradores de bastantes sermones de sus primeros años de sacerdocio; entre ellos del primero, en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre de 1903, y que esta revista publicó en 1940, págs. 397-408.

Pero están escritos en cualquier pedazo de papel, en el reverso de invitaciones, etc.; a veces, escritos a lápiz y con frecuencia ilegibles y borroneados por el tiempo o incompletos.

Cuando apareció la revista “La Cruz”, en enero de 1921, aceptó colaborar en ella, tanto porque se trataba de una revista exclusivamente destinada a fomentar la vida espiritual, como por su simpatía por las Obras de la Cruz. Y desde entonces —hace 36 años— no ha dejado de aparecer algún ar-

título suyo cada mes. Al principio eran escritos por su propia mano; después eran versiones taquigráficas adaptadas.

Durante las dos épocas de persecución, la de 1914 a 1918 y la de 1926 a 1929, como se vio obligado a ocultarse para que no lo tomaran preso y lo desterraran, tuvo tiempos libres para escribir. Después, envuelto en el torbellino de sus ministerios, le fue ya casi imposible, sino muy raras veces. Por eso, cuando le preguntaban cómo podía escribir libros en medio de tantas ocupaciones, contestaba. —“Yo no escribo libros, ¡los hablo!”

Es una grande y santa satisfacción para esa pequeña revista que le haya cabido en suerte haber sido la primera en publicar los escritos de Mons. Salvo rarísimas excepciones, cuando los publicaron otras revistas, folletos, álbumes, de aquí los tomaron, a veces con la debida autorización, a veces —lo que es de lamentarse—, sin ella.⁶

Cuando a fines de 1933, Mons. Martínez hizo su primer viaje a Europa, Mons. Leopoldo Ruiz le pidió que le escribiera sus

(6) Esta afirmación la hacemos, no por un necio deseo de ostentación, sino porque creemos que es deber de justicia, ya que se ha afirmado lo contrario.

Por ejemplo, un *Episcopologio* publicado con motivo del Jubileo Episcopal de Mons. Martínez, dice que un piadoso sacerdote de la Compañía de Jesús recopiló los artículos de Mons. Martínez y los publicó en libros. Cuando Mons. lo supo, tomó el teléfono y habló con la persona que había editado dicho libro. Y con un laconismo un poco cortante —cosa rara en él— le dijo: “O rectifica Ud. o rectifico yo”. Claro que esta rectificación se hizo luego; pero en una revista; en el *Episcopologio* sigue apareciendo el mismo error.

En otro libro que contiene la biografía y la bibliografía de los principales obispos y sacerdotes mexicanos, publicado bajo la dirección de un conocido historiador, al hablar de lo que ha escrito y publicado Mons. Martínez, cita muy numerosos artículos y dice dónde se han publicado; sin embargo, no menciona “La Cruz, sino a propósito de sólo dos. La verdad es que “La Cruz” los ha publicado por *centenares*, cuando todavía estaban *inéditos*. Cuando cita sus libros, no menciona para nada a “La Cruz”; antes dice que “*Almas Próceres*” fue editada por la Editorial San Ignacio. Esto es un error manifiesto y aquello es una omisión difícil de explicar, pues el historiador de que hablamos estuvo en nuestras oficinas para revisar todas las obras de Mons. Estos hechos pertenecen ya a la historia; y tratándose de historia, es un deber descubrir el error y aclarar la verdad.

impresiones de viaje. Con toda fidelidad, Mons. Martínez las fue consignando por escrito; y a su regreso, le entregó el manuscrito a Mons. Leopoldo Ruiz, que estaba desterrado en San Antonio Texas; y después de haberlo leído con fruición, hizo una edición privada, en esa misma ciudad, para distribuirla entre sus amigos.

Así fue como se editó el primer libro de Mons. Martínez.

Pero como esta edición fue *privada*, de muy pocos ejemplares y salió con muchas erratas de imprenta, tal vez por haberse hecho en el extranjero, Mons. Martínez encargó a "La Cruz", en 1941, que hiciera una nueva edición: esta vez ya estuvo de venta al público.

* * *

El primer libro que publicó "La Cruz", fue el "ESPIRITU SANTO". Tenía poco tiempo Mons. de haber tomado posesión de la Arquidiócesis de México, cuando el Director de "La Cruz" le suplicó que le permitiera reunir en un volumen los artículos que ya había publicado dicha revista sobre "La Verdadera Devoción al Espíritu Santo", pues formaban un todo completo y, por su originalidad, serían muy útiles para que las almas le tuvieran al Espíritu Santo una devoción verdadera.

Pero Mons. tuvo escrúpulos de entregar al público una obra sin antes revisarla cuidadosamente. Esto era casi imposible, dadas las múltiples ocupaciones de Mons. Seguí pues, insistiendo, tocando sobre todo el punto vulnerable, esto es, el bien que se dejaba de hacer a las almas. Accedió al fin Mons. y así apareció, en marzo de 1939, su primera obra entregada al público, "EL ESPIRITU SANTO". Contiene esta primera edición dos tratados afines: el de "La Verdadera Devoción al Espíritu Santo" y el de "Las Bienaventuranzas", más un apéndice con algunos artículos sobre el mismo asunto.

En abril de 1944, salió la segunda edición, ampliada con otros dos tratados: el de los *Dones* y el de los *Frutos del Espíritu Santo*. En agosto de 1950, apareció la tercera y la cuarta se hizo en España, en marzo de 1952.

Esta obra es un tratado completo sobre el Espíritu Santo. Y sin temor de exageración, podemos afirmar que es lo mejor que se ha escrito para divulgar la teología del Espíritu Santo, tan poco conocida entre los fieles.

Sin dejar de apoyarse en la tradición, especialmente en Santo Tomás de Aquino, tiene una gran originalidad y se comprende que no pudo ser escrita sino con las luces sobrenaturales de la Contemplación.

* * *

Cuando Mons. Martínez se dio cuenta del bien que estaba haciendo a las almas su primer libro, ya no tuvo reparo en dar libertad al director de "*La Cruz*" para publicar los libros que quisiera, con el material, con el título y con los arreglos que creyera convenientes.

Así apareció, en segundo lugar, "SANTA MARIA DE GUADALUPE". La primera edición se hizo en noviembre de 1939, y la segunda en marzo de 1944.

La tercera obra que se editó fue "JESUS". La primera edición, en dos tomos, apareció en noviembre y diciembre de 1940. La segunda, salió en un solo tomo, en agosto de 1943. La tercera, en julio de 1947, y la cuarta, hecha en España, en octubre de 1948.

Cuando "La Cruz" anunció esta obra, decía: "Será la obra maestra del Exmo. Sr. Martínez. Hay en ella páginas comparables a las de Mons. Gay, a las del P. Lacordaire, a las de Dom Columba Marmion por su sólida doctrina, por su uncción penetrante, por su misticismo profundo y de ley, por la elevación de su estilo.

Hará mucho bien a las almas, que en ella encontrarán un alimento rico y sustancioso: es como un vino añejo, escaneiado en la copa cincelada de un estilo exquisito. Es de esas obras que no envejecen, que nunca mueren, y sus ediciones, estamos seguros, se sucederán indefinidamente”.

El tiempo ha confirmado nuestros pronósticos; más aún, hemos encontrado en los apuntes íntimos de Mons. su aprobación a nuestro juicio:

“Con motivo de mi último libro “*Jesús*”, dice “La Cruz” en un anuncio que es mi obra maestra. A mí me encantó esto, no por el elogio, sino que, siendo Jesús el Amado de mi alma, mi gran satisfacción será que lo que he escrito de Él sea mi obra maestra, la obra de mi corazón”.

Y en otro lugar: “Ya salió el primer tomo de “*Jesús*”. Seguramente este libro va a ser “*mi consentido*” por su título. ¡Se trata de *Él!* Aunque en el fondo de *Él* se trata siempre, tiene un encanto dulcísimo tratar directamente de *Él!*”

* * *

En cuarto lugar, apareció, como ya dijimos, la segunda edición de “A PROPOSITO DE UN VIAJE”, en octubre de 1941. La primera fue hecha en San Antonio Texas y no estuvo de venta al público; fue una edición privada. La tercera apareció en octubre de 1948.

En junio de 1942 se imprimió “LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO”. Estudio muy original que trata de la pureza relacionada con cada una de las etapas del ciclo litúrgico.

En mayo de 1943, salió a luz “SIMIENTES DIVINAS”, que contiene sobre todo un tratado sobre “Las Desolaciones” que ha hecho mucho bien a las almas. Con la debida autorización, se tradujo al inglés con el título de “*The Secrets of the Interior Life*”. Después se amplió considerablemente, y con el

título de "*Vida Espiritual*", apareció en la segunda edición, en junio de 1946; y la tercera en España, en febrero de 1953. Actualmente se prepara la cuarta edición.

La séptima obra de Mons. Martínez, que salió en enero de 1945, fue "EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR", donde se remmieron los artículos relativos al sacerdocio. La segunda edición se hizo en España, en marzo de 1953.

En agosto de 1945 aparecieron "ALMAS PROCERES", breves semblanzas de algunos santos notables.

En mayo de 1950 se editó "LA INTIMIDAD CON JESUS". En su origen fueron unos Ejercicios espirituales que Mons. predicó a las Religiosas de la Cruz; la Dirección de "La Cruz" los adaptó para que sirvieran a todos los fieles.

La novena obra de Mons. es "EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION", que apareció en octubre de 1951 y que está tomada de la predicación de una novena al Espíritu Santo. El mismo origen tienen los tratados de los Dones, de los Frutos (en la obra "*El Espíritu Santo*"), y el Espíritu Santo y la vida Espiritual (en la obra "*Vida Espiritual*").

La décima obra, impresa en junio de 1954, es "EL CAMINO REGIO DEL AMOR". En su origen fueron también unos Ejercicios espirituales predicados a las Religiosas de la Cruz. Mons. tuvo especial empeño en hacer en estos Ejercicios un resumen de toda la vida espiritual. Es pues una interesante síntesis que se adaptó para que fuera útil a todos los fieles.

Por esos mismos días apareció su discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, que trata de Mons. Banegas.

Por último, en noviembre de 1955, apareció "¡VEN JESUS!", meditaciones como preparación para la fiesta de Navidad, en las que Mons. comenta cada día una de las Antífo-

nas Mayores, llamadas "O", con que la Iglesia se prepara para la fiesta de Navidad.

Dos meses después empezó su gravedad, todavía Mons. tuvo la satisfacción de tomarlo en sus manos, pero ya no pudo leerlo, porque sus ojos empezaban a apagarse a la luz de este mundo...

* * *

En resumen, todas las Obras de Mons. Martínez las ha editado "La Cruz" —Editorial de los Misioneros del Espíritu Santo— y el Director fue autorizado por Mons. para hacer las modificaciones y adaptaciones que juzgó pertinentes; pero tuvo exquisito cuidado de conservar el estilo y sobre todo el fondo de la doctrina.

Las ediciones españolas se han hecho mediante un contrato entre esta Editorial y "STVDIVM DE CULTURA" de Madrid. De la misma manera se han hecho las traducciones inglesas.

3) *Cualidades del escritor.*

La principal es ésta: sus escritos no tienen un fin científico, literario, de erudición, etc.; sino que son *esencialmente apostólicos*.

Con ellos realizó la definición que de la vida apostólica da Santo Tomás: "*Contemplare et contemplata aliis tradere*" —Contemplar, y después dar a los demás los frutos de su Contemplación. Eso hizo Mons. Por eso sus escritos tienen una unción que cautiva, un fervor que contagia y palpitan en ellos un amor que abrasa a las almas. ●

Ellos solos bastarán, no sólo para inmortalizar su nombre, —lo que a él le tenía sin cuidado alguno—, sino para inmortalizar su vida apostólica, para seguir haciendo el bien a las almas. ¡Cuántas al contacto de estas páginas verán que se abren nuevos horizontes, que su espíritu se dilata, que su confianza se

aumenta, que su amor se inflama! *Defunctus adhuc loquitur!* ¡No, la muerte no ha sellado sus labios! ¡Nos seguirá hablando en sus obras de su tema inagotable, de su obsesión divina, de su locura santa, del AMOR!

Pero ese vino añejo del amor de Dios, nos lo presenta en la finísima copa de un estilo exquisito.

¡Y qué facilidad la suya para escribir! De ordinario los escritores corrigen sus borradores una y otra, y no sé cuantas veces más. El borrador del "*Telémaco*", por ejemplo, está plagado de correcciones. Por eso alguien decía: "*El borrador muy oscuro, para que el original salga muy claro*".

Mons. hacía muy pocas correcciones. El manuscrito de "*A propósito de un viaje*" tiene páginas y páginas sin una sola corrección.

Una vez mandó a un amigo suyo un artículo, diciéndole: "Hazme el favor de revisarlo, porque lo escribí como los animales de la visión de Ezequiel, *sin voltear para atrás...*" (*Non revertabantur cum inciderent*).

Como buen discípulo de Mons. Banegas, su lenguaje era muy castizo. En una ocasión le presentaron cierto escrito para que lo firmara. —"No lo firmo", dijo después de haberlo leído. Sorprendido quien lo había redactado, le replicó: —¡"Pero si es lo que su Excia. me dijo que redactara!" —"No lo firmo, porque tiene un gerundio mal usado..."

Por eso, cuando —¡demasiado tarde!— la Academia de la Lengua lo admitió en su seno, no fue ella la que honró a Mons., sino Mons. quien con su ingreso honró a la Academia.

Cuando los académicos fueron a comunicarle su nombramiento y a preguntarle si aceptaba, con su buen humor, les dijo: —"¡A quién le dan pan que llore!" ¡Pero qué le importaban a él los honores! Como Pierre l'Ermite, podía protestar: "Yo no soy literato: soy sacerdote, que lo mismo predica desde un púlpito que desde el rinconcito de un cuento alegre o triste..."

A P E N D I C E

Para justificar lo que se ha afirmado acerca de los escritos de Mons. Martínez, creemos conveniente aducir algunos documentos justificativos.

Mons. cedió a la Revista todos los derechos de sus escritos. Y para que esto no quedara sin un comprobante escrito, copio a la letra el siguiente documento en lo que a este asunto se refiere:

“Todos los derechos que me corresponden como autor de mis obras publicadas o por publicar, así como sus manuscritos originales, los cedo de pleno derecho al R. P. J. Guadalupe Treviño, Misionero del Espíritu Santo.”
...Y para constancia, firmo el presente documento en México, a los dos días del mes de enero de 1954. — † Luis M. Martínez, Arzº de México”.

Los escritores, de ordinario, no admiten que otro los corrija; a lo más, admiten sugerencias, pero sólo ellos han de poner la mano en sus obras.

No era así Mons., de cuya humildad tenemos hoy grandes pruebas. Por eso, —sinceramente y no por mera fórmula— confiaba al Director de esta revista sus borradores para que los copiara y corrigiera.

He aquí las pruebas de ello en los siguientes párrafos de sus cartas:

“Te mando el fracasado artículo para ‘La Cruz’; las hojas que van marcadas con el número 2 substituyen el 2 del artículo primitivo”.

(7) Siguen aquí otros encargos personales.

“Sucedió lo que en estos casos sucede, lo que dice el adagio: “*Todo “cachirul”⁸ parece parche, todo caballo manso parece penco y...*” ¡más vale no concluir! Puse parche, porque no me sentí con ánimo de rehacer totalmente el artículo”.

“Ya comprendes que, al mandártelo, es para molestarte con que me lo copies; si se te ocurre algún subtítulo, como otros han llevado, pónselo, también estás autorizado para hacerle cuantas correcciones quieras”.⁹

En otra carta dice: “¿De dónde te han venido *ahora* escrípulos para publicar lo mío? Sabes que puedes disponer de todo lo que yo escriba”.

En otra carta: “Gracias por todo lo que me dices. Pero no te hagas de la boca chiquita y dime con toda sencillez lo que te parezca conveniente para que esos artículos produzcan su efecto”.

“Ahora va el de agosto, no para que lo copies, sino para que me le hagas observaciones; pues, como verás, la materia lo exige. Noto que me estoy haciendo “*técnico*” aunque no traiga garrote (por más que los verdaderos técnicos no han de cargar ya con dicho *chisme*). Espero pues que me devuelvas los papeles que hoy te envió, con muchas observaciones”.¹⁰

(8) Los pantalones de charro suelen llevar adornos de otro género y aún de badana en las partes en que se rozan más; a esto se llama “*cachirul*”.

(9) Carta del 9 de agosto de 1927 a J. G. T.

(10) Carta sin fecha al mismo. A los gendarmes de tránsito se les llama “*técnicos*” y suelen usar un pequeño bastón para hacer señales y para su defensa.

Adrede Mons. subraya la palabra “*ahora*”. La razón es ésta: en “La Cruz” de 1923, págs. 20-27 y 29-54, se publicaron dos artículos de Mons. bajo el título de “LAS CIMAS”, que tratan del Matrimonio Espiritual y de la Unión Transformante. Una persona dirigida de Mons. los entregó al Director de “La Cruz” para su publicación; pero no se le consultó a Mons. Después el Director recibió una carta en que Mons. le decía:

“Réstame decirte algo acerca de “*Las Cimas*”. Cuando leí el primer artículo exclamé: ¡qué bárbaro! Y te iba a reclamar, pero pensé, ¿para qué?, ya no tiene remedio, sin sospechar que iba a seguir el segundo artículo. Al

“Te envió el tercer artículo con la molestia de que me lo copies. ¿A quién he de recurrir en estas circunstancias? Por supuesto, estás autorizado para hacer las correcciones que te plazcan”.¹¹

En otra carta: “Viene en tu última tarjeta una irase comprometedora: dices que te gusta mucho que te tenga confianza. Mira que no se lo dices a ningún sordo. A ti te gusta que te tenga confianza, a mí me gusta tenértela. ¡Allá te lo haya!”

“Van aquí desde luego dos pruebas de confianza. La primera consiste en que te mando el siguiente artículo de “La Cruz”; ya no quiero que me manejen con garrocha, o más bien, ya se me metió adentro el asunto y ya hasta comencé el artículo de agosto”.

“Te mando el de julio no solamente como a fidelísimo copista, sino como a crítico sagaz, pues ya que hay tiempo, me gustaría que le hicieras observaciones, ya respecto de la doctrina, ya respecto de la forma de exposición, así como si juzgas que algo debe ampliarse, aclararse, “*destecnificarse*”, etc.

leer este último, repetí por tres veces la misma exclamación: ¡qué bárbaro! ...; primero, porque creo que esos asuntos quizá no debieran publicarse en revistas, sino instruir acerca de ellos a las personas interesadas, pues no carece de peligros vocear esas cosas ante la multitud; segundo, esos artículos huelen a *intimidad* a veinte leguas, quiero decir, que fueron escritos para un alma en la intimidad de la dirección; publicar eso es cierta falta de pudor espiritual; y por último, ¿qué pensarán de mí. Lo que más me preocupa es que los que no están en *mi secreto* creerán que tengo profundos conocimientos de lugares tan altos; y eso no me conviene, sencillamente porque no es la verdad. Imagínate que Alfonso Junco me envió su último libro con una dedicatoria en que me califica de “*místico*”. ¡Dios te perdone todo lo que haces! y Él quiera que no lo vuelvas a hacer. (Carta del 31 de agosto de 1923 a J. G. T.) ¡Cuánto más necesito ahora de su perdón!... En realidad, Mons. era genuinamente *místico* y tenía conocimiento por propia experiencia de esos “*lugares tan altos*”. Pero la humildad ponía una venda en sus ojos. Más tarde fue evolucionando y admitió que estos artículos aparecieran en su libro “*Simientes Divinas*”, pues comprobó que no habían hecho mal y sí mucho bien.

(11) Carta sin fecha al mismo. Mons. omite lugar y fecha en estas cartas, porque fueron escritas en el período más álgido de la persecución.

“Notarás que hice otro descubrimiento en Santo Tomás (tal vez será como el descubrimiento de Londres en el siglo XIX, de que habla Chesterton) y que me ha abierto las puertas para perfeccionar la explicación de la Unión Transformante que me bullía confusa en el magín, como tú lo sabes; la cual verás en el artículo de agosto al explicar yo en él la obra del Espíritu Santo, si tú y yo vivimos otro poquito y no nos arranca de nuestro dulce reposo algún desaguisado propio de este tiempo...”¹²

“Puedes hacer lo que quieras de los Ejercicios del “Descanso”,¹³ hasta “cachirularlos”, esto es, ponerles enlaces, llenar lagunas que tenga o resulten, etc.; pues nada perderán y ganarán mucho con tu pluma. No digo ahora que estoy viejo, aún antes, cuando tenía el único pudor de los literatos, con gusto admitiría tus retoques”.¹⁴

Estas son algunas pruebas escritas de lo dicho, las orales fueron todavía más numerosas. Que se nos perdone el haberlas aducido para justificar a quien tuvo la osadía de poner las manos en los escritos de Mons.

(12) Carta sin fecha. al mismo.

(13) Estos Ejercicios sobre el “*Descanso del alma en Jesús y de Jesús en el alma*”, aparecieron en artículos en La Cruz y después formaron la 4ª parte de su obra “*Jesús*”.

CAPITULO XVII

LA FECUNDIDAD DE LA PALABRA

LA FECUNDIDAD del apostolado de Mons. Martínez se ejerció no sólo por sus obras —que se han propagado por todos los países de habla española y aun por otros más, a pesar de que han tenido que vencer no pocos prejuicios—¹ sino también de otros múltiples modos.

* * *

Fue un apóstol de la palabra. Si le hubieran dicho que era un orador al estilo de Lacordaire por su elocuencia o de Bossuet por su elevación, hubiera protestado. No, él predicaba como apóstol, "*non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostentione spiritus et virtutis*, no con las elocuentes palabras de la sabiduría humana, sino con la manifestación de la virtud y del Espíritu".

"Oí un sermón —escribe en sus notas íntimas— que fue un discurso elocuente que me impresionó; pero era un discurso humano, no sobrenatural, no sacerdotal. Y vi cómo se

(1) Los grandes centros intelectuales europeos no pueden menos que ver con cierto escepticismo las obras que vienen de países que no tienen una tradición secular como ellos: "*A Nazareth potest aliquid boni esse?*" — De México ¿puede salir algo bueno? Son capaces los mexicanos —pueblo primitivo— de enseñarnos algo que no sepamos mejor que ellos? Se olvidan de que "*Spiritus, ubi vult, spirat*". El Espíritu Santo a quien mejor le parece, lo inspira.

(2) I Cor., II, 4.

debe predicar, no con las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino por la manifestación del espíritu y de la virtud. Y no solamente la predicación, sino la dirección y todos los actos ministeriales deben ser así: *sobrenaturales totalmente*. Y aun los actos ordinarios del sacerdote. Todo en nosotros debe ser sobrenatural, sacerdotal; en todo debemos ser otros Cristos”.

Por eso sus sermones los preparaba en la oración, es decir, en ella recibía las luces que después exponía en sus sermones. He aquí algunas pruebas.

* * *

“El día 3, en la noche³ me puse a pensar en el sermón del día siguiente (fiesta de Ntra. Sra. Refugio de Pecadores); y al llegar mentalmente a un punto que directamente se refería a Jesús —que por pura, por bella, por amorosa que sea la Sma. Virgen, ni la amaríamos como la amamos, ni ejercería en nuestro corazón la irresistible atracción que ejerce, si no fuera la Madre, la Depositaria, la Distribuidora de Jesús, porque Él lo llena todo, etc., etc.—; al llegar aquí, repito, me conmoví a tal punto que no pude más...”

Y en otro lugar: “El 15 de agosto me hizo María Sma. dos gracias: al comenzar a leer las lecciones del I Nocturno de la fiesta, que son del Cantar de los Cantares, entendí de una manera nueva y sintética este libro de la Escritura. Vi cómo en él se expresan todos los matices, todos los gozos y las delicadezas del amor; cómo el amor divino las realiza en una forma superior al amor humano, en una forma espiritual, altísima, divina. Quien ama a Dios nada tiene que envidiar a los que gozan de los afectos humanos; todos los encantos de éstos los realiza de una manera eminente y superior el amor divino”.

“El Cantar de los Cantares, superficialmente leído, es un idilio de amor humano; visto hondamente, es el idilio del amor divino, que reproduce todos los encantos del amor humano, su-

(3) Casi siempre preparaba sus sermones en la oración de la noche.

perándolos inmensamente y agregando a ellos, claro está, encantos nuevos y exclusivos del amor celestial”.

“Esto sin duda es muy conocido; pero cuando Dios ilumina lo que ya sabemos y nos es familiar, le comunica una novedad inefable. ¡Cuántas cosas nuevas descubrimos en las cosas viejas, a la luz de Dios!”

“La otra gracia de la Virgen fue inspirarme un sermón: *en un punto vi todo lo que había de decir*; y era algo nuevo y rico de sentido”.

En otro lugar: “Con motivo de un sermón de Cantamisa, vi cómo al sacerdote se le aplica la expresión de S. Pablo: “*Vivo, iam non ego: vivit vero in me Christus*”. El vive en nosotros siempre que ejercemos cualquier acto ministerial; Él debe vivir en nosotros siempre, hasta en nuestros actos ordinarios. A cada momento debemos vivir sacerdotalmente”.

En otra fecha:

“Ahora sí he sufrido un poco. Y creo que son penas sacerdotales, pues son las penas de las almas. Tengo especialmente un asunto en que probablemente andaba metido el diablo”.

“Con motivo quizá de esas penillas (4), Dios me dio luz para formarme un concepto más profundo de la felicidad de esta vida y que expreso así: la felicidad de esta vida consiste en sacrificarse por los demás. Claro que esto lo sabía y aún lo había predicado; pero, cuando Dios enseña, toda doctrina es nueva”.

“Noto los distintos conceptos de felicidad que solemos formarnos en la vida y que constituyen una gradación. Primero, creemos que la felicidad consiste en el uso discreto y ordenado de los bienes que Dios nos da, en el “*aurea mediocritas*” —la dorada medianía— del poeta latino, *pero cristianizada*”.

“Después, la felicidad se nos presenta como fundada en el desprendimiento de todo lo creado, que nos da una dichosa li-

(4) Llama “*penillas*” a lo que cualquiera de nosotros hubiera tenido por penas muy grandes.

bertad y que nos hace capaces de fundarnos en el verdadero Bien”.

“Más tarde se comprende que el amor es la felicidad; pero se concibe el amor más como bien nuestro que como bien del Amado”.

“Por fin, se purifica el concepto del amor y se llega a entender que lo más exquisito de él, en este mundo, es el *sacrificio*”.

“Y así se llega al concepto, alto y profundo, de que ser feliz es *sacrificarse por amor*”.

¡Cuántas veces predicó Mons. estas verdades que había conocido con luz divina!

Más tarde Nuestro Señor completó esta enseñanza:

“Pocos días después, algunas personas me cometieron una impertinencia; no cosa mayor, pero de esas *pequeñeces* (5) que lastiman. Nuestro Señor me dio luz en la oración para que con singular cariño y con grande empeño me dedicara a pedir por aquellas personas y a alcanzarles gracias; pero no simplemente como quien cumple un deber, sino como quien satisface una necesidad del corazón”.

“Vislumbré entonces algo del Corazón divino de Jesús, pues no dudo que lo que sentí fue una participación de sus íntimos sentimientos. Así ha de sentir Él, que su amor se exacerba, por decirlo así, con las ingraticudes y se siente movido a colmar de gracias a quienes lo lastiman”.

“Vi, también otra cosa. El último concepto que me había formado de la felicidad era éste: *sacrificarse amorosamente por los demás*. Ahora perfecciono este concepto agregando: *especialmente por los que nos lastiman*”.

¿No es ésta una caridad heroica? (6).

(5) De nuevo su humildad y su caridad tienen por “*pequeñeces*” lo que en realidad fueron faltas notables de respeto.

(6) Esta doctrina no sólo la predicó; sino, sobre todo, la practicó, de lo cual se podrían aducir no pocas pruebas que callamos por discreción.

* * *

Para las fiestas del 4º Centenario de las apariciones del Tepeyac, lo invitaron para predicar:

“Me invitaron para el sermón del 12 de diciembre en la Basílica; me dio gusto y temí que hubiera alguna complacencia vana. Pero procuré borrar lo humano con la santa impresión de gozo de que María Sma. me eligió para eso, no por mis cualidades, sino por su amor de predilección”.

En otro lugar dice:

“Nos tratamos con Jesús con muchísima confianza; le digo muchas cosas que antes —como he visto ahora— le ocultaba inconscientemente; hasta he variado un poco mis fórmulas”.

“En efecto, desde hace tiempo cuando voy a *predicar*, a escribir, o tratar algún negocio, me dirijo al Espíritu Santo *entregándome* a su amor y a su acción; pido al Verbo que se una a mí y hable por mi boca y acudo al Padre, ofreciéndole a Jesús por las almas a quienes me dirijo”.

“Ahora, pido un ósculo de luz, de pureza y de amor para las almas. El amor va dominando en mi vida...”

“Digo al Señor que no quiero hacer otra cosa que amarle y deseo que el amor tome en mí tres formas, conforme al beneplácito del Amado: que me una a Él —que me utilice para bien de las almas— y que me inmole según su voluntad”.

“El otro día, a propósito de algo que leí, me entró una gratitud inmensa, porque Él me amó con predilección y me eligió para su amor y para su obra. ¡Cuánto ha tenido que hacer para que sea suyo! Siento a la verdad todo lo que Él ha tenido que trabajar; pero ¡cómo resalta así su amor y su predilección!”

“Yo necesitaba sin duda un Jesús; solamente Él me ha podido amar y soportar; para mis miserias necesitaba su misericordia; para las aspiraciones de mi corazón necesitaba su Belleza y su Bondad y su Amor”.

“Ya se comprenderá que en ese estado procuro *hablar de*

Él siempre que puedo, alabar su hermosura y predicar su amor. ¡Lo que se siente en un púlpito cuando el alma está llena del divino amor! El Viernes Santo prediqué tomando como texto el primer versículo del Cantar de los Cantares. Quedé muy satisfecho, porque desahogué mi corazón alabándolo, y creo que Él también quedó contento a pesar de mis deficiencias''.

“El Domingo de Pascua hablé también de Él, de la alegría de su Resurrección; por cierto que fui a predicar casi sin saber qué decir; pero Él me ayuda y a las veces habla por mi boca''.

* * *

En otra ocasión hace esta confesión ingenuamente:

“Me ha dado Dios en estos días como el sentido profundo de la fe, obra del Don de entendimiento, sin duda. Con gusto especial he predicado, en los Ejercicios, de las virtudes teologales''.

Y en efecto, ¡cuánto insistió, en su predicación, sobre las virtudes teologales! Se daba cuenta de que —por la tendencia a ser demasiado prácticos— los predicadores hablaban muy poco de esas virtudes, cuya importancia es, sin embargo, capital. Decía que —aunque pareciera una paradoja— los principios más especulativos son en realidad los más prácticos, porque son los que tienen más aplicación en la práctica. Esto se ve muy claro en la Teología Moral, por ejemplo: los principios fundamentales son los más necesarios para la resolución de los casos prácticos. Así son las virtudes teologales: si no intervinieran a cada paso en nuestra vida cotidiana y práctica, perdería ésta su carácter sobrenatural. En esto, Mons. fue —a lo menos en América,— un innovador en cierto sentido.

* * *

Tan lleno como estaba su corazón del amor divino, no era

posible que al predicar no traicionara en parte su secreto tan celosamente guardado. Veamos algunos ejemplos:

“Varias veces que he hablado en público —escribe— me han descubierto el amor que tengo a Jesús. Aunque me da pena que descubran mi secreto, por otra parte, me complace descubrir yo que lo amo. ¡Es delicioso descubrir, palpar, la realidad de nuestro amor! Si los demás perciben perfumes de rosas, son verdaderas rosas las que llevamos”.

“Un día —me causa pena aun escribirlo— di una conferencia en una casa particular. Cada semana, algún intelectual da una conferencia profana, de arte, de ciencia, etc. Me invitaron un día. Al hablarles les dije que no era conferencista, sino predicador; que, como S. Pablo, no quería saber más que a Jesús. Y les hablé de algunos rasgos de su fisonomía espiritual, de cómo en Él se compaginan armoniosamente cualidades que parecen incompatibles: humildad y magnanimidad, sencillez y prudencia, energía y suavidad”.

“Agradó la conferencia y algunas personas me dijeron que me había pintado a mí mismo al pintar a Jesús”.

“Cortesía, sin duda; pero, ¡cuánto me complació que me dijeran —aunque fuera por cortesía— que me pareczo a Él! Quien lo ama comprende lo que digo”.

En dos épocas del año, Mons. recibía luces y efusiones del amor divino que inflamaban su corazón hasta más no poder: la Navidad y la Semana Santa.

En una Semana Santa, de tal manera inundó a su corazón el amor divino que el Jueves Santo necesitó un desahogo, y fue a predicar a las Religiosas de la Cruz la Hora Santa que esa noche se acostumbra. Y sin que ni él ni ellas lo notaran, cuando acabó se dio cuenta de que había hablado durante una hora y cuarenta minutos... Y ni él alcanzó “*a vaciarse*”, ni a cansarse las religiosas (7).

(7) Así lo hace constar en sus notas íntimas.

* * *

Otra forma de su apostolado, y por tanto de su fecundidad, fue la *dirección espiritual*, sobre todo de almas de elección.

Y aquí es quizá donde la fecundidad de Mons. llegó a su máximo. Porque si un acto de amor a Dios le da más gloria —como enseña San Juan de la Cruz— que todas las obras exteriores; podemos también concluir que se le da más gloria y reporta más provecho a la Iglesia llevando un alma hasta las cimas del amor de Dios, que convirtiendo a muchos pecadores.

Ni obstan las palabras del Evangelio: “*Será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia*” (8). Porque, o bien estas palabras tienen una fina ironía, llamando justos a los fariseos, o bien se trata de los justos en general, de todo el rebaño. Y claro está que no hay por qué hacer fiesta por las ovejas que no se han extraviado, sino sólo por la pérdida que ha vuelto al redil.

Es indudable que un alma verdaderamente santa da más gloria a Dios que la simple conversión de noventa y nueve pecadores.

Baste citar a la Sma. Virgen, por cuya preservación y santidad se ha alegrado más el cielo, que por todos los pecadores convertidos.

Pues bien, Mons. Martínez tuvo esta fecundidad, la de llevar no una, sino varias almas hasta las cumbres de la perfección, en cuanto humanamente es posible juzgar.

El mismo Mons. reconoce con frecuencia en sus apuntes como una de las mayores predilecciones que Dios tuvo con su alma el haberle confiado almas escogidas: “Dios me ha dado una inmensa fecundidad espiritual; las almas vienen a mí —¡y qué almas!”—, dice ingenuamente.

(8) Luc., V, 7-1X0.

Y no vaya a creerse que sólo atendía a las que pudiéramos llamar “*aristocracia espiritual*”. Igualmente atendía a toda alma, por modesta que fuese, que solicitara su dirección.

¡Cuántas veces escribía a almas a quienes un simple sacerdote no hubiera contestado, juzgando impertinentes sus asuntos!

Ingenuamente se confiesa a sí mismo las gracias especiales que Dios le concede para dirigir a las almas.

“Dios me ha hecho entender que mi alma necesita ser muy pura para poder tratar santamente a tantas almas puras que Él me ha confiado...”

Más adelante:

“Nuestro Señor me sigue dando dones preciosos para las almas. Me espanto de la facilidad con que las veo hasta el fondo, de la maestría con que las aconsejo. No soy yo: es Él”.

¿No son éstos los carismas de la discreción de espíritus y de la escrutación de corazones?

En otro lugar:

“¡Es inefable la condescendencia de Nuestro Señor que con gran solicitud me dice con frecuencia lo que quiere, me advierte lo que no está en regla, me obliga a que no haya en mis actos el menor asomo de pasión, nada humano, nada que no sea recto y puro!”

“Al mismo tiempo me da luz para las almas y eficacia para hacerles bien. De manera especial quiere que haga bien a los sacerdotes”.

Dice en fin:

“Me parece que cada día me identifico más con las almas: sus penas me martirizan: sus gracias me conmueven y hacen feliz”.

“El demonio me ha querido apartar de algunas almas de elección. Trae una inquina conmigo, un empeño en apartarme de toda dirección, que me hace pensar que de veras Dios

me quiere para ese ministerio y que hace mucho bien por medio mío”.

“Si ojos profanos vieran estas líneas, quizá se escandalizarían...”

“Nuestro Señor me ha dado en la última temporada la perfecta alegría del apostolado: ¡cuánto me hacen gozar las almas! y... también sufrir, aunque menos, sin comparación”.

“Muchas veces me he sentido como fuerte para apoyar y consolar a las almas, y como si aparentemente no necesitara ni consuelo ni apoyo. Nuestro Señor me ha hecho ver que Él constituye mi fuerza para apoyar y consolar, y que no necesito otro consuelo ni otro apoyo que Él, que está íntimamente unido con mi alma. En ciertas ocasiones no siento la dulzura ni el fervor de la unión, pero la paz, la fuerza y un no sé qué de sólido e íntimo que experimento me dan testimonio de esa unión dichosísima”.

* * *

Algún día se publicará su abundante correspondencia de dirección y de ella se podrá sacar todo un tratado práctico de dirección espiritual. Entre tanto, señalemos algunos principios básicos que tenía Mons. para ejercer este misterio.

1º—El verdadero director de las almas es el Espíritu Santo. El sacerdote sólo es su instrumento. Por tanto, no debe tener iniciativa propiamente personal, ni señalar a las almas el camino que le parezca. Su papel consiste tan sólo en discernir y secundar la acción del Espíritu Santo.

* * *

2º—A la base del edificio de la perfección sobrenatural, hay que poner la veracidad, la rectitud, la franqueza, la lealtad, etc. Las almas refractarias a estas virtudes ni podrán llegar a la perfección ni son capaces de ser dirigidas.

* * *

3º—¡Cuánto insistía en que no hay que lastimar a las almas! Ni a las demás ni a la propia. En nuestra alma hay algo nuestro y algo de Dios, algo terreno y algo divino: lo divino es delicadísimo, como hálito de Dios, y merece suavidad y respeto; lo terreno podemos despreciarlo, aborrecerlo, etc., pero sin olvidar que está junto con lo divino.

“*No hay que arrancar sin piedad la cizaña, no sea que se arranque también el trigo*”. Por no tener esto en cuenta, se deforman muchas almas: se quiere arrancar sin discreción, sin suavidad, sin tino, lo que tienen de malo y se arranca también lo bueno, y se lastima el alma.

Podemos ser con las almas —empezando por la nuestra—, enérgicos, rectos, hasta santamente crueles, pero sin dejar de ser dulces, sin dejar de ser suaves. En *el fondo*, no nos tengamos consideraciones: arranquemos, cortemos de raíz, quememos; pero en *la forma*, hagámoslo con suavidad, no sea que vaya a arrancarse también el trigo.

Y la forma no sólo significa *el modo* —que es lo que domina en la dulzura con los demás—, sino *el procedimiento*, que no se precipita, que no corta sin ton ni son, sino que se desarrolla con lentitud, con orden, con paciencia.

La paciencia con nosotros mismos es más difícil y quizá más necesaria que la paciencia con los demás.

La suavidad se manifiesta sobre todo en respetar las leyes que Dios impuso a nuestras almas. Y una de estas leyes es que los cambios y reformas en las almas vengan de arriba hacia abajo, esto es, de la convicción del entendimiento y del amor de la voluntad.

La suavidad no está reñida con la fuerza; quien tiene poca fuerza muscular cambia un mueble de lugar a empujones, quien tiene mucha fuerza lo mueve con suavidad; las fuerzas

naturales son muy fuertes y muy suaves; y Dios, que es la suprema fuerza, es también la suprema suavidad.

Que no se detenga el vuelo de las almas, que se las lleve a las alturas, a las cumbres del amor y del sacrificio, pero con suavidad.

* * *

4º—Esto nos lleva naturalmente al 4º principio: Mons. insistía en que las virtudes son hijas de la luz, y deben practicarse por convencimiento y por amor. Por ejemplo, hay quienes quieren adquirir la humildad, no por su fondo, que es el propio conocimiento, sino con *golpes exteriores* y ¡ay! algunas veces hasta con engaños. ¡Cuántas veces se le dice a una persona que es tonta para humillarla, siendo que no lo es; que tal o cual cosa estuvo mal, cuando en realidad no lo estuvo!

Con estos procedimientos las almas se deforman, porque o creen o no creen lo que les dicen: si no lo creen, se arroja en ellas la semilla de la hipocresía y de la doblez; si lo creen haciendo esfuerzos para sujetar su juicio, llegan a perder el criterio para distinguir lo bueno de lo malo, la verdad del error. No, a las almas hay que tratarlas con la verdad, y moverlas por el amor y con suavidad. Haciéndolo así, irán a dondequiera, al sacrificio, a la crucifixión, o por lo menos no se lastimarán.

Cuanto más claramente vemos, a la luz de Dios, su grandeza, su perfección, su santidad, más evidente aparece nuestra nada y así brota, como naturalmente, la humildad. Y es una humildad que no apoca, no desalienta, no deprime; sino al contrario, vigoriza, anima y nos hace emprender grandes cosas.

Pero cuando se ha querido conseguir la humildad, no por la luz de Dios, sino a fuerza de golpes, se corre el peligro de ponerse fuera de la verdad, haciendo con pésima lógica ésta

deducción: nada puedo por mí mismo, luego nada puedo. La deducción divinamente lógica, es ésta: nada puedo por mí mismo, luego todo lo puedo en Dios, como decía San Pablo, cuando siento toda mi miseria, entonces soy poderoso: “*Cum infirmor, tunc potens sum!*”

* * *

5°—También insistía mucho en la oración, y respecto de ella tenía estos puntos de vista personales.

a) La oración no es un medio para reformar nuestra vida, sino al contrario, reformamos nuestra vida para hacer mejor la oración. Lo que no quita que la oración tenga poderosísimo influjo en la reforma de nuestra vida.

b) No solamente se deben tener tiempos dedicados a la oración, sino que ésta debe llenar toda nuestra vida; debemos vivir una *vida de oración*, mantener siempre el alma en una atmósfera sobrenatural, viéndolo todo con los ojos de la fe y desde el punto de vista de los intereses de la ealidad.

c) Cuanto más se simplifica la oración tanto más se perfecciona. Un alma que en la oración sentía atractivo para recogerse en silencio, en su oración, y que temía que fuera esto una “*oración de pereza*”, le decía: “Fomente ese atractivo que Ud. eree de pereza; fije sus ojos y su corazón en la Santa Eucaristía, y *déjese*. Muy bueno es *dejarse hacer*, pues *déjese hacer* en todo, especialmente en la oración”.

* * *

6°—Pero sobre todo insistía en *la confianza, en el amor*.

¡Cómo sabía abrir a las almas dilatados horizontes! ¡cómo sabía infundir una fe viva para que las almas creyeran que Dios las amaba! Cuando hablaba a las almas del amor de Dios, ¡cómo se enardecía, cómo se inflamaba su rostro, cómo se transfiguraba!

“*En nombre de Jesús le aseguro —le escribía a un alma— que la ama con predilección, que está descoso de que Ud. deje explayar plenamente su amor hacia Él y que quiere hacer maravillas en su alma, con tal de que Ud. crea plenamente en el amor de Él*”.

“Ud. puede pensar lo que quiera de su alma, decir horrores de ella; pero, si cree en el amor de Jesús, comprenderá que ese amor misericordioso pueda hacer un santo, y quiere hacer un santo, de esa alma que no sirve para nada”.

“¿Y si viera que precisamente porque esa alma no sirve para nada la ama especialmente Jesús y tiene sobre ella especiales designios?”

“Tiene un gusto muy extraño Jesús y aun personas muy espirituales no lo conocen. Yo tengo para mí que una de las gracias más grandes que Él me ha hecho ha sido descubrirme su gusto, porque conociéndole “*su lado flaco*”, se puede hacer con Él lo que se quiera”.

“No me pongo pues a discutir con Ud. sus miserias, sino que en ellas me apoyo para decirle: *Jesús lo ama mucho y quiere hacer en su miseria prodigios de misericordia*”.

“Para destruir su desilusión de sí mismo, no le doy más que un medio: *crear en el amor de Jesús; penetrarse a cada momento de ese amor*”.

“Le ha de parecer ridículo, temerario, ilusorio, etc., pensar y sentir que Jesús lo ama; pero abrácese de lo ridículo, de lo temerario, de lo ilusorio, —¿sabe para qué?— para abrazarse de la verdad?”.

“¿No le parece una *ingratitude*, un engaño, casi una crueldad, haber pasado tantos años sin *comprender* a Jesús, desconociendo sus íntimos afectos, sin darse cuenta de la predilección que le ha tenido y sin agradecerse?”

¿Quién no comprende que una dirección así dilatada a las almas y las hacía volar hacia la unión con Dios por el Amor?

* * *

Pero la dirección no sólo la hacía consistir en guiar a las almas, sino sobre todo en orar por ellas.

Por ejemplo, en sus apuntes escribe:

“Un alma de elección sufría terribles penas interiores y el 21 de junio le dije a Dios que por el amor que Él me tenía le diera un descanso; y al punto las penas se trocaron en consuelos muy dulces”.

En otro lugar:

“El día de S. Agustín prediqué con motivo del XV centenario del santo; en el sermón dije que S. Agustín tendía, por todos los atractivos de su alma, a la contemplación y que, a mi juicio, había aceptado la vida activa como una cruz”.

“Confieso que al decirlo yo sentía algo por el estilo. Pues bien, poco después Nuestro Señor me hizo tener una oración que nunca había tenido —la llamaría *oración de vida activa*—; en ella no me ocupé ni de Dios ni de mí, sino de las almas, de presentárselas al Señor con sus necesidades, con sus virtudes, y en pedir por ellas con un empeño desconocido hasta entonces”.

“Pero lo más notable es que en aquello encontraba mi alma tal descanso, tal dulzura, como si me ocupara de contemplar a Dios y de amarlo”.

“Al día siguiente, volví a hacer la oración así, ya de propósito, pues la primera vez no fue cosa pensada de antemano, sino que de repente me vino el impulso de hacerla de esa manera”.

“En esta segunda vez, vinieron los mismos santos afectos; recorrí la serie de almas que por un motivo o por otro están enlazadas con la mía, y noté la complacencia de Dios en aquello”.

En otra ocasión dice que en tal fecha Dios hizo una gracia muy especial a un alma dirigida suya. Se alegra como si

él la hubiera recibido, y escribe: “Yo la ayudé, la sostuve en sus pruebas y la preparé para la unión. Y ese mismo día, por la noche, —durante el día estuve ocupadísimo—, Nuestro Señor me hizo participar de la fiesta, uniéndose conmigo de una manera tan íntima y tan dulce, como nunca quizá; me colmó de amor y de dulzura y me hizo pasar momentos de cielo en la soledad de mi oratorio”.

“A medianoche tuve que arrancarme de allí para dormir”.

“Creí que aquello era todo —y a la verdad era sobreabundante—; pero no, siguió toda la octava y días después, con uniones estrechísimas, con dulzuras celestiales, con luces espléndidas”.

* * *

Con un director así, era muy explicable que las almas llegaran a la santidad, si correspondían a las gracias de Dios.

Citemos —para no hablar sino de las que ya “duermen el sueño de la paz”— a Mons. Rafael Guízar que con sencillez de niño abría su alma a Mons. Martínez. Su proceso de beatificación se encuentra ya en Roma.

También debemos mencionar a la Sra. Concepción Cabrera de Armida, a quien dirigió Mons. desde principios de julio de 1924 hasta la muerte de ella, el 3 de marzo de 1937.

Sin duda que antes tuvo otros directores; pero ciertamente nadie le hizo tanto bien como Mons., nadie le abrió horizontes tan amplios, nadie comprendió tan a fondo su espíritu, nadie puso tanto empeño en su santificación.

La correspondencia que mantuvo con ella y los Ejercicios Espirituales que le escribía cada año, podían formar varios volúmenes; esto sin contar las entrevistas personales.

Cuando llegó su última enfermedad, acudía a su llamado Mons. de dondequiera que estuviese. Una vez, llamado de Monterrey, salió ya tarde en auto, caminó todo la noche para ama-

necer en México. La última vez, lo llamaron de Morelia, viajó todo la noche y, calado por la lluvia y cubierto de lodo, llegó a México a las 3 de la madrugada (9).

Tuvo el consuelo de asistirle en su agonía y de entregar al Señor esa alma tan querida, por quien se había sacrificado tanto.

Y pocos meses antes de morir, tuvo la satisfacción de expedir un decreto para que se iniciara su proceso en vista de su beatificación.

De esas almas, que deben haber salido a su encuentro cuando Mons. entró al cielo —como esperamos—, pudo decir con razón: “¡Vosotras sois mi gloria y mi corona! *Gaudium meum et corona mea!*”

(9) Poco después de la medianoche, el auto se atascó. Mons. y el Sr. Cngo. Buitrón que lo acompañaba tuvieron que bajarse y meterse al lodazal para empujar el coche. Como las ruedas giraban en el mismo lugar, los rociaron de lodo, de la cabeza a los pies. El Sr. Buitrón, con su buen humor, le decía a Mons. —“¡Qué dirían los mexicanos, si vieran en estas fachas a su Arzobispo electo!...”

CAPITULO XVIII

OTRAS MULTIPLES MANIFESTACIONES DE SU FECUNDIDAD

LA FECUNDIDAD de Mons. Martínez se manifestó, como vimos, por la formación de almas santas, por la predicación de la palabra divina, hablada o escrita; pero tuvo otras múltiples manifestaciones que, si las tratáramos cada una de por sí, ocuparían un espacio del que ya no podemos disponer.

Baste pues una ligera enumeración, que todavía abreviaremos más, limitándonos a los 19 años que gobernó la Arquidiócesis de México.

1°—Su primera preocupación, al hacerse cargo de ella, fue su Seminario. Más que diezmado por las recientes persecuciones, despojado de su hermoso edificio, había tenido que refugiarse parte en Temascalcingo, parte en el anexo de la Parroquia de Tlalpan. Ese Seminario, de pasado tan glorioso, de tradiciones seculares, necesitaba una verdadera resurrección.

Mons. Martínez dijo en esos primeros días: “*No descansaré hasta que mi Seminario tenga 500 alumnos*”. Al morir casi vio realizado su propósito.

La tarea era múltiple: buscar y escoger buenas vocaciones, multiplicarlas, seleccionar y aumentar el personal docente, intensificar la formación espiritual y científica, ampliar el plan

de estudios y proveer al Seminario de un nuevo edificio apropiado y digno.

Para limitarme a lo más palpable, allí está el magnífico edificio que Mons., con incontables sacrificios, logró construir.

Fue edificado en estilo colonial, todo de cantera labrada y tezontle, con su magnífica fachada, sus amplios claustros, sus aulas, sus habitaciones individuales, etc. La capilla, porque debía ser lo mejor, se dejó para el fin, como coronamiento de esta obra, y se está terminando actualmente.

Cuando el arquitecto presentó la soberbia fachada del edificio, algunos temieron que fuera demasiado ostentosa, excitara la codicia y el edificio acabara por ser confiscado; así se lo hicieron ver a Mons. Pero él, dando pruebas de su gran confianza en Dios, aprobó el proyecto. "*Si perdemos este edificio, repuso, construiremos otro mejor*".

¿No es la Iglesia la eterna reestructuradora? Se le podrán arrebatar las cosas materiales, pero nunca se podrá hacer morir su vida fecunda, porque es inmortal.

Para atender personalmente al Seminario, retuvo por varios años el cargo de Rector, hasta que en 1953 nombró Rector a uno de sus obispos auxiliares, al Exmo. Sr. Dr. Don Francisco Orozco Lomelín.

¡Cuántas veces predicó los retiros espirituales a sus seminaristas y con cuánta satisfacción tuvo el consuelo de ordenar por sí mismo un gran número de ellos!

Dicho sea de paso, en los 32 años de su episcopado, son incontables los sacerdotes que ordenó; consagró además diez obispos.

Si trabajó en la formación de sus seminaristas, con más razón y empeño se dedicó a la santificación de sus sacerdotes, sobre todo por la práctica de los Ejercicios espirituales que con frecuencia él mismo predicó, por atinadas disposiciones en

las circulares de la Curia y por el trato personal con ellos mismos.

* * *

2º—Otra obra colosal, en la que se invirtieron millones, fue la reconstrucción de su Catedral. Por la poca firmeza del subsuelo en el valle de México, la Catedral se hundía y se cuartecaba; además, el piso de madera estaba en pésimas condiciones, como lo demostró el derrumbe que hubo el mismo día en que Mons. tomó posesión de la Arquidiócesis.

Era pues preciso recimentar la Catedral, lo cual, no por ser trabajo oculto, dejaba de ser tan costoso como difícil.

“La Comisión de Orden y Decoro” a quien confió Mons. la recaudación de los fondos necesarios, ha dado a conocer los detalles de esta obra.

Además de la recimentación, se construyó una gran cripta para depositar restos y una especial, debajo del altar de los Reyes, para los Prelados de esta Arquidiócesis. Todavía en vida de Mons. se trasladaron los restos de 5 Prelados, entre ellos el primero y el último; Fray Juan de Zumárraga y Mons. Pascual Díaz.

Sin intentarlo, Mons. Martínez preparó el lugar donde había de dormir el último sueño.

El nuevo pavimento de la Catedral se hizo de mármol y, dadas las grandes dimensiones de este templo, el más grande de la América Latina, ya podemos imaginar su costo.

Se cincharon las bóvedas para evitar nuevas cuarteaduras y, cosa muy digna de alabanza, se logró quitar el antiguo altar mayor, llamado según el uso español “*ciprés*”, artefacto de muy mal gusto y de menos sentido litúrgico.

Con motivo de estas obras se hizo una monografía de la Catedral, obra maestra de arte tipográfico, que podría com-

petir con cualquiera hecha en el extranjero. El ejemplar costaba \$1,500.00, lo que ya era indicio de su valor artístico.

* * *

3º—Mons. Martínez se distinguió siempre por su devoción a la Virgen Sma. de Guadalupe, y sin duda que como recompensa de ello, Dios quiso que su imagen quedara bajo su custodia, como sucesor de Fray Juan de Zumárraga.

Pero Mons. no se contentó con este honor, sino que trabajó con grande empeño en terminar las obras de restauración de la Basílica empezadas por su antecesor Mons. Díaz, y en las que es justo decirlo, tuvo parte importantísima el actual Abad, el Ilmo. Sr. Don Feliciano Cortés.

El 12 de octubre de 1938 pudo Mons. inaugurar estas obras. Importaron cerca de dos millones y medio de pesos, y como todo se hizo con las limosnas de los católicos mexicanos, que en esa época estaban en gran penuria, esa suma fue fabulosa para nuestra pobreza.

En esa festividad del 12 de octubre, Mons. ofreció a la Sma. Virgen la nueva Basílica con estas sentidas palabras:

“¡Santa María de Guadalupe, Reina de Méjico! En nombre del Episcopado, del Clero y del Pueblo mejicano, tu Nación predilecta, te ofrezco de una manera solemne, en estos instantes, el templo magnífico que te han decorado tus hijos”.

“Es este el homenaje de nuestra fe sincera, de nuestra veneración profunda, de nuestro amor inmenso...”

“¡Míralo, Madre, y recíbelo complacida!”

“Este es el templo que pediste a Juan Diego, que se ha venido edificando desde hace cuatro siglos. En él han puesto sus manos, en él han puesto su corazón todas las generaciones. ¡Nosotros hemos puesto aquí nuestras manos y nuestro corazón también!”

“¡Señora, nuestra obra está consumada! ¡Tus deseos están cumplidos! ¡Tu voluntad se realizó!”

“¡Míralo, Madre! Es más bello de lo que pueden ver los ojos humanos; porque tus ojos de madre que conocen la historia de cada sillar, de cada bóveda, de cada columna, de cada moldura; tus ojos de madre descubren algo misterioso y exquisito: ¡el sacrificio con que este santo templo ha sido decorado en tu honor!”

“Lo hemos hecho en épocas difíciles en que ha habido escasez de recursos y dificultades amargas... Por eso es tan bello a tus ojos y tan grato a tu corazón”.

“Pues bien, con santa audacia, Madre mía, yo te digo en estos instantes lo que sólo a Ti me atrevo a decir: ¡Señora, que nos pagues...!”

“Tú ofreciste a Juan Diego que agradecerías y pagarías con celestial munificencia cuanto se hiciera por cumplir tu voluntad. ¡Señora, hemos concluido nuestra obra: queremos recibir de tus manos benditas la recompensa!”

“Menguada cosa sería hablar de paga, si no le hablara a mi Madre, si no supiera que Tú eres la primera en desear ardentemente pagarnos lo poco o lo mucho que hemos hecho por Ti”.

“¡Señora! la paga que yo me atrevo a señalarte es que se realice cuanto antes el otro deseo de tu corazón, o más bien, lo más profundo del deseo que nos manifestaste en la colina del Tepeyac. Nos pediste un templo. Está hecho. Pero en los designios de tu corazón maternal, Tú pensabas en otro, en un templo espiritual que tenga por extensión la vastedad de nuestro continente, que esté formado por los corazones de todos tus hijos; un templo en el que Jesucristo sea el Rey y en el que tú seas la Reina y Señora; un templo de paz, de libertad, de amor...”

“¡Madre! ¡que esa sea nuestra paga! Por haberte erigido

este templo material, danos el otro. Y dánselo pronto, para gloria de Dios, para honor tuyo y bien de tus hijos. ¡Para que mañana, oh Señora y Reina nuestra, cuando celebremos la dedicación del templo espiritual, del templo inmenso de las almas, resuene por todo nuestro vasto suelo el Cántico nuevo, el Cántico glorioso: *NON FECIT TALITER OMNI NATIONI!...*”

* * *

Pero esto era muy poco para el fervor guadalupano de Mons. y emprendió entonces una obra monumental en la que se han invertido como unos 20 millones. El proyecto significaba una completa transformación de la Villa de Guadalupe, a saber, la construcción de una gran plaza frente a la Basílica, la “*Plaza de las Américas*”, que pudiera contener las grandes multitudes para las cuales era insuficiente la Basílica. Esa explanada tendría un gran pórtico, dos monumentos, uno a Fray Juan de Zumárraga y otro a Juan Diego, y dos jardines a los lados. Se construiría además un nuevo mercado para retirar todos los “*puestos*” indecorosos que rodeaban la Basílica. El “*Cerrito*” mismo sería transformado, quitando todas las casas que sobre él se habían edificado y haciendo una nueva y hermosa escalinata.

Para todo esto fue necesario expropiar numerosas casas e indemnizar a los dueños.

Justo es decir que, dadas las simpatías que Mons. tenía con el gobierno, éste colaboró de una manera muy eficaz.

Con motivo de su Jubileo de oro sacerdotal, Mons. Martínez, ya casi en vísperas de dejar este mundo, en 1954, tuvo el consuelo de inaugurar estas obras. Actualmente se están terminando las obras del “*Cerrito*”.

* * *

Toeó también a Mons. celebrar el cincuentenario de la coronación de Ntra. Sra. de Guadalupe el 12 de octubre de 1945, en una solemnidad sin precedente. Fue preparada por todo un año jubilar guadalupano, en el que se celebraron Congresos Eucarísticos y Guadalupanos locales; a la festividad misma vino, solicitado por Mons., un Legado Pontificio, el Cardenal Villeneuve, 68 Obispos, innumerables sacerdotes y peregrinaciones de una gran parte del Continente.

Para que nos demos cuenta de que estas obras eran el fruto exterior de su amor a la Sma. Virgen, citemos algunos párrafos de sus notas íntimas.

“Vino a mi alma el recuerdo de lo que vi y sentí el día de la imposición del Palio (1). No me cabe duda que María Santísima se comunicó conmigo... con luces clarísimas e impresiones íntimas, me ofreció ser MIA —sé muy bien el sentido—, pero a cambio de que atienda santamente los intereses de esta Diócesis y —en cuanto me toca— de toda la República, que son para Ella tan queridos.

Imposible atender esos intereses, si Jesús no vive en mí. Ni yo lo admití, sino con la condición de que Él viva en mí”.

“11 de octubre de 1942. Hoy asistí a la función de Morelia en la Basílica de Guadalupe, y tuve momentos deliciosos, cerca de la dulce imagen de María y del altar en que Jesús se inmó. En mi alma han creído el amor y la admiración por la Virgen Santísima. Hoy me sentí unido a Ella; y por Ella, unido a Jesús: ¿qué más puede desearse? Y pensaba en mi Diócesis y en la de Morelia, pero sobre todo en la Nación Mexicana...

“12 de octubre de 1942. Pontifiqué en la Basílica. Jesús se manifestó muy contento. Al comenzar la Misa, la Virgen me

(1) Mons. Leopoldo Ruiz le impuso el palio en la Basílica de Guadalupe.

llenó de consuelo, no pude menos que llorar... ¡Hace tanto tiempo que no sentía la ternura maternal!”

“El día de Nuestra Señora de los Dolores, sentí un enriquecimiento de honda devoción a María, no solamente porque sé que a Ella debo todo mi bien espiritual, sino porque vi claramente que Ella me enseña a conocer a Jesús, a amarlo, a tratarlo, a darle gusto; pues nadie como Ella lo ha conocido, amado, dado gusto y tratado bien. Además, Ella me puede enseñar ese matiz de amor que me conviene...”

“Con Ella por maestra y por madre, ¡qué dulce intimidad con Jesús! ¡qué cielo en la tierra!”

“Lo más notable en mi alma en estos días ha sido la impresión celestial que la embargó en las fiestas guadalupanas, como si María Santísima se me hubiera comunicado y dado a Jesús de manera incfable”.

“Ayer —3 de noviembre de 1945— que tuve que ir a la Basílica a cantar un Te Deum, apenas vi la imagen dulcísima de Sta. María de Guadalupe, volví a sentirla, y me conmoví, y derramé lágrimas...”

* * *

4º—Aunque México es la primera Arquidiócesis fundada en este país, sin embargo, después de más de cuatro siglos, no se había celebrado todavía ningún Sínodo Diocesano. Tal vez porque México ha atravesado siempre por épocas muy difíciles.

Tocó a Mons. Martínez celebrar el primero, en abril de 1945. En él se dieron disposiciones muy acertadas en 413 artículos, varios apéndices y 526 páginas.

* * *

5º—La Arquidiócesis de México, la más grande del mundo por el número de católicos con que cuenta, según lo afirma un Anuario eclesiástico, era difícil que su Prelado pudiera visi-

tarla en su totalidad, no sólo por su extensión y por la dificultad de comunicaciones en algunos lugares, sino sobre todo por las constantes conmociones políticas y persecuciones religiosas que han llenado casi todo este siglo.

Mons. Martínez llevó a cabo la visita de toda su Arquidiócesis, hasta los lugares más apartados. Y como no buscaba sino el mayor bien de las almas, aceptó gustoso que su Arquidiócesis, ya varias veces desmembrada para formar otras, se dividiera una vez más para formar la diócesis de Toluca, a pesar de que en esa región encontraba las mejores vocaciones para su Seminario.

Y no es muy difícil imaginarse todo el trabajo que supone la visita pastoral en la que es necesario no sólo tratar toda clase de asuntos, sino también predicar, confirmar, confesar, etc.

* * *

6°—En la Arquidiócesis de México es donde hay el mayor número de Comunidades religiosas de toda la Nación. Mons. que apreciaba tanto la vida religiosa, que confiaba en la oración de las Comunidades dedicadas a la contemplación y en la cooperación de las Comunidades de vida activa, se preocupó de su formación espiritual, quiso, mientras fue posible, que el Vicario de Religiosas —que lo representaba— fuera un religioso, para que conociendo por propia experiencia la vida religiosa, pudiera atender con más eficacia a las religiosas; y a él le recomendaba, sobre todo, la formación espiritual.

Mons. personalmente aceptaba las invitaciones que le hacían las Comunidades para predicarles Ejercicios, retiros, tomas de hábito y profesiones religiosas.

Pero, no sólo se preocupaba de la formación espiritual, sino también de la preparación técnica de las religiosas de enseñanza. Y para poder atender mejor todos los asuntos relativos a la enseñanza nombró representante suyo para este fin a un

sacerdote de la Compañía de Jesús, tan experimentado como prudente.

Preocupado de la educación de las niñas y de los niños pobres, insistió mucho en que los colegios para las clases sociales superiores tuvieran además un colegio gratuito o casi gratuito para los pobres.

No descuidó tampoco a las maestras seglares. Organizó un grupo selecto de ellas y con una solicitud especial les daba personalmente un retiro mensual, hasta que las fuerzas le faltaron.

* * *

7º—Mons. Martínez puede considerarse como el fundador de la Acción Católica en Michoacán. Por eso, al venir a México, tuvo solicitud especial por el progreso de la Acción Católica que ya encontró fundada. Y es una prueba del interés con que la atendió, el hecho de que la Santa Sede lo haya nombrado Director Pontificio de la Acción Católica en todo el país.

Para poderla atender mejor nombró su auxiliar y representante al Ilmo. Mons. Dr. Don Rafael Dávila Vilchis, quien activamente colaboró con él.

* * *

8º—Mons. Martínez venía de Morelia, que actualmente es quizá el centro donde está mejor organizada la música sagrada en la Nación.

Al venir a México, en medio de tantas preocupaciones, no descuidó este punto que para él tenía grande importancia, puesto que forma parte de la sagrada Liturgia, del culto que se le debe a Dios. Para lo cual, nombró el Consejo Diocesano de Música Sagrada, expidió un reglamento sobre la misma materia y, luchando con grandes dificultades y venciénolas al fin, fundó la *Escuela de Música Sagrada* que subsiste hasta la fe-

cha y que cada vez da mejores frutos; en ella tuvo como gran colaborador al Sr. Cura Don Juan Gómez.

* * *

9°—Aunque no sólo de pan vive el hombre, no por eso debe descuidarse la parte económica. Ahora bien, la Iglesia vive de los diezmos; pero a consecuencias de las perturbaciones políticas, la agricultura había decaído mucho y, por consiguiente, los diezmos eran muy exiguos. Por lo cual, Mons., después de pensarlo varios años, organizó en otra forma los diezmos, de manera que todos los fieles, de una manera o de otra, pudieran contribuir al sostenimiento de la Iglesia. Procuró que no fuera onerosa, y todavía autorizó a los párrocos para hacer las concesiones y dispensas necesarias.

* * *

10°—Pero seríamos interminables si siguiéramos enumerando siquiera todas las obras que llevó a cabo, las organizaciones de obreros y campesinos, las obras sociales, la fundación del “*Oficio Catequístico*”, las numerosas parroquias que fundó, las nuevas iglesias que bajo su gobierno se construyeron, la moderna organización de las oficinas de la Curia, etc., etc.

Pero quizá de sus obras exteriores una de las de más trascendencia haya sido su obra de pacificación.

Llegó a México en unos momentos verdaderamente difíciles. Las relaciones entre los dos gobiernos, civil y religioso, sufrían una lamentable tirantez.

Víctima de esas penas fue sin duda su antecesor, Mons. Díaz, a quien se le ha llamado con razón el Arzobispo mártir. Mons. Martínez vino a México como la paloma del arca; más aun, como Jesucristo que vino a traernos la paz. Y no fue algo casual esta empresa; en sus Ejercicios espirituales encontra-

mos con frecuencia esta resolución, desde los primeros que practicó ya siendo Arzobispo de México:

“Hacer obra de unidad y armonía. *“Ut omnes sint unum”*, fue el deseo de Jesús en la noche de la Pasión. Es sin duda su deseo constante respecto de la Iglesia y especialmente respecto de México”.

“Unión con Dios, con la Santa Sede, con el Episcopado. Unión entre los sacerdotes. Unión entre los fieles. Unión con el Gobierno en lo posible y conveniente”.

Este fue su programa, programa que anunció desde su primera Carta Pastoral —toda ella consagrada a la paz— y en su primer saludo a sus diocesanos: *“Pax vobis! ¡la paz sea con vosotros!”*

Y cuando dejó este mundo, tuvo la satisfacción de haberlo cumplido. Sus restos mortales, más todavía, su recuerdo y el afecto que sembró en todos los corazones, fue el lazo de unión de todos los mexicanos. Allí, junto a esos queridos despojos, se dieron cita todas las clases sociales, los mexicanos y los extranjeros, los ricos y los pobres, los políticos y lo que nunca entendieron de política, los fieles, los sacerdotes y los prelados. Su duelo fue un duelo nacional, más aún, traspasó los límites de nuestra nación.

Para llevar a cabo su obra de pacificación, no empleó más medios que los sobrenaturales.

* * *

“Lo mismo en el misterio de la Redención, como en la salvación de cada alma y la de cada pueblo, hay quienes piensan que se necesitan señales de gloria y poder, y aun quienes juzgan que la sagacidad y la prudencia humana son las que salvan. En realidad, la única salvación para las almas y los pueblos es Jesús Crucificado, no solamente como fuente de gracias, sino como modelo que imitar; o más bien, en cuanto tenc-

mos que incorporarnos a Él para participar de sus misterios y especialmente de su *Sacrificio*. ¡Qué luz arroja esta doctrina en la vida de nuestras almas y en la situación de México!" (7 de marzo de 1935).

Cuando el 14 de febrero de 1937 la Santa Sede le pidió su consentimiento para nombrarlo Arzobispo de México, hizo un pacto con Nuestro Señor y que él llamaba el pacto de San Antonio, por la ciudad donde tuvo lugar, San Antonio Texas.

Le dijo a Nuestro Señor que aceptaba, sólo que Él se comprometiera a hacerlo todo, de manera que Mons. no fuera sino su instrumento, "que hablara por mis labios, que obrara con mi actividad, que gobernara valiéndose de mí".

Y a lo largo de su Pontificado comprobó a cada paso que Nuestro Señor cumplió el "*pacto de San Antonio*". Dice, por ejemplo:

"Mis cargos son un estímulo para vivir unido a Jesús, pues si me alejara, mi fracaso sería rotundo y ¡cuántas almas y cuántos intereses sagrados se perderían! Y en proporción de mi unión con Jesús, será la fecundidad de mi vida y el éxito de mis trabajos pastorales".

"Debo vivir la vida de Jesús y vivirla de una manera íntegra, porque lo pide mi corazón... Lo exigen también impeciosamente mis cargos. Dios me ha dado una Iglesia vasta, importante, difícil; el año que he pasado aquí me hace vislumbrar la magnitud de la tarea y las terribles responsabilidades que me ha impuesto".

"Por otra parte, la representación de la Santa Sede amplía mi campo de acción y dilata enormemente mi responsabilidad".

"¡Cuánto bien puedo hacer si soy lo que debo! ¡Cuánto mal, si no lo soy!"

Y en una carta:

"¿Recuerdas "*el pacto de San Antonio*"? Cuando acepté este Arzobispado, puse a Nuestro Señor por condición que Él

lo habría de hacer todo y que yo sería su portavoz e instrumento”.

“El ha cumplido muy bien; y algunas veces, cuando me veo apurado; le recuerdo el pacto”.

“Pero el mes pasado (mayo de 1941), me ocurrió —quizá Él me lo inspiró—, que ese pacto es imperfecto, si se entiende como unilateral, esto es, si todo el compromiso fuera de Él y yo no pusiera de mi parte otra cosa que el “sí” del 14 de febrero de 1937. Para la perfección del pacto, debo ser fiel instrumento suyo; de tal suerte que me esmere, en el cumplimiento de mi cargo, por hacer su voluntad; y no solamente en el sentido de que ponga lo que está de mi parte para acertar, sino principalmente en el sentido de que, si tanto en la misión general que me ha dado como en los casos particulares, Él me manifieste su voluntad de que haga tal cosa o persiga tal o cual designio; debo, por fidelidad al pacto, cumplir lo mejor que me sea posible, sus designios; pues todo pacto trae consigo derechos y obligaciones mutuas”.

Como en esa ocasión estaba en el mismo lugar en que hizo el pacto, el 14 de febrero de 1937, en la Capillita del Verbo Encarnado de San Antonio, allí lo renovó en la forma antes dicha.

* * *

“Ayer nada menos me decía una persona: “no le envidio su carguito”, aludiendo a las dificultades y penas que mi cargo trae consigo. Pero yo pensé: ¡ni sabe la paz en que yo vivo! Porque sé que Jesús todo me lo arregla, todo me lo hace; y esta seguridad me hace confiado, y casi diría, en lenguaje familiar, “*atenido*”.

“En esta última temporada he tenido, he vivido más bien, aquellas palabras de San Pablo: “*Omnia et in omnibus, Christus*; todo y en todo, Cristo”.

“Siento que Él es el principio de toda mi actividad: Él habla, Él obra en mí; Él predica, Él dirige, Él gobierna, Él decide todo en mí. ¡Cómo me arregla hasta lo más difícil! Esto me produce una paz profunda, es la causa, de mi “*cueronada espiritual*” (2).

“El quiere ser el único en mis anhelos, en mis propósitos, en mis intenciones. No debo buscar sino sus intereses. Eso fue lo característico de mi Semana Santa y de mi Pascua: *olvidarme de mí y de todo*, pensar solamente en Él: en sus dolores y en sus alegrías, en sus humillaciones y en sus triunfos, en sus intereses y en su vida. En los demás y en mí mismo quiero verlo a Él, amarlo a Él.

Y aun en cada uno de mi actos, Él debe ser todo: amarlo, darlo, promover su gloria, hacer todo —como diría un matemático— en *función* de Jesús”.

* * *

“Hace poco me decían que tengo mucha suerte, que nací de pie. Es verdad, pero el secreto de esa suerte es que Jesús me hace todo. He notado que cuando quiero campar por mis respetos, no me salen tan bien las cosas como cuando me dejo guiar por Él”.

“Tengo muchos y muy difíciles problemas, pero no me preocupan porque no estoy solo, estoy con Jesús y Él me aconseja, me arregla todo. Confío en Él. Vivo con Él, siento su amor y le doy el mío, pobre pero sincero”.

“Eso sí, en este último tiempo, Él me ha hecho ver las deficiencias de mi amor y me ha dado mucha vergüenza de corresponder tan mal a sus inefables finezas. Aún no acabo de olvidarme de mí mismo, pero Él me ha inspirado hondo anhelo

(2) Palabra familiar entre nosotros para significar que nos afecta muy poco lo que a otros inquieta demasiado.

de no pensar sino en Él, de no preocuparme más que de sus intereses, de no querer otra cosa que darle gusto”.

“Gracias a Dios, mi tiempo es para Jesús y todas mis ocupaciones con Él se relacionan”.

* * *

“En los Ejercicios anteriores planteé así mi problema: para cumplir mis gravísimos cargos necesito una intensa vida interior, un amor sólido y profundo. Ahora el planteo se invierte: debo tener un amor absorbente y profundo en mi alma; el cumplimiento de mis deberes pastorales no es sino la consecuencia lógica de mi amor.

Más que ejercer debidamente mis cargos, más que tener un fecundo apostolado, necesito llevar en mi alma un amor profundo, un amor que llene mi corazón y mi vida. Ahora he aquí las *revelaciones*:

1ª—El amor *singular*, la predilección que Jesús me ha tenido, es la clave de mi vida y de mi destino.

2ª—La clave de esa predilección de Jesús es la predilección de María, a quien mis padres me consagraron antes de que yo naciera.

3ª—Jesús me dio la seguridad de mi unión con Él: las gracias de 1927 son una dulce, una viviente realidad.

4ª—La vida apostólica es amor, el amor fecundo que reproduce a Jesús.

Esta revelación se refiere al colorido especial de mi amor. Hay un amor que en todas partes *busca* al amado. Hay otro, el mío, que en todas partes *reproduce* a Jesús.

5ª—El amor divino tiene todos los encantos, todos los caracteres, todas las exigencias del amor humano, naturalmente todo esto acrecentado y superado” (3).

(3) A estos Ejercicios los llamaba de las “*revelaciones*”, no porque se tratara de revelaciones privadas, sino porque en ellos conoció con una luz especial verdades ya comúnmente conocidas.

* * *

“Tuve un mes de junio delicioso, Jesús me llenó de luz y de consuelo. Lo principal ha sido la transformación: hacer yo *únicamente* la obra de Jesús, velar por sus intereses, realizar sus designios, y contar con Él, con su luz, con su dirección y con su fuerza para todo. ¡Cómo experimento que Él obra en mí, que me guía! Todo lo suyo, mío; todo lo mío, suyo”.

“Tengo la impresión de que el Espíritu Santo posee mi alma; pero el efecto principal de esa posesión es *concentrar mi corazón y mi vida en Jesús*”.

“Amarlo, con un matiz que no me atrevo a decir...; mirarlo, servirlo, sacrificar todo por Él”.

“Naturalmente esta impresión va acompañada de un recogimiento íntimo que embarga el alma sin cohibirla ni impedir nada”.

“Nadie se imagina los problemas que tengo a cada instante. La necesidad y la experiencia me obligan a descansar en Él; se lo dejo todo y Él me lo arregla todo”.

“Este tiempo pascual ha sido para mí de luces y consuelos, Jesús me ha *mimado*, aunque yo no he correspondido como debía a su ternura”.

“En las funciones a que asistí y sobre todo en mis noches deliciosas cerca del Sagrario, Nuestro Señor me hizo sentir su amor y su unión”.

“Tres cosas principalmente he sentido: una confianza grande en Él de que me arreglará todo y resolverá mis problemas —una adhesión más viva a su Santísima Voluntad, para lo que quiera enviarme — y una necesidad de tratarlo con toda intimidad y de unirme con Él”.

“Me ha dominado esta idea: que Jesús haga mi obra, y que yo haga la obra de Jesús, es mi petición constante en las rápidas visitas que le hago al Santísimo Sacramento casi cada vez que salgo de casa o que comienzo alguna obra importante”.

“La primera parte de esta petición ya la expliqué a propósito del pacto de San Antonio, es preciso que Él gobierne, exhorte, predique, etc., etc., en mí. Así saldrá todo bien y viviré en la paz y en la confianza. En muchas ocasiones he notado claramente su influjo”.

“Mas para que Él haga mi obra, es necesario que yo haga la suya, esto es, que no haya dos obras sino una, la suya”.

“Para hacer su obra, necesito constantemente hacer su voluntad, darle gusto en todo, en lo grande y en lo pequeño”.

“Algunas veces de manera inesperada, siento su presencia y su acción, me parece que lo hace para manifestarme su agrado por algo que hice o para atraerme cuando me divago”.

“No estoy jamás solo, cuento con Él. ¿No ha desempeñado mis cargos? ¿no me protege sin cesar? Y, sobre todo, lo tengo en mi Sagrario y en mi corazón, es mi consejero y mi amigo, es algo más... es mi todo. ¡Qué dulce es deseansar en Jesús, contar plenamente con Él!”

“Yo también soy todo para Jesús; a pesar de todas las deficiencias de mi pequeñez, hago su obra como Él hace la mía”.

“La mía y la suya son la misma obra, porque estamos inefablemente unidos”.

* * *

“Hace poco me sugirió esta idea dulcísima. Me había concedido dos satisfacciones en las que vi su predilección. Una de ellas está muy relacionada con mis cargos. Y pienso que por encima de estas satisfacciones está Él. Por importantes que sean mis cargos, por trascendentales que sean mis ocupaciones, para mí lo supremo, lo único, es el amor de Jesús, nuestro mutuo amor. Sí, mis cargos, mis ocupaciones son algo superficial y secundario; lo profundo, lo esencial es mi unión con Jesús. ¡Oh verdaderamente somos el uno para el otro!”

Decía que los medios que empleaba eran los sobrenaturales, sobre todo la oración y el sacrificio, pero no cabe duda que tenía también cualidades y virtudes que lo dispusieron para esta obra.

Desde luego, la rectitud y la lealtad, la sinceridad y la fidelidad. En él no había nada turbio, nada torcido, su intención era siempre recta, su actitud franca y definida, tenía horror a toda diplomacia; su gran diplomacia fue no tener ninguna. Siempre sabía uno a qué atenerse.

“Mantenerme *en la verdad*. Esto entraña: sinceridad, lógica y rectitud. “*Santifica eos in veritate*”.

En sus propósitos de Ejercicios insiste a cada paso sobre la prudencia. En él no era la simple virtud de la prudencia, sino el Don de consejo; por eso, Mons. Ruiz Solórzano que lo conoció a fondo, dice de él: “*Tengo la impresión de que más que Arzobispo de México fue el guía de la Iglesia Mexicana, su misión fue más bien una misión nacional*”.

Y esa misión nacional fue, como lo venimos diciendo, una misión de paz y de unión, a este fin lo sacrificó todo.

Que se nos perdone que digamos aquí lo que él nunca nos hubiera perdonado, pero que después de su muerte, no creemos que sea ya una indiscreción.

Mucho se habló de su elevación al Cardenalato.

No exageramos al decir que en el concepto de todos, desde el Sumo Pontífice hasta el último mexicano, no creíamos que hubiera nadie tan digno de este honor. Y al ver que eran nombrados Cardenales en todos los países, aún detrás de la Cortina de Hierro, menos en México, no faltaron mexicanos que se extrañaran grandemente y hasta sufrieran cierto escándalo; ya no sólo por los méritos de Mons. Martínez, sino teniendo en cuenta que 30 millones de católicos convenía que tuvieran representante en las elecciones del Sumo Pontífice. Además, ¿no se había derramado sangre mexicana por la fidelidad a

nuestra fe y en especial por nuestra adhesión al Sumo Pontífice?

Algunos daban la explicación de esto que parecía una anomalía, diciendo que se necesitaban relaciones diplomáticas con la Santa Sede, o bien que las leyes contrarias a la Iglesia, vigentes en México, ponían en peligro la dignidad de un príncipe de la Iglesia.

Sin embargo, el verdadero motivo hasta ahora oculto es éste: Cuando el Cardenal Villeneuve vino a México se dio cuenta de la fe entusiasta del pueblo mexicano, de su devoción al Papa y, sobre todo, cuando conoció personalmente los méritos de Mons. Martínez, comprendió que debía ser Cardenal.

Poco tiempo después, fue a Roma y aun cuando no es posible saberlo de ciencia cierta, todo nos hace conjeturar que, al darle cuenta al Santo Padre de su misión de Legado Pontificio, le trató este asunto, porque, al volver a su Diócesis de Québec, escribió a Mons. Martínez; si no de una manera oficial, por lo menos de una manera oficiosa. En esa carta le decía a Mons. Martínez que en conciencia dijera, si era oportuno nombrar un Cardenal en México.

¡Cuántas razones se hubieran ocurrido para contestar afirmativamente: el deseo unánime de todos los mexicanos y aun del mismo gobierno civil; el que con este motivo se acrecentara en el pueblo mexicano su adhesión al Sumo Pontífice; el premio merecido por la sangre que en México había derramado por esta causa, etc., etc.!

Pero Mons. Martínez tenía miras muy altas y se movía en un plan muy sobrenatural.

Al que estas líneas escribe, le ordenó, para que todo quedara en secreto y no pasara ni siquiera por la Curia, que contestara dicha carta en estos términos: la creación de un Cardenal en México no era oportuna, porque podía ser causa de perturbaciones por parte de los enemigos de la Iglesia. Dado el

temperamento demasiado fogoso de los mexicanos, la creación de un Cardenal haría mucho ruido, despertaría la atención de los enemigos de la Iglesia y podía producir una reacción que perturbaría la paz con tantos esfuerzos lograda.

Todo el mundo comprendía, —al mismo Mons. Martínez no se le escapaba—, que de nombrar un Cardenal, hubiera sido a él.

Pero Mons. todo lo sacrificó con tal de mantener la paz y la unión.

Estos hechos hablan por sí solos...

CAPITULO XIX

APOSTOL DEL AMOR

HEMOS visto algo de la fecundidad de Mons. Martínez que él atribuía a la gracia que recibió el 21 de septiembre de 1927; pero todavía podemos aclarar más esta fecundidad, dando a conocer la misión que Nuestro Señor le confió.

Esta misión se la fue dando a conocer Nuestro Señor poco a poco; en los últimos años (1) la comprendió con toda claridad, como lo expresa en sus notas íntimas. Fue una misión triple, aunque en el fondo tenía perfecta unidad o, si se quiere, una misión que se manifestó de tres maneras:

(1) "Lo que me ha preocupado en esta última temporada —escribe— son las misiones que Dios me ha señalado. Cada día las veo con mayor claridad; y esto me complace y me avergüenza: me complace, porque esas misiones son altas y bellas; y me avergüenza, porque me parecen demasíadamente altas y bellas para mi miseria".

"El día en que me vine de Tezintlán a México (agosto de 1941) durante cuatro horas vine solo y tuve tiempo de reflexionar sobre esas misiones".

"Yo no había pensado seriamente en ello (por más que sé muy bien que toda alma al venir a este mundo trae alguna) o había creído que era alguna obra fragmentaria y pasajera en la que Nuestro Señor se ha servido de mí".

"Ahora veo claramente que Jesús quiere mostrar en mí cómo el amor realiza el misterio de que en un ser miserable El haga una obra divina".

De la segunda habla en otro lugar, como veremos.

"Veo en la tercera misión —el ser víctima de Jesús— el enlace de mi alma con las Obras de la Cruz".

- 1.—Ser *apóstol* del amor de Jesús.
- 2.—Ser *retrato* vivo de Jesús.
- 3.—Ser *víctima* con Jesús.

Hablemos un poco de cada una de ellas.

Apóstol del Amor a Jesús.

En sus sermones, que fueron innumerables; en los Ejercicios y retiros que predicaba, especialmente cuando se trataba de religiosas; en su numerosa correspondencia de dirección espiritual; en todas sus obras, publicadas o inéditas: el tema único es el AMOR: el amor de Jesús al alma o el amor del alma a Jesús. Unas veces lo trata de una manera indirecta y más o menos velada: otras habla claramente de él, dejando desbordar su corazón.

Este era también el tema de sus propios Ejercicios anuales. Esta era, en una palabra, la OBSESION de su vida.

Si tratáramos de citar todas las notas íntimas en que habla del amor a Jesús, sería preciso citarlas casi todas y, por consiguiente, seríamos interminables.

Sin embargo, hagamos al azar algunas citas.

En sus Ejercicios de 1936, escribe: “Días de Jesús.—Que Él los llene como quiero que llene mi corazón y mi vida y mi eternidad. Pienso que Él está descosido de estos días y que estará contento, porque me ama y me los ha pedido”.

“Lo que más me atrae es la intimidad con Jesús; la siento y la deseo; tengo sed de ella. Quisiera que me descubriera sus secretos, sobre todo los secretos de su hermosura y de su amor”.

“Hace algunos días me siento “comunicado” con Él de manera íntima; me puede decir lo que quiera de corazón a corazón, o más bien, puedo leer en su Corazón lo que quiere decirme”.

“Me dicen que Jesús está contento de mí, —Él mismo parece confirmarme esta dulcísima noticia—, contento no porque yo sea perfecto, sino porque me mira con ojos de amor y de misericordia, y esos ojos se diría que no ven las miserias, sino únicamente el corazón”.

“...Fui creado para Jesús; por una predilección eterna le pertenezco. Fui creado para amarlo, para ser eternamente suyo, para servirle, para participar de su dolor. Él es mi razón de ser. ¡Qué dicha ser cosa suya, no ser sino algo de Él!”

“Mi pertenencia a Jesús tiene una raíz profunda: el arcano de la *predestinación* y el abismo de la *Divinidad*”.

“Eternamente le he pertenecido y espero de su misericordia pertenecerle eternamente. Como el perfume pertenece a la flor, como la espuma al agua, como las estrellas al firmamento, así pertenezco a Jesús”.

“Mi pertenencia es *total*; todo lo que hay en mí es suyo, mi corazón, mi ser, mi vida, mi eternidad... Los pensamientos de mi espíritu, los latidos de mi corazón, los instantes de mi vida son suyos, suyos de todo derecho, plenamente suyos. Nada de lo mío puede sustraerse a su soberanía sin injusticia, sin ingratitud, sin ofensa al amor”.

“Ser totalmente suyo, ser por Él poseído plenamente, profundamente es mi perfección y mi felicidad... Toda mi vida espiritual debe tender a ser totalmente de Jesús... Jesús debe ser el Soberano de mi corazón, que su amor victorioso lo llene, lo penetre, lo absorba sin dejar intacta una sola fibra. Él debe ser el Soberano de mi actividad y de mi vida...”

“Para realizar esa obra dulcísima, es preciso que Jesús me arrebathe el corazón. No es el amor obra de razonamiento, sino misterio de poderosa atracción; el corazón no se rinde por el número y la fuerza de las razones, sino por la vista radiosa e irresistible del Amado”.

“¡Oh Jesús!, ¡revelate a mi alma! ¡Manifiéstame tu ros-

tro y suene tu voz en mis oídos! *Ostende faciem tuam et sonet vox tua in auribus meis!*”

“Cuántos velos le cubren a mis ojos, ¡el conopeo, el sagrario, el copón, las especies eucarísticas...! A través de todos esos velos, vislumbro su Humanidad sacratísima llena de encanto, de majestad, de belleza, de armonía. Y siento que esa maravilla es apenas el joyel precioso que encierra el inenarrable tesoro, la Divinidad que la penetra y la llena con su plenitud divina”.

“Lo único que puede arrebatar y rendir nuestro pobre corazón humano es la Divinidad; fue hecho para Ella; es el vacío, la capacidad, la aspiración de Dios. Si lo halagan y atraen las criaturas, es por el reflejo divino que hay en ellas...”

“Los nombres que damos a todo lo que nuestro corazón anhela, son fórmulas fragmentarias que expresan algo divino, vagamente entrevisto, que intentan bosquejar una faceta de la divina realidad. Gloria, riqueza, amor, felicidad, o son Dios, o son brillantes pero fugaces ilusiones. Dios es la gloria, Dios es la riqueza, Dios es el amor, Dios es la felicidad. Cuando el alma acierta a vislumbrarlo, se rinde y se entrega sin tardanza, sin componendas, sin reservas, en la plenitud de su amor, en la sinceridad de su donación, en la opulencia de su entrega”.

“Y este divino tesoro nadie nos lo da como la Humanidad de Jesús. Nos lo da con maravillosa abundancia, porque *“en Él habita la plenitud de la Divinidad”*. Nos lo da adaptándolo de manera inefable a nuestra pequeñez. Se diría que tamiza *“la luz inaccesible”* para que pueda bañar nuestra alma sin deslumbrarla, sin oprimirla por el peso de la Majestad. Nos da el tesoro divino como algo nuestro, con un tinte inexplicable de intimidad. Hermano nuestro según la carne, nos hace Jesús hermanos suyos en lo divino y nos introduce en el Seno de Dios, con los derechos del Verbo, participándonos

la intimidad del Hijo amadísimo en el que el Padre tiene sus complacencias”.

“¡Atráeme, oh Jesús!, con esa atracción irresistible, profunda, victoriosa, con que arrastras, dichosamente vencidas, a las almas a quienes te muestras: *Trahe nos in odorem unguentorum tuorum!*”

* * *

Pero seríamos interminables, pues este es el tema de todos sus ejercicios: la pertenencia a Jesús, el sentido de esta pertenencia y los medios para alcanzarla.

Al terminar dice: “El único tema de estos ejercicios ha sido el amor de Jesús; y con tal eficacia he “*virido*” ese tema, que al concluirlos me siento renovado en el amor”.

“¿Qué has hecho conmigo, oh Jesús, que me siento enamorado de Ti, con el corazón dilatado en plena luz y como si todos los obstáculos hubieran desaparecido?”

“Me siento lejos de las criaturas sin que esta lejanía, de pureza y de amor, estorbe mi íntima comunicación con las almas que Dios me ha encomendado; a la manera que Jesús en la Eucaristía está cerea, muy cerca de nuestras almas, y sin embargo, por la manera de estar en este admirable Sacramento, lejos, muy lejos de todo lo terreno”.

“¿Pasarán las santas impresiones, los preciosos efectos, la luz meridiana de estos días? —No; tuve sobre todo una hora de confianza, me entregué a Jesús, me arrojé en sus brazos y en su Corazón, y lo comprometí al cumplimiento de mis propósitos”.

“Yo los hice, —le dije—, y Tú los cumples”.

“Me parece que Él está interesado vivamente en que se renueve mi vida espiritual. Su amor está como impaciente del mío. Comienza sin duda una nueva etapa de mi vida espiritual,

quizá la última, Jesús me prepara para algo, ¿será para la muerte? ¿será para el perfecto amor?"

En realidad, Dios lo preparaba para ser Arzobispo de México, pues siete meses después era trasladado a este nuevo y vastísimo campo de acción.

Y termina así: "Por la noche, al pie de mi Sagrario, Jesús me hizo una fiesta deliciosa y divina. Como si de improviso hubieran desaparecido todos los obstáculos entre Él y yo, me lancé a sus brazos y Él vino a mi corazón. ¿Qué hizo Jesús durante estos Ejercicios, en el pobre corazón mío? Es un corazón nuevo, perfectamente adherido a Jesús y caldeado por un nuevo amor, ardiente, tierno, sencillo, audaz..."

"No ocultó Él en aquella noche de cielo ni su contento ni su amor; me unió con Él, me acarició, me llenó de luz, de sus consuelos, de su gozo. Le dije muchas cosas con la sencillez de un niño y con el ardor de un enamorado; y Él me dijo sin palabras sus secretos de amor..."

"Me arranqué con violencia de su lado, llevando en el alma su fragancia divina..."

* * *

Días más tarde, anota: "Después vino la vorágine de las ocupaciones; pero soy otro. Al principio, embalsamada mi alma con la fragancia del cielo; después, como era natural, se ha ido esfumando lo sensible. Pero soy otro, repito, pues me siento alejado del mundo, adherido totalmente a Jesús, todo de Él, libre de obstáculos y ávido de la divina intimidad".

"Seguimos comunicados Jesús y yo: a cada paso me guía, siento muchas veces su acción, sobre todo la solícitud celosa con que me aleja ingeniosamente de todo lo que pudiera atraer mi corazón. ¡Me ama con celos!... Interviene en todo lo que pudiera halagar mi amor propio, poniendo no sé si un granito de amargura o un destello de cielo para que nada me dis-

traiga de Él; me reprende amorosamente, me impulsa, parece que no tiene otro quehacer que cuidarme”.

“Con razón me dijo que no me fijara en los obstáculos: ¡si Él me los quita! Con razón me inspiró que lo comprometiera a cumplir mis propósitos: ¡si Él se encarga de ellos!”

La Infancia Espiritual.

Pero este amor a Jesús de Mons. Martínez tenía algunos rasgos característicos, desde luego esa devoción especial al *misterio de la Infancia de Jesús*, que hacía que su amor fuera sencillo, ingenuo, candoroso, infantil, confiado, audaz... con todas las características, en fin, propias de la *Infancia espiritual*.

En alguna parte escribe: “Amo a Jesús por el estilo de San José; y ese estilo no ha de haber sido en el fondo distinto del de María. Quisiera amarlo con esa ternura, pureza y desinterés; con esa generosidad, con ese afán de envolverlo, cuidarlo y como protegerlo...”

“Ese modo de amarlo me parece propio del sacerdote, pues cada vez que decimos Misa o que damos a Jesús a las almas, ¿no le podríamos decir como el Padre Celestial: “*Filius meus es tu: ego hodie genui te?*” ¿Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado yo?”

“En toda Unión Transformante, hay dos matices del amor, el nupcial y *éste*: porque el Verbo es esposo del alma y Jesús es el fruto”.

Su fiesta predilecta era la Navidad. En esa fiesta cantó su primera Misa: en torno de esa fiesta hacía todo lo posible por practicar sus ejercicios anuales “para pasar esos días en la Cueva de Belén”.

Veamos algunos ejemplos: “¡Qué Navidad! Decididamente ésta es mi fiesta. Nunca dejo de llorar en esa noche y nunca

dejo de sentir. Ni en mis tiempos más disipados dejé de sentir la divina emoción de esa noche”.

El año siguiente, por una especial delicadeza de Nuestro Señor y a pesar de muchas dificultades, tuvo la dicha de pasar esa Navidal en Belén, en el mismo lugar en que nació Jesús, y celebrar allí la Santa Misa.

“He notado que mi amor, escribe en otra fecha, está tomando un tinte de sencillez, de confianza, como de niño: ¡niño a los 50 años! Pero las almas no se rigen del todo por el tiempo. El amor es la juventud del alma, y esa misma juventud se tiñe a las veces con la luz de aurora de la niñez”.

“No acierto a explicar lo que significa para mí ese tinte de amor; tiene el matiz de confianza muy íntima, pues por más confianza que pueda tener una persona grande para aquel a quien ama, esa confianza tiene forzosamente sus limitaciones; en tanto que la del niño es ilimitada”.

“Hay ciertas cosas en que los mayores piden ayuda a los que aman, por confianza, por amor; pero el niño en eso mismo no pide ayuda de la misma manera, aunque se trate de cosas muy personales, sino que la pide a su mamá o a quien lo cuida como si tuvieran *la obligación* de hacerlo”.

“Y así es en verdad; vestir al niño, por más que sea cosa enteramente personal, no es obligación suya, sino de la mamá. La unión del niño y de la mamá es más estrecha que la unión de dos personas grandes que se aman; hay entre los primeros mayor unidad de intereses y mayor, mucho mayor confianza. Por otra parte, ese cariño así tiene yo no sé que de íntimo, de profundo, no sé qué de abandono; como que la unión es más estrecha, más fácil, más dulce. ¿Y el tinte de inocencia, de candor...?”

* * *

“Mi Adviento fue especial —escribe otro año— embalsa-

mado con el aroma de mi gracia del 21 de septiembre, y por consiguiente, con una analogía remota pero dulcísima, del Adviento de la Santísima Virgen”.

“En cambio, mi Navidad no tuvo la pompa sensible de otros años; la pasé en Abasolo y celebré en silencio y en una pieza estrecha la Misa de media noche; apenas pude tener un desahogo en el sermón que prediqué el 25 en unas bodas de plata sacerdotales. El tema fue éste: Jesús nace siempre en la Iglesia y en los sacerdotes. Las dos Navidades tienen la perennidad de una primavera que no se marchita, de una íntima juventud que es eterna...”

Otro año escribe: “No necesito mucho para sentir la alegría de Belén en la noche de Navidad. Es mi fiesta; nunca me falta en esa noche el consuelo, y en cada año me parece nueva y más intensa la impresión”.

“Pedí al Niño de aguinaldo que no dieran una ley que estaba preparada y que traería trastornos para las escuelas. Pronto comprendí que no me lo concedería; pero lejos de que se turbara mi alma, me llené de gozo al adherirme a su voluntad, no solamente por ser sabia y amorosa, sino por *ser de él*”.

“Poco a poco la impresión sensible se va esfumando, pero la espiritual subsiste: siento mi alma amorosamente *prendida a Jesús*. Teniéndolo en el Sagrario y en el corazón, nada ni nadie nos puede arrebatarnos la alegría y la felicidad. Porque, como dijo el autor de la Imitación: “*estar con Jesús es un dulce paraíso*”.

“Mi anhelo de Navidad es que mi nueva entrega a Jesús sea plena y definitiva. ¡Cuántas reservas y cuántas deficiencias en nuestras entregas! ¡25 años de gracias copiosas (2) no han sido suficientes para hacer a Jesús el don completo de mí

(2) Se refiere al próximo 14 de febrero de 1941 en que hará 25 años de aquella primera gracia que cambió el rumbo de su vida, el 14 de febrero de 1916, y del cual ya hablamos en otro lugar.

mismo! Él me conceda celebrar el fansto aniversario haciéndole ese don de manera definitiva”.

En la siguiente Navidad anota: “Al comenzar el Adviento, en un Pullman por cierto, vi, como euando Dios habla, que en el nuevo año eclesiástico debía cultivar^e el amor a Jesús con el matiz que me es propio; que no he explotado cuanto debo la gracia espiritual de 1927 y que desde luego mi Adviento debe encaminarse a ese fin”.

“Para lograrlo, ¡qué maravillosos modelos son María y José! ¡Cómo se dispondrían ellos para la dicha de Belén! ¡Qué pureza! ¡qué deseos! ¡qué unidad de intención en todas sus obras!”

“Para el segundo domingo de Adviento, que coincide con la fiesta de la Inmaculada, recibí una nueva luz que vino de manera especial por las manos de María. Puede expresarse con las palabras de los Cantares: “*Yo para mi amado y mi amado para mí*”. Pero de tal manera esta frase se transfiguró para mi alma, como si fuera nueva. Palpé mi egoísmo, y comprendí cómo el amor es olvido de nosotros mismos y anhelé concentrar en Jesús mis pensamientos, y mis afectos, y mis obras, y mi vida. Vivir para Él; entregarme a Él totalmente. Al fin, el amor y la felicidad están vinculados a ese olvido y a esa entrega”.

“La segunda parte, dulcísima e inefable es que Jesús es mío, totalmente mío”.

“Hoy, tercer domingo de Adviento, luz especial sobre lo que prediqué en la Catedral, esto es, cómo la actitud habitual y constante del cristiano debe ser la alegría: “*Regocijaos siempre en el Señor, de nuevo os lo digo, regocijaos... el Señor está cerca. Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete... Dominus enim prope est* (3)”.

(3) Estas palabras de S. Pablo se encuentran en el introito, en la epístola y en el gradual de la misa del tercer domingo de Adviento.

Para el cristiano siempre está cerca el Señor: en la Eucaristía, en nuestro corazón, en el prójimo, en los acontecimientos... para nosotros sobre todo, el Señor está íntimamente cerca, inefablemente cerca, ¡de cuántas y de cuán dulces maneras cerca!”

“¿Qué cosa puede arrebatarnos nuestro gozo? ¿Las solitudes de la vida? Pero el Apóstol nos las prohíbe: “*De nada estéis solícitos*”. Esa palabra del Apóstol tiene para mí sabor especial. A primera vista debía yo andar solícito acerca de muchas cosas: ¡tengo tantos y tan graves problemas! Pero una dulce y asombrosa experiencia me ha enseñado que Jesús resuelve todos mis problemas de manera inesperada y con admirable acierto. Que Él me guía como a un niño, como a un hipnotizado, que cumple a maravilla el “*pacto de San Antonio*”.

“Y esas gracias, aunque eran más intensas cada domingo, extendían su influjo a toda la semana; de suerte que mi Adviento ha sido de luz, de consuelo y de amor”.

“Y supuesto el encanto que tiene para mí la Navidad, mi fiesta por excelencia, ¿cómo la saborearé ahora?”

“Pienso que en el fondo el amor de Dios no es ni de esposo, ni de padre, ni de amigo, ni de hijo; sino *de Dios*, esto es, algo único que no cabe en ningún molde, pero que los contiene a todos, maná divino que tiene todos los sabores y que, por tanto, a cada alma le sabe como cada alma lo necesita, según sus deseos, su misión, sus caminos...”

“En estos últimos tiempos (1940) se ha acrecentado en mí notablemente el amor paternal; cada día me siento más intensamente padre, y quizás abuelo, por la ternura que es más propia del abuelo”.

“Por aquí barrunto a qué me va a saber Jesús en la próxima Navidad”.

Tan íntima debe haber sido que la cubrió con el velo del silencio, pues no dejó apunte alguno acerca de ella...

* * *

El 14 de febrero de 1941, al celebrar los 25 años de la gracia del 14 de febrero de 1916, escribía: "Cada día siento más vivamente el encanto de la pequeñez; es un encanto de carácter estético, si se me permite la palabra. Seguramente que Nuestro Señor me ha dado un destello del encanto que siente su Corazón divino ante la pequeñez".

"Sea de ello lo que fuere, me parece haber encontrado la fórmula que expresa la deliciosa realidad de la gracia del 14 de febrero de 1916, al decir que Jesús es demasíadamente grande para una sola alma; por eso fue necesario que uniera dos almas para recibir el Don inenarrable".

"Juntamente con la gratitud, esta gracia exige que cada día la aproveche mejor, ya que la mejor gratitud consiste en usar mejor los dones recibidos".

"Pienso que la he utilizado, en estos 25 años, sobre todo en el trato con las almas; ya que, como asegura Mons. Gay, uno de los frutos de este género de gracias es hacer al alma que las ha recibido más apta para tratar divinamente a las demás".

"Pero ¡cuántas deficiencias encuentro en mi alma! ¡cuántas deficiencias que hacen vivísimo contraste con las gracias opulentas que he recibido de Dios!"

"Quiero en adelante utilizar mejor la gracia preciosa: un nuevo amor a Jesús, una entrega más generosa, un anhelo más vivo de darle gusto, de darle gloria".

"Cuando se sienten divinamente las gracias de Dios, como estoy sintiendo en esta tarde inolvidable la gracia de este aniversario, parece que llega hasta el pobre destierro como una brisa perfunada de la Patria, como un destello de la claridad eterna..."

"¡Bendito sea el Señor que, no satisfecho con hacer momentáneo el destierro y eterna la Patria, se complace en ras-

gar la niebla de esta vida, de cuando en cuando, con destellos de luz celestial!"

* * *

"En la Navidad de 1941, escribe: "¿Qué cosa mejor para mostrar los encantos del amor divino (primera misión) que sentir y expresar el misterio de Belén? ¡Misterio de pequeñez y de gloria! ¡Misterio de amor y de sacrificio!"

"Jesús es siempre divinamente encantador; pero Jesús Niño tiene un encanto dulcísimo y muy adecuado a nuestra pequeñez. Viéndolo Niño, lo sentimos más semejante a nosotros, y la semejanza es fuente de amor. La alegría de la Pascua es más profunda y perfecta, más semejante a la alegría del cielo; requiere más profundidad en la mirada del alma, un amor afinado en el sacrificio, una purificación más intensa y una elevación más alta para que nuestra conversación sea celestial, como dice San Pablo. La alegría de la Navidad es más fácil, más humana, alegría ingenua, alegría de niños".

"¡Con qué confianza nos podemos acercar a Jesús Niño! A los niños se les puede tratar con dulce libertad".

"Para nosotros tiene la Navidad un singular encanto, porque en Belén brilla singularmente el misterio de la debilidad, en un Dios hecho Niño palpamos la grandeza, la gloria y el amor, encerrados en el vaso frágil de la pequeñez".

"Aunque separados por una larga distancia, nuestras almas, unidas en Dios, gozarán juntas, en la noche sacratísima, del divino misterio de Belén, henchido de humildad, de confianza y de amor".

"¡Quiera el Niño celestial hacernos más humildes, más confiados, más niños y acrecentar en nuestras almas el divino amor!"

* * *

En la Navidad de 1942, escribe: “Tiene para mí la Navidad un encanto secreto y exquisito, no solamente porque en ese día canté mi primera Misa hace 38 años, sino sobre todo porque el misterio de Belén cuadra admirablemente con el matiz delicioso de mi amor”.

“Jesús Niño es mi Jesús. ¿Quién comprenderá toda la dulzura de esta frase? Vislumbro lo que sentiría San José en la noche sacratísima de Belén: una alegría, una ternura, un anhelo de abnegación que no acertamos a comprender”.

“Con razón cada Navidad es para mí dulcísima; sea cual fuere el estado de mi alma; en esa noche siento siempre un consuelo y una ternura que me hacen derramar lágrimas...”

25 de diciembre.—Anoche, en los Maitines solemnes de la Catedral, al oír cantar el invitatorio: “*Christus natus est nobis; venite, adoremus*. Cristo ha nacido para nosotros, venid, adorémosle”, me conmoví hasta las lágrimas. Esas emociones no pueden describirse; pero del fondo de lo inefable sí pueden sacarse consideraciones y propósitos”.

“He aquí de lo que pude darme cuenta: la alegría de poseer a Jesús; — la seguridad de que purificará mi alma de muchas cosillas que en estos últimos tiempos había notado en ella, pues la Sta. Iglesia, en su liturgia de Adviento, nos promete que Jesús, al nacer místicamente en nuestros corazones, alivia todos nuestros males y nos transforma espiritualmente; — una nueva entrega de amor; — el propósito de olvidarme de mí mismo”.

“29 de diciembre.—Todas las veces que he predicado en estos días he colocado lo que voy a decir en el marco de Navidad, pues este misterio embarga mi alma. En uno de estos días: di una Hora Santa toda del Niño Jesús; me salió bien, pero después de ella me dijeron que se me desbordaba el amor al Niño Jesús. Me dio pena, porque las intimidades son únicamen-

te para los amigos; pero, por otra parte, me dio gusto; pues, si sale el amor, es señal de que lo hay”.

“En esta octava jubilosa Nuestro Señor, me ha regalado con consuelos. ¡Bendito sea! Los consuelos son utilísimos para conservar la paz en medio de tantos asuntos como tengo”.

Así podíamos seguir viendo cómo su amor a Jesús Niño se iba acrecentando en las Navidades siguientes.

Tan amante como era del esplendor de la Liturgia, acostumbraaba presidir los Maitines en su Catedral; Pontificar a medianoche; después de unas pocas horas de sueño, decir la segunda misa en su Oratorio particular; y, finalmente, Pontificar en la Misa del día y predicar en ella. El año de 1954, ya no pudo hacerlo por su enfermedad; pero celebró las tres Misas en su Oratorio.

En 1955, también celebró en su Oratorio las Misas de Navidad, en silencio, sin esplendor alguno; pero, quizá en esa última Nochebuena, Jesús Niño le dio la cita para el cielo, para esa Navidad eterna que empieza pero que no acaba nunca...

APOSTOL DEL AMOR

(Continúa)

OTRO RASGO característico del amor a Jesús en Mons. Martínez fue *la confianza*. Pero su confianza tenía este rasgo especial. Mons. Martínez confiaba y enseñaba a las almas a confiar, no sólo a pesar de las propias miserias, sino precisamente por ellas, puesto que las miserias son las que atraen la misericordia.

Ya hemos tenido ocasión de exponer esta doctrina; limitemonos ahora a citar algunas notas íntimas.

“Dios es admirable: sobre la tela burda de nuestras miserias pinta nada menos que la imagen de su Hijo, tanto más prodigiosa, cuando es más tosca la tela en la que brilla. A la verdad valen mucho nuestras miserias”.

“Hace pocos días pensaba en dos atracciones: la que Dios ejerce sobre nuestras almas y la que nosotros ejercemos sobre Dios; porque si hay amor mutuo entre Dios y el alma, tiene que haber mutua atracción”.

“La primera ¡qué fuerte y qué suave! Toda la historia de las almas está ahí: “*Te amé con amor eterno, por eso te he atraído lleno de misericordia*”. Es el amor eterno que atrae la miseria, henchido de misericordia. Sentimos la atracción de ese abismo infinito de luz y de amor”.

“Pero también Dios siente la atracción del abismo: lo atrae el abismo de nuestra miseria... Así se realiza el misterio de nuestro mutuo amor”.

¿No es verdad que es algo incomprensible y dulcísimo la misericordia de Dios?...”

Y en otro lugar: “Vi la misericordia, suave y regalada, como el regazo de una madre; ardiente como un ósculo, apasionado de amor; inmensa como un océano. Es el amor que perdona, que olvida, que cura, que acaricia, que levanta y promete la unión...”

“A las veces me aplastaba con su grandeza, pero grandeza dulcísima de amor; a las veces me parecía que al amor —porque la misericordia es el amor que se disfraza con velo divino—, descendía hasta las profundidades de mi nada y la henchía curando lo enfermo, limpiando lo manchado, levantando lo abyecto”.

“Sí, la misericordia es el amor que para bajar hasta los miserables, hasta los pecadores, toma ese nombre con cierto divino matiz que corresponde a miseria. Diría que es el amor hecho expresamente para mí. El amor con un matiz de delicadeza, de ternura, de audacia, de bondad...; el amor con una virtud transformadora, capaz de cambiar la nada en algo divino...; el amor que no se detiene ante los abismos, ante los fangos, antes bien los busca para transformarlos...; el amor para cuyo reclamo no hay excusas, para cuyas efusiones no hay vergüenzas...; ¡tan natural parece que la misericordia ame a la miseria!”

“Y esa misericordia es infinita. Bajo su acción, no solamente siente el alma el consuelo del perdón, sino la santa seguridad del amor, como la prenda de la unión”.

“La misericordia es el amor que virginiza las almas manchadas, que de tal modo limpia, que de tal suerte perdona, que tan divinamente olvida, que el alma, sin dejar de sentir

su miseria, antes bien sintiéndola como nunca, aspira, sin sentir osadía, a lo que solamente tienen derecho a aspirar las almas vírgenes”.

“Me parecía, que aquella misericordia me hablaba y me decía: “Me he enamorado apasionadamente de tu miseria, por eso te he atraído lleno de compasión por ti”.

“Ser amado así es ser amado muy delicadamente, muy deliciosamente, muy divinamente”.

¿Puede haber páginas más encantadoras, que más animen a la confianza a pesar de todo? Con razón concluye: “Continúo recibiendo de Dios luces y gracias especiales que me indican lo mucho que Él me ama...”

* * *

Nuestro Señor le enseñó la doctrina del “*misterio de la debilidad*” y de tal manera penetró en su alma, que hizo de ella el programa de su vida y la plasó en su escudo episcopal, como vimos. Cada día Dios le fue haciendo conocer más la profundidad y la importancia de ese misterio.

“Pienso que todos nuestros extravíos y deficiencias —escribe— vienen de que no tenemos el conocimiento profundo de nosotros mismos y de Dios”.

“Es tan honda nuestra miseria, que parece que nunca llegamos a su fondo; y porque no la acabamos de conocer, nos asustamos de nuestras miserias”.

“Y sobre todo, Dios es tan grande en todos sus atributos que ni en la eternidad lo acabaremos de comprender. Si conociéramos su hermosura, ¡cómo lo amaríamos! Si nos diéramos cuenta de su poder y de su bondad, ¡cómo confiaríamos en Él y nos abandonaríamos a Él! Si comprendiéramos cuánto nos ama, ¡cómo adoraríamos su Voluntad! Si conociéramos su misericordia, ¡qué seguridad de su perdón y de su amor!

“Me parece que el “*misterio de la debilidad*” nos da a co-

nocer nuestra *Nada* y el *Todo* de Dios, y expresa las relaciones que entre estos dos extremos existen”.

“¡Feliz el alma que ha comprendido el encanto profundo de esas relaciones, que ha sabido por propia experiencia lo que es que la Nada se apoye en el Todo y que, por lo mismo, ha comprendido el valor y el encanto de las miserias y se ha complacido en ellas!”

Pero no todas las almas, mejor dicho, muy pocas almas comprenden este misterio. “He notado —escribe Mons.— que casi todos los obstáculos que las almas hallan en el camino de la perfección pueden reducirse a esto: No saben portarse bien respecto de sus miserias, no saben hacer de ellas escala para ir a Dios. Y el motivo de esto es, en último término, que no comprenden sus miserias ni la misericordia infinita de Dios”.

“Lo que ordinariamente detiene a las almas es: tentaciones, faltas y desolaciones, es decir, miserias, que juzgan obstáculos para ir a Dios y que en realidad son escalas que conducen rectamente a Él”.

“Claro que lo que aparta a las almas de esas miserias es la apariencia que hay en ellas de que nos alejan de Dios. ¡Es tan difícil a las veces discernir entre la tentación y el pecado! ¡qué pocas almas distinguen entre la ofensa de Dios que hay o puede haber en una falta y la ignominia que para el alma trae y que, bien comprendida, nos lleva a un conocimiento más hondo de nosotros mismos! ¡qué natural es ver en las desolaciones un abandono, una separación de Dios!”

“Creo que el secreto para caminar de prisa en el sendero de la perfección es convertir esos obstáculos en escalas; mas para eso es necesario una vista clara de esas miserias y un conocimiento profundo de la misericordia, de la bondad y del *modo de ser* de Dios. En una palabra, se necesita una honda penetración del “*misterio de la debilidad*”.

“Hay almas que llegan a tener esa penetración respecto de los obstáculos ordinarios; pero vacilan tratándose de los extraordinarios, como ciertas tentaciones desconocidas, vivísimas, terribles” (*las que nosotros llamamos en otro lugar, tentaciones de la vida mística*); “pero simplemente tentaciones, puesto que la voluntad permanece íntimamente unida a Dios” (*ya que preferiría la muerte antes que ofenderlo*).

Una comparación lo hace ver con claridad. “En alta mar, una línea sutil parece separar el cielo del océano; y, sin embargo, existe entre los dos una distancia inmensa. Así pasa con las tentaciones” (*con todas, ordinarias y extraordinarias*); “parecen confundirse con el pecado y, sin embargo, hay entre los dos la inmensa distancia que separa el odio del amor”.

* * *

“Se me objetará: aunque las tentaciones no sean pecado, ¿no tienen con él un enlace tan íntimo que las hace abominables?”

—“Jesús, la Santidad misma, quiso ser tentado, y con sus tentaciones dio gloria inmensa al Padre celestial y nos alcanzó con su triunfo la gracia de que también nosotros triunfemos”.

“Sin duda que hay una inmensa diferencia entre las tentaciones de Jesús y las nuestras; porque en Él no podía haber inclinación alguna al objeto de la tentación, y en nosotros sí la hay. Pero esto sólo indica nuestra miseria y nada más que nuestra miseria; porque esas inclinaciones son del apetito inferior, no de la voluntad, única que consume el pecado cuando lo hay, y única que ama a Dios y, por consiguiente, la que consume en la tierra nuestra unión con Él”.

“¡Qué espectáculo tan bello presenta la voluntad, unida fuertemente a Dios, en tanto que abajo, en la parte inferior, ruge la tempestad de la tentación! Es un martirio comparable a aquellos en que la serenidad de los mártires se erguía en me-

dio de la rabia de las fieras en el anfiteatro romano. ¿Qué importa que muchas veces la carne del mártir tiemble ante el tormento y se horrorice la parte inferior, si la voluntad, unida a Dios y confortada por Él, ofrece y consume el holocausto?”

“¿Qué pensará Jesús cuando vea a las almas en esos terribles combates? —Lo que ha de haber pensado cuando veía a los mártires de la fe. Las mira con ternura, con satisfacción, con inmensa complacencia. ¿Cómo no se ha de complacer su Corazón en el martirio de la virginidad? — “¿Has visto a mi siervo Job?, decía Dios . . . tú lo has herido y él me da gracias; tú lo has arruinado y no blasfema; tú has matado a sus hijos y él me bendice. . . .”

“¡Qué íntima complacencia de Dios al ver a su pobre criatura que se debate en medio de los horrores de la prueba y que, sin embargo, lo ama sin que nada ni nadie lo pueda separar de Él!”

“¿Han visto a mi amada —dirá a los ángeles— cómo me ama, cómo me es fiel en medio de horribles tormentos, cómo permanece unida a Mí cuando las tempestades pretenden arrancarla de mis brazos?”

“Es preciso que esas almas probadas lo crean: dan gloria a Dios, robustecen su virtud, alcanzan gracias para otras almas en esos terribles momentos de la tentación”.

Siendo esto verdad, como lo es, entonces ¿cómo no complacerse aún en esas miserias, puesto que forman parte del misterio de la debilidad?

“Cuantas veces quiere Dios que un alma alcance una virtud, permite que sea tentada contra esa virtud; cuando quiere que la alcance de una manera extraordinaria, las tentaciones son extraordinarias también. Siempre hace Dios las cosas al revés para nuestro pobre criterio. Siempre será verdad: “*Cum infirmor, tunc potens sum*”.

—“¿Qué le costaba a Dios —me dirán— mandarme otra prueba, una enfermedad, por ejemplo, una humillación, etc.?”

—“Le costaba sacrificar el ideal que tiene sobre cada alma. Dios es el gran Artista de las almas: las hiere para hermosarlas, para que sean lo que Él ha ideado. ¿Nos parece poco que un artista sacrifique su ideal?”

—“Le costaba sacrificar sus gozos íntimos, ese gusto exquisito que experimenta al ver salir a un alma más limpia del lodazal y su amor más fino y ardiente de la prueba”.

“¿Por qué las almas no conocen a Jesús? “¿Qué no saben que no permitirá que se separan de Él? Entónces, que confíen en Jesús plenamente; que se arrojen en sus brazos con los ojos cerrados, que también en esto el amor debe estar ciego. Él ve... Él comprende... Y sobre todo, ¿no tiene el alma que darle gusto? Que le dé ese gusto íntimo, aunque ella sufra dolores de infierno. ¡Qué dulce, qué glorioso es darle gusto, sobre todo en lo íntimo, a costa de nuestro corazón que se despedaza!”

* * *

“¿Cuántas veces —escribe en otro lugar— mi alma necesita “*confianza heroica*”. El obstáculo para tenerla viene de “mirarnos mucho a nosotros mismos y de no saber mirar a Dios; de una doble ignorancia: de Dios y de nosotros mismos. Nos llaman la atención nuestras miserias, como llamaría la atención que una encina produjera bellotas a quien no conociera ese árbol. Y no sabiendo hasta donde llega un amor infinito, una misericordia infinita, cuesta trabajo confiar plenamente en Dios y asumir ante Él la actitud de mayor confianza, de mayor intimidad, cuando las bellotas de nuestra fragilidad aparecen”.

“Para quien conoce o vislumbra lo que es el Corazón de Dios, la *confianza heroica* es la cosa más natural del mundo. Pero, ¡qué difícil es conocer ese Corazón sin querer meterlo en el molde estrecho del nuestro! Pienso que una de las supre-

mas revelaciones del Corazón divino es la que engendra esta confianza heroica”.

Mons. la recibió ciertamente, puesto que llegó a adquirir esa confianza heroica.

“Solamente un corazón infinito, un amor sin medida, puede amarnos a pesar de todo y aún acrecentar su ternura cuando nos hundimos en nuestra miseria. ¡Qué grande, qué bello, qué dulce aparece el Corazón de Jesús cuando lo conocemos así! Esto bastaría para enamorarnos de Él, para amarlo con perfecto amor”.

Y nos revela el secreto para llegar a obtener esta revelación.

“Mas para esta revelación, es preciso dejar de mirarnos y dejar de mirar a Jesús a través de la mezquindad de nosotros mismos”.

“La confianza heroica es un homenaje precioso a la Misericordia y al Amado”.

“Lo único que atrae a ese amor de plenitud es el vacío de nuestra miseria y Él se empeña en ahondarlo más y más para que nos quepa más de su amorosa y divina plenitud”.

“Cuantas veces he aplicado ese maravilloso específico a las almas, he visto sus felices resultados; pero siempre les parece a ellas una novedad. ¡Novedad que tiene 20 siglos sobre la tierra!”

“Aplico esta confianza heroica a la situación de México, al gobierno de esta Arquidiócesis y hasta a los problemas más prosaicos de la vida. Para todo el remedio supremo es dejar de mirarnos y mirarlo a Él, pero mirarlo en el esplendor de su amorosa misericordia”.

“Siempre había creído que *mi especialidad ha sido la confianza* y aún me aplicaba la expresión del salmo: “*Singulariter in spe constituisti me*”. — Me has constituido singular-

mente en la esperanza. Pero he visto últimamente que algo me faltaba. Quizá me falta aún más, porque son tan altas las cumbres de las virtudes, que siempre falta mucho a nuestra fragilidad con relación a ellas”.

* * *

Con la sincera ingenuidad de quien se da testimonio a sí mismo en la presencia de Dios, Mons. Martínez escribe: “Hace poco Nuestro Señor me hizo ver, con esa honda claridad que tienen sus comunicaciones, que no son mis miserias obstáculo para que mi alma sea muy amada de Él y muy agradable a Él; antes bien, en las manos de su misericordia, esas miserias son o se convierten en un instrumento de santificación”.

“Primero me hizo palpar lo que hace por medio mío: la notable eficacia que comunica a mis palabras y a mi corazón; pues no puedo dudar que Él, por mí, hace obra de santos en las almas”.

“Entonces vislumbré que mi alma está a los ojos de Dios más pura y más santa de lo que pienso”.

“Y hace pocos días me hizo ver claramente aun, en la santa Misa, que mi alma es agradable a sus ojos. En la noche del Jueves de Corpus sentí un llamamiento vivísimo a abrir mi corazón con Él y a tratar con Él este asunto importantísimo (*el de las miserias*) en plena sinceridad. Se me comunicó Él en la luz y en el gozo, y vi claro, aunque mi razón no acierte a explicarlo, lo que Él me ama y lo que Él me ha dado, y vi mi alma pura y agradable a Él; y se rompió el dique, y nuestra intimidad se hizo plena y dulcísima”.

Sólo un alma humildísima, como la de Mons. Martínez puede hablar así.

Pero veamos hasta donde llega su confianza: “Hace algunos días —escribe— tuve luz especial para entender la intimidad con Dios y sentí vivamente los encantos de ella. A mi jui-

cio la intimidad consiste en el mutuo derecho que tienen los que se aman de entrar el uno en el corazón del otro *siempre, hasta el fondo y sin llamar*, como si dijéramos, “*como Pedro por su casa*”.

“Como los dos corazones son un solo corazón, siempre está el uno a la disposición del otro; cuantas veces queramos podemos entrar en el Corazón infinito y refugiarnos allí, y descansar y sentir ese encanto exquisito y dulcísimo de que otro corazón sea nuestro y que podamos gozar de sus amorosos tesoros”.

“Cuando hay intimidad, no hay secretos: patente está mi corazón hasta sus íntimos repliegues a la mirada del Amado; y puedo yo entrar hasta las profundidades del Corazón divino que no tiene para mí otros secretos que los que exigen lo infinito de ese Corazón y lo imperfecto de mi espíritu. Y puedo entrar en ese Corazón como en el mío, cuando me place, sin llamar, como en mi casa, como en mi interior”.

“Esa vida de dos en una sola sola cosa tiene encantos inefables: el gozo del amor, la paz de la unidad, la plenitud del descanso”.

“Así, con esa intimidad, se puede sobrellevar el peso de la vida humana, que es muy grande para una sola alma; pues tanto el peso del dolor como el peso de la felicidad solamente entre dos puede soportarse. Así, con esa intimidad, parece hasta ligero el peso de la vida sacerdotal, más rica en dolores y en alegrías que todas las demás vidas”.

“No puedo explicar todo lo que vi y sentí, pero quien lo ha pasado me comprenderá”...

Lo que en seguida dice del día de su santo, solía pasar cada año, en una forma o en otra: “El día de mi santo, Nuestro Señor me dio cuelga, la mejor cuelga: desde la noche del 20, se unió conmigo de manera dulcísima, cubriéndome de caricias. Me hizo pasar todo el día como embalsamado con su per-

fume de amor, muy contento, más contento que nunca. Y en la noche del 21, nueva efusión de amor, algo muy hondo e inexplicable”.

“El fue mi cuelga; pero lo que más me conmovió no fue tanto el don como el amor con que me lo dio. Me hizo entender —¡hasta vergüenza me da escribirlo!— que Él se sentía satisfecho de ser mío...”

“Naturalmente, en medio de los transportes de mi dicha, me le entregué sin reserva y sentí la inmensa felicidad de ser de Él...”

“Tuve también otra intuición: con una luz nueva vi la unidad y simplicidad del amor, y cómo a ellas se opone cualquier afecto que no se funda con el divino amor; en otros términos, sentí como horror de que alguien me ame, si no es en Él, y de que yo amara a alguien fuera de Él. Nunca como ahora había comprendido lo que es la pureza y la virginidad del corazón”.

“Una noche tuve una unión muy íntima y dulce. Desde antes comencé a sentir el llamamiento de Dios, pues ya sé cuando quiere decirme o hacer algo en mi alma. Lo hice esperar hasta que terminó el Oficio y todo lo demás que acostumbro rezar”.

“En medio de la unión me hizo entender que quiere de mí una intimidad más perfecta, pero no me la explicó. Tiene razón quien dijo que hay tres cosas en una gracia: la gracia misma —el darnos cuenta de ella— y el sentido profundo de la gracia”.

“Poco a poco se me va aclarando la *nueva* intimidad, pero no puedo aún explicarla perfectamente. El quiere vivir plenamente en mí y yo debo perderme enteramente en Él. ¿Cómo? No lo sé aún del todo. Únicamente sé que Él quiere obrar todo en mí, sugerirme todo, impulsarme en todo y que en todo acuda

yo a Él. Debo entrar muy adentro de su Corazón, en el seno inmenso de su amor”.

Salta a la vista el carácter genuinamente místico de estas gracias. Pero, ¡cuántas almas llegarían a esta estupenda familiaridad, si aprendieran a confiar, si no se “atoraran” en sus miserias, si con todo y sus miserias se arrojaban en el seno de la misericordia infinita!

Días más tarde continuó Nuestro Señor explicándole esta intimidad *nueva*. “Nuestro Señor me la ha seguido explicando, casi siempre en las noches, cuando podemos tratar con mayor libertad, pero también en los tiempos en que puedo visitarlo durante el día y en todas partes, especialmente en los trenes, cuando logro estar solo, que es pocas veces”.

“Se puede expresar en esta fórmula: DEJARME POSEER Y GUIAR POR ÉL EN TODO Y PERDERME EN ÉL”.

“La primera parte de esa fórmula significa que nada haga sin acudir a Él, que le consulte, que me deje guiar, que no haga nunca sino lo que a Él le plazca, que solamente viva para darle gusto. En el fondo es lo que me mandó decir una vez: “*Que descanse en su amor*”, no solamente confiando en Él sin medida, sino dejándome guiar y dependiendo totalmente de Él”.

“La segunda parte significa que entre en su amor, en su Corazón, en el océano de su Bondad; pero con un olvido tal de mí mismo que me pierda en Él”.

“Algunos ejemplos explican esto: cuando se oye una música o se contempla un espectáculo hermoso, a las veces, en medio de las dulces impresiones que se siente, se alcanza a conservar la conciencia de nosotros mismos y de lo que gozamos; pero cuando lo que se oye o contempla es algo sublime, se pierde por completo la conciencia de nosotros mismos y deja de percibirse lo subjetivo, arrobados por la belleza de que se goza; nos perdemos entonces en aquella dulce impresión”.

“Pues una cosa semejante es perderse en Dios: ser de tal modo cautivados por su belleza, por su inmensidad, que nos olvidemos de nosotros mismos para que Él y sus perfecciones nos llenen y absorban”.

“No solamente en la contemplación, sino también en el amor podemos perdernos en Él. A las veces se le ama conservando, por decirlo así, la noción de nosotros mismos y sintiendo nuestras relaciones con Él; pero a las veces, de tal modo se enseñoorea de nuestro corazón el amor, que Él, el dulcísimo objeto de nuestro amor, nos hace olvidarnos totalmente de nosotros y como que nos saca de nosotros mismos, como dijo San Dionisio: “*Amor facit extasim*” —el amor produce éxtasis—, pues la esencia del éxtasis no está precisamente en la suspensión de los sentidos, sino en esa dichosa salida de nosotros mismos”. (*Observación muy atinada y original*).

* * *

Pero esa intimidad se enlaza con el espíritu de Infancia espiritual.

“Esa intimidad que Jesús quiere tener con mi alma ha de ser con el *como Niño*. Con un niño la confianza es ilimitada, el trato es sencillo y audaz. ¿Qué nos detiene para abrazar a un niño, para estrecharlo contra nuestro corazón, para besarlo a nuestro gusto, para permitirnos con él todas las libertades de la ternura?”

“Así quiere Jesús que lo trate, como a un niño, aunque lo considere en cualquiera de los misterios de su vida. Este trato nos lleva a una absoluta y estrechísima intimidad. Pero en ella nos ponemos en contacto con lo divino, lo único que llena el alma, lo único que satisface al amor, lo único que sacia nuestras profundas aspiraciones”.

“Niño, para atraerme a la intimidad; Dios, para saciarme

de lo divino, de la luz, de la hermosura, de la dicha de la Divinidad”.

“Claro está que para esa intimidad necesito pureza y candor, sencillez y audacia, todas las cualidades de la infancia espiritual”.

“¿Llegaré a esa intimidad perfectísima?”

Ciertamente llegó: esto lo escribía 24 años antes de su muerte y como cada día se elevaba más en ella, al final de su vida llegó a esa cumbre.

CAPITULO XXI

APOSTOL DEL AMOR

(Concluye)

PODIAMOS señalar otros caracteres del amor de Mons. Martínez. Por ejemplo, amaba a Jesús *humildemente*. Cuando llegaba al pie del Sagrario, nada podía hacer sino amar y anonadarse, es decir, *adorar*. ¿No es la adoración una combinación maravillosa de amor que se anonada y de anonadamiento amoroso?

Pero la humildad de Mons., como la de los santos, desconcierta. Cuando habla de sus miserias —¡y habla tanto de ellas!— queremos darles el sentido realista que tienen en nosotros, simples mortales, cuando no son sino la expresión de una humildad cuya hondura nos hace sospechar la cumbre de santidad a donde Dios lo elevó; la claridad con que contemplaba el Todo de Dios, que por contraste le hacía palpar su propia nada...

“...al engrandecerse ante mis ojos el amor de Jesús —escribía— se empequeñeció el mío y se hizo repugnante... ¿Es acaso amor eso que llevo en mi corazón tan lleno de egoísmo, tan mezquino, tan limitado, tan deficiente? ¡Cómo contrasta la entrega total de Jesús a mí con mi consagración a Él —si así puede llamarse— que no me impide verme, buscarme y disputarle a Jesús lo que entrañan las exigencias del amor!”

“¡Apenas puedo decir que amo! Debo esforzarme por amar de veras”.

“A las veces no veo en mi alma —dice en otro lugar— sino harapos, groseros y sucios; y llego a temer que es lo único que hay en ella. Pero Jesús tiene cuidado de *mostrármese* de tiempo en tiempo a través de los harapos. Podría llamar a esa manifestación, la *Epifanía de los harapos*. A través de ellos descubro, en esos instantes fugaces, el anverso: *el amor, la unión*”.

“Llevo tesoros celestiales en vaso frágil. ¡Ay! ¡demasiadamente frágil! ¡demasiadamente grosero!”

“Mi lema es adecuadísimo: *Cum infirmior, tunc potens sum!*”

“Lo que últimamente ha dominado en mi alma es el pensamiento claro y el sentimiento profundo de que nada soy, nada puedo, nada tengo y de que Jesús es mi tesoro, mi poder, mi vida, mi Todo. ¡Qué dicha recóndita la que goza el alma de sentir su nada, y de saber y gustar que Dios es su Todo!”

“¿Quién había de pensar que fuese tan dulce no tener nada, no poder nada, no ser nada? No es simplemente la dicha de ser riquísimos con nuestro Todo, sino especialmente la dicha de debérselo todo al Amor, de depender del Amado en todo y por todo”.

“A las veces me “*la echo de generoso*”, prefiriendo amar a ser amado; pero una noche, cerca del Sagrario sentí la necesidad de ser amado y buscar ingenuamente el amor de Jesús”.

“Poco a poco fui ahondando en esa necesidad de mi alma y me sentí pobre, desnudo, nada; pero vi como Él es mi riqueza y mi Todo”.

“Desde entonces saboreo esa doble dicha, la de ser nada y la de tener Todo”.

Por eso Mons. enseñaba que la unión del alma con Dios se realiza cuando se unen dos abismos. El Verbo descendiendo del cielo y, haciéndose hombre, se hunde en un abismo de anonadamiento. El alma, por la humildad perfecta, se hunde tam-

bién en el abismo de su propia nada. Y en el fondo de esos dos abismos, el Verbo y el alma se encuentran, y se unen...

* * *

Si Mons. amaba tanto a Jesús, ¿dónde lo había de buscar sino en la Eucaristía, donde se encuentra de una manera tan real, tan concreta, tan íntima, tan propicia a las efusiones del amor?

Por eso el amor de Mons. tenía un matiz profundamente *eucarístico*.

Desde que era Obispo titular, obtuvo un indulto de la Santa Sede para guardar en su oratorio particular el Sagrado Depósito, en octubre de 1924. Y desde entonces hasta su muerte, al pie de su Sagrario pasó las horas más deliciosas de su vida; allí iba a descansar de sus fatigas apostólicas y a recibir luz para sí y para las almas; allí, sobre todo, ¡cuánto amor y cuánto consuelo recibió Nuestro Señor, como Él mismo se dignó manifestarlo!

Siempre que Mons. salía de casa o volvía a ella hacía a su Sagrario una pequeña visita; siempre que durante el día tenía un momento, se apresuraba a pasarlo al pie del Sagrario. Pero, sobre todo, cuando entre 10.30 y 11 de la noche, terminaba la ruda faena del día, cuando todos se recogían y quedaba la casa envuelta en el silencio y en las sombras de la noche, Mons. se iba a su oratorio y pasaba allí "*horas deliciosas*" —como él decía— y a veces tenía literalmente que hacerse violencia y arrancarse de su Sagrario para ir a descansar ya muy entrada la noche.

Pero cuando se daba gusto, era en sus Ejercicios Espirituales que con toda fidelidad hacía cada año. Pude comprobar por mí mismo que en ellos sólo tendía dos distribuciones diarias; pero una llenaba toda la mañana y otra, toda la tarde...

¡Y con que amorosa delicadeza y con qué gusto litúrgico

arregló su oratorio, sobre todo el último! No había en él sino el altar y el Sagrario primorosamente tallados en maderas finas, un gran crucifijo bajo un baldaquino, 4 candeleros y las cortinas que rodeaban el altar. ¡Hermosa sobriedad que contrasta con tantos oratorios que, por pequeños que sean, se quiere hacer entrar en ellos a casi toda la corte celestial!

“En Jerez tuve una luz especial: no acertamos a comprender hasta qué punto es Jesús *nuestro* en la Comunión”.

“Después tuve otra conexa: vi de una manera que me llegó al corazón lo que consuela y satisface a Jesús una Misa, la satisfacción y el consuelo que le damos prestando nuestro concurso para ese acto sublime y trascendental. Sólo Dios sabe lo que me cuesta dejar de celebrar una Misa; pues bien, a Jesús le cuesta más... hablando en nuestro lenguaje”.

Por eso en sus viajes hacía hasta lo imposible por no dejar de celebrar. Por ejemplo, en un viaje a Europa se quedó sin desayunarse hasta las 2 de la tarde, con la perspectiva de aterrizar en las Islas Azores y alcanzar a celebrar. Pero el avión se retrasó y perdió toda esperanza.

En esos casos en que se veía obligado a no celebrar, decía una “Misa espiritual”, invención de Mons. Leopoldo Ruiz y que se la enseñó a Mons. Martínez. Consiste en recorrer mentalmente todas las partes de la Misa, penetrándose del espíritu de cada una de ellas.

Externamente, sin embargo, no hacía alarde alguno; cuando era necesario, dejaba de celebrar con toda naturalidad y nadie sospechaba el sacrificio que tenía que hacer.

Y en los últimos dos años ¡con qué sacrificios la celebraba! pues a causa de la arteroesclerosis perdió el ojo derecho; con el izquierdo veía con mucha dificultad y necesitaba valerse de una gran lente. No quiso, sin embargo, pedir el indulto que la Santa Sede concede a los sacerdotes que han perdido en parte la vista.

En los últimos días de su enfermedad tenía a veces que retardar la Santa Misa hasta medio día.

En otro lugar escribe: “Nuestro Señor me quiere en paz, consolado, seguro. Una mañana el demonio trató de desconcertarme, pero simplemente con ver el Sagrario, mi corazón se llenó de gozo y de seguridad en el amor de Jesús. ¿Qué hizo Él para disipar en un instante las nubes de mi alma?”

“Jesús me está impulsando y enardeciendo, como que hace a las veces que se transparenten los velos que cubren sus encantos, para encenderme. Anoche nada menos estaba haciendo en el Templo Parroquial todo lo prescrito para “*Abrir la Visita*”. Y al hablar al pueblo me sentí muy recogido; pero todo iba en paz. Mas al abrir el Sagrario para visitarlo, al tocar con mis manos la custodia y sobre todo cuando al quitar el velo que la cubría, se me *descubrió* la Hostia santa, no sé lo que sentí, como si Él mismo se me hubiera *descubierto*. No podía ver aquella Hostia...”

“Después de exponer al Santísimo, rezaron el rosario y yo me quedé en el reclinatorio, luchando entre ver y no ver la Hostia. Anhelaba verla y quería cerrar los ojos. ¿No es verdad que hay veces en que el alma no “*soporta*” a Jesús? ¿Será pudor, miedo a la dicha, martirio de amor?... ¿quién podrá explicarlo! Una pena muy bonita y una delicia un tanto penosa”.

“El Jueves Santo fue para mí de cielo. Por fortuna me dejaron en paz; y después de los Oficios, me pasé una hora ante el Santísimo como impregnándome de los sentimientos íntimos del Corazón de Jesús en aquella noche inolvidable”.

“Leí después, con mucha atención, el Sermón de la Cena y vislumbré el amor de Jesús *de una manera nueva*, sorprendiéndome como si entonces tuviera la primera revelación de ese amor”.

“Ese amor siempre es nuevo, aunque tiene al mismo tiempo el exquisito sabor de lo antiguo, de lo que nos es familiar,

de lo que está embalsamado con el perfume de nuestros recuerdos íntimos”.

“Me llamó la atención, sobre todo, la ternura de Jesús con San Juan: “¡Dejarlo reclinarse en su regazo! ¡dejarlo descansar en su Corazón! ¡contestarle cuando el discípulo le preguntó por el traidor!”

“Y esa ternura la tendría Jesús con todas las almas, si se prestaran, si ellas quisieran, si tuvieran el amor y la audacia del discípulo amado”.

A propósito de las procesiones en que llevaba tan cerca la Hostia Santa, se preguntaba ¿cómo podía resistir esa proximidad, conociéndolo como Jesús se le había dado a conocer y amándolo cuanto podía su corazón? —“A las veces pienso — se contestaba — que es imperfección e infidelidad, a las veces que es disposición divina. Pero hay en mí como dos: uno espiritual y otro humano, y uno y otro se ayudan”.

“Un día desconcertado por ciertas penas, me acerqué al Sagrario y Él me manifestó de tal modo su complacencia y su amor, que me sentí feliz; su ósculo divino me llenó de paz...”

No podía vivir sin su Sagrario. En una ocasión en que confiscaron su casa y se vio preesado a salir de la ciudad, al regresar, se encontró sin Sagrario. Al día siguiente volvió a poner el Sagrado Depósito, “pero noté —dice— en esas cuantas horas, que no puedo vivir sin Jesús, sin el que llevo dentro y sin el que está en el Sagrario. En esta temporada Él ha sido buenísimo conmigo. ¡cuánta dulzura vierte en mi corazón en nuestras intimidades de la noche!”

Otra vez se acreó a él una persona muy afligida; y para consolarla le dijo y lo comprendió: “No puede haber tristeza en un día en que se ha comulgado. Una comunión basta para llenar de gozo un día”.

“Y sentí cómo vivo con Jesús, con el Jesús de mi intimidad y con el Jesús de mi Sagrario, como S. José vivió con Je-

sús en Nazaret. Si bajo a la profundidad de lo sobrenatural, mi vida es Nazaret, es cielo. Jesús es el Sol de mi vida. Él me resuelve todos mis problemas, me alienta, me llena de alegría y de paz”.

“Dos cosas he hecho instintivamente en este último tiempo cuando me acerco al Sagrario: anonadarme y no cansarme de decirle que lo amo...”

“Yo no podría vivir solo: ¿qué haría sin Él? Ultimamente, sobre todo, tengo la impresión de que vivo con Él, *en familia*. Es el tesoro de mi vida y el Dueño de mi corazón”.

“Necesito su inspiración, su acción, su ayuda; pero más, mucho más, necesito su amor... Comprendo que correspondo muy mal a su amor; pero lo delicioso de nuestra unión es que Él me “*aguanta*”. Así necesito un *Amado aguantador*... Envuelto en mis miserias, mi corazón le pertenece”.

“Para unirse a nosotros de manera inefable y dárse nos sin medida e inmolarse a cada instante por nuestro amor, instituyó la Eucaristía por la que Él se hace nuestro compañero, nuestra vida y nuestro rescate”.

“Para devolverle amor por amor y don por don, tenemos que hacer nuestra eucaristía. Pobre y limitada como nosotros, pero al fin nuestro don”.

“Vivir en su unión, darnos a Él sin medida, inmolarnos por su amor es convertirnos en *eucaristía viviente*”.

“La de Jesús fue fruto de un amor infinito y de un sacrificio inefable —el del Cenáculo y el de la Cruz—; para nosotros, el amor y el sacrificio producirán nuestra eucaristía, como lo dije en aquel soneto que termina:

“Y puesto que Él me dio su Eucaristía,
mi amor no fuera amor, si no le diera,
por un milagro de dolor, la mía...”

“Pero quizá no están suficientemente enumerados los factores de la Eucaristía. Ese amor y ese sacrificio de Jesús suponen su Pureza divina. Nos amó así, se nos dio así, se inmoló así por nosotros, por la divina unidad de su pureza”.

“Nosotros, para hacer nuestra eucaristía, necesitamos primero llevar a una grande perfección de pureza, desprendiéndonos de todo, olvidándonos de nosotros mismos, para que, en la unidad de esa pureza, podamos tener el amor y el dolor fecundos que producen nuestra eucaristía”.

“¡Magnífico programa espiritual!”

“La semana pasada di Ejercicios a 35 sacerdotes; parece que con buen éxito. Una tarde les hablé del amor a Jesús, que es la clave de la vida sacerdotal, y especialmente del amor a la Sagrada Eucaristía y del cuidado que debemos tener de todo lo que le atañe. ¿Quién había de pensar que esa noche Jesús me mostró su agradecimiento, uniéndose a mi alma de una manera especial y mostrándome su amor como Él sabe hacerlo?” (No pocas veces le pasó lo mismo). “¡Qué agradecido es Jesús! ¡qué fino! ¡Como que lo educó la Sma. Virgen —decía la Sra. Armida— con mucha gracia!”

* * *

Otro carácter del amor en Mons. Martínez era su pasión por cumplir la voluntad de Dios; y toda voluntad, no sólo la que ordena, sino la de simple beneplácito: “*darle gusto al Amado*”, como decía.

“Jesús me ha comunicado una dulce confianza en su amor... y me ha infundido el *gozo íntimo* de hacer su voluntad, sea cual fuere. Me he sentido dispuesto a todo lo que Él quiera; más aun, me he sentido gozoso de que se haga lo que Él quiera”.

Y en estas tres impresiones descubre el misterio del amor:

“el Amado poseído —el Amado haciendo mi obra, mi voluntad— yo haciendo la obra y la voluntad del Amado”.

Más tarde escribe: “Puesto que amar es dar gusto al Amado, quiero siempre hacer lo que a Él le place. El amor trueca en dulzura todas las amarguras de la vida, puesto que quien ama ve en todo la voluntad, el gusto del Amado”.

Y en otro lugar: “Los gozos del amor son: la contemplación del Amado, —su posesión— el cumplimiento de su voluntad...”

“Sin duda no podemos impedir que las cosas terrenas nos impresionen; pero es preciso divinizar, por decirlo así, estas impresiones, convirtiéndolas en amor”.

“Ha servido mucho para mantener la paz en mi alma esta doble consideración que se enlaza con la anterior: Quiero hacer en todo la voluntad del Amado y Él quiere también darme gusto en todo lo que está en armonía con su voluntad. Por consiguiente, debo gozar en todo lo que me sucede, porque todo lo dispone o lo permite la voluntad del Amado. Ninguna dificultad, ningún problema debe preocuparme, porque Él me hace todo, me arregla todo, porque en todo lo que es debido me quiere dar gusto”.

“Así el alma está en paz, en una paz que es trasunto del cielo”.

En otra ocasión escribe: “He tenido una temporada de luces y de consuelos. Tres cosas especialmente me ha concedido y me ha hecho desear Jesús: El anhelo de estar siempre con Él en medio de las ocupaciones y vicisitudes; me ha dado una seguridad grande de que está conmigo y una convicción de que Él es el único que no cambia, que no abandona, que nos “*aguant*a” todo; que con Él nunca estoy solo, de que siempre cuento con Él”.

“La segunda es una confianza, un abandono en su amor que me quita toda inquietud porque me da la seguridad de que

Él me arregla todo, por difícil que me parezca. Esto es una fuente de paz y de bienestar”.

“La tercera es el deseo de darle gusto en todo, aun a costa de sacrificios, porque el amor lo exige y porque es un gozo íntimo darle gusto”.

Más adelante: “...persiste en mi alma la resolución y el deseo de darle gusto en todo, *aún en lo más costoso*, con la ayuda de su gracia. ¿No consiste el amor en complacer al Amado?”

“...Otra cosa que he experimentado es el anhelo y el gozo de dar gusto a Jesús; hasta lo penoso me parece dulce cuando me penetra de que hago su voluntad, de que le doy gusto”.

“...Cuando se vislumbra lo que se ama, se suspira por la plena posesión del cielo y por esa posesión de la tierra que, según S. Juan de la Cruz.

“... *a vida eterna sabe*”.

“El alma siente también la necesidad imperiosa de darse, de buscar, de hacer la voluntad del Amado y complacerse en ella”.

“¡Poseerlo y darse a Él! ¡El fondo del amor!”

Citas como éstas podían multiplicarse. La “*entrega total*” es un acto que multiplica innumerables veces; y cada una marea una nueva ascensión en su vida espiritual. ¿Y qué significa la “*entrega total*” sino la plenaria adhesión a la voluntad de Dios?

Y esta pasión por la voluntad divina campea sobre todo en sus últimos años. Entonces, sobre todo, se pudo aplicar a su alma aquellas hermosas palabras de una dirigida suya: “*Mi alma boga en alta mar donde sólo se ve el cielo inmenso de la voluntad de Dios y el mar sin fondo de mi confianza en Él...*”

* * *

Si no temiera ser interminable, seguiríamos viendo otros matices que tuvo el amor en Mons. Martínez; pero debiendo terminar ya este asunto, nos limitaremos a señalar para concluir un último matiz.

Su amor era específicamente *divino*. “Mi vida en estos meses —escribe— fue muy agitada por el enorme trabajo de la visita. Pero en medio de los quehaceres tuve muchas comunicaciones con Jesús, pues me pasaba en el templo casi todo el día haciendo confirmaciones —hice más de 7,000— confesando, etc.”

“Jesús me hizo entender que quiere elevarme a otra etapa espiritual, de un conocimiento de Él más íntimo, de un amor más profundo, de una unión más estrecha”.

“Condición indispensable para esto es la perfecta virginización del corazón que comprende dos partes: ni amar ni dejarme amar de criatura alguna, ni querer agradar a nadie ni agradarme a mí mismo. Esto es una pureza perfecta de todo afecto, especialmente del amor propio. Y me hizo ver muchas deficiencias en estos puntos”.

“Con esta virginización se desarrollará plenamente en mi corazón la caridad y se derramará abundantemente en las almas. Además, Jesús me asegura que vendrá esta plenitud de la caridad por el camino que acabo de señalar”.

“En muchas ocasiones Él me ha hecho notar lo que debo evitar y aún me ha cuidado singularmente; pero también el demonio me ha preparado especiales luchas”.

Otra cosa muy bella que completa las lecciones anteriores. “Vi cómo la más preciosa es amar a lo **divino**”.

“El Verbo de Dios que eternamente nos ha amado a lo divino, al venir a la tierra “*aprendió*” a amarnos a lo humano por una exquisita e inefable delicadeza. Y nos enseñó a amar a lo divino”.

“Amar así no es solamente amar con perfecta pureza, con increíble profundidad, con exquisita ternura; sino que es en verdad amar como Dios ama, es decir, amar como el Padre ama al Hijo, y como el Hijo ama al Padre, esto es —vuelvo a decir— amar por el Espíritu Santo”.

“La caridad, imagen del Espíritu Santo nos hace amar a lo divino; pero el verdadero, o más bien, el perfecto amor a lo divino, es amar bajo la moción del Espíritu Santo”.

“Uno de los matices de ese amor es el que Dios me ha dado, porque es reflejo del amor del Padre”.

Más adelante, dice: “Hay algo de incompleto y de imperfecto en mi vida; mi alma necesita entregarse sin reservas al amor. Tengo sed de contemplación y me parece que me dejo absorber por las ocupaciones —aunque sean santas— y pierdo esas íntimas comunicaciones con Dios que son un cielo anticipado”.

“Una hora pasé con la vista del alma fija en Jesús, grande, bello, amoroso, que cautiva con sus divinos encantos ¿por qué no mirarlo más, no mirarlo siempre?”

“Él me invitó desde antes a un conocimiento más íntimo de Él, a ahondar en el misterio del Cristo, como me lo propuse en los últimos Ejercicios”.

“Para esto necesito un amor *pleno, virginal, a lo divino*, ¿quién comprenderá lo que cada una de estas palabras significa? El corazón vacío para la tierra, el alma olvidada de sí misma y aquel matiz de amor... llenando mi vida” (1).

“Leyendo aquella frase de San Pablo: “*Recibimos al Espíritu de adopción que clama en nosotros, “¡Abba! ¡Padre!”*; pensé que ese mismo Espíritu, puesto que es el amor del Padre y del Hijo, clama también en nuestras almas “*¡Hijo! ¡Hijo!*” Pero este amor a lo divino se desborda en las almas por el apostolado. Nunca había entendido como ahora la doctrina de Santo Tomás, que la vida apostólica es el desbordamiento de la vida contemplativa. Pensaba que el Doctor Angélico quería de-

(1) De este matiz dominante del amor en Mons. Martínez, habla con mucha frecuencia en sus notas íntimas; pero nunca de una manera clara, sino con reticencias. Quien entienda, por experiencia propia, de estos secretos íntimos de la Mística lo comprenderá sin más explicaciones. A los demás no conviene darlas, sino dejar en el misterio lo que Mons. dejó velado.

oir que en la contemplación está el manantial de luz, de amor, de sacrificio que riega las áridas llanuras de la acción; que la eficacia de ésta viene toda de la contemplación. Que en la cumbre de la luz amorosa se fragua el impulso que nos lleva a las almas y el heroísmo que nos hace olvidarnos de nosotros mismos para entregarnos a ellas; que del cielo de la contemplación se difunde a la tierra prosaica de la acción la belleza inmaterial que la idealiza y la ennoblece”.

“Pero ahora veo algo que me parece más profundo: la distinción entre la contemplación y la acción en la vida apostólica tiene algo de artificial; por lo menos es una fragmentación que por la imperfección de nuestro espíritu hacemos en la unidad, opulenta y majestuosa, de la vida espiritual”.

“Para hacerles bien a las almas no hay que salir de la contemplación, de la intimidad con Jesús; antes bien, hay que entrar en esa región divina; es como un trasunto de la acción de Dios en las criaturas que no lo hace salir de Sí mismo. Si algo tuviera Dios que hacer para obrar fuera de Sí mismo, sería concentrarse en las profundidades de su Ser; pero no necesita concentrarse, porque vive siempre en su infinita simplicidad”.

“No hay que salir de la intimidad de Jesús para obrar en las almas, si comprendemos que el Jesús íntegro, por decirlo así, ábarea a todas las almas. Es una forma de intimidad con Jesús predicar, dirigir, gobernar, si todo esto se hace a lo sobrenatural y a lo divino”.

“Y si un alma de apóstol sumergida en Dios, tuviera que hacer algo para hacerle bien a las almas, sería tan sólo hundirse más hondamente en el océano de la Divinidad. Hacer obra apostólica no es salir sino entrar en el augusto santuario. Hacer obra apostólica es llenarse de Dios a tal grado, que Dios, desbordándose —para hablar en nuestro pobre lenguaje— llegue a las almas y las bañe y las penetre y les de vida”.

RETRATO VIVIENTE DE CRISTO

LA SEGUNDA misión espiritual de Mons. fue reproducir a Cristo, ser un retrato vivo de Él.

A mi ver, esto significa tres cosas: copiar las virtudes de Cristo, reproducir místicamente sus Misterios y hacer o continuar su obra; de esta manera se realiza el deseo de S. Pablo de tener los mismos sentimientos que Cristo, —“*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Iesu*”—, de vivir la misma vida de Cristo —“*Mihi vivere Christus est*”—, y de continuar su obra, de manera que el hombre desaparezca y sólo quede Cristo que prosigue en el mundo su obra de salvación y redención —“*Vivo, sed non ego: vivit verò in me Christus*”—.

Pero estos tres aspectos de tal manera se enlazan y completan, que no se puede tratar de uno sin tratar de los otros. Digamos sin embargo algo de cada uno.

* * *

Cristo apareció en el mundo, *pobre*.

Podríamos aplicar a Mons. las palabras de S. Pío X: “*nació pobre, vivió pobre y murió pobre*”.

Sin duda que su pobreza no era impuesta ni forzosa, sino del todo voluntaria. Nunca le faltó lo necesario y conveniente, según su posición social y su dignidad eclesiástica. Pero siem-

pre dio euanto tenía y con frecuencia aun más de lo que tenía, fiado en la Providencia que nunca le faltaba.

“Los obispos, me decía, debemos santificarnos en circunstancias muy especiales: debemos ser pobres en la abundancia; mortificados a pesar de las fiestas y banquetes, humildes en medio de los honores”.

Por sus manos pasaron millones, pero no hicieron más que pasar... Todo lo dedicaba a los pobres —a quienes él llamaba su familia episcopal— y a las obras ingentes que llevó a cabo.

Ya vimos cómo desde su Consagración episcopal, todo lo que recibía por las Confirmaciones lo dedicaba a los pobres; por eso, enfermo, casi imposibilitado, las siguió haciendo hasta el fin.

Pero ese dinero no bastaba, ¡cuántas veces a mediados del mes ya había agotado todo lo que como Arzobispo de México le correspondía mensualmente! Sus familiares supieron de dificultades y penurias en el gasto diario de la casa.

Como todo hombre intelectual, tenía pasión por los libros. En una ocasión, le prestaron un libro de ese notable crítico francés, Jules Lemaître. Le gustó tanto este autor que me comisionó para que le comprara otras obras del mismo autor que le interesaban. Pero en seguida me escribió para decirme que, si todavía no hacía el pedido, lo cancelara, porque no le parecía que ese gasto fuera necesario... ¡y había tantas necesidades!

Su biblioteca estaba formada en su mayor parte por libros que le obsequiaban. Eran pocos, pero muy escogidos, porque sus amigos entendían de eso. Los muebles de su casa se los obsequiaron también. Igualmente todos los pectorales y pastorales; nunca compró uno solo, y mientras no fue Arzobispo de México, solamente usó un pectoral sencillísimo sin adorno alguno.

El que esto escribe le arregló muchas veces su equipaje en sus frecuentes viajes; y la ropa personal era tan modesta, como la de un simple seminarista. Fuera de México, tenía que usar el sombrero episcopal; pues bien, casi hasta su muerte no usó sino uno tan viejo y tan gastado, que había pertenecido a Mons. Arciga, 2º Arzobispo de Michoacán, y lo había desechado por inservible. Hasta 1951 se le compró uno nuevo, sin consultarle, pero ya poquísimas veces pudo usarlo.

En sus notas íntimas escribe ingenuamente: “Todo el dinero que me cae lo doy; algunos piensan que llego al exceso, y a las veces lo creo yo también... Pero, a pesar de todo, tengo algunos ahorros que no he gastado, *porque nos los tengo aquí*. Hace pocos días creí —por algo que me dijeron— que los había perdido. Y me dio gusto “*quedarme tan fresco*”, como si hubiera perdido un botón de la sotana, por más que era una cantidad de relativa consideración. Después se aclaró que no había perdido nada; pero esto me sirvió para sondear mi corazón”. (Es decir, para comprobar su desprendimiento).

“Más trabajo me cuesta conservar mi corazón libre de afectos, porque con los años se me ha hecho no solamente de padre, sino de abuelo. Claro que no hay corazón tan rico de afectos como el corazón del sacerdote, pero es preciso velar para que no haya nada humano en esos afectos, porque para nosotros Jesús es todo y es único”.

* * *

Jesús fue *humilde* de corazón y lleno de *mansedumbre*.

Como ya vimos, la humildad de Mons. Martínez desconcierta a quien no lo haya conocido a fondo; porque o parece que exagera y que no es sincero, o cuando habla tanto de “*sus miserias*” se llega a pensar si se tratará de algo que en realidad valga la pena.

En realidad lo que tenía era una gran luz que le hacía ver —como él decía— el TODO de Dios y la NADA suya.

La humildad de Mons. no era precisamente la llamada “*humildad de abyección*” que nos lleva del conocimiento de nuestra miseria, al aborrecimiento de nosotros mismos. Era la humildad que no hace olvidarnos, desaparecer, morir a nosotros mismos. Era la humildad de “*pequeñez*” de la Infancia Espiritual.

Desde sus primeros hasta sus últimos Ejercicios, siempre hay en ellos un propósito acerca de la humildad. “*Es mi caballo de batalla*”, decía.

Su humildad tenía esos matices: era para él, ante todo, como el gran medio para llegar a amar a Dios perfectamente; la consideraba además como la muerte del “*yo*”, del egoísmo, del amor propio, —el gran enemigo del amor—. La humildad la veía siempre en funciones del amor.

* * *

Por ejemplo, en los Ejercicios de 1933, escribe: “Para alcanzar una intimidad más estrecha con Jesús, como Él me lo pide y yo lo deseo, procuraré dos cosas *desaparecer yo y llenarme de Él*”. Entra después en los detalles para alcanzar una y otra cosa.

En los Ejercicios de 1938: “Cuidado exquisito por conservarme en la humildad”.

En los de 1940: “Si el amor ha de ser el fondo de mi vida, debo analizar los caracteres de este amor”.

“Ante todo, debe llenar por completo mi corazón: nada, debo amar fuera de Él”.

“Lo único que encuentro en mi corazón que disputa a Jesús la total posesión de lo que es suyo, es cierto amor vago a mí mismo, cierta tendencia a buscarme casi inconscientemente a mí mismo: mi bienestar y mi honor”.

“Gracias a Dios no encuentro en esto cosa deliberada; pero lo indeliberado, lo que se oculta —como ahora se dice— en la subconciencia, revela lo que somos, descubre el fondo de nosotros mismos”.

“*Caritas... non quaerit quae sua sunt*”. La caridad no busca su propio bien. El amor de Jesús debe llenar totalmente mi corazón. Mi amor debe ser puro y desinteresado”.

Más adelante habla de sus miserias y dice: “Vi en la permisión de Dios respecto de esas miserias, una gracia insigne, porque han sido la garantía de mi humildad, base de la vida espiritual y condición indispensable para recibir las gracias de Dios y cumplir una misión divina”.

“Algunas personas que me conocen a medias, me exaltan por lo que digo o por lo que hago. Aunque quisiera creer lo que me dicen, *no puedo*: el contrapeso de mis miserias me tiene clavado en la profundidad de mi abismo. Nada ni nadie me puede elevar”.

¿No es ésta la confirmación en la humildad, puesto que se ve como imposibilitado para concebir un sentimiento contrario a esta virtud? No es la simple virtud de la humildad, sino la humildad ejercitada bajo el influjo de los Dones, sobre todo de los Dones de Temor de Dios, de Ciencia y de Inteligencia. Es la Humildad-Don.

Y prosigue “¿Qué sería de mí sin mis miserias? Con el Salmista debo decir: “*Bonum mihi quia humiliasti me!* ¿Qué bueno, Señor, que me hayas humillado!”

“¿Oh!, como en alguna ocasión lo hice, debo seguir pidiendo a Dios que haga de mí lo que quiera, que me dé lo que le plazca, que realice por medio mío las maravillas que quiera; pero que no me quite mis harapos! ¿Debajo de ellos, que viva Él en mí!”

En otra parte escribe esto que viene más directamente a nuestro propósito. “En esos ejercicios, la segunda resolución

es ésta: *asemejarme* a Jesús: a) por la pureza; b) por la humildad, no admitiendo nada contra esta virtud y procurando la mayor pureza de intención en todos mis actos, especialmente en los ministeriales”.

En otro lugar, escribe: “Debo amar a Jesús con un amor verdadero, profundo, perfecto, en cuanto es posible a mi miseria”.

“Debo por tanto eliminar mi egoísmo, *olvidarme, no buscarme, borrarme*”.

Más tarde, al formular sus resoluciones, dice: “Por consiguiente, para resolver todos mis problemas, necesito dos cosas: *olvidarme* totalmente y *amar* a Jesús con un amor que sea una total consagración de mí mismo a Él. Para no buscarme a mí mismo, necesito buscar en todo y por todo a Jesús. No querer darme gusto ni dar gusto a criatura alguna: ni a superiores, ni a hermanos, ni a inferiores, sino solamente a Jesús”.

“Este anhelo de darle gusto en todo, en cada acto, a cada instante, alimentado en la oración, realizará el ideal del amor que es una consagración definitiva y total”.

* * *

En los Ejercicios de 1941, Dios le ha revelado una nueva manera de amarlo, un *amor nuevo*. De él dice que es la perla preciosa que, quien la ha conocido, debe ir y vender cuanto tiene para comprarla.

“Pero —¿será osadía?— siento en lo íntimo de mi alma que no necesito comprar ese amor, que lo poseo. Las gracias de 1927 me unieron en verdad a Jesús, y todas mis deficiencias y vicisitudes no han sido suficientes para borrar la realidad divina de esas gracias”.

“En cuanto al *nuevo amor*, al revelármelo Jesús ¿no me dio la sustancia de Él?”

“Pero claro está, necesito conservar y desarrollar ese tesoro”.

“Para eso necesito la oración. Quien me dio la luz y el deseo, me dará y conservará el don”.

“Por mi parte se me ocurre que es preciso trabajar y olvidarme para amar a Jesús de una manera nueva. Urge una obra de despojo, de olvido, de aniquilamiento del “yo”.

“Pero sin negar la importancia y eficacia de este procedimiento, pienso que el perfecto olvido de nosotros mismos no se logra por el ejercicio constante y metódico de olvidarse, sino únicamente por un amor tan intenso y tan absorbente, que no nos deje pensar en nosotros. Al olvido ordinario se puede llegar por el camino del olvido; al olvido perfecto, solamente se llega por el camino del amor”.

“Pero increíble, por feo, por absurdo que parezca esto, ahí está la triste realidad: el gran enemigo del amor es el egoísmo, ese afán torpe e incurable de buscarnos a nosotros mismos”.

“¡Cuánto he trabajado en mi vida por arrancar de mi corazón ese enemigo del amor! Y cuando he creído que ya estaba libre de él el corazón, vuelvo a descubrir las huellas inconfundibles del egoísmo!”

“De manera solapada, ingeniosa, finísima, ahí está el enemigo en mis intenciones, en mis deseos, en mis penas, en mis palabras...”

“Siempre he visto dos géneros de motivos para ser humilde: uno que se basa en la verdad; y otro, en el amor”.

“Ahora vi que el primer género se refiere a la humildad como virtud particular, en tanto que el segundo la toca en sus relaciones íntimas con el amor”.

“Para cultivar la humildad, debo habitualmente considerar esos dos motivos, especialmente los del segundo género; analizar cuidadosamente mis pensamientos, intenciones, palabras, etc., para que no se oculte en ellos el amor propio solapado y

para combatirlo cuando lo descubra; y por último, hacer examen particular acerca de la humildad”.

En esa lucha contra el egoísmo llega a finísimos análisis y descubre una nueva forma de egoísmo: “consiste en darme gusto en cosas sencillas, como una lectura, un descanso, etc., cosas que en sí mismas nada tienen de ilícito ni de peligroso, y que en ocasiones pueden ser útiles y aún necesarias, pero que con frecuencia se hacen para darse gusto”.

“Con discreción hay que combatir el egoísmo aún en este reducto. Esta clase de egoísmo produce desorden en las ocupaciones”.

“Quizá también tiene parentesco esta forma de egoísmo con esa otra finísima que en lo espiritual nos impele a buscar con exceso los consuelos”.

“Para que Jesús viva plenamente en mí, es preciso que yo desaparezca por completo”.

En los ejercicios de 1945, el propósito capital es: “Que nuestro mutuo amor sea mi felicidad, que Jesús sea mi Todo y mi Único”.

“Para esto quiero *olvidarme* enteramente de mí mismo; y haré mi examen particular sobre no admitir nada de amor propio”.

En las “*normas prácticas*” de los ejercicios de 1947, insiste: “El egoísmo es el único enemigo del amor”. Y el segundo de los propósitos es llevar el examen particular “sobre no hablar de mí mismo en lo que pueda favorecerme y no sea necesario decir. Se extenderá dicho examen a toda la materia de la humildad si fuere conveniente”.

En los ejercicios de 1950, el cuarto propósito es “procuraré no hablar bien de mí mismo, sino cuando fuere preciso”.

En los de 1951, el cuarto propósito: “llevaré examen particular acerca de este punto: “No buscarme a mí mismo. En todo procuraré conservarme en humildad”.

Por esta confesión ingenua y sincera que hace en sus notas íntimas, se adivina a qué grado de perfección llegó en la humildad: "He sentido últimamente un gozo íntimo en humillarme y desaparecer; no es algo razonado, sino una especie de instinto, una intuición de lo dulce, de lo estético, de la humildad, sin saber por qué".

Pero seríamos interminables. Para Mons. la humildad y el amor son en el fondo una misma realidad. Son como el anverso y el reverso, como el aspecto positivo y negativo de una misma cosa.

* * *

Cuando conocí a Mons., antes de que fuera sacerdote, era de temperamento vivo. Siendo Prefecto de disciplina del Instituto vigilaba el salón de estudios. Un alumno estaba conversando con otro y le llamó la atención para que guardara silencio, una y otra vez, sin resultado; le ordenó entonces que se saliera del salón; tampoco lo obedeció.

Tomólo entonces con decisión por debajo de los hombros y casi en peso lo sacó del salón para hacerlo obedecer.

Sin embargo, llegó a adquirir una mansedumbre tan perfecta, que cuando en alguna rara ocasión se vio obligado a reprender con energía, le era preciso aparentar un disgusto que estaba muy lejos de sentir.

En una ocasión, una persona se rebeló contra su autoridad, y Mons. se vio obligado a imponerla con energía. Cuando pasó este percance, alguien le ofreció una medicina para la bilis. El la declinó sonriendo agradecido y con ingenuidad dijo: "dentro de mí no he sentido la menor alteración. Todo ha sido exterior y obligado por la necesidad".

* * *

Así podíamos seguir discurriendo por las demás virtudes de Cristo.

Vimos reproducidos en Mons., en cuanto lo permiten las limitaciones humanas, su obediencia a las leyes divinas y eclesiásticas, y una sumisión a todas las manifestaciones de la Voluntad Divina hasta llegar a ese amor a la Voluntad de Dios que en él se convirtió en una verdadera pasión.

A semejanza de Jesús, cómo se distinguió por la indulgencia, la bondad, la caridad para todos sin distinción, con la que conquistó los corazones de todos.

Respecto de su caridad, este solo rasgo la demuestra: jamás, pero jamás, se le oyó hablar mal de nadie, ni de los gobernantes —que con frecuencia suelen ser el blanco de todas las censuras—, ni de sus hermanos en el Episcopado, ni de sus inferiores; ni lo hizo con sus más allegados, ni con sus colaboradores en el gobierno. Especialmente era tan celoso en guardar la fama de los sacerdotes propios y extraños, que a las veces hubiera parecido a muchos exagerada. Abundan en esto los casos que pudieran citarse, pero que por brevedad omitimos.

“La caridad para con el prójimo, escribe, es un elemento esencial —aunque secundario— de la perfección cristiana”.

“Por la unión íntima que tenemos con Jesús como miembros de su Cuerpo Místico y por tanto partícipes de lo divino, hay un enlace íntimo entre la caridad para con Dios y la caridad para con el prójimo”.

“*Lo que habéis hecho por mis hermanitos lo habéis hecho conmigo*, dice Jesús”.

“¡Qué satisfactorio es poder pagar a Jesús en el prójimo, aunque sea en pequeño, lo que hace por nosotros!”

“El amor del prójimo completa maravillosamente el amor de Dios”.

† “Pero, si es precioso cuanto hacemos al prójimo por hacerlo a Jesús, lo más precioso de la caridad es hacer a las almas el bien espiritual”.

“El celo por la salvación de las almas es deber esencial de todo cristiano, pero especialmente del sacerdote y del Obispo”.

“A nosotros corresponde algo de lo que Jesús dijo a Pedro: “*¿Me amas, Pedro, más que éstos?... Apacienta mis corderos*”.

“Para cumplir este deber, lo primero y esencial es el amor a Jesús, pues Santo Tomás enseña que la vida apostólica es el desbordamiento de la vida íntima”.

“Para nosotros, apacentar los corderos de Jesús es el desbordamiento de ese amor episcopal y sacerdotal que Jesús expresa así: “*¿Me amas más que éstos?*”

“De manera especial me hizo Jesús sentir esta verdad, más que por razonamientos, por su íntima comunicación”.

* * *

En segundo lugar, Mons. reprodujo místicamente *los misterios de Jesús*. El alma que se ha transformado en Cristo, vive la vida de Cristo: ¿no es esto lo esencial de esta transformación?

Ahora bien, vivir la vida de Cristo no es otra cosa que reproducir sus misterios. Los misterios de la vida de Cristo, como hechos históricos, pasaron; pero como disposiciones del alma de Jesús, no han pasado, las conserva Cristo en al Eucaristía y las conserva sobre todo en el cielo. Y esas disposiciones íntimas del Corazón de Cristo son el alma, son lo esencial, son lo íntimo de todos sus misterios.

De una manera especial, Mons. Martínez reprodujo el misterio de Belén y el misterio del Calvario, que son el alfa y el omega de la vida de Cristo y el compendio de todos sus misterios.

“El modelo de estas virtudes, o más bien los modelos, están en la gruta de Belén. ¡Qué misterio de pobreza en el Niño Divino...!” “*Scitis enim gratiam Domini Nostri Jesu Christi,*

quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut vos illius inopia divites essetis (1). Conocemos la gracia de Nuestro Señor Jesucristo que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza nos hiciéramos ricos nosotros”. “¿Cómo pudo hacerse pobre y tan pobre, el que es infinitamente rico por su naturaleza?”

“Y pobres, pobrísimos, son José y María, que no encontraron en las moradas de los hombres un rinconcito para que naciera Jesús”.

“Pero lo que es bellísimo y sublime es el perfecto olvido de sí mismos de los tres personajes de ese idilio celestial de Belén”.

“María, después de la noche divina —desde antes sin duda— vivió en un éxtasis de divino amor; no en esos éxtasis que suspenden los sentidos, sino en esos que arrancan al alma y la cautivan en el ser amado, pues —como dijo S. Dionisio— “*Amor divinus facit extasim*”.

“¿Cómo podía pensar en sí misma aquella Madre dichosa que veía en su hijito a su Dios?”

“Y José participaba de aquel éxtasis; pero con la singular prerrogativa de que no le impedía atender a las necesidades materiales de la Sagrada Familia; como tampoco le impedía a la Virgen sus quehaceres domésticos; puesto que las ocupaciones de ambos tenían su centro y su unidad en el Niño divino”.

“Pero lo más admirable es el olvido propio de Jesús. Parece que Él no podría, no debería olvidarse de sí mismo. Nosotros nos olvidamos de nosotros mismos, porque somos nada, para pensar en Dios. Pero ¿cómo puede Jesús, que es Dios, olvidarse de sí mismo?”

S. Alfonso de Ligorio ha expuesto magistralmente esta

(1) II Cor., VIII, 9.

doctrina: “*Amore nostri, homo factus, vitam aerumnis plenam mortemque crucis sibi elegit, nostram felicitatem, proprio honori, propriis commodis, propriae vitae praeponens omnibusque renuntians ad suum nobis amorem demonstrandum.* Por nuestro amor se hizo hombre y eligió para sí una vida llena de sufrimientos y la muerte de cruz; y a sus propio honor, a su propia comodidad y a su propia vida, prefirió nuestra felicidad, renunciando a todo para demostrarnos su amor”.

“Así debía yo vivir (así vivía en efecto) en un éxtasis de amor que envolviera en su unidad todas mis ocupaciones que, gracias a Dios, tienen por centro y unidad a Jesús”.

“Para vivir así se necesita estar dispuesto a sufrir, o más bien, a mirar hondamente y a amar sinceramente el sufrimiento. ¡Cuántas veces salimos de la contemplación y del amor, por evitar un sacrificio, por inquietarnos de una contrariedad, por no encontrar en el seno del dolor el secreto de la paz y de la perfecta alegría!”

Este ideal lo realizó en su vida Mons. Martínez. Pocas almas han entrado tan adentro en el espíritu de Infancia Espiritual. Se asimiló el “*Espíritu de Adopción*” y con el Hijo clamó al Padre: *Abba, Pater!* Y amó al Hijo con un reflejo del amor de María y de José... Su corazón fue un perpetuo Belén.

Pero también reprodujo el misterio del Calvario; mas esto nos lleva a considerar la tercera misión de Mons., que fue víctima con Jesús víctima, lo que veremos en el siguiente capítulo.

* * *

En tercer lugar, Mons. Martínez hizo *la obra de Jesús*.

Mons. Gay tiene un pensamiento precioso: “*Para hacer la obra de Jesús es necesario ser Jesús*”. Pero también puede afirmarse: “*el que es Jesús hace la obra de Jesús*”.

Mons. Martínez, transformado en Jesús, hizo la obra de

Jesús, es decir, fue un verdadero apóstol: “¿No basta al apóstol —escribe— hablar, obrar, prever, etc., todas esas formas de la actividad humana. El apóstol debe comunicar a Dios hasta en la inacción y en el silencio, por una admirable *exósmosis* espiritual”.

“Como quien lleva consigo un puñado de fragantes flores no necesita para embalsamar el ambiente ni hablar, ni hacer nada, sino simplemente estar allí; así el apóstol, lleno de Dios, (transformado en Jesús), no necesita hacer otra cosa para comunicarlo, que acercarse a las almas; por donde pase, dejará todo embalsamado con el buen olor de Cristo”.

“Cuanto más puro, más amante, más contemplativo, más sacrificado sea el apóstol, más perfectamente poseerá esta fecundidad espiritual. Trasunto de María, el apóstol llevará a Jesús y dará a Jesús, siempre y en todas partes, como María lo lleva y lo da”.

En otra ocasión escribe: “Otra gracia de Nuestro Señor que debo confesar con pleno optimismo es que ha dilatado mi corazón y aumentado en él la caridad para con el prójimo, virtud eminentemente sacerdotal. Nadie se imagina cómo amo a las almas, cómo quisiera sacrificarme por ellas, cómo soy feliz, muy feliz, con la felicidad de ellas. En los Ejercicios de... me confesó la Superiora que más que lo que prediqué y lo que dije a ella en particular, le había hecho bien la caridad, paciencia y dulzura con que traté a todas”.

Algún tiempo después, dice: “Nuestro Señor me ha dado, en esta última temporada, la perfecta alegría del apostolado: ¡cuánto me hacen gozar las almas! Y también sufrir... aunque menos”.

“Muchas veces me he sentido como fuerte para apoyar y consolar a las almas y como si yo no necesitara, aparentemente, ni consuelo ni apoyo. Nuestro Señor me ha hecho ver que Él constituye mi fuerza para apoyar y consolar, y que no nece-

sito otro consuelo y otro apoyo que Él, que está íntimamente unido con mi alma. En ciertas temporadas no siento la dulzura ni el fervor de la unión; pero la paz, la fuerza y un no sé qué de sólido e íntimo que experimento dan testimonio de esa unión dichosísima”.

...“Después noté el martirio y la felicidad del amor al prójimo, pues se sufren las penas y se goza de la felicidad de los demás. ¡Cómo sufriría y cómo gozaría Jesús por ser el padre de todas las almas!”

En otro lugar escribe que, para hacer del ministerio una escala para ir a Jesús, es preciso “vivir con Él, vivir por Él, vivir en Él: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*”.

“Hacerlo todo *con Él*, con la conciencia de que está presente en mi alma, de que todo lo hace conmigo, de que siempre vivimos dos, o más bien, uno solo, porque mi vida se funde con su vida”.

“Hacerlo todo *por Él*, por amor; ningún motivo inferior a éste es digno de un alma unida a Jesús, de un alma sacerdotal. Y todo lo que se hace por amor nos lleva a Jesús y estrecha nuestra unión con Él”.

“*Vivir en Él*, esto es, ver todo con sus ojos, sentir con su Corazón, obrar con su Espíritu. La fe y el amor transfiguran todo y lo divinizan”.

“La segunda manera de vivir Jesús en mí es por *la renovación de su vida y de sus misterios en mi vida*”.

“Cada vida espiritual, y especialmente la vida del sacerdote, debe ser una reproducción, un trasunto de la vida de Jesús”.

“¡Qué dulce que Jesús siga viviendo en nosotros y realizando en nosotros sus designios! ¡Qué consolador que Él *haga en nosotros su obra!* Así se lo pedí y *así me lo prometió* al aceptar el Arzobispado”.

“Para esto es preciso que se realice en mí la expresión de

S. Pablo: "*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu*". Que sus pensamientos sean mis pensamientos, que sus afectos sean mis afectos, que su impulso vital sea el mío".

"Para lo primero debo juzgar de todo sobrenaturalmente, "*ver por los ojos de Jesús*". Sobre todo en la obra de Dios que debo hacer, es preciso ver a lo divino".

"Quizá en el medio en que Dios me puso hay especial tendencia a ver a lo humano; mayor razón para obrar a lo divino. Debo cuidadosamente eliminar las razones humanas y el modo de proceder a lo humano; lo cual es una nueva eliminación del "*yo*".

"Mirando todo por los ojos de Jesús, esto es, según su criterio y según su Espíritu, vivirá Él en mí, mi vida será una reproducción de su vida".

"Pero al criterio sobrenatural hay que añadir el amor sobrenatural, puesto que la luz y el amor forman la obra. El amor de Jesús, su amor sacerdotal, el amor al Padre y el amor a las almas, debe ser el amor de mi corazón, la vida de mi vida".

* * *

Pero es preciso detenernos, porque seríamos interminables.

Para terminar, reproduzcamos dos escenas que nos muestran gráficamente cómo Mons. fue otro Cristo.

"Hace pocos días, al trasladarme de un pueblo a otro, llegué a la orilla del río Lerma; centenares o millares quizá de personas me acompañaron a la ribera, gritando "*¡Viva Cristo Rey!*" Eran como las nueve de la noche, el cielo estaba espléndido, cintilaban las estrellas y la luna iluminaba la escena; toda aquella multitud cubría la ribera que, por su topografía especial, dejaba ver de una mirada toda aquella gente; la música tocaba, vitoreaba los hombres y lanzaban cohetes".

"Yo entré con algunos en una barca para pasar a la otra orilla; gozaba naturalmente la poesía de aquella escena".

“Pero al recordar aquel pasaje del Evangelio en que se cuenta que Jesús hablaba a las multitudes desde una barca que se iba alejando de la orilla, de tal manera sentí en la escena del Lerma la escena del Tiberíades, que experimenté una impresión honda y dulcísima, pero *insoportable*”.

“¡Ah! ¡tiene razón Jesús en ocultársenos en esta vida! Con la luz que el Espíritu Santo difunde en nuestro entendimiento y con el amor que derrama en nuestros corazones, no podemos *soportar* a Jesús sino velado, oculto; apenas se levanta un poco el velo, no puede resistir nuestra flaqueza”.

He aquí otra escena, años más tarde:

“Una día visitaba un pueblecito de las cercanías de México; la gente me rodeaba arrojándome flores y confetti, besándome el anillo, empujándome cariñosamente. Un hombre del pueblo dijo: “*¡Así ha de ser Nuestro Señor!...*” Sólo Dios sabe lo que sentí y lo que me sugirió esa expresión ingenua”.

“Quiero que se transparente Él en mí, no tanto para amarme y protegerme, cuanto para obrar y hacer bien por mi medio”.



El Príncipe Bernardo, consorte de la Reina de Holanda, visita
a Mons. Martínez.



"Dejad que los niños se acerquen a Mí". Mons., después de haber dado la Primera Comunión a un niño, se deja rodear, complacido, de sus hermanitos.



Una de las últimas fotografías de Mons. Martínez
donde ya se nota su agotamiento físico.



Mons. duerme el sueño de la paz, mientras la multitud, de todas las clases sociales, venera sus restos mortales.



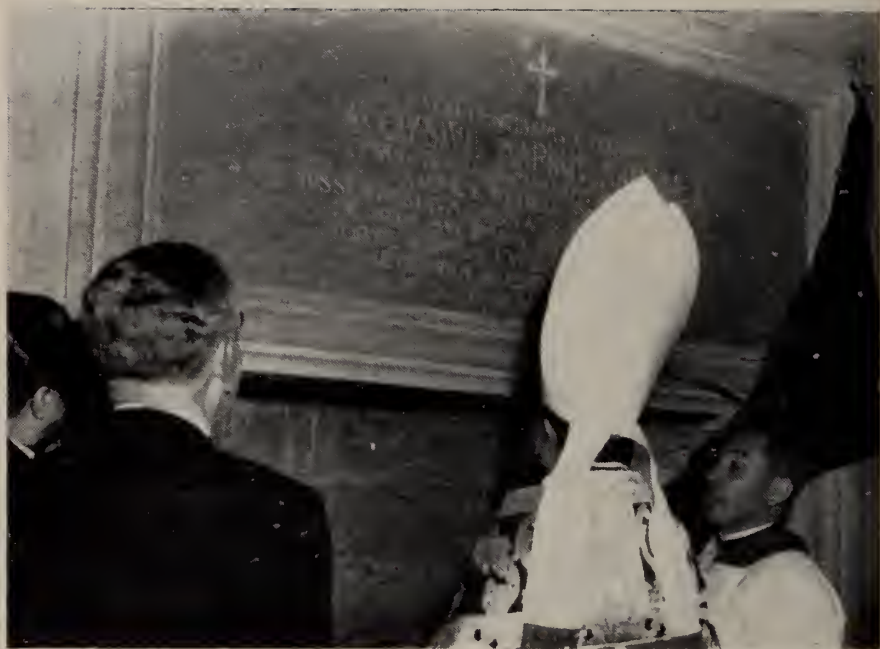
El féretro, en medio de la multitud que llena la inmensa plaza, frente a la Catedral, llega a las puertas de ésta para el solemne funeral.



El Cardenal Spellman (a la izquierda) preside los funerales de Mons. Martínez.



En hombros de sus sacerdotes, el féretro de Mons. desciende a la cripta donde reposarán sus restos mortales,



El lugar donde Mons. Martínez espera la resurrección del último día.

VICTIMA CON JESUS

ESTA es al tercera misión de Mons. Martínez. Luego se ve cómo las tres misiones se completan mutuamente; pues *sacrificarse* fue sustancialmente la obra de Jesús; y, como vimos, para hacer la obra de Jesús, es preciso haberse transformado en Él y ser un *vivo retrato* de Cristo. Pero ningún alma puede transformarse en Cristo sin dar a *conocer el amor divino*, tanto porque esta transformación es obra del amor, cuanto porque, si Nuestro Señor vino a hacernos palpable el amor divino y a acomodarlo a nuestra pequeñez, no puede hacer otra cosa toda alma que se transforma en Él, sino pregonar este amor.

Así como Santa Teresita bajo una sonrisa ocultó toda una vida de sufrimientos; de una manera semejante, el buen humor, la jovialidad, su carácter siempre festivo, ocultaron en Mons. las grandes penas con que Nuestro Señor llevó a su alma a la madurez, a esa madurez que sólo puede dar el dolor.

Casi nació huérfano. Su cuna se cubrió de crespones cuando a los 11 días de nacido murió su padre.

En un sacerdote, tío materno, encontró un padre adoptivo; pero murió cuando el niño tenía 7 años y volvió por segunda vez a quedar huérfano.

Otro tío materno volvió a adoptarlo, pero murió también cuando todavía Mons. Martínez era un sacerdote joven.

Espiritualmente reconocía como padre de su alma a Mons. Banegas, a quien debió la orientación de su inteligencia, en gran parte la formación de su carácter y el cultivo de sus dotes de orador sagrado y de escritor. Pero también él murió. En sus notas íntimas escribe:

“Como acontece siempre que Nuestro Señor va a darme una pena, en los días anteriores a la muerte del Sr. Banegas, Dios me envolvió en ternura y en paz. Pero ¿quién lo había de creer que me “sentí” con Nuestro Señor? Casi puedo asegurar que nunca me había “sentido” con nadie, y aún he dicho muchas veces que ese matiz de sensibilidad que no es enojo ni contento, no cabe en mi sensibilidad; pero ahora sí me “sentí”. Después que murió el Sr. Banegas, no podía ponerme en contacto con Jesús sin llorar y sin sentir ese matiz que no había antes sentido. ¿Será cierto resentimiento amoroso? ¿O será que cuando nos acercamos a una persona amada estalla la pena que llevamos en el alma? Creo que hubo algo de una y otra cosa. Especialmente en la Misa que canté en Catedral se me salían las lágrimas de los ojos y se desbordaba de mi alma algo entre amargo y dulce”.

“Por supuesto que acepté plenamente la voluntad de Dios y aún le di las gracias; pero tuve también mis luchas”.

Esas líneas nos dan alguna idea de cuánto amaba a Mons. Banegas.

* * *

Uníanle también lazos muy íntimos con Mons. Leopoldo Ruiz; se habían entendido admirablemente, había en ellos una plena confianza mutua y un afecto que tenía mucho de filial en Mons. Martínez y de paternal en Mons. Ruiz.

En una carta íntima escribe: “Ya sabrás de la muerte de Mons. Ruiz y te podrás figurar lo que lo he sentido, pues bien sabes que fue para mí un padre. Murió como había vivido,

con amor, con serenidad, y sobre todo con esa sencillez que lo caracterizó”.

“Tuve el consuelo de visitarlo en su enfermedad, de recomendar su alma, cantar su misa exequial y acompañar al sepulcro sus restos mortales. Fui también a Morelia a las solemnísimas Honras fúnebres que le hicieron el 14 de enero y le dije la Oración fúnebre”.

“Murió el 12 de diciembre (1941); y esto me hace pensar que en ese mismo día entró al cielo, pues me parece indecoroso y disonante que la Sma. Virgen se lo haya llevado en ese día glorioso para tenerlo en el purgatorio. Por otra parte, eso mismo me hace esperar su vida santa; sus deficiencias humanas ya las quisiéramos para los días de fiesta, pues eran ciertos excesos de bondad”.

Antes y después tuvo que lamentar sucesivamente la muerte de sus compañeros y amigos, especialmente los Sres. Canónigos Estanislao Reyes y sobre todo Juan B. Buitrón. Con este último, sobre todo, llevaba una amistad muy íntima y se trataban con suma confianza.

Tanto lo amaba que, como me confesó Mons., él, que había tenido valor para asistir a todos sus seres amados, no se sintió con fuerzas para acompañar en ese trance al Sr. Buitrón.

* * *

Pero ninguna pérdida puede compararse con la que sufrió a la muerte de su mamá.

Como lo he indicado ya, no creo haber conocido un hijo y una madre que se amaran tanto.

No resisto el desco de reproducir aquí dos cartas íntimas en que refiere su pena:

“... Su muerte fue muy dulce y dejó en mi alma satisfacción y paz. Desde octubre del año pasado tengo la dicha de tener en mi oratorio al Sino. Sacramento y desde entonces mi

mamá pasaba los días al pie del Sagrario y pedía de manera especial la gracia de una santa muerte; Dios se la concedió cumplidamente, al grado de que a mí nunca me ha parecido tan dulce la muerte como cuando la vi morir”.

“Desde el 1º de enero estaba ausente de esta ciudad, practicando la visita pastoral de las parroquias, que es una de mis obligaciones principales, y tenía el proyecto de volver a esta ciudad hasta el 18 de febrero. Mi mamá me fue a ver a Maravatío y pasó conmigo tres días, más sana y más contenta que nunca. Acababa de venir de Maravatío cuando comenzó a estar enferma de gripa. Sin saber su enfermedad y providencialmente llegué a esta ciudad el 5 de febrero por una delicadeza del Sr. Arzobispo quien, temiendo que me fuera a enfermar por el trabajo de la visita, me hizo venir; y Dios, como siempre, se valió de la obediencia para realizar sus designios”.

“Apenas llegué, la enfermedad de mi mamá se hizo más seria y Dios me concedió inmediatamente una plena confianza en que Él la aliviaría, si era su voluntad, y una conformidad absoluta a su beneplácito, si Él ordenaba su muerte”.

“Muy pronto comprendí cuál era la voluntad de Dios; el domingo 8 se declaró la bronco pncumonía y perdí toda esperanza; tuve ese día el consuelo de administrarle yo mismo los Sacramentos; el Viático y la Extremaunción, que ella recibió con sencilla entereza y singular devoción, contestando claramente a todas las preguntas del Ritual”.

“Le pregunté después cómo le había ido con la visita de Jesús y me contestó: “*cosas muy bonitas*”. Después de los Sacramentos, dijo a las personas que la atendían que ya no quería cosa alguna de este mundo y solamente tomó alimento y medicina después, por deferencia y porque yo le decía que era la voluntad de Dios”.

“En esa noche del domingo al lunes, le pregunté que si tomaba medicina, y me contestó que no. —¿Quieres que te con-

ceda la indulgencia plenaria? —Eso sí. Pronunció con una devoción que me llenó de consuelo el nombre de Jesús, tres veces, y luego preguntándole yo: —¿Te conformas con la voluntad de Dios en todas las penas y molestias de tu enfermedad y hasta en la muerte misma? —me dijo con un acento que le salía del corazón y que no lo olvidaré jamás: — “*Sí, hasta en la muerte misma*”.

“Comprendí que aceptaba la muerte con una conformidad plena y amorosa con la voluntad de Dios. En esa noche, todo el lunes y en la noche del lunes al martes, me acercaba de tiempo en tiempo a su lecho, la exhortaba a la resignación y a la confianza, le hablaba de Jesucristo, de la Virgen María, del Cielo; me oía siempre con sumo agrado, a las veces se conmovía, y besaba constantemente un Crucifijo que tenía siempre en la mano”.

“Ni una intranquilidad, ni una mirada para las cosas de este mundo; su espíritu estaba orientado hacia la eternidad”.

“Le llevaron una imagen de Sta. Teresita; la tomó con las dos manos y le pidió que la llevara pronto al cielo. Muchas veces le recé la recomendación del alma, acompañado casi siempre de varios sacerdotes; en todas esas veces, hasta en la última, contestaba ella misma lo que se debía contestar y repetía devotamente las jaculatorias que le sugería y hasta corrigiéndome cuando me equivocaba; pues Dios le hizo la gracia de que no perdiera ni un instante el conocimiento a pesar de las altas temperaturas”.

“El lunes y el martes, en la madrugada, volvió a recibir el Viático; y una hora antes de morir estaba oyendo la Misa que celebré frente a su cama; y la oyó con toda devoción, golpéandose el pecho a la hora de la consagración y santiguándose al recibir la bendición. Su último contacto con este mundo, al última prueba de su ternura maternal (¡que fue inmensa durante su vida!) fue decir a las personas que la cuidaban, al ter-

minar la Misa, que me dieran de desayunar. Media hora después, moría dulcemente con los ojos fijos en el cielo”...

“La muerte me impregnó el alma de dulzura, de paz, casi de gozo. Dios me ha llenado de consuelos y de gracias. ¿Por qué me tratará Dios así? Apenas le cerré los ojos, fui al oratorio a rezar en medio de las lágrimas un Te Deum en acción de gracias por los años que me la dio, en acción de gracias porque me la quitó, en acción de gracias por aquella santa muerte”.

“Tuve el consuelo de cantar yo mismo su funeral, de acompañarla al cementerio, de bendecir su sepulcro, de rezarle el responso, de arrojar sobre sus queridos despojos el primer puñado de tierra y de decirle lleno de esperanza: *¡Hasta mañana!*”

“A algunos llamaba la atención mi entereza, porque no sabían que allá dentro Dios vertía copiosamente su fuerza, su dulzura y sus consuelos”.

“¿Cuánto he aprendido en estos días! Sin duda que me quedo solo en el mundo sin aquel calor, sin aquella ternura muy especial con que me rodeó siempre su maternal corazón; pero ¡ella ya es feliz o va a serlo muy pronto! Y a los ojos de nuestra fe y ante la seguridad de nuestra esperanza ¿qué falta para ese *mañana* que nos reunirá a todos en la paz, en el gozo de la eterna claridad?”

“Yo sé que ahora mi mamá me ama más y me ama mejor que en la tierra, porque me *ama en la verdad, en el orden*, en la patria del amor, en el seno de Dios. Me cuidará y me servirá mejor que antes (¡ya lo he experimentado!) y estará más unida que nunca conmigo, porque la muerte no separa, *une* a las almas; entre el alma de mi mamá y la mía, ya no hay más que Dios, y Dios es lo *menos* y lo *más* que puede haber entre las almas, ¿no es verdad? Lo que me falta de ternura y de alegría sensible me servirá para romper todos los vínculos terrenos, para morir a todo lo humano, para entregarme *del todo* a Dios.

Pídele que sea así, que yo muera también plenamente para que mi vida esté escondida con Jesucristo en Dios, y en ese dulce ocultamiento encuentre el alma querida de mi mamá”.

“¡Cuánto quisiera decirte! Pero esta carta se ha prolongado en demasía. ¿Qué quieres? nunca como en estas ocasiones se siente la necesidad, al mismo tiempo que la dificultad, de las confidencias”.

“Ayúdame a darle gracias a Dios y empéñate en sacar cuanto antes del purgatorio el alma de mi mamá. Yo tengo muchas esperanzas de que esté ya en el cielo: su vida tan sencilla y tan piadosa, su muerte tan santa, el sinnúmero de sufragios que ha tenido y, sobre todo, lo bueno que es Dios conmigo; pero ¿quién conoce los juicios de Dios?”

“Ya sabes que está siempre unido contigo en el divino Corazón de Cristo tu afmo.”

* * *

El primer golpe lo suavizó Nuestro Señor, pero después vino la reacción. Aun humanamente se explica esto: una gran pena parece que nos aplasta y embota nuestra sensibilidad; pero cuando pasa la primera impresión, empezamos poco a poco a rumiar nuestra pena, ¡cómo entonces se hace amarga y desoladora!

Veámoslo en otra carta de Mons. escrita cuatro meses después.

“¿Si vieras cuánto bien me hizo la simple narración de tu vida actual? La leí cuando mi vida humana se derrumbaba en un cataclismo y tu carta me enseñó —lo que ya Jesús me enseñaba en lo íntimo de mi alma— el verdadero valor de la vida”.

“Yo me creía muy desprendido de este mundo, pero la muerte de mi mamá me enseñó los ocultos vínculos que me unían a la vida y que esa muerte vino a romper. Como dijo el poeta:

“Yo amaba el cielo, la luz, las flores y el mar océano...” pero ¡cuán cierto es que la naturaleza, las cosas exteriores, no son sino el escenario en el que se mueve el hombre, el nido que guarda el amor!”

(Para comprender lo que sigue, tengamos en cuenta que a Ramoncita le gustaban mucho los pájaros, las flores y su casa estaba llena de macetas y de jaulas con pájaros que cuidaba ella misma; y seguramente que no sólo porque le gustaban, sino sobre todo, por su hijo, para que encontrara su casa alegre y risueña).

“Cuando la primavera comenzó a tocar la tierra con su caricia cálida y perfumada, cuando comenzaron a abrirse las flores que mi dulce madre cultivaba amorosamente en el patio lleno de luz, y los pájaros que ella quería y cuidaba, iniciaban sus cantos antes tan regocijados; sentí mal, muy mal, y comprendí que para mí había cambiado la vida, que la muerte implacable me había arrancado el amor a la existencia, porque yo la amaba, y la amaba por *ella*”

“Impulsado por mi egoísmo, vi la muerte como una esperanza, y sentí horror por la vida, por los años que veía venir, largos, interminables, desolados... y suspiré por el silencio de un claustro...”

“Pero aquella impresión fue pasajera, aunque se ha renovado muchas veces. Mi mamá no era la razón de mi vida; la razón de mi vida es Jesús y debo tener el valor de vivir por Él y para Él”.

“La vida terrena acabó para mí y yo no debo rehacerla jamás”.

“La vida es un afecto en torno del cual gira todo, “la luz, las flores y el mar océano”; gracias a Dios no tengo ya en la tierra afecto *terreno* y en Él espero no tenerlo jamás. La vida terrena se acabó para mí; *morí con mi mamá...*”

“Pero una vida *nueva* debe comenzar para mí con otra

luz, con otro amor, con otros anhelos; como comenzó para mi mamá una *nueva* vida. Viviré con ella, viendo —por encima de las cosas terrenas que para ella y para mí pasaron—, lo que ella ve; viéndolo con la luz de la fe, cada día más pura, cada día más viva, cada día más íntima; amando lo que ella ama, amándolo con ese amor sobrenatural que el Espíritu Santo ha derramado en mi alma, y que debe ser cada día más ardiente, más puro y desinteresado; tocando por la esperanza lo que ella toca por la posesión”.

“Tu carta me enseñó cómo en la tediosa monotonía de los días incoloros y en la angustia torturante de los días malos, se puede ocultar el amor victorioso y beatificante que da a la vida su valor y su encanto”.

“Con la muerte de mi mamá, Dios ha hecho maravillas en mi alma; me ha desprendido de todo, y se me ha metido tan hondamente su amor en mi corazón, que toda mi ingratitud y mi miseria no acertarán a arrancarlo de allí...”

Sobrevivió a su mamá 31 años exactamente, pero su amor a ella permaneció intacto en su corazón y su recuerdo, al mismo tiempo tan dulce y tan amargo, fue una espina que llevó siempre clavada en él.

Prueba de ello es que las últimas horas de su agonía, en ese estado de inconsciencia en que sale a flote lo que hay de más íntimo en el alma, la llamó varias veces: “¡Mamá...! ¡Mamá...!”, como pudiera haberlo hecho un niño...

* * *

Más tarde murió la Sra. Armida con cuya alma tuvo lazos tan íntimos y sobrenaturales. Después murió una tía que siguió haciéndole casa, después de la muerte de su mamá y que siempre había vivido con ella.

En 1947 escribía “...La otra luz que recibí hace pocos días, inundó mi espíritu, considerando la conducta que Dios ha tenido últimamente conmigo”.

“Me ha ido quitando todo lo que pudiera servirme de apoyo o de consuelo: se llevó a Angela (su tía) y me dejó sin familia; se llevó a X, hombre de magnífico espíritu, de grande ciencia, que estaba íntimamente unido a mí y que me servía de consejero y en quien confiaba para todos los asuntos; y así por el estilo”.

“De una manera nueva, comprendí que Él quiere ser mi *Unico* y mi *Todo*. Con Él me basta, y Él es para mí, familia, consejero, amado, etc., etc.

“Debo ahondar en estos abismos: ¡Él, *Todo!* No hay cosa que no pueda encontrar mi corazón en Él. ¡Él, *Unico!* Él me basta, no necesito de nadie”.

“Claro, que en cuanto Él lo quiera, puedo encontrar luz, amistad, gozo, en las criaturas, pero en Él y por Él; y absolutamente hablando, no necesito de ellas, con Él me basta”.

“Pero eso exige que aprenda a tratar a Jesús —el Infinito adaptado a mi pequeñez— de una manera nueva, profunda, dulcísima; que aprenda a escucharlo, a unirme con Él, etc. Y también que aprenda a confiar plenamente en Él y a buscar y a encontrar en Él cuanto necesito y deseo”.

“Así se simplifica y sublima la vida”.

“Entre bromas y veras, he dicho que este mundo está hecho de “*pedacera*”. En efecto: ¡cuántas prendas de ropa para vestirse! ¡cuánta variedad, cuántas acciones cada día! Lo más excelente que tenemos, que es el conocimiento y el amor, necesitan mucha pedacera. Nuestro conocimiento se forma de complicados raciocinios; cada raciocinio, de varios juicios; cada juicio, de varias ideas. Y para llenar el corazón, una serie de afectos variados e incompletos...”

“Cómo se simplifica la vida en la unidad de Jesús”.

¡Pero qué doloroso es el camino que lleva al alma hasta esa soledad!

En sus últimos años, Mons. escribía: “Cuando se visum-

bra lo que se ama, se suspira por la plena posesión del cielo y por esa posesión de la tierra que, según San Juan de la Cruz,

“*a vida eterna sabe...*”

“El alma siente también la necesidad imperiosa de darse, de buscar, de hacer la voluntad del Amado y complacerse en ella”.

“Pero vislumbro otro peldaño excelso en la escala del amor, aquel en el que todo desaparece, hasta el que ama, y queda solamente el Amado, llenándolo todo. “*Mihi vivere Christus est!* ¡Para mí, vivir es Cristo!”

“Se ha de sentir entonces la divina soledad de que te hablé en mi carta”.

“Los desposados cuando se despiden de todos los que les rodean exclaman: “¡al fin solos!” El amor suspira por esta soledad para tener plena efusión”.

“Con mayor razón el divino amor anhela esta divina soledad; porque en la plenitud del amor, toda criatura estorba, y en esa soledad se realiza la frase de los Cantares: “*Mi amado para mí y yo para Él*”.

“Cuando todo estorba, cuando el Amado basta, se ha llegado a la cumbre del amor: es la *divina soledad* de los que se aman”.

“Dios sin duda me hace vislumbrar estas cubres para que pueda conducir hacia ellas a las almas, y también para encender en la mía el anhelo de subir y de hacer todos los sacrificios que para tal excelsitud son necesarios”.

“¡Dejarlo todo, vislumbrar la inefable belleza del Amado, entregarse sin reserva al amor...!”

“Es el fondo de la verdadera vida; es la vida eterna”.

“Sin Jesús, la vida sería intolerable; con Él, hasta la muerte es dulce”.

“Para mí vivir es Cristo y morir una ganancia”.

“*Mihi vivere Christus est et mori lucrum*”.

* * *

No cabe duda que el camino de la vida de Mons. estuvo bordeado de sepuleros y sombreado por cipreses... Y estas separaciones, que desgarraron su corazón tan sensible, quedaron ocultas bajo el velo de su incurable jovialidad...

Sigamos enumerando siquiera, sus penas.

En cuanto a la mortificación voluntaria, siempre la practicó. Usó los instrumentos tradicionales de penitencia, como disciplinas y cilicios, ayunos y vigiliass —pues siempre el principal tiempo de oración lo hacía a medianoche—, por eso llamaba a sus noches “*deliciosas*”.

Según la doctrina de Mons., el dolor tiene 3 etapas: *purifica*, primero; *asemeja* a Jesús Crucificado, después; *contribuye a la salvación de las almas*, finalmente. *El dolor que purifica — el dolor que une — el dolor que salva*.

Por esas tres etapas pasó Mons. sucesivamente.

Vimos algo de sus purificaciones pasivas. En su obra “JESUS” podemos ver las hermosas páginas que escribió sobre la “*Transformación del alma en Jesús Crucificado*”, fruto de su propia experiencia. En cuanto a la tercera etapa, en sus últimos años escribía:

“Para el apostolado se necesita el sufrimiento. Este es necesario para el desprendimiento, condición esencial del amor; pero es también el secreto del apostolado, porque es el secreto de la fecundidad”.

“Los sufrimientos del apostolado son las fatigas corporales, la incomprensión y los demás sacrificios del trato con el prójimo y la inmólación de la prudencia”.

“Cuando es arduo algún problema de las almas o del gobierno de la Diócesis, hay que hacer algún sacrificio especial. Hay demonios que no se expulsan sino con oración y peniten-

cia. Hay gracias que no se alcanzan, sino por el sacrificio añadido a la oración”.

“Nuestros procedimientos apostólicos deben ser los de Jesús: su modo inefable de tratar a las almas: energía y suavidad — humildad y mansedumbre. Hay que hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo”.

¡Cómo se retrata él mismo en estas palabras!

“...la perfecta alegría —escribe— brota del dolor. ¡Sufrir por Jesús y por las almas! ¡participar de los dolores sacerdotales de Jesús! ¡mostrarle nuestro amor con nuestros dolores y comprar con ellos la felicidad de las almas!... ¿Puede darse una alegría más sólida, más exquisita y más fecunda?”

Uno de los grandes sacrificios de su vida fue su trabajo episcopal, arduo, aplastante, increíble, si no hubiéramos sido testigos de él. Humanamente no lo hubiera resistido 32 años sin una gracia que podríamos calificar de extraordinaria.

Y en su ministerio pastoral, demostró una paciencia sencillamente heroica: —en aquellas largas horas de audiencia, con tantas personas impertinentes, a quienes recibía con suma bondad, sin prisas, como si la persona que recibía fuera la única que tuviera que atender—; en aquellas tandas interminables de confirmaciones, en una atmósfera irrespirable, en medio del llanto de centenares de niños; — en sus constantes viajes en los que tenía que adaptarse a las incomodidades del alojamiento, a la diversidad de alimentaciones, a la variedad de climas, etc., etc.

En una ocasión, alguien le preguntó: —Mons., ¿extraña su cama? Y contestó con su acostumbrada oportunidad: —¿Cuál...?

Variaba de lecho con tanta frecuencia, que el suyo propio lo consideraba como uno de tantos; por eso preguntaba a su vez cuál de tantas camas que usaba podía extrañar.

A pesar de que sufría de la digestión, siempre se avenía a

lo que le daban y nunca pedía alimentos especiales. Decía para disimular su mortificación: —“Tengo estómago internacional”.

* * *

En sus últimos años tuvo dos clases de penas que fueron los últimos toques con Nuestro Señor acabó de perfeccionar su obra maestra.

De las primeras poco podemos decir —la discreción y la prudencia nos lo prohíben—. Casi siempre las mayores penas con que Dios acaba de santificar a un alma son heridas que abren en el corazón manos muy veneradas, manos muy queridas...

Pero hay algo que llega a la última cumbre del heroísmo: no solamente no abrió sus labios Mons. para defenderse; no solamente prohibió que se dijera una palabra en su defensa, sino que se negó a sí mismo el consuelo tan legítimo de un desahogo. A nadie, *absolutamente* a nadie, dijo una palabra de esas penas, ni a sus más íntimos, ni al abrigo de un riguroso secreto. Todas estas penas, todas las humillaciones que le trajeron consigo, todo lo sufrió con un silencio divinamente heroico...

La otra clase de penas vino con su última enfermedad, iniciada unos dos años antes.

A la actividad extraordinaria sucedió la más absoluta inacción.

El vino a México en la madurez de su espíritu y en la plenitud de sus fuerzas. En septiembre de 1944, escribe: “En el mes pasado dos médicos magníficos, mi médico ordinario y un especialista del corazón, me vieron y me volvieron a ver con rayos X y me examinaron con unos admirables aparatos modernos. Su dictamen fue que puedo vivir 20 años más; que el corazón y en todo el sistema circulatorio no tengo absolutamente nada; que en el pulmón no tengo nada serio, sino algo en los

bronquios por la edad, la predicación (¡41 años!) y el tabaco (1)''.

Sin embargo, en lugar de 20 años más, sólo sobrevivió como la mitad. El exceso de trabajo y las penas morales derribaron aquel roble fortísimo.

Alarmados los médicos, le prescribieron un reposo absoluto. Pronto perdió por completo el ojo derecho, con el izquierdo difícilmente podía ver, pero muy poco; empezó también a perder el oído y la memoria; y lleno de várices, andaba con dificultad. Vimos cómo, físicamente, se derrumbaba...

En uno de esos días, con el fin de reanimarlo, le recordamos aquella anécdota de Lacordaire. En sus últimos días, Lacordaire quiso hablar a sus alumnos; y el elocuente orador de Notre-Dame empezó a tartamudear. Algunos de aquellos jóvenes, con la inconsciencia de su edad, no pudieron contener la risa. Entonces Lacordaire se encaró con ellos y los fustigó con estas palabras: —“*Sí, amigos míos, mi espada está embotada; ¡pero ha sido a vuestro servicio!*”

Mons. sonrió, comprendiendo la alusión. Su espada estaba embotada de tanto servir a Dios y a las almas.

¡Cuántas horas, cuántos días de soledad! Ni visitas, ni lecturas, ni asuntos, ni ministerios, ni nada...

El 6 de agosto de 1954, en Jiménez, Chih., predicó su último sermón en un Jubileo sacerdotal.

(1) Mons. era un gran fumador; durante el día fumaba cigarrillos en número no limitado, además de un puro después de la comida de mediodía. En 1930 se dio cuenta, aunque no con mucha claridad, que Nuestro Señor le pedía que limitara el uso del tabaco. Lo hace considerablemente. “No lo suprimo del todo —escribe— porque temo perder el equilibrio nervioso que, si para todos es necesario, para los superiores es indispensable. Como el tabaco tiene acción especial en el sistema nervioso, su supresión repentina (en los que tienen esa costumbre) puede destruir ese equilibrio”. En 1932, escribe: “En cuanto al tabaco, voy muy despacio: fumo 8 cigarros diarios; raras veces aumento uno. Los puros son rarísimos”. Pero muy pronto suprimió el puro para todo el resto de su vida y limitó los cigarros a cuatro diarios.

En los últimos días, un amigo muy íntimo, viéndolo —contra la costumbre de Mons. —como triste y decaído, se atrevió a decirle: —Mons., ¿qué sufre mucho?

Y recobrando su afabilidad habitual, le contestó con sinceridad ingenua: —“¡Vieras que no! ¡Amo tanto la voluntad de Dios!... ¡Está mi alma tan llena de paz!...”

Esta no puede ser sino la serenidad de las cumbres...

El jueves, 1º de febrero de 1956, celebró la última misa; apenas si logró terminarla. Las hemorragias intestinales, que ya habían comenzado días antes, se agravaron.

Lo condujeron a su cama. Y empezó una serie de transfusiones de sangre, inyecciones de suero, etc. Ese mismo día, a medianoche, llamaron a su confesor, porque la gravedad aumentaba.

Sin embargo, acostumbrados a estas gravidades de las que luego se rehacía su naturaleza vigorosa, nadie creyó que estuviera próximo el fin.

La noche del primer viernes, 2 de febrero, Mons. Ruiz Solórzano y el confesor de Mons. resolvieron, dada la urgencia, administrarle los últimos sacramentos, sin esperar al día siguiente, por lo que tuvo que prescindirse de la solemnidad con que suele llevarse a cabo este acto cuando se trata de un Prelado.

Sin duda que Dios quiso darle gusto, disponiendo que este acto se desarrollara en un ambiente de intimidad y sencillez.

Mons. Ruiz se encargó de darle a Mons. Martínez la noticia de que había llegado el fin... Lo hizo con entereza, sin rodeos, francamente. Y es de admirar cómo Mons. Martínez recibió la noticia con la misma entereza y con una naturalidad, con una serenidad, que no siempre se encuentra ni en las almas santas.

¡Hermoso cuadro aquel en su sublime sencillez! El escenario, la estrecha recámara de un moribundo, iluminada por la

luz de dos cirios. Los personajes, Mons. Ruiz, el confesor y el familiar de Mons. Martínez y unas cuantas personas íntimas que no alcanzaban a llenar la pieza.

Mons. Ruiz con la Hostia Santa en las manos, —la última que comulgó Mons. Martínez—, le hace las preguntas del Ritual Toledano. El moribundo contesta con una voz firme, sonora, que hacía mucho no habíamos oído... “*¡Sí creo!.... ¡Sí pido perdón!... ¡Sí perdono!...*”

Después, las unciones... después, el silencio de la acción de gracias...

Los abnegados médicos (2) agotaron todos los recursos de la ciencia y lograron prolongar una vida —ya inconsciente— hasta la madrugada del jueves.

Cuando la medida del dolor estuvo colmada, Dios aceptó la víctima y le abrió su seno para recibirla: “*¡Entra en el gozo de tu Señor!*”

Y el alma de Mons. Martínez fue a anegarse en el océano del Amor infinito...

* * *

Algunos años antes, Mons., embriagado en el amor divino, entonó este cántico:

“*¡Soy muy feliz!... Mis labios han libado,
en regio cáliz de esplendor divino,
el siempre nuevo y siempre añejo vino
de un amor exquisito y delicado,
de un amor inmortal, jamás soñado,
licor celeste de sabor tan fino*

(2) Es digno de especial gratitud el Sr. Dr. D. Manuel Ortega, que fue su médico de cabecera y que cuidó a Mons. con ejemplar y desinteresada abnegación todo el tiempo que vivió en México. Todos los que amamos a Mons. queremos hacerle pública nuestra gratitud.

“que a eterna vida sabe” y al camino
la embriaguez de la Patria ha trasladado.

Mas desde el punto en que a beber me atrevo
de lo que el cáliz del amor encierra,
sed torturante en mis entrañas llevo

de un amor que me atrae y que me aterra,
¡porque cantar ansío el “*cántico nuevo*”
de un “*nuevo amor*” que sea *único* en la tierra! . . . (3)

Su vida terrena fue ese *cántico nuevo* de un nuevo amor
“*único en la tierra*”; su vida gloriosa será —así lo esperamos—
el *cántico nuevo* de ese *nuevo amor* de la eternidad feliz. . .

“*Cantate Domino canticum novum!*” (4)

(3) Alusión a las palabras de S. Agustín: “*Quid habet canticum novum, nisi amorem novum? Cantare amantis est. Vox huius cantoris fervor est sancti amoris*”. ¿Qué significa un *cántico nuevo*, sino un *nuevo amor*? Cantar es propio del que ama. La voz de este cantor es el fervor del santo amor.

(4) “*¡Cantad al Señor un cántico nuevo!*” Ps. XCVII, 1; CXLIX, 1. et passim.

CAPITULO XXIV

EPILOGO

LA MUERTE de Mons. Martínez se convirtió en verdadero apoteosis. Desde la madrugada del jueves 9 de febrero hasta la tarde del sábado 11, *día y noche*, desfilaron ante sus restos mortales millares y millares de fieles, de todas las clases sociales y de todas las ideologías. Esa tarde se colocaron sus restos en la cripta del altar de los Reyes, pero fue preciso volverla a abrir para que continuara el desfile interminable que a estas fechas todavía perdura (agosto de 1956). Por lo que no es exagerado calcular en más de un millón los fieles que han ido a visitar los restos mortales de Mons.

Presentaron sus condolencias la Santa Sede, el Presidente de la República, el Cuerpo Diplomático, numerosas colonias y naciones extranjeras, inclusive la colonia israelita; pero sobre todo, la gente más humilde que, con lágrimas, tan sinceras como espontáneas, regaron los despojos mortales del que para todos fue un verdadero padre.

Se reunieron para sus Honras los principales Prelados de la Nación y aun algunos extranjeros, especialmente el Cardinal Spellman, que expresa y espontáneamente vino desde New York a presidir los Funerales.

En resumen, nadie recuerda que en toda la vida de México, se haya dado el caso de un duelo semejante; por eso sin

exageración puede afirmarse que fue un duelo no circunscrito a la Arquidiócesis de México, ni siquiera a nuestra Patria, sino que traspasó nuestras fronteras y conmovió al mundo católico. Las condolencias recibidas vinieron de todo el mundo.

* * *

Era el 14 de abril de 1937. La puerta central de la Catedral de México se abrió de par en par para que entrara el nuevo Arzobispo de México. Venía desde Morelia, en ayunas, para celebrar la santa Misa después de la toma de posesión de su arquidiócesis.

Cuando se cumplieron todas las prescripciones canónicas, Monseñor subió al púlpito para hablar por primera vez a sus ovejas. La catedral estaba henchida de fieles a más no poder. Y cuando apenas comenzaba a hablar, pasó un percance muy desagradable. El piso de madera, deteriorado por el tiempo, cedió al peso de la multitud y se hundió en la parte cercana al presbiterio, del lado de la epístola. Todas las personas que allí estaban cayeron en una especie de foso, pues la tierra firme quedaba a bastante profundidad.

Fue grande la confusión y la alarma; gracias a Dios, aunque el derrumbe fue aparatoso, no tuvo consecuencias de importancia; pero echó a perder el sermón de Monseñor Martínez.

Cuando se restableció la calma, le pareció conveniente limitarse a decir, en resumen, estas palabras: "Yo no vengo sino a prometeros una sola cosa: VENGO A DAROS MI VIDA..."

* * *

Y en verdad que todo el episcopado de Mons. Martínez se redujo a cumplir esa promesa.

Llegó aquí —como vimos— en la madurez de su vida, con una salud a toda prueba, con un temple vigoroso, con unas energías que parecían inagotables.

Y se entregó al trabajo sin tasa y sin medida.

El Sr. Canónigo Joaquín Sáenz, que conoció a Mons. Martínez de toda su vida, decía de él:

—Lo conozco muy bien: es un excelente sacerdote. Pero tiene un defecto: nunca sabe decir “no” a nada.

Daba a entender que jamás negaba un servicio.

Cuando Mons. Martínez lo supo, con su proverbial buen humor contestó:

—Lo peor es que no pienso corregirme de ese defecto...

Y nunca se corrigió. Su día estaba completamente lleno desde que se levantaba hasta la una de la mañana en que se recogía. Administró la confirmación a centenares de millares; sólo en la ciudad de México confirmaba semanalmente unos dos mil niños, aparte de las confirmaciones que hacía durante la visita pastoral. Por consiguiente, no es exagerado afirmar que confirmó no menos de dos millones de fieles. Cuántas veces los sábados —día en que las confirmaciones eran más numerosas— llegaba a su casa a comer (1) a las 5 ó 6 de la tarde.

Visitó toda su extensa arquidiócesis (2), de climas variados, de comunicaciones difíciles, de poblados poco menos que inaccesibles, como Nanchititla, situada en lo alto de una montaña abrupta y a donde sólo se puede llegar a lomo de mula.

Bautizaba, casaba, daba la primera Comunión a quienquiera que se lo pedía, rico o pobre, conocido o desconocido. Recibía a toda clase de personas durante largas horas del día. Predicaba sin cesar. En la euaresma empezaba sus tandas de Ejercicios con la semana de septuagésima y terminaba con los sermones de la Semana Santa, y a veces daba dos tandas al mismo tiempo. Recuerdo de un Viernes Santo en que no tuvo

(1) En México, la comida principal es a mediodía.

(2) Por el número de católicos, la Arquidiócesis de México es la más grande del mundo: más de 4 millones de católicos.

tiempo para comer, porque los Oficios y los sermones le llenaron completamente todo el día.

Ya enfermo del mal que lo llevó al sepulcro, un simple sacerdote de una diócesis lejana lo invitó para que predicara en una festividad. A pesar del viaje tan largo y molesto, y de sus achaques, como siempre dijo que sí, y fue a predicar.

De manera que, literalmente, se mató en el trabajo. Dada su férrea constitución, hubiera llegado, humanamente hablando, a una avanzada edad. Pero, con su tren de vida, era imposible resistir mucho tiempo. El buen pastor dio la vida por sus ovejas...

* * *

Por eso, al contemplar a través de nuestras lágrimas sus restos mortales, parecía que nos recordaba su promesa de hace 19 años.

Y con la elocuencia de los hechos, creímos que nos decía: "Os prometí daros mi vida... Y, ya lo veis... : ¡¡LO HE CUMPLIDO!!..."

F I N

I N D I C E

	Pág.
PRELIMINAR	VII
AL LECTOR.—Prólogo del Exmo. Sr. Dr. D. Fernando Ruiz, Arzobispo de Yucatán	1
CAPÍTULO PRIMERO.—Molinos de Caballero	9
CAPÍTULO II. —Morelia	19
CAPÍTULO III. —Su carácter varonil	32
CAPÍTULO IV. —Su temperamento artístico y jovial.....	44
CAPÍTULO V. —El Seminario	59
CAPÍTULO VI. —Los principios de su vida interior	69
CAPÍTULO VII. —Encuentro providencial	81
CAPÍTULO VIII. —Su célebre doctrina sobre “las Miserias”.....	96
CAPÍTULO IX. —Luces de Contemplación	108
CAPÍTULO X. —Hacia la Unión	122
CAPÍTULO XI. —Lecciones del Maestro	133
CAPÍTULO XII. —La clave de su vida	144
CAPÍTULO XIII. —La Gracia Central	157
CAPÍTULO XIV. —Divina Fecundidad	169
CAPÍTULO XV. —Las Cataratas del Niágara	184

	Pág.
CAPÍTULO XVI. —La Fecundidad de la Pluma	190
CAPÍTULO XVII. —La Fecundidad de la Palabra	208
CAPÍTULO XVIII.—Otras múltiples manifestaciones de su Fecundidad	225
CAPÍTULO XIX. —Apóstol del Amor	246
CAPÍTULO XX. —Continúa el mismo asunto	261
CAPÍTULO XXI. —Concluye el mismo asunto	275
CAPÍTULO XXII. —Retrato viviente de Cristo	288
CAPÍTULO XXIII.—Víctima con Jesús	305
CAPÍTULO XXIV.—Epílogo	323

SE TERMINO LA IMPRESION DE
ESTA OBRA EL DIA 31 DE OC-
TUBRE DE 1956 EN LA IMPREN-
TA "ALDINA", ROSELL Y SORDO
NORIEGA, S. DE R. L., CALLE
DE HUATABAMPO NUMERO 50,
MEXICO 7, D. F.



6458 TB 317

11-16-00 32180 MS



Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01222 7569

